



Diego de Alvear

**Diario de la segunda división de límites
con la descripción de su viaje desde Buenos Aires**

Reconocimiento de la laguna Merín

Primera parte I

Capítulo I

Salida de la capital de Buenos-Aires; viaje a Montevideo, con noticia de la Colonia del Sacramento, y otros pueblos que median.

Recibidas las instrucciones del Gobierno, y nombrados los sujetos que debían tomar parte en los trabajos de demarcación, se dispusieron las divisiones para marchar cada una al lugar de su destino. La primera a Montevideo, para desde allí transferirse en carretas al arroyo del Chuy, donde debía dar principio a la demarcación; y estaba concertado había de concurrir la correspondiente división portuguesa, habilitada en el Río Grande de San Pedro: y la segunda, a la Asunción del Paraguay, para procurar también desde aquella ciudad su reunión en el río Ygatimý con los portugueses, que debían venir de la ciudad de San Pablo. En esta se

determinó que don Félix de Azara y don Martín Boneo fuesen por tierra a la ligera, acompañados de una pequeña escolta, para que tuviesen todo prevenido; y citados los comisarios de Su Majestad Fidelísima para la llegada de los barcos que debían ir al cuidado de don Juan Francisco Aguirre, y demás individuos de dicha división. Estos barcos, así por su extraordinaria construcción, poco a propósito para romper las corrientes, como por ser la estación contraria para subir el río, -4- tardaron en su navegación muy cerca de cuatro meses; y toda la actividad de aquellos oficiales en su marcha, vino a ser infructuosa, y enteramente inútil el crecido gasto de aquellos preparativos, porque los portugueses, con quienes habían de operar, estaban aun muy distantes de ser nombrados, y permanecieron muchos años en la inacción, aguardándolos en la capital del Paraguay.

La primera división, cuyos sucesos son los de nuestro asunto, partió de Buenos Aires la tarde del 29 de diciembre de 1783, en uno de los bergantines del Rey, nombrado la Piedad, que gobernaba el práctico portugués, Juan de Acosta. A favor de un viento alegre del SO, que llaman pampero, y tiempo claro, nos dirigimos desde balizas por un breve rato, como al NNE, casi en la dirección misma de la playa, hasta rebasar un banco de arena de poco fondo nombrado de la Ciudad, por su mucha inmediación. Cuando se relevó al O la torre de la Recoleta, que es la más septentrional de Buenos Aires, y se enfiló la de Santa Catalina con la de San Nicolás, que son las dos que siguen a la primera, se tuvo montada la cabeza de dicho banco, y se fue arribando poco a poco, hasta ponernos al E, rumbo directo que conduce a la vista del Cerro de Montevideo. Estas marcaciones son de la aguja, porque los patrones de las lanchas no entienden de variación.

Como la estación no era propia de pamperos, empezaron luego a tomarse los horizontes de una especie de humo o calima, dando el viento algunas llamadas a la brisa del SE, natural del tiempo, por donde finalmente se declaró a eso de las 10 de la noche, y nos vimos en la necesidad de arribar a la colonia del Sacramento, en cuya rada fondeamos la mañana siguiente. Nos propusimos desde luego seguir nuestro viaje por tierra, y que el bergantín, que conducía los víveres y demás pertrechos, lo ejecutase por el río cuando tuviese proporción. De este modo conseguíamos no solo tomar idea de estos campos, sitio también evitar la demora que podrían causarnos las brisas, que suelen entablarse con tenacidad.

Antes de pasar adelante, pareciendo de nuestro instituto dar noticia de los pueblos por donde transitamos, describir los territorios confinantes, y exponer todo aquello que nos parezca puede contribuir al progreso de la geografía y de la historia, diremos alguna cosa de la Colonia del Sacramento, de su establecimiento y progresos, de las alteraciones que ha padecido hasta su última demolición, de la calidad de su puerto, etc.

-5-

Colonia del Sacramento

Por los años de 1554 y 1580, los nuevos pobladores de la ciudad de Buenos Aires hicieron conducir de la península de España, y aun de la provincia de Charcas, en este virreinato, porción de vacas y toros, yeguas y caballos, a las riberas boreales del Río de la Plata, en cuyos parajes no

se conocía la especie de tales ganados. La extraordinaria fertilidad de tan dilatadas y hermosas campañas, hizo prodigiosa y breve su multiplicación; y la consecuencia los españoles entablaron un comercio el más considerable, de cueros, carnes, grasa, sebo, etc., estableciendo al efecto multitud de estancias. Tan rápidos progresos suscitaron bien pronto la emulación de las naciones de Europa, entre las cuales se distinguió siempre la portuguesa, por la mayor proporción que le ofrecían sus dominios inmediatos del Brasil. Por algún tiempo lograron sus particulares el colmo de sus deseos, en los puertos de Montevideo y Maldonado más desalojados de aquí repetidas veces por los gobernadores de Buenos Aires, Manuel Lobo, que lo era del Río Janeiro, fue encargado de formar un establecimiento sobre principios de mayor solidez. Y efectivamente, hacia los años de 1679 y 80, tiempo en que reinaba una plena paz entre las dos naciones, salió dicho Lobo en persona del Janeiro, con una expedición formal, aunque clandestina, de embarcaciones, tropas, armas, pertrechos, artífices, trabajadores, etc., y formó furtivamente sobre la costa septentrional del Río de la Plata, frente de la isla de San Gabriel, una fortaleza, que denominó Colonia del Sacramento.

En el mismo año de e su fundación fue tomada por asalto, y demolida, y sus habitantes hechos prisioneros, por el maestre de campo don Antonio de Vera, y Múgica, comisionado de don José de Garro, gobernador de Buenos Aires; pero fue devuelta provisionalmente por el tratado celebrado en mayo de 1681, que por esta circunstancia se llamó provisional; mas con la expresa prohibición de hacer fortificaciones, ni otros reparos que de tierra, los únicamente indispensables para cubrirse de la inclemencia, y con el reducido distrito del alcance de un cañón, disparado de punto en blanco desde la plaza. Los españoles quedaron como antes con el libre uso de su puerto y costas.

Hasta el tratado de alianza de 15 de junio de 1701, en que el señor don Felipe V cedió la Colonia del Sacramento a los portugueses, tuvo forma la Corte de Lisboa, por sus intrigas, de conservar -6- la referida posesión provisional: mas este tratado fue anulado en sus principios por los mismos contrayentes. Declarada la guerra a los tres años, fue tomada de nuevo, siendo gobernador de la capital don Alonso Valdez: pero el mismo Felipe V, amante siempre de la paz, la devolvió por el tratado de Utrecht de 1715, con el territorio que le correspondía desde su origen. Después de esto, habiendo llegado a lo sumo las hostilidades, robos y contrabandos de los habitantes de la Colonia, don Miguel de Salcedo, entonces gobernador de Buenos Aires, la redujo a sus estrechos límites en 1735, por medio de un sitio formal, que convirtió después en bloqueo, y de que se vino a formar el pueblecito español, que aún subsiste, nombrado el Real de San Carlos, que era el campamento de las tropas. En la guerra de 1762 se apoderó de ella don Pedro de Ceballos; y aunque se devolvió en la paz, volvió a tomarla últimamente en la expedición de 1778, extrañando a sus moradores, demoliendo sus muros, y casi todo el casco de la población. Esta es en resumen la serie de las alteraciones que ha padecido la colonia del Sacramento, en el término de un siglo, que ha mediado desde su primera fundación.

Sus principios fueron un pequeño fuerte, y llegó a ser una plaza guarnecida de un recinto de cal y canto, cuya figura irregular se quería

parecer a un cuadrado; el cual se hallaba defendido con dos enteros, y cinco medios baluartes, que podían montar no pequeño número de piezas de cañón, siendo su guarnición ordinaria de 500 hombres de tropa arreglada. Las casas eran también de cal y piedra, cubiertas con techumbres de buenas maderas y tejas, que conducían del Brasil. Aunque reducidas, no dejaban de ser de preciosa arquitectura, y de bastante cómoda distribución, adornadas exteriormente de balcones corridos, ventanas con rejas, y celosías de las mismas maderas. Pocas había de dos cuerpos, entre las cuales sobresalía la del Gobernador, que se hallaba situada en la plaza, frente la puerta de tierra, y era de gran capacidad, y no de mal prospecto. La iglesia, colocada al N de la plaza sobre una eminencia del terreno, se reducía a un edificio simple de una sola nave, muy viejo y quebrantado, con dos campanarios amenazando ruinas sobre los dos ángulos de la fachada, y la puerta en medio.

El Gobernador ejercita las dos jurisdicciones, política y militar, y el resto de los vecinos ascendía a 2.000 personas, sin contar los esclavos, que pasaban de 500. Las costumbres de los Colonistas eran muy semejantes a las de los habitantes de su matriz, el Río Janeiro, -7- aunque habían tomado no pocos usos de los españoles, con quienes trataban con mayor frecuencia, Su única industria era el contrabando, por medio del cual introducían toda clase de géneros comerciables, muchos esclavos, y extraían cantidades inmensas de plata, la mayor parte con fianzas de nuestro comercio, y algunos cueros.

D. Pedro de Ceballos, para arrancar de una vez la raíz que había producido tantas discordias entre las dos naciones, y quitar a los portugueses toda esperanza de nuevas solicitudes, tomó el extraño partido de reducir la colonia del Sacramento a un desierto espantoso, cubiertas sus calles de escombros y maleza. No satisfecho aun su ardiente celo con la inútil ruina de tan preciosa plaza, que podía conservarse sin aquel arbitrio, trató también de cegar el puerto, echando a pique dos o tres embarcaciones, cuyo efecto inutilizaron felizmente las rápidas corrientes del canal. En el día se piensa con otra moderación, y el Gobierno da sus providencias para restablecer este pueblo, cuya agradable situación es ventajosísima para el comercio y la agricultura.

Puerto de la Colonia

El puerto es una pequeña rada de la costa en forma de media luna, cuyas dos puntas tendidas NO, SE, dejan una abra de cinco millas, y una de fondo. La pequeña isla de San Gabriel, nombrada así por Sebastián Gaboto en su segundo viaje al Río de la Plata, cubre su medianía, y la defiende de los pamperos, que son temibles. De ella sale una restinga de piedras que velan en vaciante, y después un banco de bastante extensión, entre el cual y la punta del SE, sobre que se halla la población, queda un canal espacioso de cinco brazas de agua, que es la entrada más segura del puerto. De la otra punta del NO, en que está el Real de San Carlos, sale otra cáfila de piedras, o pequeñas islas, que llaman, Muleques las primeras, y de los Ingleses las segundas; las que, avanzando al S contra

San Gabriel, quieren cerrar, o cierran del todo, la boca de la rada, a lo menos para embarcaciones grandes. Su fondo, ni baja de una braza, ni sube de cinco, siendo su calidad lama no muy suelta, y no del todo mala tenazón. Doblada la punta del Real, algo distante de la costa, se halla una porción de peligrosos bajos y vigías, que nombran los Hornos, y como al O de San Gabriel, el Farallón. No se logró determinar por observación la situación de la Colonia, pero demorando al E 14° N, distancia 10 leguas del Buenos Aires, según -8- relevaciones hechas en tiempo claro, que descubren las torres de los dos pueblos, dedúcese estar en 34° 25' de latitud austral, y 3 horas 52 minutos de tiempo al occidente de Greenwich, que es longitud contada, por el meridiano de la punta occidental de la Isla del Fierro, 320° 11'.

En la idea, como se ha dicho, de seguir a Montevideo por tierra, se desembarcaron varios de los oficiales, y el bergantín continuó su navegación, permaneciendo a su bordo los dos Ministros de Real Hacienda, y algunos otros para custodia de los caudales y demás pertrechos. Un alférez, ayudante del comandante de la colonia, (el capitán de Dragones don Miguel Fermín de Riglos, que se hallaba ausente) nos franqueó de los caballos del Rey, de que tienen siempre buena porción en todos estos destinos, para las urgencias del servicio, y de una calesa para don José Varela, y nos pusimos en marcha como a las 3 de la tarde del mismo día 30 de diciembre.

Tenían los portugueses en el corto ruedo de la colonia algunas huertas, que cultivadas cuidadosamente, no sólo abastecían la plaza de todo género de legumbres y frutas, sino que les servían también de notable alivio e inocente desahogo en las estrechuras del bloqueo. Conservadas éstas, aunque con mucha negligencia y abandono, por un corto número de familias españolas establecidas allí nuevamente, nos hicieron la salida divertida, mitigando algún tanto los ardores del sol con su amenidad. Cruzamos después la pequeña laguna de los Patos, que hallamos medio seca, y era el término de la colonia. Siguióse una legua de aquí el arroyo nombrado el Rosario, y a las seis siguientes el Sauce, donde había una guardia de un cabo y tres soldados, y mudamos caballos. En el Sauce se vieron muchas capibaras, cuadrúpedo muy común de esta América, del tamaño de un perro, la cabeza de liebre, hocico obtuso, labio hendido, con dos dientes incisivos arriba, y otros dos abajo, por lo que pertenece a los glires de Linneo.

Del arroyo del Sauce, llamado así por los muchos y frondosos árboles de esta especie que adornan sus riberas, pasamos al de Colla, tres leguas distante, en el cual había media docena de ranchos de paja, y una capilla donde oía misa la gente del pago. A las otras dos leguas llegamos al del Rosario, distante en todo doce leguas de la colonia, al rumbo del E, corregido de variación magnética, como hablaremos siempre en lo sucesivo. Aquí tiene el Rey una de sus mejores estancias, donde se juntan a veces al pie de 20.000 caballos, -9- y no pequeña porción de ganado. Lo llano y abierto del terreno, la excelencia de sus pastos, y las muchas aguadas de arroyos perennes, con la considerable extensión de sus dehesas de 4 leguas de frente y 8 de fondo N S en el centro de la provincia, lo han hecho elegir para potrero y depósito general, de que se surten las tropas, los regimientos, y se provee a toda clase de expediciones militares y del

servicio. La Real Hacienda compra comúnmente estos caballos por el precio de 3 a 4 pesos corrientes cada uno: se hierran, cortándoles la punta de la oreja izquierda, que es la marca ordinaria de los reyunos, y se echan en esta estancia hasta que llega el caso de emplearlos.

Arroyo de Santa Lucía y Canelones

Durante la noche hicimos mansión en el Rosario, y a la mañana con caballos de refresco pasamos al pueblecito de San José, situado sobre el arroyo del mismo nombre, habiendo caminado 8 leguas como al ESE. En la travesía cortamos otros varios arroyos, entre los cuales se distinguían como más notables, los de Cofre, Pabón y Luis Pereira, nombres que tomaron de los primeros estancieros o pobladores del territorio, según la costumbre primitiva de la América. Todos estos arroyos que hemos nombrado, corren generalmente de N a S, y son tributarios del Río de la Plata. De San José fuimos a dormir a Santa Lucía, otro pequeño pueblo recién establecido en la banda oriental del río, o arroyo considerable de que toma su denominación, y dista otras 8 leguas del primero, al mismo rumbo del ESE. De aquí, con los mismos caballos que sacamos de Cofre, y no tuvimos proporción de mudar, nos dirigimos el 1.º del año de 1784, a Montevideo, que dista otras 12 leguas al SE de Santa Lucía. En el camino se atravesaron dos arroyos más: el uno llamado de los Canelones, que se forma de dos brazos, y el otro del Colorado, gajos todos, igualmente que el de San José, del Río de Santa Lucía, el cual tiene su origen 60 leguas al NNE, en los cerros del Campanero y de Berdun, inmediaciones del pueblo de la Concepción de Minas, y derrama también en el de la Plata.

Arroyo del Yí y Río Negro

Estos cerros del Campanero y Berdun, dándose la mano con otros -10- que siguen más al N, las Asperezas de Polanco, y los Cerros de Hillescas, forman las vertientes del Yí sobre el paralelo de los 33º y minutos. Este sigue después al NO $\frac{1}{4}$ O como otras 60 leguas hasta encontrar el Río Negro, llamado así por la particular obscuridad, que parece dar su fondo a sus cristalinas y delgadas aguas, el cual viene del NE de las cercanías de Santa Tecla; y después del dilatado curso de 80 leguas, fluye en el Uruguay no lejos de Santo Domingo Soriano. Desde esta villa a la boca del arroyo de Santa Lucía, hay un tramo de costa de otras 80 leguas, con dirección casi invariable del SE; y de ellas las 30 primeras pertenecen al referido Uruguay, que se junta con el de la Plata por la isla de Martín García. Por lo que se acaba de referir se ve que el Río Negro y el de Santa Lucía, con sus cursos paralelos, y el Yí con el suyo, también paralelo a la costa del gran Río de la Plata, cortan una vasta península de la figura de un trapecio, la cual se halla cruzada por su medianía, de una cuchilla de montes, tendida en la misma dirección de la costa, dividiendo las aguas que la riegan a mediodía y septentrión. Esta cuchilla

sale después por entre las cabeceras del Yí y Santa Lucía, que hacen como el istmo de la península, y va a unirse, formando la figura de una T, con la gran cuchilla que, desde el Pan de Azúcar y Sierras de Maldonado, sigue dividiendo aguas a oriente y occidente, por Santa Tecla, Monte Grande, y aun penetra hasta los contornos de la ciudad de San Pablo, en la latitud de 23° 30' meridional.

San José y Santa Lucía

Los pequeños pueblos de San José y Santa Luía, son dos recientes establecimientos, que el celo del Señor Vertiz acaba de formar de las familias asturianas y gallegas, venidas poco antes con destino a poblar la costa patagónica. La Corte, desengañada en fuerza de costosas tentativas, en que se expendieron inútilmente muchos miles de pesos, y de una larga experiencia de cuatro años, que hizo evidente ser dicha costa de Patagones inhabitable, así por la inutilidad de sus puertos, como por la esterilidad de su terreno, con suma escasez de agua y leña, dos cosas de primera necesidad para la subsistencia de las gentes, determinó con acierto, en 1783, levantar o suspender los tres establecimientos que se habían formado, en Río Negro, Puerto de San José y Bahía sin Fondo, o de San Julián. De aquí viene el origen de los pueblos de San José y Santa Lucía; pues aunque sus principios fueron un poco anteriores a la determinación referida de la Corte, mas ya esta se había dejado traslucir en diferentes providencias e informes, que aseguraban ser esta la idea -11- de Su Majestad, y dieron margen al Señor Virrey para obrar con anticipación, dando este destino a aquellas familias, que muchas de ellas, ni aun llegó, el caso de pasar a Patagones.

Cada uno, pues, de dichos pueblos se compone como de 50 a 60 de las referidas familias de maragatos, las cuales, bajo de la dirección política de un sargento que las gobierna, viven en otros tantos ranchos, que ellas mismas se han construido al estilo del país, de paja, totora o espadaña, y de las maderas de coronilla, tala, mataojo, y otras de que están vestidas las márgenes de aquellos arroyos. Tienen también su capilla, y un sacerdote religioso, encargado de las funciones espirituales. Su ejercicio diario es la agricultura, cultivando cada individuo la chacra, o suerte de tierra que le cupo en la distribución hecha del distrito señalado al pueblo. Este por ahora se reduce a la corta extensión de una legua, o poco más, en contorno: mas la situación es ventajosa y de vista agradable, como escogida a propósito en campañas tan dilatadas y la calidad del terreno, la más pingüe, fértil y amena. Pero como estas colonias se hallan tan a sus principios, son también muy cortos los progresos de sus habitantes.

Guadalupe y Canelones

En el arroyo que hemos nombrado de los Canelones, hay también otra pequeña aldea, llamada Nuestra Señora de Guadalupe, compuesta asimismo de otras 70

casas, de paja cortadera y puntales; a excepción de dos recién construidas de cal y piedra, pero todas hechas con algún más primor: el que consiste no sólo en la distribución de ellas más acomodada, sino también que, para darles mayor consistencia y lucimiento, embostaron las paredes con una mezcla bien batida de bosta, o estiércol de caballo, y tierra, y blanqueándolas después con cal ordinaria, quedan las habitaciones abrigadas y decentes, y pueden durar de 15 a 20 años, con solo el cuidado de repararlas de cuando en cuando. La iglesia es de lo mismo: las calles tiradas a cordel, con una gran plaza, y dista de Montevideo 9 leguas al N. Guadalupe tiene de antigüedad desde el año de 1778. Su vecindario sube a 2.500 individuos, entre criollos, europeos y maragatos, de los cuales muchos moran en sus estancias fuera del pueblo. Dentro de su corto recinto se contaban hasta 12 pulperías, en que se vende vino, aguardiente, miniestras y otros comestibles, y alguna ropa de cargazón: y como esta especie de tráfico sea de bastante ventaja, y algo más el de la compra y faenas de cueros, son estos ramos a los que -12- más se dedican los habitantes, desatendiendo en gran parte la agricultura, y reinando mucho la holgazanería u ociosidad, el juego de naipes y otros vicios. Los campos son fertilísimos, y de pastos tiernos y substanciosos para toda clase de animales y ganados. El arroyo dista como una milla de la población, y está sujeto a considerables crecientes, que no se puede pasar la mayor parte del año sino en canoa. Sus orillas abundan del árbol que llaman canelón, de que toma el nombre, de coronilla, espinillo, y frondosos sauces. En el Cura de los Canelones residen las dos facultades, espiritual y temporal o civil, y su jurisdicción se extiende a las capillas de Santa Lucía, San José, Pando, y otros arroyos del pago. Sus rentas y obvenciones, que no bajan de 2.000 pesos, le abastecen de lo necesario, y le dan para mantener un teniente de cura; mas la iglesia no dejaba por eso de estar pobremente servida, y hasta con indecencia: abuso intolerable, digno de reparo. En el Colorado, Arroyo de las Piedras y Migueletes, hay también sus capillas, pero estas pertenecen ya al curato de Montevideo.

Estancias

Toda esta península, de que hemos hablado, se halla poblada de multitud de grandes estancias, de la propiedad de los particulares de Buenos Aires y Montevideo. La extensión de cada una es diferente: las más comunes tienen de 4 a 6 leguas de frente, y tanto o poco más de fondo; pero las hay también mayores de 8, 10, y hasta de 15 y 20 leguas, como las de Alzaybar, Viana, Aguirre, García, y otros sujetos hacendados, que adquirieron derecho a tan vastos territorios, denunciándolos como baldíos, y pasando después a tomar de ellos posesión, colocando varios ranchos en aquellos parajes más dominantes, y hacia los ríos o arroyos, que les servían de límites en virtud de un título o despacho de propiedad expedido por el Gobierno, en aquellos primeros años que empezaban a poblarse aquellas ciudades. En el día sería muy conveniente dividir estas grandes comarcas, a que nunca puede atender un vecino solo, en suertes más pequeñas y razonables, y repartirlas a los demás. La agricultura y cría de ganados se

fomentarían por este medio, y el Estado se interesa bastante en esta determinación.

Con todo, en dichas estancias se cría un sin número de ganado vacuno, lanar y de cerda, y animalada no menos considerable, mular y caballar. Hay estancias que, alimentan 20, 30 y 40.000 cabezas, -13- y aun las hay hasta de 80 y 100.000. Estos animales tienen de sí la inclinación de vivir juntos; andan comúnmente en tropillas crecidas, o manadas de 4, 6, 8 y 10.000 cabezas, a que llaman rodeos. Estos se aquerencian en los cerros más elevados, en las lomas de mayor meseta, y valles espaciosos. Allí pasan las noches reunidos, abrigados de la inclemencia de los tiempos, y libres de los insultos de los tigres, perros cimarrones, y otras fieras de que abunda el país, y que respetan siempre la estrecha unión de aquella gran república. Los estancieros se valen de esta propiedad del ganado para amansarlo y tenerlo sujeto. Sus peones salen a repuntarlo dos o tres días cada semana: lo corren de todas partes, ojeando y dando voces, lo procuran volver sobre aquellos lugares más ventajosos, donde está iniciada la querencia. Le dan varias vueltas, y de este modo lo acostumbran a un cierto número de rodeos en cada estancia, lo cuentan con facilidad, y el ganado se domestica, no extraña la gente, se deja gobernar al arbitrio de su dueño, y no rebasa jamás los términos de su jurisdicción.

Hierra

Todos los años por abril y mayo suelen herrar la cría del anterior, que regularmente sube a la cuarta parte del total, y aun al tercio, en años fecundos, y en estancias de buenos campos, donde cuidan de conservar las hembras, y procuran por todos medios el fomento y la multiplicación; quemando a tiempo los pastos duros y malezas, para que retoñen nuevos y tiernos; proporcionando al ganado muchas y buenas aguadas; y sobre todo, exterminando las fieras que lo destruyen. La hierra es una de las operaciones más célebres de las estancias, y para ella se convidan comúnmente todas las gentes del pago. El ganado se encierra a este fin en un gran corral, o cerco de estacas: los peones de a caballo, van sacando uno a uno los animales, enlazados por las astas, y al salir por la puerta, otros peones de a pie, que se hallan allí apostados, les tiran el lazo hacia las manos o pies sobre la misma carrera, y haciendo hincapié, asegurado el lazo con media vuelta dada al cuerpo, voltean la res, sea vaca o toro, con una violencia increíble, y no menos destreza. A este tiempo llega otro peón, le aplica la marca caliente, y aflojando los dos lazos, la dejan ir libre. De este modo con una docena de hombres hierren en un solo día sobre 200 cabezas; y por el mismo estilo marcan los caballos, de que resulta que pierden muchos, y los más quedan estropeados. En estas ocasiones suelen también practicar la castración; y los novillos por su gran cuero, mucha grasa, sebo y buena carne, rinden sin comparación mayor utilidad que los toros.

Faena de cueros

La faena de cueros es otra de las maniobras comunes y vistosa de las estancias. Cuando la intentan, se destinan 10 ó 12 peones, de los cuales el uno va delante desgarrando los toros a la carrera, con una especie de cuchilla de acero bien templado, que por su figura llaman media-luna, engastada en una hasta de 3 a 4 varas de largo. Otro sigue después acodillando los mismos animales que encuentra, ya tendidos por el primero con un chuzo largo y delgado, a manera de daga, para no ofender los cueros; y los otros finalmente se emplean en desollar y sacar la grasa y sebo, único despojo de la res que se aprovecha. Los cueros, Conducidos después a la estancia, si no lo hacen allí mismo, los tienden y estiran bien por medio de algunas estaquillas, para que se sequen mejor y más pronto; y últimamente los apilan en paraje alto, libre de humedad y ventilado, teniendo además la precaución de apalearlos de cuando en cuando, para preservarlos de la polilla, a que son muy expuestos. En estas matanzas se deben reservar las hembras, y así está mandado, a lo menos hasta la edad de 10 a 12 años, que son fecundas: después se esterilizan, y se pueden matar. Los toros también de la mitad de este tiempo se separan de las vacas y demás ganado nuevo, y andan apandillados en grandes porciones, lo que facilita mucho la faena de cueros. En las estancias bien arregladas, en aquellas pobladas ya de ganado con proporción a sus pastos, la matanza, o saca debe ser igual a la cría del mismo año, sin respeto a las hembras, ni más atención que la de que recaiga su efecto sobre los animales de marca y de mayor edad. De otro modo el excesivo número desbastaría bien pronto los terrenos propios, y no sirviéndole entonces de freno la querencia por falta de alimento, rebosaría a manera de un torrente por todas partes: rompería los antiguos diques, y transmigraría a campos vírgenes, cubiertos de yerba, dejando desierta y desolada la estancia a su imprudente dueño, que no supo tomar justas medidas. En los años secos se agrega a la esterilidad de los pastos la falta de abrevadero, aguadas, y se dobla el riesgo de la deserción de los ganados.

Lazo y bolas

Antes de dejar este punto, demasiado importante para que no hayamos de volver a él en el discurso de este diario, daremos idea del lazo y de las bolas, armas únicas y terribles de las gentes de -15- campaña, de que hacen un uso general, y con que practican la mayor parte de sus maniobras. El lazo no es otra cosa que un torzal fuerte y muy flexible, de dos, tres o cuatro guascas o tiras de cuero, y de 9 a 10 brazas de largo. En uno de sus extremos tiene una presilla de correa doble con su ojal, por la que se prende a la cincha del caballo; y en el otro extremo se le pone una argolla de hierro, como de dos pulgadas de diámetro, y bastante grueso, con que se forma el seno o lazo escurridizo, que se arroja las más veces sobre la carrera del animal que se pretende enlazar. Para esto el jinete lo revolea con aire sobre su cabeza desde alguna distancia, y cuando llega a punto, tira la malla abierta sobre la res, que persigue, y

corriéndose la argolla, se estrecha fuertemente el lazo y queda presa, ya por sus astas o cuello, que es lo más común, ya por algún pie o mano, y a veces las dos a un tiempo. En este caso se procura tener el lazo tieso, conservando siempre la distancia que permite; y ganando cuidadosamente en los diferentes escarceos del animal, hacia aquella parte que se desea conducir, se logra su efecto con facilidad. Otras veces, que el ánimo es matarlo para carnear, o sacarle el cuero, se aguarda a que se pare, lo que no tarda en suceder, bien con la irritación y cansancio, bien por la natural posición de toda bestia a ser conducida y arrastrada con violencia. El peón fía entonces a su caballo, sin recelo de ser confundido, el cuidado de no ceder un ápice de su ventaja, ni aflojar el lazo; lo que ejecuta el animal con rara lealtad, manteniéndose firme como un poste, o marchando, y aun corriendo cuando le es necesario, para llenar el objeto de su dueño. Y dando éste un gran rodeo, se acerca por detrás a su presa, y con el cuchillo, que jamás se le cae del cinto, la desgarreta y degüella a discreción.

Las bolas o libes, arma no menos sencilla y útil que el lazo, producen sus efectos a mayores distancias, con más seguridad y menos riesgo del jinete. Este ingenioso instrumento se reduce a tres piedras redondas y sólidas, retobadas en cuero, y unidas después las dos de ellas por un torzal, como de tres varas de largo, de cuya medianía pende la tercera, que es menor que las otras, por medio de otro torzal de la mitad más corto, de forma que quedan las tres a igual distancia del centro. Su tamaño es diferente según el destino: las que emplean para el ganado mayor, son como balas de a 4; para los venados y avestruces son menores, y aun las hay hasta de la magnitud de balas de fusil, de que suelen usar para las aves. Algunos las tienen de hierro o plomo; otros de madera: aquellas abultan menos y duran más, pero tienen el inconveniente de romper los huesos, y quebrar las piernas a los animales. Estas se destruyen pronto, mas tienen la excelencia sobre todas, porque saltan más, y con sus rebotes facilitan tiros más largos y seguros, y conservan el ganado -16- sin lesión, por cuya causa se sirven de ellas para los caballos. Los torzales deben tener el grueso proporcionado a las bolas, y además ser muy sobados y flexibles, para que puedan girar en cualquier sentido, y a este fin los enseban frecuentemente, conservándolos escurridizos, correosos, y nada expuestos a faltar en las ocasiones. Los libes alcanzan a la gran distancia de 50 a 60 pasos naturales, y aun más, según la pujanza y uso del boleador, que es doble o triple de la del lazo, y por esta sola circunstancia le hacen una ventaja infinita. Se arrojan del mismo modo a la carrera, y a los pies de la fiera perseguida, para lo cual se toma la bola menor en la mano, llamada por esto manija, y revoleando las otras en círculo con violencia, se despiden abiertas, cuando se logra proporcionar el tiro. Desde luego las bolas con su impulso toman dos o tres vueltas a los pies del animal, que se aprietan por instantes con su mismo peso y flexibilidad de los torzales. El animal, que, embravecido con aquel estorbo, procura desembarazarse a fuerza de saltos, coces y corcovos, se las estrecha y liga más y más, hasta que, rendido y amarrado fuertemente con diversos enredos y ligaduras, cae en tierra al arbitrio del sagaz enemigo, que dispone de él a su salvo conducto, triunfando por todas partes la razón de la fuerza.

Ninguna especie de animal, o fiera se puede librar de semejante arma, hasta las aves del cielo se ven muchas veces detenidas en medio de los aires, a pesar de su velocidad; y perdido el uso de las alas, y agobiadas del peso, caen a los pies del nuevo y diestro cazador. Mas, como el hombre ha sido y es en todos tiempos el mismo, también ha convertido ahora, como en otra era, en su propio daño, los instrumentos de tan feliz invención; y se hacen muchas muertes y robos con las bolas y el lazo. Con este se arranca del caballo al mejor jinete, y arrastrado con violencia y furor, perece sin defensa: con aquellas, perdida la menor distancia por la fuga, se bolea el caballo y detiene, y por un efecto de la más fatal execración, se abusa siempre, de los medios de la mejor industria. Una milicia constituida sobre el pie de montura, lazo y bolas de los gauchos, o gauderios, (así llaman a los hombres de campo) por la ligereza de estas armas, nada expuestas al orín, que excusan el peso y gasto de las municiones, su segura prontitud a obrar en todos tiempos, secos o de lluvia; y finalmente, por su mayor alcance, nos hace presumir podría sacar alguna ventaja sobre el sable de la caballería de Europa, en algunas circunstancias de la guerra, no tiene duda que sería utilísima; y a lo menos la novedad no dejaría de sorprender y causar su efecto en las primeras funciones. La fogosidad de los caballos europeos no sabría conservar su formación a los pocos tiros de bolas; ni el sable y la bayoneta impedir los estragos del lazo.

-17-

Capítulo II

Descripción de la plaza y puerto de la ciudad de Montevideo, su población, habitantes, gobierno y comercio. Navegación de las lanchas a Buenos-Aires, y derrota de los navíos para entrar y salir en el Río de la Plata.

Hemos dicho que desde Santa Lucía nos dirigimos a Montevideo, y efectivamente, la misma tarde del día primero del año de 1784 conseguimos entrar felizmente en esta ciudad, por el portón del N, denominado el viejo, para distinguirla del nuevo, recién abierto hacia la parte opuesta del recinto, contigua a la costa del S. Cada uno de ellos tiene su tambor, pequeña fortificación que le defiende con su estacada. Para seguir el sistema que nos hemos propuesto, de describir los pueblos de nuestro tránsito, dando todas aquellas noticias útiles que nos sean accesibles, como prescriben las instrucciones, haremos la descripción de esta plaza según su estado actual, exponiendo sus principios, progresos, el número y calidad de sus habitantes, su gobierno político y militar, su comercio; y daremos una idea amplia de su puerto, de los escollos que hay dentro y fuera de él, de la navegación que practican las lanchas del Riachuelo; y últimamente, de la derrota que podrán tener los navíos en todos tiempos, para entrar y salir con alguna más seguridad en el Río de la Plata.

Montevideo

Se dijo arriba que desde la maravillosa propagación del ganado, que produjo la notable fertilidad de estas campañas, fueron siempre estos territorios objeto digno de atención para las naciones de Europa. Efectivamente, esta nueva mina de los cueros, cuyo beneficio más fácil estaba también más expuesto a los tiros de la codicia extranjera, por su mayor inmediación a las costas del mar, dando nuevo impulso a los poderosos atractivos del oro y de la plata, animó el deseo de establecerse en las Américas, y llevó a los vasallos de otras coronas a dirigir sus tentativas por esta parte. Los puertos de Montevideo y Maldonado, que eran los primeros, por no decir, los únicos, que ofrecían la mejor proporción en las márgenes septentrionales del Río de la Plata, empezaron a ser frecuentadas de los Franceses, que miraron de todo tiempo con buenos ojos tan agradable designio. Hacia los años de 1717, una escuadra española, destinada a exterminar los piratas que infestaban la mar del S, apresó dos navíos de esta potencia, que se habían introducido en dichos puertos, siendo su menor idea el contrabando. Los holandeses e ingleses no estuvieron más libres de estas tentaciones, y hemos visto que las ricas posesiones del Brasil no bastaron a contener a los portugueses dentro de sus límites. El éxito feliz y reciente de la colonia indujo a estos a renovar los intentos de extender sus dominios, que jamás han perdido de vista; y el año de 1723 enviaron un navío con tropa, artillería y 200 hombres de tripulación, para apoderarse de las radas de Montevideo. Noticioso de esto don Bruno de Zabala, gobernador entonces de Buenos Aires, les hizo abandonar su proyecto, empleando los medios de la fuerza, después de haber tentado inútilmente los de la suavidad. Nuevo descuido en asunto de esta importancia podía arrastrar funestas consecuencias, y para precaverlas se llevaron a debido efecto las órdenes del Rey, en cédula de 1720, para poblar y fortificar aquellos puertos, trayendo con este fin suficiente número de familias de la península y de las Islas Canarias. Este es el origen de estos dos pueblos, y no otras las causas que motivaron su fundación. Dejando ahora para el lugar que corresponde a Maldonado, pues debemos pasar por él, trataremos únicamente de Montevideo.

Este pueblo fue desde luego colocado donde hoy se ve, sobre la punta oriental de la ensenada. Cercose de un simple recinto, con dos cubos que defienden la playa que baña la misma punta a N y S. En el frente de tierra, sobre lo más elevado del terreno, se formó una ciudadela, que flanquea a uno y otro lado los dos portones que median entre ella y los cubos. Dicha ciudadela se reduce a un cuadrado regular de 4 baluartes con su foso, y un pequeño rebellin sobre la cortina exterior que mira a la campaña. Hacia la marina tiene también un hornabeque, o frente de fortificación llamado San José, dirigido al pueblo, y cubierto igualmente de otro rebellin. Sus dos alas terminan en figura circular, y pueden defender la entrada del puerto. Todas estas obras son de cal y piedra; y en el día se hallan reparadas, y el recinto algo más flanqueado en toda su extensión, con diferentes flechas y algunos semi-baluartes. La ciudadela sólo ha padecido notable quebranto, y las tierras del terraplén están para reventar la escarpa, talvez por falta de declivio. Todo el espacio que

incluye el recinto, se halla cruzado por su medianía de una loma de mayor altura, en la dirección de NNE a SSO: y como reinan los vientos con más frecuencia de la parte oriental, haciendo el temperamento, por lo común, desapacible, se ha cargado casi toda la población a la occidental, dejando al SE sin ocupar un vasto terreno. El casco de la ciudad se halla dividido en seis calles, tendidas al NE, y cortadas de otras seis al NO, quedando las cuadras, o isletas, -19- de cien varas de frente. Las casas son regularmente de barro y piedra, y muy pocas de cal, que suelen ser los de un alto. Estas las ocupa la gente de conveniencias, y son de alguna más comodidad: las otras se reducen únicamente a cuartos a la calle, cuando más con alguna división y patio. La plaza, que no deja de ser capaz, se halla contigua a la explanada interior de la ciudadela; y en su testero principal está sentada la iglesia matriz, que sirven entre dos sujetos, vicario y sacristán, con bastante pobreza y desaseo. El convento de San Francisco, inmediato al fuerte de San José, se halla sobre un pie de mayor decencia, y tiene sólo 10 ó 12 individuos bajo la regla de la observancia. Extramuros hay también diversas capillas en los diferentes arroyos del distrito de Montevideo, sufragáneas todas de la matriz, para la asistencia espiritual de la gente de la campaña que se halla muy poblada hasta la distancia de 10 a 12 leguas, y aun más.

El vecindario de Montevideo asciende en el día a 8.000 almas, cuyo mayor número vive fuera del pueblo en sus chacras y estancias, cuidando de sus sementeras y hortalizas que cultivan en las primeras, o de los ganados que crían en las segundas. Los que moran dentro de la ciudad pueden dividirse en tres clases: hacendados, comerciantes y artesanos. De la primera apenas se cuentan de 15 a 20 personas, y de ellas la mitad se halla sobre un considerable fondo de riqueza, abrazando entre sí, con sus dilatadas estancias, casi todo el término de Montevideo, que se extiende en partes a 70 y 80 leguas. Los comerciantes pueden asimismo considerarse bajo dos aspectos: los unos, que hacen el comercio por mayor directamente con la península, y son por lo regular apoderados de las casas fuertes de Cádiz; y los otros, que trafican por menor en tiendas y pulperías. De unas y otras está llena la ciudad; no hay casa donde no se venda algo, causando no pequeña admiración, que puedan subsistir en país tan caro, y de tan corto número de habitantes. Los artesanos son por lo común de la tropa o marinería de los navíos, y por consiguiente, transeúntes y de poca habilidad: con todo se hacen pagar exorbitantemente sus obras.

Su término

El distrito de Montevideo termina por la parte meridional en el Río de la Plata, mas por la septentrional se extiende al fuerte de Santa Teresa, sobre el Chuy, la Laguna de Merín, el Piratiny, -20- el fuerte de Santa Tecla y el Río Negro. En el Gobernador residen las dos jurisdicciones, política y militar, y tiene a sus órdenes un Sargento Mayor, que le sucede en ausencias y enfermedades. Además de esto, hay un Cabildo compuesto de dos Alcaldes ordinarios, un Alguacil mayor, un Alférez real, y cierto número de Regidores, cuyos empleos se dan todos los

años entre los vecinos a pluralidad de votos, en la forma acostumbrada, excepto los de Alguacil mayor y Alférez real, que poseen, ha mucho tiempo, dos sujetos por beneficio. Hay también un Oficial real, encargado del manejo de la Real Hacienda, el cual depende en un todo del Super-Intendente General del Virreinato, que reside en Buenos Aires: mas esta plaza debe suprimirse por la nueva ordenanza de Intendentes que se acaba de publicar este último año de 1783. En el anterior de 1773 se establecieron de orden de Su Majestad una aduana y resguardo, que cuidan, aquella de la exacción de los derechos reales, y éste, de evitar los contrabandos, conforme a sus particulares y respectivas instrucciones. Posteriormente se estancaron los tabacos y naipes, y establecieron a consecuencia sus correspondientes oficinas, bajo la conducta de un Director general, encargado de esta comisión para todo el reino. La guarnición ordinaria de Montevideo se reduce a un regimiento de infantería, dos compañías de artilleros, y un pequeño destacamento de dragones, mandados cada uno de estos cuerpos por su comandante natural. Los vecinos se hallan también repartidos en asamblea. Los primeros tienen a su cargo las expediciones de la campaña: los segundos refuerzan la guarnición en caso de necesidad, para mayor custodia de la plaza; y así esta, como la infantería veterana, hacen siempre el servicio montados, cuando se trata salir fuera del pueblo, obligando a ello las grandes distancias. también suele haber uno o dos oficiales de ingenieros, encargados de conservar las obras de fortificación y edificios públicos. De todo tiempo el comercio de Montevideo estuvo reducido al renglón solo de los cueros, que nunca dejó de ser de bastante entidad. En los primeros años, antes de la fundación de las estancias, el ganado inundaba los campos hasta los ruidos del pueblo. Los vecinos obtenían permiso del Gobierno para entablar sus faenas de cueros, cediendo la quinta o tercera parte de los que hacían, para los gastos públicos de la provincia, como propios de la ciudad. Los pagos, a que se extendían estas licencias temporales, tomaban desde luego el nombre de los interesados, y la repetición de nuevas prórrogas les adquiría un cierto derecho exclusivo, que pasó fácilmente a -21- propiedad legítima, autorizada por el gobierno, cuando, exterminado el ganado alzado o montaraz, se vieron en la necesidad de entablar crías metódicas y arregladas. Este es el primitivo fundamento de las estancias; y la denuncia de los terrenos baldíos en tiempos posteriores es el segundo, como ya dijimos. Las leyes de Indias, y la nueva ordenanza de Intendentes prescriben sabiamente esta práctica, como la más propia para poblar el país, dar fomento a la agricultura, vigor y estabilidad al comercio. Sin embargo de esto, se ve desierta toda la sierra, las dilatadas vertientes de la Laguna de Merín, los espaciosos llanos de Santa Tecla, y las frondosas riberas del Río Negro: todo lo que no es sino con notable perjuicio de la nación, y provecho de los portugueses, que no dejan de hacer correrías en estos despoblados, robando los ganados, y los cueros de los que no pueden conducir. La preocupación, o idea impracticable, de querer preservar este ganado de la sierra para las expediciones militares, y surtir las estancias del Rey, sacándolo o tomándolo por medio destructivo de las vaquerías, impide todo el efecto de aquella prudente máxima de la legislación, y en adelante no dejarán de ocurrir nuevas pruebas de este principio.

La población y el comercio de Montevideo han tenido sensibles adelantamientos: desde el establecimiento de los correos marítimos de la Coruña, de donde entran en sus puertos a lo menos seis cada año. Mas los últimos y más rápidos progresos los debe al reglamento del comercio libre del año de 1773. Esta es la época más feliz para Montevideo, que le causa todos los días mayores aumentos, y le da nueva energía. Sus huecos se llenan por instantes de casas suntuosas, de miradores y obeliscos: se multiplican, lo que no es creíble, las hermosas y agradables chacras y quintas del fertilísimo arroyo de Migueletes; y con los navíos, que no cesan de arribar a sus playas, crece el número de sus colonos, el giro toma nuevo aliento y mayor extensión, y Montevideo concibe fundadas esperanzas de una futura grandeza, émula de su capital. La circunstancia sola de su puerto, único en todo el Río de la Plata, que puede admitir embarcaciones de porte, le ofrece todas las proporciones ventajosas que acabamos de apuntar, haciéndole la primera puerta de comunicación de los dos virreinos de Buenos Aires y Lima. El comercio de Cádiz, aburrido de la peligrosa y dilatada navegación del Cabo de Hornos, desde que tiene libertad, ha empezado a girar por esta vía, mucho más fácil y segura, sus cuantiosos intereses a las ricas provincias interiores del Perú; y es de admirar no se hubiese franqueado antes este camino, desde la feliz conquista de aquel poderoso reino. Las fuertes preocupaciones con que se estaba prevenido -22- a favor del comercio exclusivo, y que procuraba mantener la insaciable codicia de algunos particulares, especialmente los de la Ciudad Imperial, como más interesados, no fueron el menor embarazo de esta empresa, a que se puede agregar la dificultad casi insuperable del tránsito por la Cordillera de Chile, que, cerrándose con las nieves, impide los transportes la mayor parte del año. Como quiera que sea, esta carrera se halla en el día más trillada que nunca, y la experiencia de su utilidad, aunque disminuida considerablemente por un efecto indispensable de las últimas funestas revoluciones de esta América, que tardará mucho tiempo en repararse, va ahogando los sentimientos del partido contrario al comercio libre, y manifiesta cada vez más lo acertado de aquella resolución.

Puerto

El puerto de Montevideo es una ensenada que forma la costa septentrional del Río de la Plata a manera de herradura, con dos puntas salientes, la una de San José, y la otra de Piedras, que se proyectan al NO: distan entre sí 4 millas, y dejan una capacidad de 5 a la ensenada que interna al N, ensanchando alguna cosa más que por su boca. De esta, su menor fondo de 13 pies disminuye progresivamente hasta la playa de arena, que sale, por donde más, un par de cables. En lo restante, su calidad es un fango, o lama tan suelta, que los navíos suelen entrar a fuerza de vela para penetrar bien adentro, con particularidad aquellos que han de permanecer temporada en el puerto, que no se creen seguros sino llegan a encallar en el fango hasta los 10 a 12 pies de agua: y de esto no tienen jamás el menor recelo, porque las mareas que son crecidísimas y frecuentes en todo

el año, aunque sin guardar otro período determinado que los vientos SE y SO, dan siempre oportuna facilidad de salir a la espía. El año de 1776 el navío Santo Domingo, que mandaba el capitán de la misma clase don Martín Lastarria, perdidos los cables sobre un tiempo deshecho del SSO, se fue, como llaman los marineros, al garete, esto es, a discreción de las olas, y varó en la costa de Migueletes, hacia el fondo de la rada, en 12 pies de agua, quedando a la vaciante en solos 3. Por algunos días se dudó si se podría sacar, pero las considerables mareas que siguieron de allí a poco, facilitaron ponerlo en franquía, aun sin haberlo alijado sino muy poca cosa. Tanto cuanto más suelta es la lama, tanto peor es la tenazón, y se -23- garra con tanta mayor facilidad, de modo que no basta la precaución de engalgar las anclas.

Cables de guembé

Los cables se cuecen también con el fango, y quedan inútiles a los pocos meses de servicio. Sería muy conducente emplearlos de la cáscara del guembé, árbol parasítico, que abunda sobre los ríos Uruguay y Paraná, y no está sujeto a aquel inconveniente. La marina los debería solicitar de los pueblos de Misiones, que no usan de otras amarras y sirgas en sus barcos; y la experiencia no les ha dado jamás lugar de arrepentirse. La estopa que estos pueblos hacen también del cardo caraguatá, a la propiedad de no podrirse añade la excelencia de no necesitar de alquitrán o brea para las costuras bajas del fondo de las embarcaciones, que están siempre dentro del agua: es de creer haga no pocas ventajas a la de cáñamo, y a lo menos pueda remediar un apuro.

Escollos

Sobre la referida punta de Piedras yace el célebre Monte-Video, llamado así, no tanto por su altura, que le descubre a larga distancia, cuanto por la gran planicie de las tierras que le rodean, haciéndole aparecer más alto. La dicha punta es formada de varias restingas de piedras, que avanzan algunas hasta una milla de distancia, y en general toda la costa del cerro es muy sucia. Como al NO de la rada, y a una legua corta del muelle, se ve una pequeña isla, que tal vez sea la que Sebastián Gaboto nombró de los Patos, y hoy se llama indistintamente de los Conejos, o de los Ratones, sin haber fundamento para esta o aquella denominación. Entre los Migueletes y los Mosquitos, únicos arroyos de la ensenada, salen, un cuarto de legua, otras rocas algo peligrosas, que solo velan en vaciante; y doblada la punta de San José, a un cable de tierra, hay una laja oculta, en que han tocado no pocas embarcaciones, por atracarse demasiado para no perder el barlovento. Sobre ella se solía colocar una baliza, que la violencia de los pamperos, a que se halla muy descubierta la rada, no deja subsistir, mas que por eso no es menos necesaria.

Aguas

En el fondo del puerto hacen las embarcaciones su aguada para lo cual tienen abiertas diferentes cacimbas sobre la misma playa, en que se filtra purificada de las partículas salitrosas y bituminosas el agua del Río de la Plata, que, mezclada ya en esta altura con la del mar, no se puede beber las más veces sin este beneficio. El pueblo se surte también de estos pozos, pero con preferencia de la fuente nombrada de las Canarias, cerca del Portón Viejo, cuyas cristalinas aguas, aunque escasas, son muy delgadas, digestivas, nutritivas y de otras virtudes excelentes. Dentro del recinto no hay más agua que una pequeñísima cascada de mala calidad, junto al muelle, y tres pozos en la ciudadela, de que no se hace uso, más que pueden suplir en la necesidad. Por la puerta del socorro tiene asimismo la ciudadela comunicación con otro corto manantial, que se halla sobre la explanada exterior, delante del Portón Nuevo, y que en esta última guerra se tuvo el cuidado de cubrir con una arca de bóveda a prueba, a fin de conservarla en caso de asedio.

Armadilla

En este puerto debe haber una fragata de guerra, y dos paquebotes de armadilla, que ha solido mandar en estos últimos años un capitán de navío de la Real Armada. El uno de los paquebotes va destinado a las Islas Malvinas, siendo su comandante al mismo tiempo Gobernador de aquel presidio; y al año es relevado por el otro, alternando los dos en este ejercicio. También hay en Montevideo dos oficiales del ministerio de marina, encargado de la cuenta y razón: otro de los ingenieros hidráulicos, para las obras que puedan ofrecerse de arquitectura naval; y últimamente, se acaba de nombrar por Su Majestad un capitán de puerto, que ejerza las funciones propias de este empleo con arreglo a ordenanza. El almacén, o arsenal de marina, tiene un repuesto de pertrechos para proveer a las embarcaciones en las urgencias, y regularmente está bajo la inspección del segundo comandante de la fragata.

Estaciones

Las estaciones en este clima son enteramente opuestas al de -25- Cádiz, y su temperamento algún tanto desigual: le excede poco en el frío y calor a sus respectivos tiempos. El termómetro de Nairne indica el máximo de uno y otro por los meses de julio y enero, con 45 y 85 partes de la escala de Fahrenheit. Aunque Montevideo se halla en la región que Mr. Halley llama de los variables, en su tratado de vientos, reinan no obstante la mayor parte del año las brisas de 1.º y 2.º cuadrante, pasando de una a otro según la estación actual de verano o invierno. En la primera

son frecuentes y peligrosas las turbonadas, o tormentas de rayos y truenos, aunque duran poco; y se ha experimentado que van a menos, desde que va a más la población. En la segunda son temibles los tiempos del SO al S, y aun SSE, ya por la furia de estos vientos que llaman pamperos, y la gruesa mar de travesía que levantan, ya por la tenacidad con que se entablan, durando a veces muchos días sin amainar, o ceder. En el derrotero de Pimentel se encarecen también como funestos los SE, en la primavera, esto es, desde setiembre hasta fin de año. Son muy oscuros, permanentes, pican la mar, toman la costa, hacen faltar las observaciones de latitud, y calman solo para venir, como de contraste, el pampero: bien es que, pasada la primera fuerza de este, se disipan los celajes y aclara el tiempo. Los meses de abril y mayo son los más serenos y benignos de este clima.

Fecundidad de las tierras

Fuera de estos extraordinarios, el país en general es de un temple apacible, muy sano, y sin enfermedad conocida. Su terreno pingüe de por sí, y regado de diferentes grandes arroyos, es de los más adecuados para el fomento de la agricultura. Los granos de primera necesidad, cultivados cuidadosamente, han llegado a producir hasta ciento por uno, aunque las regulares cosechas dan sólo de 25 a 30. Las semillas, o legumbres de toda especie, se dan asimismo con notable variedad y abundancia. Las hortalizas son por extremo tiernas, muy suaves y de un dulce exquisito. Las frutas no son tan generales, mas esto proviene de la desidia, u omisión de no plantarlas con aquella diligencia y cuidado que se requiere: aquellas con que se observa esta atención, como los duraznos, melones, sandías, higos uvas de parra, membrillos, manzanas, peras, y una especie de fresas, llamadas comúnmente frutillas, son de superior calidad y buen gusto. En Buenos Aires tienen particular estimación así las frutas como las demás producciones de la banda septentrional del Río de la Plata, -26- por la ventajosa diferencia que hacen en todo a las propias de aquel suelo, y el tráfico no deja de aprovecharse a su tiempo de esta industria. Abunda también el país en aves domésticas y de caza: entre aquellas se distinguen la gallina, el pavo, el pichón, por el jugo y suavidad de sus carnes, y entre estas la becacina y chorlito. Las demás, como las tórtolas, las torcaces, las perdices grandes y pequeñas, los patos, etc., son algún tanto sequeronas, recias y aun desabridas. La vaca y ternera son de lo que no hay semejante en Europa: los asados de la picana y malhambre, no han sido conocidos en las grandes mesas de los príncipes y señores. La primera es toda la parte superior de las ancas y principio de la cola, sacada con el cuero y asada sobre las brazas, con el sainete de un mojo, picante de ají: el segundo, se hace de los músculos oblicuos del abdomen entre cuero y carne. El carnero no es tan delicado, y el cerdo no se puede comer, a no tener el cuidado de cebarlo a parte, sin que se alimente de los despojos de los mataderos, como sucede comúnmente, los cuales dan al tocino, y aun a la carne, fastidioso olor, y peor gusto. La incuria de estos mataderos públicos, que están en los ruedos del pueblo, matando las

reses después de haberlas tenido muchos días encerradas en un corral, sin darles de comer ni beber, cansándolas y aperreándolas con la violencia del lazo, y por último, sin desangrarlas bien, quita a la carne todo su sabor, y le hace adquirir cierta nociva calidad acre, que produce no pocas veces grandes diarreas, y aun disenterías. Finalmente, el río no deja también de contribuir con variedad de ricos peces a las delicias del hombre en este ameno país, recomendable por tantos títulos. El pejerrey, el zurubí, el manguruyú, el pacú y el dorado, son sobresalientes, y de tamaño monstruoso en su especie. La lisa, la corvina, la pescadilla y el lenguado, no son menos estimables; y el cazón, el bagre, la tararira, el armado y otros menores, son los más ordinarios. Lo dicho basta para formar idea, no debiéndonos extender a mayor detal.

Lanchas del río

Como el puerto de Montevideo es, como dijimos, el único del Río de la Plata, se quedan en él todas las embarcaciones que vienen de España con registros para Buenos Aires y provincias interiores del reino. El transporte de los efectos se acaba, pues, de verificar -27- por medio de las lanchas del Riachuelo, cuyo destino principal no es otro, y el de volver cargadas de cueros para el retorno de las mismas embarcaciones, o navíos. De estas lanchas habrá como unas 30, las más de ellas armadas en goletas, otras en balandras y las restantes en bergantines. Su construcción es bastante fuerte y planuda, de modo que cargan mucho, calan poco, y resisten no mal los rocíos temporales y gruesas maretas del río, que no deja de ser achacoso.

En la derrota que siguen los patrones que las gobiernan, les dirige sólo la práctica, o conocimientos que tienen del tiempo, de las mareas, bajos, bancos y demás circunstancias esenciales a este objeto. Con arreglo a ellas atracan unas veces más la costa del N, otras las del S, conforme presumen de que lado deben soplar los vientos. La dirección de este tramo del río es al O $\frac{1}{4}$ NO, a corta diferencia; y así la navegación poco se aparta de esta línea en el viaje de ida y vuelta. La hora regular de su salida es a media tarde, y llegan antes de las 12 del día siguiente, si les favorece el tiempo: la venida de Buenos Aires suele ser más morosa cuando no reina el pampero. La sonda de los dos bancos de Ortiz y de la Ciudad, cuyos fondos tienen muy conocidos, es todo el norte de los patrones de lanchas; y su mayor desvelo, el bajo de la Panela, situado 3 leguas al 8 de la Punta del Espinillo, que es la oriental del arroyo de Santa Lucía.

Derrota de los navíos

Siendo nuestra profesión de marina, no podemos dejar a Montevideo sin delinear la derrota que podrán tener los navíos para entrar y salir en el Río de la Plata, con alguna más seguridad que hasta aquí: exponiendo todas

aquellas precauciones que una fatal y reiterada experiencia ha hecho considerar de mayor importancia, y que nosotros hemos verificado por nuestras propias observaciones, frecuentes viajes, y noticias de los mejores prácticos, desde el año de 1774, que es nuestra residencia en el país. Todas las cartas antiguas y modernas dan al Río de la Plata una boca de 40 leguas, entre los dos cabos de Santa María y San Antonio. Esta suposición poco exacta, y la situación aun más incierta de dichos dos cabos, representados como dos puntas agudas de la costa, terminantes y salientes, han dado, y aún dan todavía, mayor confianza que la conveniente a los náuticos que frecuentan esta navegación.

-28-

La punta oriental de la rada de Maldonado y la Isla de Lobos, poco distante de ella, sobre los 35° 2' de latitud, son las tierras más australes, de la costa de Castillos, como diremos adelante, y por consiguiente las que se deben tomar por el cabo de Santa María. El de San Antonio, que nadie hasta ahora ha descubierto, a pesar de las varias tentativas dirigidas a este fin, debe internar cuando menos sobre 25 leguas al occidente de la referida Isla de Lobos.

Las tierras por aquella parte son tan rasas, y la playa tan tendida, que las lanchas que fueron a su reconocimiento, después de haber navegado todo lo que les permitía su poco fondo, mandaron los botes, y sólo lograron descubrir en lo último del horizonte unos pequeños árboles, a que no se pudieron arrimar por falta de agua, y temiendo no quedar en seco en la vaciante. Los pilotos del Rey, que, navegando a las Islas Malvinas, se dirigen desde Montevideo al S en derechura, y no solo no descubren tierra, sino que van siempre aumentando de fondo hasta perder la sonda, nos han acabado de desengañar, en estos últimos tiempos, de la falsa situación del cabo de San Antonio en las cartas. Si hay, pues, alguna punta que se deba honrar con este nombre, consagrado ya por la antigüedad respetable, es la llamada de Piedras de Samborombon, al E de la Ensenada de Barragán, y la que sobresale también más de la costa de Buenos Aires, formando la verdadera boca del Río de la Plata, desde 22 leguas con la Punta Brava de Montevideo.

La Isla de Flores, recostada sobre la ribera septentrional y los peligrosos bajos del Banco Inglés, situados 11 millas al S de ella, estrechan aun más este espacio, y hacen más crítica de lo que se cree generalmente la entrada de este famoso río. Por fortuna, la sonda de este banco es bastante cierta, no menos que la de sus dos canales de lama, que deja al septentrión y mediodía, y los marineros hábiles no hacen poco caso de estas balizas. Una y otra se pican muchas leguas antes de la Isla de Lobos, sobre 50, 40 y 30 brazas, que disminuyen a proporción de la distancia. A las 13 leguas se suele encontrar un menor fondo de 13 brazas arena, que suele sorprender a los poco expertos, pero se acaba pronto. Sobre el meridiano de la isla se hallan 18 brazas, arena o lama, si en el banco o canal; y estos fondos descienden progresivamente hasta 7 y 6 brazas, que se estará ya entonces por la Isla de Flores, distante de aquella 15 1/3 leguas a los 80° NO.

Sentados estos principios, parece que en el invierno, cuando los vientos generales son del segundo cuadrante, y los tiempos más temibles -29- del tercero, el paralelo más proporcionado para entrar en el Río de la

Plata es el de los 35° 20' a 40' de latitud, por el que se conseguirá avistar las sierras del Maldonado y Pan de Azúcar, sobre un fondo de 10 a 12 brazas de agua menuda y parda. La elevación de estas tierras las hace descubrir de la distancia de 20 leguas en tiempos claros, y así es mucho más seguro venir a reconocerlas por el referido paralelo, que las de Castillos, e Islas de Lobos, que son muy bajas respecto de aquellas, y no se logra sin empeñarse en caso de mal tiempo. Del expresado fondo de las 10 brazas no se deberá pasar por pretexto alguno de parte de tarde, o durante la noche; la falta de atención en este punto ha sido, y no otra, la primera causa de tantas pérdidas desgraciadas: pues aunque las piedras del Banco Inglés disten todavía de aquel fondo de 8 a 10 leguas, debiendo disminuir sucesivamente hasta 6 brazas, arena y cascajo grueso, que es ya la proximidad del peligro; no es sin embargo prudente aventurarlo todo por adelantar poco más que es cuanto se podría, especialmente si no se ha resuelto pasar de noche. De día, pues, se continuará la navegación al ONO, (hablamos siempre de rumbos corregidos de variación magnética) y si disminuye notablemente el fondo dicho de arena al NO, o más al N llegando a las 7 brazas, sin estar aun a la vista de las tierras de la costa, que es indicio cierto de hallarse muy al S. Por este medio se vendrá luego a tomar conocimiento de dichas tierras: se acaerá en la lama del canal, o en su mezcla con arena del viril del banco, y se puede entonces gobernar con franqueza y sin recelo al O ¼ NO, hasta descubrir la Isla de Flores, que dista 4 leguas al S 82° SO de Montevideo. De ella, finalmente, se prolongará la costa, desatracados algún tanto de las puntas de Carretas, Brava, y San José, que tiene sus tropiezos, y franqueado el puerto lo suficiente, se dirigirá al N hasta varar.

Esta derrota, aunque no es de las más cortas, es sin embargo de las más seguras para la estación, del invierno y aun de primavera: esto es, desde principio de abril hasta fin de año, en que son frecuentes y tenaces los tiempos que se declaran por el 2.º y 3.º cuadrantes, y esto con cualquiera revolución, sin mayor aparato. En ella se habrá observado que el objeto principal es conservarse siempre dos recursos, que jamás debe perder de vista el buen piloto para todo lance. 1.º Un fondo de tenazón firme, como es la arena del Banco Inglés, en que se entra, como hemos dicho, algunas leguas antes de la Isla de Lobos. 2.º Tener franca la salida para correr con libertad, no pudiendo subsistir al ancla ni al paio. Ahora, si el viento fuere precisamente del SE, no deja de ser muy embarazoso -30- en todas circunstancias, por lo mucho que se encrespa la mar, y se toma la costa. El único medio de salir del apuro, en caso de no bastar los arbitrios de la ancla y capa, es buscar la lama del canal del N, y seguir su derrota en demanda del puerto, con el conocimiento que se ha dado de los fondos.

En el verano, o con los vientos entablados del primer cuadrante, se puede entrar en el Río de la Plata por un paralelo más al N, hasta reconocer, si se quiere, la Isla de Lobos, y tierras de Castillos. Después se continuará la navegación por el mismo canal o viril del banco, y a vista siempre de la costa, gobernando al O ¼ NO, hasta la Isla de Flores: y de aquí, barajando la costa, como se ha dicho, entrar en Montevideo; teniendo asimismo el cuidado de no cortar de noche el meridiano de las piedras del banco, punto que no se puede recomendar demasiado, a causa de lo crítico y

peligroso que hacen este paso la desigualdad y violencias de las corrientes, que en ocasiones harán desatinar y perder la tramontana al más diestro piloto. Las referidas islas de Lobos y Flores permiten paso libre hasta para navíos, por la parte de tierra; la segunda tiene sin embargo una restinga al NE, que estrecha algo más el canal. Desde las piedras del Banco Inglés, cuya reventazón es visible de alguna distancia, se descubre la punta del Cerro de Montevideo al NO $\frac{1}{4}$ N, y las cimas de las sierras de Maldonado y Pan de Azúcar al NE y NE $\frac{1}{4}$ N. Los navíos verifican ordinariamente su salida de Montevideo por la misma boca o canal del N, que la entrada: esto es, entre el banco y la Isla de Flores. Y como en este caso se tiene conocimiento cierto del peligro, solo ocurren dos advertencias generales que hacer: 1.^a Dar la vela con tiempo hecho, y a hora competente de rebasar la angostura antes de la noche. 2.^a Montado el peligro, procurar desatracar la costa cuanto sea dable, especialmente en tiempo de invierno: para franquear las tierras y punta del E de Maldonado, que son, como dijimos, las que salen más, asegurando con esta diligencia el viaje, aunque sobrevenga el pampero.

La circunstancia de salir con tiempo hecho, que no deja de ser esencial, no suele lograrse con frecuencia en este puerto, donde reinan más comúnmente las brizas del primer cuadrante, que son escasas. Júntase a esto, que citando se hallan en franquía los navíos, aguardando únicamente viento favorable para hacerse a la vela, (que a veces no se logra en muchos días, y sin nueva revolución del tiempo) su situación fuera de puntas no es de las mejores. Una triste y repetida experiencia de muchos barcos que se perdieron en igual coyuntura, no tiene sino muy acreditada la verdad de estas dos reflexiones. Para evitar, pues, semejantes riesgos y demoras, que perjudican no poco al comercio de la nación -31- y servicio del Rey, convendría frecuentar algo más que hasta aquí el canal del S, que hace para aquellos casos notables ventajas al del N. Es mucho más espacioso, limpio su fondo, no baja de ocho brazas, todos los vientos del primer cuadrante son largos para salir por él, y doblada la cabeza del Banco Inglés, gobernando al S, a lo menos basta perder enteramente la vista de las tierras, se está ya en disposición de no tener nada, y de navegar a discreción, según fuere el destino. Esta es la derrota que siguen los pilotos de la carrera de Malvinas, y de regreso de aquellas islas practican también su entrada por esta boca, como igualmente los navíos que vienen de arribada del Cabo de Hornos. El viril meridional del banco y la latitud, son las guías infalibles que les conducen entonces con seguridad: y sus precauciones generales son, evitar cuidadosamente las siete brazas de arena, como cercanas del peligro: no cortar el paralelo de los bajos sino de día, y por fondo lama; y es por esto mismo, que tienen siempre por seguro acercarse a descubrir el Cerro de Montevideo. Por último, esta ciudad, que también es conocida bajo la advocación de San Felipe, su glorioso Santo titular, se halla en 34° 54' 33" de latitud austral, 3h y 45' 22" al occidente del observatorio real de Greenwich; y 37½ leguas al E, 19° 15' S de su capital, Buenos Aires.

Capítulo III

Viaje de Montevideo a Santa Teresa, en que se da noticia de los pueblos del tránsito, Maldonado y San Carlos: de los campos, montañas, arroyos, lagunas, puertos y costa del mar hasta Castillos; y por último, de la misma fortaleza.

Aunque en Montevideo se hallaba todo pronto a nuestra llegada, mediante las anticipadas providencias del Señor Virrey de Buenos Aires, no fue posible habilitarnos enteramente, ni verificar nuestra salida para Maldonado, hasta la tarde del 10 de enero de 1784, en que, surtidas las; dos partidas de sus carruajes, capataces, peones, operarios, boyada, caballada, víveres y demás pertrechos; y dispuesto todo en el mejor orden, nos transferimos a la Chacarita del convento de San Francisco, distante siete millas de Montevideo, al ángulo de 40° NE, o del primer cuadrante.

-32- La religión tenía aquí un oratorio, de cuya conservación y aseo cuidaba uno de sus individuos, que decía misa en los días feriados; asistía a las gentes de la campaña, y recogía sus limosnas. El 11, dada la última mano al arreglo de las dos numerosas comitivas, se rompió la marcha con la debida separación de sus respectivos ramos, y fuimos a acampar ocho millas al NE de la otra banda de Pando, pequeño arroyo que viene del NO, y desagua en el Río de la Plata, algo al O de la Isla de Flores. También había en Pando su capilla sobre la ribera occidental, donde la proporción de la misa y la excelencia del terreno, atraían todos los días nuevos habitantes, y se iba formando un principio de pueblo no de malas esperanzas.

Como a las nueve de la noche de este día 11 de enero, se descubrió un cometa caudatario, hacia la constelación austral de la Grulla. Su diámetro aparente se manifestaba como una estrella de segunda magnitud, y la cola, inclinada a la parte opuesta del sol, aparecía bajo la proyección de un ángulo de dos grados. La marcha, que no se juzgó conveniente suspender, y principalmente el tiempo nublado y de lluvias, que apenas se interrumpió en aquellos días inmediatos, nos impidieron hacer algunas tentativas sobre observar algunas alturas correspondientes y pasajes por el meridiano de dicho cometa, que nos pudiera haber conducido al conocimiento de su órbita y demás elementos. Y únicamente por cotejo hecho a la simple vista con las estrellas que le rodeaban, en varias ocasiones que nos le dejaron ver los celajes, notamos su movimiento como al NNO, de la cantidad de grado y medio, a dos grados, en 24 horas.

A las diez millas de Pando, por un rumbo casi del E, cortamos el día 13 el arroyo de Solís-chico, otra después, el de los Mosquitos, que bajan ambos del NE; y a las 5½ de este último, se hizo noche sobre las faldas del cerro de la Piedra de Afilar, llamado así porque las tiene muy superiores y en abundancia. Este cerro es bastante elevado, y como se halla muy cerca de la costa del Río de la Plata, descubre un dilatado horizonte, y se conserva en él de ordinario un vigía, que avisa a la plaza de Montevideo con mucha anticipación la entrada de las embarcaciones. Desde su cumbre se relevó el Cerro de las Ánimas en las sierras de Maldonado, al E 4° S: Pan

de Azúcar, al E 18° 30' S; y el Cerro de los Toros, al E 28° 30' S, rumbos todos corregidos de variación, como hablamos siempre. Este último se halla en la punta más occidental de las tres que forma el gran promontorio de la Punta Negra, dejando entre sí dos encerradas, conocida la oriental, que interna más al N, con el nombre de Puerto Inglés.

-33-

Arroyo de Solís

El 14 siguiente, siempre el rumbo del E, a corta diferencia, dimos a las dos leguas de las Piedras de Afilar con el arroyo de Solís-grande, nombre impuesto, tal vez, por haber perecido en sus playas a manos de los pérfidos charrúas el célebre descubridor del gran Río de la Plata, Juan Díaz de Solís, en su último viaje del año de 1515. Este arroyo trae su origen de la cuchilla de Vegiga y Verdun, inmediaciones del pueblo de Minas. Corre después de 7 a 8 leguas por el primer cuadrante, recogiendo las aguas occidentales de las sierras de las Ánimas, y fluye en el Río de la Plata, antes de las dobladas faldas de Pan de Azúcar. Con los vientos S penetran por él las mareas, haciéndole invadeable: mas sin este accidente es de corto caudal, y se pasa a caballo en todos tiempos. En el camino se agarraron varios avestruces pequeños de la cría, de que abunda el país considerablemente. Son menores que los de África, y en lugar de pezuña tienen tres dedos en cada pie. Animal híbrida, que tiene el medio entre los animales y las aves: puede verse su descripción en las observaciones de historia natural, parte tercera de este diario.

Pasado el arroyo de Solís, entramos ya en las sierras de las Ánimas, jurisdicción de Maldonado, las cuales, dando principio en el citado promontorio de la Punta Negra y Pan de Azúcar, toman la dirección del N, y uniéndose con los cerros de Verdun, Campanero, Penitentes y otros que se dan la mano unos a otros, las Asperezas de Polanco, Nico Pérez, Fraile Muerto, Yaseguá, etc., forman aquella célebre cadena de montañas, que penetra y aun pasa de Santa Tecla, llamada comúnmente, la Sierra, o Cuchilla General, porque divide aguas a oriente y occidente, a la Laguna de Merín, y a los ríos de Santa Lucía, Yí, y Negro. Las primeras colinas son bastantes escarpadas y pedregosas; después son ya más tendidas y suaves. El terreno de sus faldas es por todas partes de buena calidad para la agricultura, y en sus cañadas no faltan maderas y leña, de que se surten las estancias de los contornos. El camino cruza esta gran cordillera por la garganta que forma con Pan de Azúcar; y de los collados del N descienden varios regajos, a que dan el nombre de Tarariras. Un vecino de Chile, llamado Ortega, lavando las arenas de las Tarariras, y de otras caídas de Pan de Azúcar, encontró, no ha muchos años, algunas pepitas de oro de subido quilate, y aun alguna plata: más no habiéndose reiterado estas experiencias por algún otra, no se ha recogido hasta ahora otro fruto que esta noticia vaga y poco individual.

-34-

Arroyo del Sauce

De Pan de Azúcar, que dista 3 leguas de Solís, al ángulo de 63° SE,

andadas 8 millas bajo de la misma dirección, pasamos el 16 el pequeño arroyo del Sauce, (alías el Potrero) donde se conserva una caballada del Rey, e hicimos alto en la estancia de Benito Brioso, honrado andaluz, que los portugueses de Río Grande habían reducido a un infeliz estado de pobreza, despojándole hasta catorce veces, desde el año de 54, de todos los ganados y aperos de su hacienda, con sus repentinas invasiones y frecuentes correrías, practicadas en los dominios de Su Majestad, como pudieran en país de enemigos. Por último, el 17, dobladas a la legua corta del Sauce las ásperas quebradas de Puerto-Chico, que salen de la Punta de Ballena, occidental de la rada de Maldonado, anduvimos muy cerca de cinco millas al E $\frac{1}{4}$ SE, y llegamos a este pueblo, donde nos fue preciso detenernos hasta el 20, a fin de remediar las carretas que se habían descompuesto, reemplazar la boyada y caballada, y aumentar el número de peones. Nos hemos ceñido a describir la derrota desde Montevideo, con alguna menudencia más de la regular, porque separándose poco de la costa del Río de la Plata, y aun avistándose toda ella desde varios puntos, puede servir, y con efecto nos ha servido, para trazar su configuración.

Maldonado

La fundación de Maldonado es de la misma época que la de Montevideo, esto es, de los años de 1725, y sus primeros habitantes fueron también conducidos de las Islas Canarias, como hemos dicho. Mas como desde entonces no haya recibido otro fomento, y antes por el contrario la mayor parte de aquellas familias se restituyesen en lo sucesivo a Montevideo, por la ventaja del puerto e inmediación de Buenos Aires, y principalmente para buscar un abrigo contra las tiránicas incursiones de los Lusitanos que infestaban el país, talando y robando a diestro y siniestro, y aun haciendo perecer a los filos de la espada aquellos españoles más generosos que les oponían alguna resistencia; Maldonado por todas estas causas ha ido siempre a menos, y no ha podido medrar, sin embargo que su situación es de las más excelentes y amenas, y goza de un clima de los más benignos. Su vecindario apenas subiría a 300 personas, los más labradores y gente de campo; y algunos portugueses desertores o fugitivos, de sus colonias fronterizas. Todos moraban en casas o -35- ranchos de paja embostados, que son las únicas habitaciones de todo el pueblo, sin exceptuar la iglesia, situada en uno de los testeros de la plaza, y servida de un solo sacerdote, revestido de todas las facultades de Cura animarum. Un Capitán de dragones, o infantería, de los regimientos fijos de Buenos Aires, nombrado por el Señor Virrey, suele ser el comandante de Maldonado, cuyo empleo ejerce a las órdenes inmediatas del gobernador de Montevideo, y su propia compañía, o un destacamento del mismo cuerpo, le hace de guarnición. También hay por lo regular un Ministro de Real Hacienda, y un cirujano a sueldo del Rey, y estos fueron los únicos sujetos de viso que tratamos. Los demás vecinos pasaban de alguna corta industria que entretenían: cual sembrando su pegujal, cual con el tráfico de algún carro o carreta, y cual finalmente manteniendo sus animalitos en su chacra, y haciendo algunos cueros, tocino, mantequilla y quesos, que todo merece

particular estimación en la capital. Las hortalizas, frutas y demás producciones del terreno, tan fértil, sino más, que el de Montevideo, aunque en menos abundancia, no son de inferior calidad, como asimismo las carnes, aves y pescados. No tiene más agua en las cercanías que un pequeño manantial al lado del pueblo, y las cacimbas que abren en la playa, las cuales por eso no dejan de ser claras y saludables. En general el país es de un suave temperamento, y de aires puros y sanos. La Colonia, Montevideo, los dos Maldonados, la Concepción de Minas, y para decirlo de una vez, toda la costa septentrional del Río de la Plata, es lugar de convalecencia para los enfermos de la meridional, y Buenos Aires.

Su puerto

El puerto de Maldonado no tiene de tal más que el nombre: es una rada abierta que forma la Punta de Ballena, con la nombrada del este, en que se halla el pueblo, internado al N cosa de cuatro millas, sin otro abrigo que el de la pequeña isla de Gorriti, para los vientos del tercer cuadrante.

Entre esta y la costa de la referida Punta de Ballena, se halla la entrada principal; y aunque es bien espaciosa, precisa no arrimarse demasiado a ninguna de ellas, a causa de una laja que oculta la primera al NO, y los bajos que manifiesta la segunda, dando también su resguardo a los arrecifes de la punta que sigue dentro ya de la ensenada. La del este forma con Gorriti otro canal angosto, llamado la Boca-Chica, interrumpido a medio freu de un bajo peligroso, en que revienta la mar cuando está levantada, pero que deja paso hasta para navíos por uno y otro lado, aunque no parece se ha verificado -36- todavía sino por embarcaciones menores. Como al NE de Gorriti sale un pequeño placer de arena, que suele lavar los cables con las violentas corrientes y gruesas mares de la Boca-Chica, a que está descubierto; por esta causa el legítimo fondeadero de este puerto debe ser entre el N y NE de dicha isla, a corta distancia de ella y fondo greda, evitando la mar del SO de la Boca-Grande, que, aunque más quebrada, no deja de ser temible.

Las Puntas del este y de la Ballena con lo más S de Gorriti, se enfilan al ángulo de 57° 30' NO, y distan entre sí cinco millas. Desde la primera tuerce ya la costa exterior al NE ¼ E, como en línea recta; y sin variar casi de esta dirección, se prolonga la gran distancia de 26 leguas hasta los islotes de Castillos, en los 34° 20' de latitud austral. En toda ella no se descubre el Cabo de Santa María que suponen las cartas. La referida punta oriental de Maldonado es, pues, la que sale más al S, y a la que daremos este nombre. Don Andrés de Oyarvide, segundo piloto de la Armada, y geógrafo de esta segunda partida de límites, hizo la navegación con tiempo hecho, desde la citada Punta del este hasta la ensenada de Castillos, sin apartarse de la costa la pequeña distancia de 1½ milla, y nos aseguró de esto mismo, recibido ya generalmente entre los profesores y prácticos del país. La isla de Lobos, llamada así por la copia de ellos de que suele estar cubierta, demora al S 48° E, distante seis millas del nuevo Cabo de Santa María. Por el canal que forma con la costa, de 15 brazas de fondo, pueden entrar los navíos francamente aun en tiempos

malos, sin el menor recelo. Nuestro comisario, Director don José Varela, en su viaje al Río de la Plata, en la fragata Catalina, año de 1778, situó la Isla de Lobos en 35° 2' de latitud austral, y 3h 40' 30" al occidente de Greenwich, observación practicada por él mismo al cortar el meridiano de la isla, muy cerca de ella, con un sextante de Dollond, y el reloj de longitud, número 13 de Mr. Berthoud. La situación de Maldonado, según esto, debe ser en 34° 54' 30" de latitud, y 20 leguas al oriente de Montevideo, con la cual cuadra bien nuestra derrota, no habiendo logrado observar en el corto término que estuvimos allí. Los naturales cuentan hasta 30 leguas por las vueltas del camino, pero nunca las hay.

San Carlos

El 20 de enero, reparadas las dos tropas de carretas, y verificado el reemplazo y aumento de peones, bueyes y caballos; habiendo cedido -37- algún tanto la furia de los tiempos y lluvias, continuamos la marcha hasta el pueblo de San Carlos, a que algunos llaman Maldonado-Nuevo distante del otro siete millas, bajo la proyección de 70° NE, y establecido sobre la agradable confluencia de dos brazos de un arroyo que gira al S, y le provee de copiosas y cristalinas aguas, sin escascarle sus maderas y leña. San Carlos es fundación del año de 1764, por don Pedro de Cevallos, en su primer viaje al Río de la Plata, de las familias portuguesas, que en la guerra del año anterior se hallaron repartidas en Santa Teresa, San Miguel, Arroyo del Chuy, y aun en Río Grande de San Pedro. Esta fue como una justa represalia, todavía no equivalente, de aquella multitud de indios guaraníes, que el virrey del Brasil, Gómez Freire de Andrade, Conde de la Bobadela, y Comisario de límites por Su Majestad Fidelísima, en la demarcación de 1750, logró seducir y extraer de nuestros siete pueblos de Misiones del Uruguay, años después, cuando se turbó la ejecución de aquel tratado, formando de ellos otras siete aldeas, que aun subsisten con los mismos nombres en el Río Pardo. Por entonces se reunieron hasta unas 100 familias de las expresadas, para la formación de este pueblo: mas obtenido de allí a poco permiso de la piedad del Rey, se volvieron muchas a su patria, y finalmente se acabaron de retirar las otras en la última pérdida de Río Grande, de suerte que San Carlos en el día se halla casi despoblado. Con todo, se conservan siempre algunos habitantes, en número cuando más de 150 a 200 personas, entre españoles y portugueses: siendo sus casas, costumbres, industria, y en general todo su modo de vivir, muy semejante a lo que se ha dicho de Maldonado: dirigidos asimismo de su cura de almas en el gobierno espiritual, y en el militar y político por un capitán de dragones.

Viaje a Santa Teresa

Del pueblo de San Carlos a Santa Teresa ponen los naturales 37 leguas de distancia, con arreglo a las vueltas del camino, que no da muchas.

Nosotros empleamos en esta travesía hasta el 28 de dicho mes de enero, y hallamos por nuestra derrota solamente 28° leguas de las de a 20 en grado, bajo la línea recta, o ángulo de 52° NE. Todo este territorio, mansión antigua de los Charrúas, Minuanes y otras naciones de indios, de que no ha quedado vestigio, se halla cortado de varios arroyos que lo riegan, casi todos en la dirección de NO a SE, bajando de la cuchilla general, y haciendo un país de los más fértiles y amenos. Los más notables son, José-Ignacio, Garzón, Rocha, Conchitas, Don Carlos, Chafarote o Chafalote, el Marqués, Castillos; y se encuentran en el -38- orden propuesto, a 12, 6, 17, 2, 9, 6, 10, 2 millas, contando desde San Carlos. Todos toman su dominación de los primeros pobladores, que establecieron en ellos sus faenas de cueros, y tienen sus orillas adornadas de frondosos árboles, formando las más veces un espeso bosque impenetrable, asilo de tigres y otras fieras. Su curso regularmente no pasa de 3, 10 y 12 leguas, y algunos de ellos reuniéndose hacia la costa del mar, se explayan en lagunas de consideración.

Lagunas de Rocha y Castillos

Los arroyos de Garzón y Rocha, con la laguna de este nombre, que tendrá de largo 4 leguas sobre 3 de ancho, los arroyos de don Carlos, Chafalote, el Márquez, y Castillos, con otra laguna así nombrada de mayor extensión, casi circular, y cuyo mayor diámetro es de 13 millas; todos tienen comunicación al mar, cuando menos en la estación de invierno. Entonces crecen y menguan con las mareas, con los vientos de afuera y terrales: mas en la vaciante, su funda no baja de cuatro a cinco pies. Cuando se cierran las barras, como suele acontecer en el verano, sus aguas se endulzan, y en todo tiempo abundan de ricos pescados: como, lisas, corvinas, tarariras, bagres, bogas, y otros; con gran diversidad de patos y gallaretas, ánsares, y vistosas garzas.

Puestos de guardia

En casi todos estos arroyos que acabamos de nombrar, y aun en los que median desde la Colonia del Sacramento a Montevideo y después a Maldonado, mantiene el Gobierno sus guardias, compuestas cada una de 3 ó 4 soldados fijo y un cabo, ya dragones del regimiento de Buenos Aires, o ya de las milicias montadas del país, que llaman blandengues. Estos cuidan de evitar el contrabando, el robo de ganados, la desertión de las tropas, la fuga de los reos, y demás gente vaga y facinerosa que corre los campos sin las debidas licencias. También tienen el cargo de dar curso a los pliegos de oficio y demás correspondencia de los oficiales comandantes de los pequeños pueblos y fortalezas de la raya, y la que suele venir por la vía de Río Grande de San Pedro: manteniendo siempre abierta la comunicación con estos destinos, y dando parte de todas las novedades que ocurren y hasta de la entrada y salida de las embarcaciones en el Río de la Plata,

aquellos que están en parajes -39- que las puedan descubrir, o que casualmente logran avistarlas en sus diarios reconocimientos. Fuera de todos estos puestos fijos, de que están sembradas todas estas campañas septentrionales del Río de la Plata, hay otras varias partidas sueltas, unas de tropa y otras de guardas, comisionadas estas por los resguardos, y aquellas por los Gobernadores, y todas destinadas a explorar los campos con los mismos objetos.

Puerto de Castillos

El sangradero de la laguna de Castillos, que gira al ENE, dando grandes vueltas la distancia de seis millas, entra en el Océano por una pequeña ensenada de la costa, llamada Puerto de Castillos; nombre que toma de unos tres o cuatro islotes, que en figura de torres se avanzan a la mar cosa de una milla. En el fondo de dicho puerto se halla la célebre montaña de Buena Vista, que la tiene efectivamente muy hermosa y dilatada, donde dio principio la antigua demarcación del Marqués de Valdelirios, año de 1752. En ella fue colocado el primer marco de división, y el segundo en el cerro nombrado de los Reyes, hacia la India Muerta, los cuales se mandaron demoler en lo sucesivo, no habiendo tenido lugar aquella obra. Dichos marcos eran de mármol, se trajeron de Lisboa, labrados con mucha curiosidad, y constaba cada uno de ocho piezas: sócalo, base, tronco, dedos, chapitel, cruz y dos coronas sobre las armas, de las dos naciones. Su forma era rectangular, y en las cuatro caras, que debían mirar a las cuatro plagas del mundo, tenían grabadas las inscripciones siguientes. 1.^a Al N, debajo de las armas de Portugal: Sub Joanne V Lusitanoram Rege Fidelissimo. 2.^a Al S, debajo de las de España: Sub Ferdinando VI Hispaniae Rege Catholico. 3.^a Al occidente: Ex pactis Regum dorum finium conventis, Matriti idibus Januarii 1750. 4.^a Al oriente: Justitia et Pax osculate sunt. Entre estos marcos tan suntuosos se colocaban otros más comunes en el discurso de la línea divisoria, hechos sobre el mismo modelo, bien de piedra, bien de madera, y en ellos se abrían a cincel las letras iniciales de los dos soberanos: R. F., R. C., mirando siempre a sus respectivos dominios. La latitud de la referida montaña de Castillos es de 34° 18' 30", A., observada por los oficiales de aquella comisión.

Laguna de Difuntos y Palmar

La costa desde Castillos a Santa Teresa sigue con pocas vueltas -40- entre los 25° y 30° NE, la distancia de 23 millas. Sobre la de 17. 5° NE se descubre el empinado cerro de los Difuntos, en cuya cumbre parece se hallaron en lo antiguo algunos esqueletos de indios gentiles, y sepulturas de piedras sueltas puestas en cerco, de que tenía su denominación. Y a los 14° y 23° NO otras 16 millas, se ven las dos altas colinas de Navarro, las cuales, enlazándose con otros collados y lomas no de menos altura, los cerros de Chafalote, India Muerta y Reyes, forman otra gran pierna de

cuchilla que va a unirse a la general por direcciones del tercer cuadrante hacia el pueblo de Minas, y es la que da origen a las aguas y arroyos que hemos descrito de la costa del mar. Contra dichos cerros de Navarro, y al septentrión de la Laguna de Castillos, se extiende un dilatadísimo y ameno valle, cubierto de eminentes palmas, y es llamado por lo mismo el Palmar: y en el de los Difuntos da principio la profunda laguna de este nombre, que corre al NE siete millas sobre dos de ancho, y estrecha más y más el istmo, o lengua de tierra que conduce a la fortaleza colocada en su garganta o entrada del N. Los terrenos desde el Palmar no son ya de calidad tan sobresaliente como hasta allí: participan de no pequeña parte de arena, que los hace demasiadamente sueltos, poco substanciosos y no de los mejores para la labor. Sin embargo de eso, como sean tierras vírgenes, que siempre estuvieron descansadas, producen muchos y buenos pastos, con que engorda bien el ganado, especialmente si logran a tiempo el beneficio de la quemazón.

Santa Teresa

El fuerte de Santa Teresa fue establecido por los portugueses hacia los años de 1760. En sus principios era solamente de tierra, pero habiéndolo tomado don Pedro de Cevallos en la guerra de 1763, se mandó construir un pentágono de piedra, que quedó sumamente defectuoso, y descubierto al N de los dos caminos que vienen de Río Grande. Todo consistió en no haber dejado dentro del recinto la cúspide misma del cerro en que está colocado: antes, para aprovechar parte de la fortificación empezada por los portugueses formaron dicho pentágono desde la cima de la montaña hacia su falda septentrional: de manera que, viniendo del S se descubren únicamente los parapetos, quedando cubierto el resto de la fortaleza; y al contrario, desde los referidos caminos de Río Grande en que el terreno es algo elevado, se registra a corta distancia todo el interior a manera de un anfiteatro, siendo los dos baluartes más patentes los meridionales. Para remediar en lo posible este daño se hizo últimamente -41- levantar un paredón, paralelo a la cortina del NO, que cubre, aunque no del todo, los citados baluartes pero los yerros de esta clase en fortificación tienen roca enmienda y Santa Teresa parece, y parecerá siempre, un fuerte enemigo, levantado contra los dominios de la nación. A este grave defecto se puede agregar otro segundo nada despreciable, y es, no tener foso, y hallarse por consiguiente la escarpa descubierta de todas partes. Siendo todo el cerro de piedra viva, por extremo dura y de grano grueso, se emprendió la obra sin abrir el foso, y cuando se intentó después por medio de barrenos y picos, se empezaron a resentir las murallas de las violentas conmociones, y fue forzoso abandonar el proyecto. En lo demás la fortaleza es de mediana capacidad, y no deja de estar bien conservada. Sería de muy difícil acceso si se hubiese construido más al S, dejando, como se ha dicho, incluso la cumbre de la montaña, en cuyo caso no quedaba descubierta por ningún lado, y dominaría perfectamente toda la comarca en redondo.

Al oriente y occidente de Santa Teresa hay dos lagunas: la primera,

situada en la meseta del mismo cerro, se da la mano con los grandes médanos de arena que tiene la costa del mar hacia aquella parte; y la segunda, en lo profundo de un espacioso y pantanoso valle, se enlaza y une con la de los Difuntos. El fuerte tiene comunicación con estas lagunas por medio de una línea de fortificación de campaña, de foso y parapeto de tierra con estacada, la que cierra enteramente el paso de toda la angostura, o istmo, que tiene cuando más dos millas de ancho. Una compañía de blandengues, capellán y cirujano, a las órdenes de un oficial de los regimientos fijos de Buenos Aires, es por lo común la guarnición de Santa Teresa. Suele servir de presidio, aunque no de los más penosos, pues los desterrados no tienen más trabajo que la mera ociosidad. Al abrigo del cañón se han acogido unas diez o doce familias, que moran en otros tantos ranchos hacia las faldas meridionales de la misma montaña. Su temperamento es bien apacible, algo propenso a densas, neblinas, mas nada expuesto a enfermedades contagiosas. Las aguas dulces, claras y digestivas, sin otro inconveniente que hallarse fuera del recinto; y el terreno de las inmediaciones, aunque arenisco y pedregoso, lleva bien todos los granos, frutas y hortalizas de Montevideo y Maldonado. La latitud de Santa Teresa, por nuestras observaciones practicadas allí, es de 33° 58' 30" A, su longitud deducida de la determinada después en el arroyo Tahin, 324° 32' 50", contada desde la punta occidental de la Isla de Ferro, y la variación magnética 13° 20' NE.

-42-

Capítulo IV

Reunión de las divisiones española y portuguesa en el Arroyo del Chuy: primeras conferencias, dudas, y expediente tomado por los Comisarios sobre límites; demarcación del Chuy, y noticia del Fuerte de San Miguel.

Con la noticia que tuvimos de la proximidad de las partidas portuguesas, salimos el 3 de febrero de Santa Teresa, para el arroyo nombrado del Chuy, término de nuestros dominios, donde debía dar principio la demarcación de límites, con arreglo al tratado preliminar de 11 de octubre de 1777. Dista este arroyo 6 leguas al NNE de Santa Teresa, y el camino que dirige a él, dejando la costa del mar a la derecha a corta distancia, pasa por dos pequeñas eminencias, que distinguen con el nombre de Coronilla la primera, y de Lomas de Escudero la segunda. Sobre aquella que dista tres millas del fuerte, salen la punta o islotes de Castillos-Chicos, dejando entre sí paso libre para embarcaciones de porte. En la tarde del mismo día sentaron nuestras partidas su campo, con separación en las riberas occidentales del referida arroyo del Chuy, y a la mañana siguiente se dejó ver de la barra opuesta un ayudante, que los Comisarios de la Reina Fidelísima enviaron delante para avisar de su venida con anticipación. Con efecto el día 5, a eso de las ocho, llegó ya toda la división portuguesa, unida y en buen orden, y acampó de la otra parte del arroyo en terreno escogido por uno de

nuestros ingenieros, que combinaba en lo posible la proporción del trato y comodidad. La división portuguesa venía constituida en los términos que indica la relación siguiente:

Primer Comisario, el Brigadier de Infantería, y Gobernador de Río Grande, Sebastian Xavier da Veiga Cabral da Cámara.

Segundo Comisario, el Coronel de Infantería con ejercicio de Ingeniero, Francisco Juan Roscio.

Ayudante de órdenes del primer Comisario, el capitán de infantería, Domingo da Ponte Cabral.

Alférez de Dragones con ejercicio de secretario, José Ignacio da Silva.

Ingenieros, el capitán Alejandro Eloi Porteli y el ayudante Francisco das Chagas Santos.

Astrónomos, el capitán de artillería Joaquín Felix da Fonseca, y el Dr. José Saldaña.

El Comisario asistente, Manuel José da Silva y Meneses, oficiales de la Real Hacienda

El Comisario pagador, Sebastian Pereyra Barbosa -43-

El teniente de infantería, Jose Ferreira da Silva Santos, cuartel maestro.

El capitán de auxiliares, Simon Suarez da Silva, comisario de carruajes.

Capellanes, el Dr. Juan Ferreira Roriz, y el presbítero Juan de Castro Ramaleo.

Cirujanos, Juan Manuel de Abreu, y Manuel dos Santos Xavier.

Dragones, el capitán Carlos José da Costa: teniente Alejandro de Sousa Pereyra con un furriel, 4 cabos de escuadra, 1 tambor y 22 soldados.

Caballería ligera, el capitán Gerónimo Xavier de Azambuja; teniente Vasco Pinto Bandeira.

Un sargento, 4 cabos de escuadra, 1 trompeta, 1 tambor y 21 soldados.

Artífices, un instrumentario, 4 carpinteros, 2 herreros, 2 canteros.

Capataces 4, peones 81, criados esclavos 28.

Una colección de instrumentos astronómicos, carretas 29, bueyes 450, caballos 1.333.

Reses de consumo 400.

Total de individuos 198.- Ídem de animales 2.183.

Los jefes de la división portuguesa, seguidos de la oficialidad y parte de la escolta, montados unos y otros con el mayor aseo y decencia, pasaron sin detenerse el arroyo, y nos previnieron en la atención de visitarnos; y a la tarde correspondimos a su urbanidad, quedando con esto terminadas las visitas de pura ceremonia. El 6 se abrieron ya las conferencias sobre la demarcación de límites, dando principio a ellas por la manifestación recíproca de los nombramientos e instrucciones que autorizaban a los Comisarios de ambas naciones para proceder legítimamente a la ejecución de esta importante obra. El Brigadier y Gobernador de Río Grande de San Pedro, don Sebastian Xavier da Veiga Cabral da Cámara, venía declarado

primer comisario de los portugueses, con nombramiento conferido por el Virrey del Brasil, don Luis de Sousa y Vasconcelo, con facultad de Su Majestad Fidelísima para señalar la línea divisoria desde la barra del Chuy hasta la confluencia del Iguerey, o Igatimy con el Paraná: y el coronel de ejército con ejercicio de Ingenieros, Francisco Juan Rosejo, traía igual nombramiento de segundo comisario del mismo tramo de línea, debiendo encargarse particularmente de la segunda subdivisión, cuando llegara el caso de separarse de la primera en el Ibicuy, o Monte Grande. Del examen y reconocimiento de estos documentos y poderes, de que se comunicaron los Comisarios copias auténticas, se formó un instrumento público, vertido en los dos idiomas, que contestase en lo futuro la legalidad de este acto, y pudiera legitimar las operaciones de la demarcación ante los dos Augustos contratantes, y vasallos de ambas coronas.

-44-

Conferencias sobre límites

Tratose después en los días inmediatos sobre la inteligencia que se debía dar al tratado preliminar de límites, principalmente en aquellos artículos que expresan la dirección de la raya, o frontera, sometida a estas divisiones. Era la idea acordar los dictámenes en este punto, antes de empezar a obrar, disponiendo un plan de operaciones fácil y exactamente combinado, para llevar los trabajos de seguido, sin el menor tropiezo ni intermisión. Más luego que se entró en materia, se suscitaron varias de aquellas dudas, que por fatalidad parecen como indispensables en esta clase de obras, y retardan siempre su conclusión con notable deservicio de las dos monarquías. Dos fueron esencialmente los puntos en que no pudieron convenir los comisarios: 1.º Sobre aquellas expresiones del artículo 3.º de dicho tratado, que dicen: "Extendiéndose la pertenencia de España en la referida banda septentrional (del Río de la Plata) hasta la línea divisoria que se formará, principiando por la parte del mar en el arroyo del Chuy, y fuerte de San Miguel inclusive: y siguiendo las orillas de la Laguna Merín a tomar las calas cabeceras, o vertientes de río Negro." Los de Su Majestad Fidelísima creían no estar bien declarada por estas cláusulas la dirección que debe seguir la línea desde las expresadas orillas de la Laguna Merín hasta las cabeceras del Río Negro, entre cuyos puntos median muchas leguas de distancia, y un terreno interesante, no tanto por la fertilidad de sus pastos y variedad de arroyos considerables que lo riegan, alguno de ellos como el San Luis, Cebollaty, Tacuary e Yaguaron, de 20 a 30 leguas de curso, navegables, hasta la mitad de su extensión, y todos vertientes de la misma laguna, cuanto por la prodigiosa y casi innumerable multitud de ganado vacuno que lo habita.

En este concepto no se resolvieron dichos comisarios a trazar la divisoria sin nuevo convenio de las Cortes, que determinará expresamente si había de continuar por las márgenes occidentales de la Laguna Merín, y hasta que parte de ellas, adjudicando el terreno en cuestión a los dominios de España: o si debía dirigirse por la Cuchilla General, como antiguamente en tiempo del Marqués de Valdelirios, salvando las cabeceras, o puntas de dichos arroyos, y vertientes de Merín, como, aguas orientales, y quedando neutral el referido terreno entró los límites de una y otra nación. El

fundamento sobre que apoyaban los portugueses su detención en esta parte, lo deducían de las mismas expresiones del citado artículo 3.º, el que, hablando de las vertientes del río Negro, dice: "las cuales, como todas las demás de los ríos que van a desembocar a los referidos -45- de la Plata y Uruguay, hasta la entrada en este último del Pepirí-guazú, quedarán privativas de la misma corona de España," en cuyo tenor no se hallan comprendidos los arroyos y vertientes que desaguan en dicha Laguna Merín.

Los comisarios de S. M. C., fundados en el literal y más genuino sentido del tratado en el mismo artículo 3.º, que no limita punto hasta donde deban seguirse las orillas de la Laguna Merín, sostuvieron debían continuar la línea, señalando la pertenencia de España, no solo las orillas meridionales de dicha laguna, sino también las occidentales hasta su mismo sangradero, o desaguadero del N, llamado Río de San Gonzalo, tomando por él y por el Piratiny su dirección a buscar las cabeceras del Río Negro, como más claramente explica el artículo 4.º del tratado. Confirmaron además este dictamen con el artículo 5.º, el cual, hablando de los terrenos neutrales que deben quedar reservados entre ambos dominios, expresa únicamente las dos lagunas de Merín y de la Manguera, con las dos lenguas de tierra que median entre ellas y la costa del mar, y no hace mención alguna del sobredicho terreno de la ribera occidental de la de Merín, como tampoco de los ríos San Luis, Cebollaty, Tacuary, Yaguaron y demás vertientes que le cruzan: todo lo que siendo, como efectivamente es, de tanta consideración, no era posible si hubiese de quedar neutral, dejaran de expresarlo así en el tratado los plenipotenciarios. Con menos razón podría defenderse pertenecían estos terrenos a Portugal, cuya frontera, se especifica al N de todos ellos en el tratado, como se va a ver, de que se evidencia haber de quedar dentro de la demarcación de España.

Segundo punto de disputa

El segundo punto de disputa recaía sobre el artículo 4.º, que, al trazar el término de Portugal, dice: "que por la parte del continente irá la línea desde las orillas (septentrionales) de dicha Laguna Merín, tomando la dirección por el primer arroyo meridional que entra en el sangradero o desaguadero de ella, y que corre por lo más inmediato al fuerte portugués de San Gonzalo." El primer arroyo meridional que entra en el sangradero de Merín por su ribera de occidente, y sobre cuya margen austral se registran aun hoy las ruinas de dicho fuerte portugués de San Gonzalo, es el Piratiny, el cual es de bastante caudal: consta de algunos brazos, y el del aquilón, que lleva su propio nombre, viene de las inmediaciones de Santa Tecla, donde tiene su origen el Río -46- Negro. Esto no obstante, los comisarios portugueses fueron de parecer, o lo afectaron así, de que el Piratiny no podía ser de modo alguno el arroyo meridional de que habla el tratado; y que la línea divisoria, marcando la extensión de sus dominios, debía correr las orillas septentrionales de la Laguna Merín, sin detenerse en el sangradero, pasando a tornar su giro por alguno

de los arroyos de entidad que desaguan en ella por la banda del continente: como, por ejemplo, el Yermal, alias el Grande, o más bien el Yaguaron, para buscar por él después las puntas de Río Negro; salvando de esta manera el sangradero de Merín, el Piratiny con todos sus brazos, como aguas orientales, y demás arroyos o ríos que fluyen hacia el Grande de San Pedro, y el Yacuy, los cuales con todos los terrenos que bañan sus corrientes debían ser privativos de Portugal, con arreglo al mismo artículo 4.º

Los comisarios españoles, atentos siempre al sentido literal y terminante del tratado, advirtieron en el Piratiny las dos circunstancias esenciales, de ser el primero meridional que entra en el sangradero de la laguna; y pasar por lo más inmediato al fuerte portugués de San Gonzalo; por las cuales, parece caracteriza, distintamente el artículo 4.º el arroyo, o río que debe servir de límite por esta parte a los dominios lusitanos. En esta virtud fueron de sentir que el meridiano de demarcación, indicando la pertenencia de Portugal por lado del continente, debía partir desde las orillas de la Laguna Merín, por el sangradero de ella y el mismo Piratiny, de donde, sin exceder el límite de dicho arroyo, como expone el tratado, seguiría por su braza más septentrional y recto hacia Santa Tecla, y después hacia, las cabeceras de los ríos Ararica y Coyacuy, salvando y cubriendo de este modo, y no de otro, las de los ríos que fluyen al mencionado Grande de San Pedro, y el Yacuy: cuya expresión general no se puede entender del Piratiny, aunque sus aguas sean orientales, por exceptuarlo expresamente el mismo artículo 4.º, designándole con el carácter de aquellas dos circunstancias que hemos referido, y que solo a él convienen.

Opusieron con el mayor tesón a este dictamen los comisarios de Su Majestad Fidelísima, procurando eludir la fuerza de aquellas razones con otras dos sutilezas nuevas que alegaron, no menos desnudas de fundamento que las anteriores. Decían: 1.º Que siendo el Piratiny río considerable, de mucho caudal y largo curso, no se había jamás denominado arroyo, ni había sido tenido por tal en tiempo alguno, y por consiguiente no podía tomarse por el arroyo meridional de que habla el tratado. 2.º Que si el Piratiny venía a ser el lindero común de las dos naciones, como resultaba de aquella disposición, los dominios de Su Majestad Fidelísima quedaban absolutamente indefensos, y el establecimiento del río Grande reducido a un -47- estrecho límite, sin otro terreno que una playa arenisca y estéril: lo que parecía diametralmente opuesto al espíritu del tratado que tanto recomienda este punto en los artículos 6 y 16.

En vano intentaron los comisarios de S. M. C. persuadir que la primera de aquellas razones era puramente cuestión de voz, que en esta América se daba indistintamente el nombre de río, o arroyo, a otros de tanta o mayor consideración que el Piratiny, como al de Santa Lucía, al Yí, y otros; los cuales; se denominaban de uno y otro modo, sin embargo de su dilatado curso demás de 60 leguas, y gran caudal de aguas; a distinción de aquellos de tanta entidad, como los de la Plata, Paraná, Paraguay, etc., que siempre se llamaron ríos con toda propiedad. No fueron menos inútiles sus esfuerzos en hacer palpables, que para asegurar sólidamente, dejando sobre un pie de recíproca defensa los citados de ambas Coronas, perpetuando la paz y tranquilidad entre los vasallos de una y otra, según el artículo

6.º; como asimismo para conseguir el total exterminio de los contrabandos, punto de la mayor importancia, artículo 16, era indispensable establecer por término común el Piratiny, río efectivamente de alguna consideración, que conducía la raya hasta las inmediaciones de Santa Tecla, y cabeceras del río Negro: especialmente no habiendo en aquellos contornos límite más natural, fijo e indeleble; todo lo cual era muy conforme al verdadero espíritu del tratado.

Hasta el 22 de febrero duraron los debates y controversias sobre la decisión de dichos dos puntos. Celebráronse repetidas conferencias, y se pisaron diferentes oficios de una y otra parte, cuya substancia hemos extractado con legalidad. Cada comisario se esforzaba a exponer con claridad y evidencia todas aquellas razones que graduaba de mayor peso, y favorables a la causa que defendía. Mas los portugueses traían ya tomado su partido. No contentos con la entera y privativa posesión del Río Grande de San Pedro y Laguna de los Patos que la Corona de Castilla les cedía con la mayor franqueza, creyendo evitar uno de los motivos que han originado más discordias entre las dos monarquías, aspiraban a extender sus dominios, todo lo posible, por las riberas septentrionales del Río de la Plata, objeto que ha excitado vivamente en todo tiempo la ambición lusitana, y sobre que jamás cesarán sus pretensiones. En consecuencia nada se pudo conseguir, y para no suspender la obra de la demarcación, fue necesario el recurso a uno de los expedientes interinos que ordena el artículo 15 del tratado preliminar.

-48-

Expediente interino

Consta, pues, este de dos partes: en la primera se acordó proceder desde luego a trazar aquellos tramos de línea divisoria en que no había ocurrido duda: como, por ejemplo, en la pertenencia de España desde la barra del arroyo del Chuy hasta las orillas meridionales de la Laguna Merín, y fuerte de San Miguel inclusive, según el artículo 3.º; y en la de Portugal, desde las orillas septentrionales de dicha laguna el arroyo Tahin, orillas septentrionales de la laguna de la Manguera, y la línea recta tirada desde ellas a la costa del mar, con arreglo al artículo 4.º: reconociendo además prolijamente, y levantando con toda exactitud el plano de dichas dos lagunas, y de las dos lenguas de tierra que medían entre ellas y la costa del mar, espacios neutrales que deben quedar reservados, sirviendo solo de separación (artículo 5.º) entre los dominios de una y otra corona. En la segunda parte del ajuste o expediente, se convino hacer del mismo modo el reconocimiento, y levantar el plano de los terrenos en disputa, examinando y recorriendo los ríos San Luis, Cebollaty, Tacuarí, Yaguaron y demás arroyos y vertientes que desaguan en la Laguna Merín por sus riberas occidentales, como igualmente su sangradero, o río de San Gonzalo, y el Paratiny: todo esto con la mira de dar a las dos Cortes con estos documentos una idea amplia de dichos terrenos, para que informadas a fondo del origen de aquellas diferencias de los Comisarios, pudiesen resolver con acierto el partido que fuese más de su agrado.

Fuera de los dos capítulos expuestos que comprendía el referido

expediente, se tomó también la justa y precisa deliberación de informar menudamente de cuanto había ocurrido, a los excelentísimos señores virreyes del Brasil y Buenos Aires, acompañando a los oficios copia literal de los que habían mediado, y daban clara e individual noticia de los fundamentos que dieron margen a tan dilatada y prolija discusión. Constituidos dichos señores virreyes en calidad de comisarios principales por las dos Cortes de Lisboa y Madrid, para los recursos inmediatos sobre dificultades, y demás ocurrencias de la demarcación de límites, podrían, en virtud de estos informes, tomar aquella providencia que graduasen más oportuna y conveniente a las graves circunstancias de tan importante asunto, y conforme a las órdenes y facultades con que se hallaban de los dos Soberanos. Mas, ni uno ni otro tuvieron a bien alterar lo dispuesto por los comisarios, y solo el Señor Virrey del Río de la Plata ordenó la separación de -360- de las siguientes Subdivisiones para que sin pérdida de más tiempo fuesen a practicar la demarcación del artículo 8.º de que se hallaban particularmente encargadas, pero los portugueses, a quienes nadie podía sacar de su paso, y que no parecían muy dispuestos a terminar la obra de Límites con la posible brevedad, no prestaron oídos a tan útil propuesta que aceleraba tanto sus operaciones.

Tomado ya el partido que dictaba la prudencia en semejante coyuntura, no restaba otra cosa que poner en ejecución el citado expediente aguardando las resultas de aquellos primeros informes. En virtud de esto se dio efectivamente principio a la demarcación del Chuy, el 24 de febrero; y como el curso de este arroyo sea en gran parte cercano al Este, que las latitudes no pueden determinar con precisión las distancias, se resolvió usar de la Plancheta para levantar su plano. El Chuy que como hemos visto, debe servir de frontera a los dominios -361- españoles, según el artículo 3.º del tratado del tratado preliminar, trae su origen de unos pantanos que salen de la banda occidental de la Laguna de la Manguera, hacia aquel paraje nombrado el Pastoreo, bosque impenetrable de maleza, poblado de árboles y palmas, el que siendo de corta extensión, forma el prospecto de una isla, que se descubre a larga distancia, dominando la referida Laguna. Desde el paralelo de dicho bosque, que es el de 33º 9' 30", extienden los citados pantanos hacia el sur, y dan principio al Arroyo del Chuy, como a las 12 leguas del Pastoreo. Por esta altura es ya bien conocido el cauce del arroyo, que se halla bordado de árboles, como el espacio de una legua, poco más hasta el Paso Real, donde acamparon las Partidas. Desde aquí algún tanto, haciendo una especie de medio círculo al sur, y vuelve para desaguar en el mar por la latitud de 33º 45' dejando una barranca de bastante elevación. Siendo este arroyo de tan corto trecho, su corriente apenas es sensible, y sus aguas escasas y casi muertas. Su barra está regularmente cerrada en tiempo de verano, a no romperla las grandes mareas, a que se halla sujeta aquella costa, y de estos continuos accidentes las aguas del Chuy suelen ser saladas hasta muy cerca del referido Paso Real.

Observada la latitud en esta barra del Chuy, se empezó desde ella a levantar un plano, empleando como se ha dicho la Plancheta para mayor exactitud. Midiéronse diferentes bases por medio de una cadena dividida en toesas, y cruzáronse varios puntos para colocar las vueltas principales del arroyo. Todos los ángulos se verificaron, refiriéndolos al Carbonero,

uno de los más altos cerros de la Sierra de San Miguel, que se descubría y marcaba con frecuencia, y se observó además la latitud en distintos parajes. La escala que se adoptó fue de una pulgada del pie de Rey de París por milla, dando a esta el valor de 950 toesas que le corresponden según la magnitud de aquel grado de terrestre (Observ. Astron. de Don Jorge Ju. (sic) página, 344)². Este tamaño pareció suficiente para poder trabajar -362- sin confusión, trazando con bastante individualidad la configuración del terreno en los borradores; mas después en los planos en limpio se redujo la misma escala de pulgada al mayor valor de seis millas, o dos leguas marítimas, de las de 20 en grado, conforme a lo que se previene en el Plan de Detal.

En estos términos se continuó demarcando todo el curso del Arroyo del Chuy, mientras tuvo cauce conocido, hasta el paralelo de 33° 35' 45", que es a corta diferencia el de las Cabeceras meridionales de la Laguna Merín, por donde debía caminar la línea divisoria. En este paraje se dejaron ya los Pantanos del Chuy, siguió la demarcación al oeste cosa de 6 millas hasta dar con las orillas de dicha Laguna de Merín, por un pequeño arroyo de dos gajos, que le entra hacia aquella parte. Desde la boca de este arroyo, corre la frontera de España las márgenes meridionales de Merín, pasando por la barra del de San Miguel y llega hasta la del arroyo de San Luis, de donde no se pudo continuar por la diferente interpretación que los comisarios portugueses dieron artículo 3.º del tratado preliminar como va referido.

En este tramo de línea, se colocaron cuatro marcos de piedra labrada, de la figura de un paralelepípedo (sic), y como de dos varas de alto, cubiertos de un sombrero piramidal, y sentados sobre un pedestal o zócalo de bastante firmeza, según las cuatro Plagas del Mundo. La situación de estos marcos se procuró fuese a propósito en terreno firme y elevado, para que pudieran permanecer libres de inundaciones, y ser vistos de alguna distancia. Y a fin de que puedan buscarse en todo tiempo, la expresaremos topográficamente refiriéndola al Cerro dicho del Carbonero que se descubre y demarcó del pie mismo de todos ellos.

-363-

Lugar de los cuatro marcos Latitudes observadas Rumbos

- 1.º En la barra del arroyo del Chuy en 33° 45' 00" Carbonero 78° SO
- 2.º En el pantano del Chuy en 33° 36' 40" Carbonero 58° SO
- 3.º En la horqueta del pequeño arroyo de Merín 33° 36' 50" Carbonero 38° SO
- 4.º En la punta sur del San Luis 33° 32' 50" Carbonero 10° SO

Las inscripciones que tienen gravadas con arreglo al artículo 13 del tratado, se reducen en la cara meridional las dos letras B. C. (Rex. Catholicus y debajo 1784: en la septentrional. Terreno neutral hasta el Tahin, los tres marcos primeros, y el cuarto. La Laguna de Merín neutral, por mirar hacia esta Laguna.

El arroyo de San Miguel fue también reconocido con todo cuidado se colocó en el plano atendida su configuración. Las primeras vertientes se forman de los Esteros y bañados en que se derrama la Laguna de los Difuntos o Palmar de que hablamos anteriormente y continuando su curso al Septentrión, baña a oriente las Sierras de San Miguel, y desagua, corridas

10 leguas, en la de Merín por su margen meridional. El cauce de este arroyo se halla poblado de árboles, como todos los de América, formando un cordón vistoso, y ondeado con vueltas suaves hasta su desagadero, en dicha Laguna. Aunque su caudal es corto, y sus aguas de poca corriente, es profundo, y no da otro paso que en canoa. En el invierno sale de madre, e inunda todo el terreno de sus orillas que es llano y de bastante extensión, haciendo como una laguna de mas de milla de ancho que se da la mano con la de Merín. Hállase este arroyo, y todos los de poca corriente, cubiertos de una planta aguatil que los naturales -364- llaman Camalote⁴, los portugueses y es una especie de enredadera de tallo largo y fistuloso, con hojas alternadas, anchas y cordiformes, y las flores de la clase delas.

Los Camalotes suelen formar un entretejido tan espeso y fuerte que cubriendo las aguas con una nueva superficie, frondosa y verde, impide la navegación en canoas, y da a veces paso para la de a pie aunque no con poco riesgo, principalmente de los cocodrilos o caimanes que suelen esconderse entre aquella ramazón.

El arroyo de San Luis quedó por reconocerse después con la Laguna de Merín, y demás ríos que forman sus vertientes. Entre aquel arroyo, a Occidente y el de San Miguel a Oriente, se halla la Sierra, que toma el nombre de este último, tendido al SO la distancia de 4 millas. La montaña de su centro es la que más descolla, la conocen por Cerro del Carbonero, y sea vista de muchas leguas en contorno, siendo muy llano todo el territorio de las inmediaciones. Dicha sierra es algo pedregosa con pocos árboles, pero tiene varias plantas medicinales, entre las cuales abunda considerablemente la Calaguala⁵ de la mejor calidad. El fuerte de San Miguel se halla sobre la punta Nordeste, de la Sierra, a corta distancia del arroyo, donde fue establecido por los portugueses y tomado después por don Pedro Ceballos el mismo año de 1763 que a Santa Teresa, a cuya jurisdicción pertenece. En el día se conserva con algún quebranto, y viene a ser un cuadrado de piedra, sin más foso que la aspereza misma de la montaña. Tiene por lo regular una corta guarnición, a las órdenes de un Alférez, mas en tiempo de guerra, se le pone considerable, como capaz de montar 16 cañones de grueso calibre. No encierra más agua que la que recoge en un pequeño -365- estanque cubierto en el patio, aunque para el uso diario la tiene, cerca de buena calidad. Estos dos fuertes de Santa Teresa y San Miguel son importantes, cubren y fortifican bien la frontera por esta parte, y cierran enteramente la entrada a numerosos dominios por entre las dos Lagunas de Merín y de la Manguera, de todos establecimientos portugueses del Brasil.

Todo este Canton es de un terreno arenisco, poco substancioso y lleno de pantanos⁶ y cangrejales, de manera que solo a fuerza de beneficio podría ser útil para la agricultura. A pocos días de trillado se suele volver arena, más con todo se ven algunas capas de tierra negra y de buenos pastos, y leña únicamente se halla en los dos citados arroyos, Sierra de San Miguel. Todo él abunda considerablemente de venaos, ciervos, avestruces, de que se ven llenas las Colinas. Zorros y tigres. Las mulitas o armadillos, las Apeareas⁷, de los reptiles, las víboras de Cruz, culebras, sapos &^a son innumerables. De las aves, las perdices grandes a pequeñas de la especie de codornices, las palomas torcaces y de las

fluviales, variedad de garzas y patos, son muy comunes. En los pantanos y bañados, se descubrió una especie de tordo o cardenal negro; con un capelo de púrpura encendida, que le cogía toda la cabeza y cuello, saltando después a los muslos, su canto era un silvo dulce y agudo. Otros había negros pardos el pecho solo encarnado o pajizo, y aún de los que llaman Dominicos, de cabeza blanca. Para -366- no interrumpir a cada paso la narración, dedicaremos la tercera parte de este Diario a las Observaciones de Historia Natural, así como la segunda a las Astronómicas. Desde el 3 de febrero hasta el 13, de abril que permanecemos en el campamento del Chuy, reinaron siempre unos tiempos apacibles y vientos suaves, por lo común de 1.º y 2.º cuadrante.

En tres o cuatro ocasiones cayó solo una lluvia temporal y benigna, y únicamente se experimentaron dos o tres turbonadas del sudoeste de poca duración y sin malicia. El termómetro indicó el máximo calor de 96 partes de la escala de Fahrenheit, el 9 de abril y el mínimo de 77 dichas, el 1.º del mismo, uno y otro a las 12 del día.

Capítulo V

Reconocimiento de los terrenos neutrales que median entre el Chuy y Tahin. Demarcación de este arroyo, frontera de Portugal y noticias de Río Grande de San Pedro.

Concluida la demarcación del arroyo del Chuy, término de los dominios de España, acordaron las dos comisiones transferirse con las partidas al del Tahin; que lo debía ser de los de Portugal: reconociendo de paso los terrenos intermedios, que debían quedar neutrales según el artículo 3.º del tratado preliminar: esto es la Laguna de la Manguera, y los dos albardones⁸ que la costean a oriente y occidente, el primero llamado de Juana María, y el segundo de Luis Silveyra, nombre que toman de sus dos más antiguos pobladores. Para la mayor facilidad de esta obra se dividieron las partidas con sus respectivos comisarios, dirigiendo su marcha las dos primeras, el 14 de abril por el albardón de Silbeyra, y las segundas, el 13 del mismo, por el de Juana María. -367- También para mayor claridad exponremos primero las operaciones de estas, como asunto propio de nuestro cargo y después diremos alguna cosa de los trabajos de las otras.

Hállase la dicha Laguna de la Manguera recostada sobre la playa del Mar que media entre los Arroyos del Chuy al Sur, y el de Bayeta al Norte; y deja un paso estrecho, o lengua de tierra angosta, tendida en la dirección del NE a corta diferencia, que es la que comúnmente llaman Albardón de Juana María. Las Segundas Divisiones pues fueron encargadas del reconocimiento de esta laguna y albardones, levantando su plano por medio de observaciones de latitud, rumbo y distancia. Para proceder a esta operación con aquella exactitud de que es susceptible, y de acuerdo con

los portugueses se destinaron desde el principio dos facultativos inteligentes, uno de cada nación, que fuesen arrumbando la costa del mar con una aguja exacta y midiendo la distancia en tiempo de unas puntas a otras por medio de un reloj a paso igual de los caballos. Del mismo modo otros dos oficiales se dedicaron a llevar la dirección del camino: cuidando así aquellos como estos de ir trazando la configuración y vista de las tierras, con los arroyos, lagos, montes y demás puntos notables. Túvose además la atención de medir de cuando en cuando ciertas bases a cordel, de proporcionada distancia y dirección: y de sus extremos se relevaron y cruzaron los principales puntos, cabos y ensenadas de las dos riberas opuestas de la Laguna, usando para estas marcaciones del gran Teodolito de la Colección de instrumentos portuguesa, montado sobre su Trepí. Y ligando cuidadosamente los trabajos de un día con los de otro, se pudo situar dicha Laguna en el plano con suficiente precisión. Las distancias deducidas por el método de arriba, se corregían después con las observaciones diarias de latitud: hechas escrupulosamente por las estrellas, tomando siempre una al Norte y otra al Sur, equidistantes del Zenit, con cuya precaución contábamos el error que podía tener el cuarto de círculo de los portugueses, que era con que se practicaban, y tenía 18 pulgadas de radio. Hiciéronse asimismo con -368- alguna frecuencia observación es de la variación magnética: y cotejando las agujas que se empleaban en las marcaciones diarias con la Azimutal o Teodolito de la observación, se enmendaban de la diferencia que tenían, los rumbos o direcciones de los objetos relevados. Con la prolijidad de estas operaciones no podían exceder las jornadas de 8 a 10 millas; y así gastamos hasta el 28 de abril en hacer la travesía de 31 leguas que se cuentan desde el arroyo del Chuy hasta la estiba que llaman de Silveyra, en la derecha ya del Tahin y Bayeta, donde acampó la Segunda Subdivisión. El camino sigue al nordeste desde el paso real del Chuy, y como a las 6 leguas por los $33^{\circ} 31' 30''$ de latitud de las primeras puntas de la Laguna de la Manguera, la que se derrama en un gran pantano, que corre al SO, no corto trecho. En este paraje dejando a la izquierda el camino de enmedio que lleva a la Villa de Río Grande por el Albardón de Silveira, tiramos al SE para descabezar la Laguna, y ganar el que la costea a oriente por el de Juana María. Este paso fue por extremo penoso para las carretas que tuvieron que verilear la playa misma de la Laguna, por un terreno engañoso, en parte de arena firme, y en otras mezclada de arcilla gredosa fluctuante y tremedal, donde se hundían hasta las mazas. Vencido este obstáculo, gira de nuevo el camino al NE por las márgenes de la misma Laguna, dejando a la derecha una serie o cadena vistosa de elevados médanos de arena suelta que se proyectan en la dirección de la Costa del Mar. Corre esta en línea recta hasta la altura de $33^{\circ} 15''$ (sic) y declinando después suavemente de pocos grados al N sigue con la misma igualdad hasta la Barra del Río Grande de San Pedro sin que en toda la distancia desde Castillos chicos se note punta o cabo de consideración. La proyección de la Laguna es también paralela a la Costa del Mar y se extiende desde la citada latitud de $33^{\circ} 31' 30''$ hasta la de $33^{\circ} 45'$ formando una especie de saco angosto, o manguera de que toma su nombre, cuya mayor anchura no excede de 3 millas. Conócese también esta laguna en los planos antiguos con la denominación del -369- Pastoreo, y la de

Texêyra; esta de uno de los pobladores portugueses del Albardón de Silveyra, y aquella de un pequeño arroyo que le entra por su banda occidental hacia la latitud de 33° 14'. Sus aguas son muertas, o a lo menos no tienen desagüe conocido: y se forma principalmente de unos grandes pantanos, y de las dos Lagunas menores de Piñeyro y Cayuba, que se hallan de la parte del Aquilón entre la de Merín y la Costa de Bayeta. Sus playas son comúnmente pantanosas, que no permiten bajar los ganados a beber, y se hallan a trechos pobladas de ciertos bosques cortados en forma de isla a que los portugueses llaman Capones⁹. Tampoco, supera el ancho del albardón entre dicha laguna y el mar, de la misma distancia de 3 millas; aunque de las primeras vertientes o puntas septentrionales de aquella, se dilata alguna cosa, formando contra el Río Grande la rinconada que llaman de Bayeta. Redúcese todo él a una zona o faja de tierra arenosa y estéril, cubierta de bañados y pantanos cuyos pastos duros y salitrosos aprovechan poco o nada a los animales.

Hecho el examen de estos terrenos como ha referido, y habiendo llegado el 28 de abril a la Estiba de Silbeyra por la latitud de 32° 30' 35" sentamos nuevamente el real no lejos de una de las primeras guardias de la dependencia de Río Grande y como 12 leguas al sur de la misma villa. Los pantanos que dijimos formaban las cabeceras septentrionales de la Laguna de la Manguera se prolongan por esta parte considerablemente hasta unirse con las dos otras Lagunas de Piñeyro y Cayuba, por multitud de bañados y esteros con cejas de monte de grandes árboles y palmas. El paso al occidente es por extremo difícil y peligroso y para facilitarlo algún tanto, Silbeyra Estanciero de aquella banda, tenía construida una especie de calzada con troncos gruesos y astiles de palmas, por donde se lograba pasar no sin algún trabajo el principal de dichos esteros, y esta es la que se llama Estiba de Silbeyra. Las primeras subdivisiones puestas en marcha el -370- 14 de abril como apuntamos en su lugar, destacaron también un facultativo de cada nación, acompañados de una pequeña escolta, a recorrer y examinar los terrenos adyacentes a la Laguna de Merín; y el grueso de la Comitiva y demás oficiales inteligentes siguieron por el camino de en medio, reconociendo los contiguos a la Manguera. Siete días emplearon en estos trabajos y marcha, y, después, el 22 del mismo vinieron a establecer sus nuevos campos sobre las riberas del arroyo Tahin, los españoles al mediodía y los portugueses al septentrión.

Yace la Laguna de Merín a occidente de la de Texeyra o Pastoreo a corta distancia, y entendemos por Albardón de Silbeyra aquel istmo o faja de tierra que las divide el que bajo la misma dirección natural de las Lagunas NE, SO, tiene por donde más 6 leguas de ancho, y se estrecha en partes hasta 2. Los pantanos del Chuy, dándose la mano con los que dan origen al pequeño arroyo del Pastoreo, cruzan este albardón por su mayor ámbito, dividiendo el camino de Río Grande, en dos que se unen después por los 33°. Otro pantano aún mayor y más intransitable corta al O la rinconada que nombran de Fanfa, contra las orillas orientales de Merín que por este lado se retiran largo trecho. Desde el nuevo término de España hasta el Tahin se hallaron 26 leguas: y en este intervalo nacen de la cresta del albardón algunos otros arroyos de corto caudal:

Josedecostaluis, Martines y Pedrotexeyra fluyen a levante vertiendo sus aguas en la Manguera: Losahogados, Arroyodelrey, y otros entran en la

Merín, cuyas barras serán determinadas cuando hablemos del reconocimiento de esta laguna, a que pertenecen.

Aunque los pastos de este albardón no son de la mejor calidad, y su terreno ya pantanoso ya arenisco, no ha dejado de multiplicarse en él porción crecida de caballos Baguales¹⁰, entre ellos andan muchos de los Reyunos¹¹, y de particulares de las dos naciones limítrofes. -371- Estos vuelven a ser de uso y amansarse con facilidad, si se les logra coger a lazo o bolas, como acostumbran los naturales. También suelen construir unos corrales con estacas de mucha extensión y dejándolos una puerta angosta con dos alas largas y abiertas, meten dentro algunos caballos mansos que llaman los Baguales, sirviéndoles como de señuelo para mayor facilidad los corren y echan hacia aquella parte con cuya traza logran a veces muy buenas rodadas. Los pasajeros en este camino deberán tener mucho cuidado con sus caballos particularmente de noche si no quieren quedarse a pie. Suelen los Baguales al menor estruendo o novedad venir a la furia de disparada sobre la caballada mansa: y mezclándose con ella la envuelven y arrebatan de tropel a manera de un torrente impetuoso, sin dejar tiempo ni arbitrio de evitar aquel inconveniente. El remedio es rondar con vigilancia sus caballos y espantar de antemano toda Bagualada de las inmediaciones. Antiguamente había también en el Albardón de Silbeyra copia de Ganado Vacuno, pero los changueadores¹² o ladrones de cueros lo han exterminado, y en el día solo se ve un corto número de toros hacia el rincón de Fanfa. Los tigres, leones y osos hormigueros, los venaos, avestruces y armadillos son también muy comunes en esta lengua de tierra. Puede verse al fin la descripción de estos animales.

Luego que las partidas sentaron su red en el Tahin y Albarbón, se trató de ejecutar la demarcación de aquel arroyo, que según el artículo 4 del tratado preliminar debía ser el término, de los Estados de Su Majestad Fidelísima para verificar esto con el acierto debido, se hizo primero reconocer el curso del arroyo, sus diferentes gajos, su origen, los campos que riega de una y otra banda, los que lindan con ellos a oriente de la Estiva de Silbeyra, por último la Costa del Mar y arroyo de Bayeta. Los capitanes de Ingenieros don Bernardo Lecocq por una parte y Alejandro Portelli de la de Portugal (cuidando siempre de este modo de autorizar las operaciones asignando facultativos de ambas coronas) -372- fueron encargados del referido reconocimiento y levantaron el plano circunstancial de Tahin, por medio de la plancheta, con aquella prolijidad y exactitud que requería el punto, como se había practicado anteriormente en el Chuy en cuyos trabajos emplearon hasta fines de julio.

Toma sus aguas el Tahin de dos pequeñas Lagunas¹³ que se hallan situadas en el rincón que llaman del Tigre, tan inmediatas al gran Estero de la Estiba, que es de recelar tengan con él comunicación. Corre de aquí el arroyo un tramo corto como de 4 millas al O en el cual se divierte en notables vueltas y revueltas y viene por último a desaguar en la Laguna de Merín bajo el paralelo 32° 33' 35". Al septentrión de estas lagunas se hallan las de Cayubá y Piñeyro de que hemos hablado, que son de más consideración, y en el tiempo de creciente fluyen también hacia esta parte, aumentando probablemente los cortas aguas del Tahin. Siendo la de Cayubá la primera y la mayor, se une a la de Piñeyro, sin dejar otro paso entre las dos, que una estiba semejante a la de Silbeyra, transitable solo

en tiempo seco. Los terribles atolladeros que siguen inmediatamente al Sur de estas lagunas, por donde verifican su derrame, no permitiendo de manera alguna aproximación, nos dejaron inciertos de la verdadera salida de sus aguas, las que según la situación local que de afuera aparece, no será extraño corran al Estero de Silbeyra, y por este a la Laguna de la Manguera, aunque también den algunos como se ha dicho al Tahin.

No es este gajo, cuya descripción acabamos de hacer, el único del arroyo: otro no de menos atención trae su rumbo del mediodía, de hacia aquellos pantanos del Corralalto y cabeceras septentrionales de la referida Laguna de la Manguera, el cual no pudo tampoco ser reconocido en toda su extensión, a causa de los inmensos bañados, lodazales, derretideros y en general de lo absolutamente impracticable que es en todo tiempo aquel territorio. En los planos antiguos se pinta el Tahin, como un Sangradero, por el cual que deposita la Manguera sus -373- aguas en la Laguna de Merín. A la verdad no consideramos esta practica desnuda de todo fundamento; la profundidad de este gajo del Arroyo, el considerable caudal de aguas que toma en tiempo de lluvias, la rapidez de su corriente, lo permanente de sus inundaciones y sobre todo el no habersele hallado a la Manguera otro desaguadero, son otras tantas consideraciones que nos persuaden e inclinan a favor de aquella opinión. Mas como no fuese dable por las razones dichas la positiva averiguación de este punto: y por otra parte nos debamos ceñir escrupulosamente al resultado efectivo de los reconocimientos y realidad de las observaciones; se figuró solo en el plano este segundo brazo del Tahin, unido a dichos pantanos, y de la corta distancia de 6 millas, a que únicamente pudo ascender su investigación. No son de tan fatal condición los campos orientales a la Estiba de Silbeyra. Corre no obstante reclinada a la Costa del Mar otra Ceja de bañado pantanoso, de cuyos surgideros provienen los pequeños arroyos de Matreiro y Bayeta, que entran en el océano a corta distancia uno de otro, bajo la misma latitud del Tahin. Por este paralelo se halla la garganta o mayor angostura del istmo o lengua de tierra que media entre la laguna de Merín y el mar; de suerte que la distancia en línea recta desde la barra del Tahin a la de Matreyro es solamente de 10 millas.

Con la clara idea de estos campos, la noticia y luz de este reconocimiento, pudieron convenir los comisarios, y fijar el límite de Portugal por esta parte, con arreglo al artículo 4.º del tratado. Corre pues la novísima línea divisoria desde la barra del Tahin por su gajo septentrional hasta la laguna más norte de las dos pequeñas, de que toma su origen, situadas como dijimos en el rincón del Tigre. Sigue después por una línea recta que se considera tirada a la playa del mar y que sea al mismo tiempo tangente a las primeras márgenes, de la Laguna de la Manguera, la que termina hacia los 33º de latitud austral a muy corta diferencia.

Parecía término más natural y conforme al espíritu del mismo tratado que desde la dicha laguna del rincón del Tigre fuese la raya en línea -374- recta al Mar: esto es por la menor distancia, que es como se debe entender aquella expresión del tratado en el citado artículo 4.º, atravesando el istmo o lengua de tierra por su mayor angostura y terminando en la Costa del mar por el arroyo de Bayeta o el de Matreyro: verificándose también de este modo la expresa determinación de los dos

soberanos en el artículo 5.º, a saber, que los dominios portugueses no se extiendan del arroyo Tahin para la parte meridional. Sin embargo de estas y otras sólidas razones que se alegaron, cuya exposición dejamos a pluma mejor cortada, prevaleció el dictamen de los comisarios de Su Majestad Fidelísima, que juzgaron debía tocar la línea las orillas de la laguna de la Manguera, como efectivamente se les dio ese gusto, tirándola como va referido, atendiendo el corto valor de los campos de esta pequeña diferencia, y evitando fastidiosas disputas, que atrasarían nuevamente la obra de la demarcación, contra las sabias prevenciones del artículo 6.º que manda recíprocamente en asuntos de poco momento.

Resuelta esta materia, se colocaron otros 4 marcos de piedra con las mismas inscripciones. mutatis mutandis, que en los del Chuy; esto es, en la cara, septentrional R. F., y debajo 1784 y en la meridional. Terreno neutral até Chuy.

La situación de dichos marcos es: el 1.º sobre un gran médano o morro alto que se halla en la orilla meridional del Tahin muy cerca de su barra: el 2.º hacia el extremo de un pequeño albardón que interna al seno o fondo del rincón del Tigre: siendo la latitud de ambos de 32º 33' 25", igual a corta difra a la del Tahin; el 3.º en el albardón de Juana María, como 3 millas al sur del paraje nombrado la Guardiachica en 32º 54' de latitud, y finalmente el 4.º que podría llamarse el primero por más avanzado, en la playa del mar, bajo el paralelo mismo de los 33º exactos de latitud austral, como consta de nuestras observaciones.

Por la parte del continente debía seguir el dominio lusitano por las orillas de Merín, a lo menos hasta el Sangradero de esta laguna, o el Piratiny, dolido daban principio los terrenos en disputa; mas como los comisarios portugueses se negasen a practicarlos así con razones -375- frívolas y misteriosas hasta verificar el reconocimiento de dicha Laguna siendo esta obra de gran trabajo y nada propia de la Estación, fue forzoso interrumpir las operaciones, y los ingenieros se dedicaron a poner en limpio los planos del Tahin con la justa atención de remitir dos ejemplares a los señores virreyes del Río de la Plata y Brasil.

Debiendo pues las partidas subsistir acampadas durante el invierno en la tristísima situación del Tahin y albardón de Juana María, distinta un campamento de otro al pie de 8 millas de un camino sobre toda ponderación el más fatal e intransitable, tuvieron que construir sus ranchos de pija para abrigo de las gentes, y poner a cubierto los víveres y demás pertrechos, siendo los fríos nada comunes en aquel clima, y las aguas tan copiosas y frecuentes, que queda todo el campo hecho un puro lago. Las carretas desmontadas, se metieron también debajo de un tinglado hecho a propósito, donde se preservasen de la inclemencia del tiempo, y en general a todo se puso el debido cobro en los mejores términos posibles. La hacienda de la primera subdivisión se mantuvo en el Corralalto, 3 leguas al Sur del Tahin, que es el lugar de mejores pastos en el albardón de Silbeyra. La de la segunda durante la estación de las aguas permanecía al norte de la Guardiachica, donde se colocó el 3.º marco, y en la seca pasaba a la Rinconada de Bayeta, que no escaseaban tanto los abrevaderos como en lo restante de este albardón de Juana María, siendo también sus pastos más sufribles. Contra el mato, o gran monte del Estero de la Estiba hay varios potreros, muy espaciosos y bien cerrados, donde, pueden estar

los animales como en un corral. Los portugueses repartieron todo este cantón en suertes de estancias, luego que se establecieron los marcos, procediendo desde el instante a su población y cultivo. En este mato, abunda notablemente el árbol del Arazá¹⁴ fruta no menos delicada que provechosa y de tamaño de las peras aromáticas o cermeñas.

-376-

Como nuestra mansión en el Tahin fue dilatada, remontaron los instrumentos astronómicos y arreglado el péndulo, se lograron repetidas y exactas observaciones de longitud por medio de los eclipses de los satélites de Júpiter. Del mismo modo no se descuidaron en el campamento portugués, y el Doctor Joseph Saldaña con el capitán de artillería Joachin Feliz da Fonseca practicaron otras que confirmaron las nuestras, y por la combinación de todas se estableció la longitud en tiempo del Tahin de 3h 30' 35" al occidental del Real Observatorio de Greenwich. Su latitud la reflejada anteriormente de 32° 33' 25" y la variación magnética de 13° N E. Situado este arroyo en el plano con este fundamento sirvió como de punto fijo e invariable para colocar los demás, con relación a él; no debiéndose repetir las observaciones de longitud en parajes poco distantes, a causa de que sus recíprocas e inevitables diferencias servirían más de confusión que de exactitud.

Nuestro plano de demarcación, número 8, no podía limitarse o ceñirse precisamente a la misma Raya; debía también abrazar de una y otra parte cierta zona o faja de aquellos terrenos más inmediatos a la frontera, que pudieran sujetarse a nuestro examen y reconocimiento; en esta atención pareció conveniente ampliarlo desde Castillos hasta la Villa de Río grande de San Pedro, que dista 14 leguas del Tahin, sirviéndole de término Boreal la misma Boca de este gran Río. Y como haya sido en el siglo presente objeto serio de disputa entre las dos naciones, y origen de grandes y reñidas controversias, no será fuera de propósito dar aquí su descripción, resumiendo con brevedad las noticias concernientes a su descubrimiento y al modo con que los portugueses se establecieron y llegaron a tomar posesión de sus vastas comarcas.

Nace la principal vertiente de Río grande en la gran serranía llamada Segundomonte bajo el paralelo de 28° de latitud austral. Corre de aquí con el nombre de Igay el espacio de 40 leguas al SO $\frac{1}{4}$ O, se junta con el Yacuy no lejos de su origen, que lo tiene en el Primer monte de la misma Serranía. Prolóngase esta al Sur un largo trecho, y el Yacuy la costea a oriente recogiendo sus aguas.

-377-

Cruza las tierras de la Vaquería de los Pueblos de Misiones; la Sierra del Tape, conocida hoy por Montegrande, y dejándose ir hasta cerca de los 30 grados, tuerce después al oriente otras 25 leguas, recibiendo las aguas de los dos Guacays, Pequiry, y otros por su banda meridional, y por la septentrional las de Río Pardo y Tebicuary o Mboapiary, el que trabe su curso de larga distancia, y nace en los contornos de la pequeña aldea llamada Tojucas, sita sobre la Costa del Mar en los 28° 30' de latitud, al Sur de la isla de Santa Catalina, y: hacia los Morros de Santamarta¹⁵. En las confluencias de estos dos Ríos, se hallan contruidos los dos fuertes de Jesusmaria y San Amaro. Aumentado el Yacuy considerablemente da una vuelta espaciosa y pasando por la Villa de Viamon y Fortaleza de San

Cayetano, se explaya en gran lago de 40 leguas N. S. sobre 12 E O, el cual toma el nombre de Laguna grande de los patos o Río grande de San Pedro. Júntase después con el famoso Sangradero de Merín¹⁶ y formando dos grandes Sacos o Mangueras a occidente deja en la península del centro la Villa de Río grande, y paga su natural tributo al mar por la latitud de 32 grados 3 minutos.

Es ya en el día punto decidido, fuera de toda controversia que los españoles fueron los primeros descubridores de toda la Costa del Brasil, desde los ríos Orinoco y Amazonas o Marañón hasta el Río de la Plata. Los insignes náuticos, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, en sus dos viajes de 1508 a 1515, bajo la dominación de los Reyes Católicos, recorrieron toda la dicha costa desde el Cabo de San Agustín hasta los 40 grados de latitud austral: entrando en el Río Janeiro, en el de los Inocentes, Isla de Santa Catalina, y en todos los demás puertos y ensenadas, que encontraron capaces, desembarcando en ellos y ejerciendo todos los actos y formalidades correspondientes a la toma de posesión en nombre de la Corona de Castilla. -378- Otros descubridores de la misma nación sucedieron a aquellos en tiempos posteriores, mas el de mayor autoridad y que viene más a nuestro intento de Río Grande, es el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el que nombrado para suceder al primer Gobernador de Buenos Aires don Pedro de Mendoza, partió de Cádiz con dos navíos, una carabela y 400 hombres el 2 de noviembre de 1540. Llegó a la isla de Santa Catalina en la Costa del Brasil el 29 de marzo del año siguiente de 41, enviando parte de su gente en las embarcaciones, paso él por tierra a recibirse de su Gobierno, tomando de camino posesión, y reduciendo a la dominación de España por los justos y suaves medios de la convención, trato y comercio, como dice una ilustre pluma¹⁷, todas las Naciones de Indios y todos los territorios y comarcas de Río Grande de San Pedro, y de la costa septentrional del Río de la Plata.

También es punto inconcuso, puesto en toda su claridad por nuestros generales don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa en su docta disertación sobre límites, que todas estas regiones de Río Grande en toda la extensión de sus vertientes, con otras más septentrionales, caen al occidental del célebre Meridiano de Demarcación, ajustado entre los soberanos de España y Portugal en la famosa concordia de Tordesillas, año de 1494. De manera que por el doble título de descubrimiento y conquista, y por derecho convencional entre las dos naciones, han pertenecido de todo tiempo estos territorios a la Corona de Castilla. Sin embargo de la solemnidad de este tratado, y no obstante la notoria justicia de aquel derecho. Los lusitanos, émulos siempre de los españoles en la gloriosa conquista de las Américas, desde que fijaron el pie en la Costa del Brasil, se propusieron ampliar sus dominios a todo costo; y han sostenido después acá, y sostienen en el día el mismo sistema con tanto empeño y tesón, como contemplación y miramiento de parte de España. Llevados pues de la primera felicidad y progresos de sus ideas, pusieron la -379- mira en los pingües terrenos de la Ribera septentrional del Río de la Plata, y establecida la Colonia del Sacramento, como se dijo en su lugar, llegaron los Moradores de la ciudad de San Pablo, llamados entonces Mamelucos¹⁸, a ocupar Río Grande de San Pedro, el año de 1733, destruyendo a este fin las antiguas Reducciones de Tapes, establecidas sobre las márgenes del Yacuy,

por nuestros jesuitas del Paraguay, como diremos adelante con más individualidad en la Relación de las Misiones.

Corría a la sazón estas campañas una partida de Dragones bajo la conducta del alférez don Esteban del Castillo, el cual ahuyentó los Paulistas, y estos con los auxilios que recibían frecuentemente del Janeiro y de Santa Catalina se volvieron a situar en los mismos parajes el año siguiente poblándolos con crecido número de familias, que les envió en barcos capaces de entrar en el río, el Gobernador de la Colonia del Sacramento don Antonio Pedro Vasconcellos; fueron nuevamente desalojados y preso el caudillo portugués que los mandaba, el maestre de campo Domingo Fernández, por el mismo oficial, quien para contenerlos, y vistas sus continuas irrupciones, se había situado en la sierra y fuerte de San Miguel.

Celebrada la Convención de París de 16 de marzo de 1727, y retirado de allí Castillo; el Gobernador de la colonia, en el mismo navío que le trajo las órdenes para la cesación de hostilidades al sargento mayor de batalla, Joseph de Silba Paez con gente y artillería para que se apoderase -380- de Río Grande; lo que ejecutó a su salvoconducto con escandalosa infracción del Armisticio que se acababa de ajustar: extendiéndose por los albardones de Juana María y Silbeyra, arroyo del Chuy, donde formó una guardia, y fuerte de San Miguel, que se edificó de piedra, y reforzó con 6 piezas de artillería y competente guarnición de infantería y dragones; y finalmente construyendo en los caminos baterías, y haciendo cortaduras para defensa de los pasos, cuyo encargo comitió al capitán Pedro Pereyra, que al efecto se estableció en Corralalto.

Don Andrés Ribero de Coutinho fue nombrado Comandante de las nuevas posesiones de Río Grande, y en los años sucesivos se fueron los portugueses dilatando y extendiendo, formando diversas estancias en las 16 leguas que corren desde el arroyo del Chuy hasta la Montaña de Buenavista en la Playa de Castillos Grandes, de que se ampararon el año de 1752, colocado que fue aquel paraje el primer marco de división en ejecución del tratado de límites.

Estos fueron los principios y estos los progresos de la introducción de los portugueses en Río Grande. Don Pedro de Ceballos, siendo Gobernador de Buenos Aires, puso en toda su claridad la relación de estos hechos, y convencido de la injusticia de aquellas usurpaciones, viendo desatendidas sus amistosas reiteradas instancias y protestas, trató de proceder a vías de hecho; y en la guerra de 1762, recobró a la monarquía tan vastos países, desalojando a los del fuerte de Santa Teresa, que acababan de edificar, de la Sierra de San Miguel, Arroyo y Guardia del Chuy, Corralalto, y últimamente de la Villa de Río Grande, situada en su ribera meridional y demás puestos de la del Norte. Terminada la guerra antes de tiempo, no pudieron nuestras armas acabar la entera recuperación de los establecimientos más septentrionales de Viamon y Río Pardo; y retirados los portugueses a los fuertes de San Cayetano, San Amaro y Jesús María, construidos por el conde de la Bobadela con el pretexto del referido Tratado de límites, anulado ya el año de 1761, se fueron reponiendo y fortificando de sus pérdidas. Hacia 1767 invadieron de nuevo el Río Grande con -381- una expedición muy formal, combinada por mar y tierra; y desembarcando 800 hombres se apostaron e hicieron fuertes en la ribera boreal. Quedaron desde entonces con el libre y franco uso de la navegación

del Río, continuaron las correrías y hostilidades por tierra y agua, dando cada día mayor solidez a sus puestos con nuevas fortalezas y tropas, y últimamente por abril de 1776 el general Juan Enrique Buheme se acabó de amparar por los medios de la mayor violencia de la banda meridional, expeliendo a los españoles con muerte de mucho de la Villa, de la Batería de la Barra, y demás fortificaciones; habiendo precedido de pocos días un sangriento combate naval de fuerzas muy inferiores de nuestra parte y que fue muy glorioso para la Marina.

Todas estas posesiones portuguesas de que hemos hablado, forman hoy un solo Gobierno, el sujeto que se halla a su cabeza, que regularmente es un Brigadier, lleva el título de Gobernado de Río Grande o del Continente y pertenece a la jurisdicción del virreinato del Río Negro. Cuéntanse de 8 a 10 aldeas o lugares y un gran número de guardias, que no tardarán en venir a ser otras tantas poblaciones. La de Puerto Alegre en el Río Pardo es la común residencia del Gobernador, aunque el actual, como encargado de la nueva demarcación, asista en la villa de Río Grande, con la que tienen todas las otras comunicación por agua. Hállase esta villa, como ya dijimos, en cierta especie de península, que del albardón de Silbeyra avanza sobre la ribera meridional del río, formando dos grandes sacos o mangueras de poco fondo y mucho pantano, que internan de 2 a 3 leguas por las tierras de dicho albardón. Su latitud es de 32° 1' 40"A. y su longitud de 325° 51' contada por el Meridiano de la Isla del Fierro¹⁹.

Después de la última destrucción de la colonia, ha recibido la villa de Río Grande algún incremento, acogiéndose a ella la mayor parte de los vecinos de aquella plaza; y con todo en el día no tiene arriba de 400 familias. La guarnición es de milicias del país, -382- y se compone de un cuerpo de tropa ligera y otro de infantería, a cuyo cargo se halla la artillería de las fortalezas. Todos los habitantes se alistán en estos dos cuerpos sin distinción alguna de persona, desde la edad de 8 a 10 años y sirven por tiempo ilimitado, de manera que nada hay más común que ver a un padre con todos sus hijos en actual servicio, no dispensando en este sino con grave causa. La población se reduce a una calle tendida en la dirección del NE y otra que vuelve al SE, ambas sobre la playa del río, y en su medianía está el muelle de madera, para el uso de las embarcaciones. Las casas son bajas, de palo a pique y de ladrillo, y la iglesia que es de una sola nave con dos campanarios, se halla servida por un vicario con un teniente.

Es verdaderamente infeliz la situación de este pueblo. Sobre un suelo movedizo de arena pura y suelta, no tiene salida ni paseo que no canse. En las calles mismas se entierran las gentes hasta el tobillo, y en sus ruedos o inmediaciones no hay donde soltar un caballo a pacer, fuera de los veriles de los pantanos, cuyos cortos pastos son duros y salitrosos. Por todas partes se ofende la vista con el reflejo de los rayos del sol sobre la arena, y con los vientos continuos y fuertes de los 1.º y 2.º, cuadrante que reinan casi todo el año, se pone del todo inhabitable el país. Los caminos se interrumpen o mudan a cada paso y a veces los médanos amenazan de sepultar la aldea, dando a los habitantes la penosa molestia de remover todos los días las arenas de un lado a otro. Tan desgraciada como es la situación de esta villa, tan ventajosas son sus proporciones para el comercio. Tiene comunicación por agua con todas las demás aldeas y

poblaciones del continente; las Zumacas de la Bahía de Todo Santos y Janeiro entran en su puerto y navegan toda la Laguna de los Patos: y sus canoas y demás buques menores penetran más de cien leguas al septentrion por el Río Pardo o Yacuy y no menos al mediodía por el Sangradero y Laguna de Merín, cuyas grandes vertientes suben hasta los contornos del pueblo nuevo de la Concepción de Minas cerca de Maldonado.

Sin embargo de todo esto su comercio se halla reducido a los granos -383- y harinas que llevan al Río Janeiro y 4cmas establecimientos de la Costa del Brasil, algunos cueros al pelo, carnes saladas, y charques, sebo, grasa, y reciben en cambio otros frutos como arroz, azúcar, aguardiente de caña, cera, tabaco, y algunos paños, lienzo, y sedas en corta cantidad para su vestuario; a que se debe agregar un pequeño número de esclavos para el cultivo de sus haciendas. Antes de la libertad de comercio con nuestras provincias del Río de la Plata, y aun después, en la última guerra con los ingleses, fomentó la Villa de Río Grande considerablemente el trato ilícito; introduciendo a Montevideo y Buenos Aires, ya por tierra ya por agua, muchos géneros de Europa y de la India, piedras preciosas, tabaco de humo y esclavos, y extrayendo crecidas cantidades de plata. Los comerciantes de Janeiro y de la Bahía se valían de Río Grande para despachar las zumacas cargadas de frutos, y con el pretexto de arribada entraban en el Río de la Plata, y los dejaban en Montevideo; llegando el desorden a tal punto que hubo ocasión de juntarse en este puerto hasta 6 y 8 embarcaciones portuguesas. En el día se halla enteramente corregido este abuso, no tanto por el celo y sabias precauciones de los jefes que llamaron su atención a este objeto, cuanto por la disminución del lucro, efecto natural de la abundancia de géneros que hay en todo el virreinato, con la extinción del comercio exclusivo. No falta aún quien intente persuadir, que desde aquella feliz época del comercio libre sería muy conveniente a nuestras Américas, ajustar un tratado de comercio con los portugueses en toda la Costa del Brasil, aunque fuese con ciertas restricciones, limitándolo por ejemplo a las manufacturas y producciones de la tierra; a imitación de las Islas Filipinas con las naciones y demás Islas Asiáticas. Tendrían, dicen, notable salida nuestras mulas y caballos, los ganados vacuno y lanar, las carnes saladas y en charque, los cueros, sebo y grasa, la sal de patagones, los granos, harinas, la yerba del Paraguay, las lanas, jergas, ponchos, pellones y muchos otros efectos y fruto de Mendoza, Chile, y demás provincias interiores del Perú. El -384- retorno de todo esto serían esclavos, que son los únicos jornaleros de este nuevo mundo, muy necesarios para las estancias para el beneficio de los campos; maderas en abundancia de varias y excelentes calidades: Embarcaciones de todos portes hasta para la navegación del Cabo de Hornos, como con las zumacas de Pernambuco. El Rey tendría tabaco de humo de superior calidad al del Paraguay, de no fomentar su beneficio en esta provincia, y sería mejor; y finalmente nos vendrían algunos otros géneros semejantes y frutos cuyo detal omitimos por no ser de nuestro asunto, bastando solo apuntar la materia por lo que pudiese convenir.

Esta providencia mirada por otro aspecto conduciría mucho a la población, a la frecuencia de las campañas desiertas, a la agricultura y cría de ganados: tolerando el trato evitaba el entretenimiento, desórdenes de las

partidas de guardas y tropa; la pérdida de muchas familias útiles al estado, excusaba las correrías y robos de los portugueses, quitando la causa; perpetuaba la paz entre las dos naciones, estrechando y consolidando con recíproca utilidad su amistad y unión, punto de la mayor importancia en las Américas; y por último no parece dañaría a dicha providencia al comercio nacional, pues este poco o nada se ocupa de aquellos efectos y frutos del país, y los géneros de Europa, que hacen su objeto principal, viniendo directa y francamente de los puertos de la Península, no pueden ya servir de incentivo al contrabando, puesto caso que los que quisieran introducirlos por la vía del Brasil, no se costearían; y aun podríamos darles muchos con lucro, como los paños finos, cintas, sedas y otros, inclinando hasta en esto la balanza o equilibrio a nuestra nación. Lo mismo se debe entender de los géneros de la India desde la erección de la nueva Compañía de Filipinas²⁰.

Capítulo VI

Primera salida al reconocimiento de la Laguna de Merín y sus vertientes.

Luego que empezó a ceder la estación de invierno, y que los tiempos fueron más suaves y benignos, se trató nuevamente de dar principio a las operaciones, poniendo en ejecución el segundo punto del acuerdo o ajuste prefinido en el campo del Chuy por los comisarios, el cual se reducía a practicar el reconocimiento de la Laguna de Merín y el de todo aquel gran territorio sobre que recaía la duda suscitada por los comisarios de Su Majestad Fidelísima acerca de los artículos 3.º y 4.º del tratado preliminar. Dicho territorio se halla comprendido entre las vertientes occidentales de la misma laguna teniendo por término al septentrión el arroyo Piratiny que entra en el sangradero de ella, y al mediodía el de San Luis, los cuales encierran entre sí un espacio o área de 40 leguas cuadradas. Se debía pues levantar el plano corográfico de esta gran comarca, a fin de dar a las dos cortes con este documento noticia clara e individual de aquella duda, y que pudiesen decidir con acierto, cual debía ser el curso de la línea divisoria desde la barra del referido arroyo de San Luis, donde había quedado, hasta las cabeceras -289- del Río Negro en las cercanías de Santa Tecla, señalando la frontera de España, y si el Piratiny o alguno otro arroyo debía ser el término de la de Portugal. Tomada esta deliberación con arreglo al artículo 15.º del tratado fueron encargados de practicar dicho reconocimiento, los comisarios de las segundas subdivisiones, y al efecto con una escolta proporcionada; y los oficiales facultativos de las dos naciones que se graduaron suficientes se transfirieron desde principios de noviembre a la villa de Río Grande, de cuyo puerto debían proceder a los trabajos de esta obra. Para la mayor facilidad y prontitud siendo la laguna y sus vertientes en gran parte navegables se mandaron disponer seis canoas, únicas embarcaciones que nos podían servir, dos de ellas de cubierta y capaces de recibir algunos víveres, las cajas de instrumentos astronómicos y los equipajes de toda la comitiva, reducidos a lo más indispensable, y las otras cuatro mucho

menores, pero más ligeras y fáciles de manejar, que calasen poco, y fuesen propias para practicar todas clase de operaciones. A todas se les armó su carroza y proveyó de toldos de Brin para reparo de las aguas y soles, se equiparon de ramas de toda tabaras, y velas y se tripularon, cada una de 4 marineros y patrón.

Dispuesto todo en la mejor forma con los eficaces auxilios del Gobernador, se embarcaron tolas las personas destinadas al reconocimiento en el muelle mismo de la villa, y a favor de la brisa alegre y fresca del SE, dieron la vela al 10 de noviembre del mismo año de 84. Desde aquel punto se siguió una derrota formal y circunstanciada con toda cuanta exactitud fue posible, destinando a este objeto una de las canoas que no cuidaba de otra cosa. En ella se puso una excelente Aguja de Piephinch, de 10 pulgadas de radio, dividida en octavas y montada sobre esferas que le conservaban muy bien la horizontalidad en medio de los movimientos y balances de la canoa, la cual sirvió para notar los diferentes rumbos que se hacían siguiendo siempre el cauce de los ríos, y para demarcar y situar por medio de repetidas intersecciones no solo los objetos notables -290- de sus riberas, sino también los de toda la campaña a la vista. Las distancias se medían con toda precisión, usando de una corredera, graduada en toesas, según la celebre dimensión del meridiano terrestre²¹ y aunque para esto se empleaba una ampolleta de arena o mediomínuto, como llaman los pilotos, se tenía cuidado, de examinarlo frecuentemente con el reloj a segundos de Graham, perteneciente a la 4.^a colección de instrumentos española. Corregíanse asimismo dichas distancias navegadas del efecto de la corriente, ya fuese favorable o contraria para lo que siempre se advertía o sospechaba alteración en las aguas, se medía su velocidad por medio de la misma corredera, dando fondo en aquellos parajes más convenientes. Tampoco se desatendieron los fondos averiguando su diversa profundidad con un escandallo de suficiente peso, cuya sondaleza estaba dividida en pies de Castilla.

Con toda esta prolijidad se entabló el reconocimiento de los terrenos, ríos y lagunas, a que como se ha dicho, fueron destinados los comisarios de las siguientes partidas; y de este modo se fueron copiando, los elementos o materiales para construir el plano, teniendo la debida atención al principal fundamento de las observaciones astronómicas, las cuales se tuvo el esmero de repetir según la proporción que ofreció el tiempo, para que sirviesen de corrección general a los resultados de aquella estima. Todo el trabajo diario se anotaba sobre la marcha, en un Cuaderno portátil al estilo de los navíos de guerra, y a la noche se trazaba sobre un papel dividido en cuadrículas, a razón de una pulgada francesa la milla, escala suficiente para expresar con claridad la configuración de los terrenos. De todos estos papeles o borradores, corregidos por las observaciones de latitud, se formó el plano general, reducido a otra escala menor, de 6 millas la pulgada, como indicamos arriba en las operaciones del Chuy, teniendo también ahora la consideración de autorizarlas con la asistencia de facultativos de ambas naciones, y de confrontarlas a menudo para evitar -291- toda diferencia o equivocación, y que mereciesen justa aceptación de sus respectivas cortes.

Ya dijimos la situación de la villa de Río Grande en la latitud austral de

32° 1' 40" y en 335° 51' de longitud, contada de la isla de Fierro. Desde ella, puestos en franquía, se hizo el rumbo del N. y a las 4 ½ millas, estuvimos con lo más septentrional de la isla del Padre o Marineros y la punta Mandayna o Avendaño, en el canal mismo que conduce a la Laguna de los patos. De este punto se navegaron 2 millas al N NO, (hablamos siempre de rumbos corregidos de variación magnética) y se llegó a la isla de los Mosquitos situada como una legua de la punta de Barbosa o Rasa. Procurose después barajar la costa meridional gobernando al NO ¼ O ya las 3 millas se encontraron los ranchos de la punta de Torre de tama, donde quedaron las canoas de los portugueses, aguardando la de su provisión que se había sotaventado alguna cosa. Las españolas continuaron su derrota durante el día en la idea de tomar la boca del sangradero de Merín, 8 millas al N NO de Torre de tama para observar en ella la latitud, mas lo impidieron las densas neblinas que reinaron toda la noche. De cada una de las puntas que forman la entrada del sangradero llamada Barrafalsa, se extiende un placer de poco fondo que embaraza el paso a las canoas mayores, pero queda en medio un hermoso canal de 3 a 4 brazas que va a reunirse con el de la Laguna de los patos bajo la dirección del E al E SE.

Reunidos el 11 con los portugueses se siguió aguas arriba por dicho sangradero y el 12 entramos en el arroyo Pabón con la mira de recibir alguna carne fresca en la estancia del coronel Rafael Pintos Bandeyra, sita a 4 ½ millas de su boca sobre la ribera septentrional. Pabón baja de unas lomas altas distantes de 3 a 4 leguas al NO y solo es navegable en canoas la mitad de esta distancia, pues aunque su cauce es profundo, se halla embarazado de un espeso laberinto de camalotes, o aguapés, a causa de la poca corriente de sus aguas. El 15 continuamos la marcha, y al entrar en el sangradero se notaron sobre la costa de enfrente que era oriental los -292- Ranchos de Beca, uno de los mejores pasos de este río, donde subsistía una pequeña guardia de 5 hombres de la dependencia del Río Grande. En la estación de invierno se suele cerrar el camino que viene a Beca desde la Villa por los grandes pantanos e inundaciones del mismo sangradero.

Como a 3 millas de Beca desagua el referido sangradero por su ribera occidental el Piratiny en cuya margen meridional estuvo formado en otro tiempo el fuerte portugués de San Gonzalo. Por las inmediaciones de este fuerte, dice el artículo 4.º del tratado preliminar, corre el arroyo que entra en el sangradero de Merín, y debe servir de límite a los dominios de Su Majestad Fidelísima; siendo el Piratiny como llevamos dicho, el único en que concurren estas circunstancias que expresa el tratado, pareció indispensable reconocerlo, y observar su latitud y aun longitud para colocarlo en el plano según su verdadera situación. Con esta mira se entró en el Piratiny, y acampó en la orilla austral, junto a las ruinas del expresado fuerte de San Gonzalo, que aún existían. Dicho fuerte, parece, fue construido para conservar los víveres y pertrechos de aquellas tropas destinadas contra los indios de misiones, que se propusieron el año de 1753 embarazar los progresos de la línea divisoria. La latitud observada de este punto es de 31° 59' 53" A. y la longitud de 3 horas 30' 10" al occidente de Greenwich, observada el 20 de noviembre por una emersión del primer satélite de Júpiter.

Para practicar el examen del Piratiny con suficiente precisión, se midió a

cordel una base sobre dirección acomodada, que formase ángulo como de 60 grados, y por medio de ella resuelto un triángulo, se vino en conocimiento de la distancia que había de San Gonzalo a un Capón que demoraba al sur, la que era de 2377 toesas. Esta distancia sirvió de segunda base, y desde sus extremos se relevaron y cruzaron las puntas más esenciales de toda la campaña a la vista, empleando para estas marcaciones el gran teodolito de la colección de instrumentos española, cuya división descende hasta las unidades de minutos. De este modo se halló la situación de varias lomas y -293- sierras, que se pusieron en el plano, entre las que se descollaba un cerró más corpulento, llamado por su aridez Cerro Pelado. Hecho esto se destino en una canoa el geógrafo don Joachin Gundin que navegó el Piratiny la distancia de 20 millas que pudo penetrar, determinando sus vueltas, islas y algunos sacos que forma en este tramo, y corrigiendo todas sus operaciones, con la vista del mismo Cerro Pelado a que las refería. El resto de este gran arroyo hasta sus cabeceras no pudo reconocerse hasta la campaña del siguiente año, como veremos en su lugar; mas por no interrumpir la idea de su descripción la concluiremos ahora con arreglo a aquellos trabajos.

Dos son los principales brazos del Piratiny: el 1.º con el nombre de arroyo de Santa María, tiene su origen en las asperezas que llaman de Perdiz²² (cierto facineroso muy nombrado que se ocultaba en ellas) hacia el paralelo de 31° 45' de latitud A. Fórmase al principio de muchas y grandes caídas de dichas asperezas: corre después entre el E y ESE el espacio de 13 leguas largas, recibiendo otros gajos de menor entidad, así del N como del S y se junta con el otro brazo, que es el verdadero Piratiny, el que tiene sus primeras fuentes en una pierna de Cuchilla que da aguas al Cavacuan, distante 11 leguas a los rumbos del N NO a NO en latitud de 31° 32' A. y que recoge asimismo diversas vertientes por ambas orillas. Desde la confluencia de estos dos brazos, sigue el arroyo otras 7 leguas al ángulo de 57 grados S E hasta el sangradero dicho de Merín, y a la mitad de esta distancia, el arroyo de las Piedras, que baja del septentrión, de las sierras de San Antonio el viejo. El Piratiny es en general bastante caudaloso, y en el invierno sus avenidas son muy frecuentes, rápidas y considerables. Sus riberas están adornadas de grandes bosques y palmas, y el terreno de sus márgenes no deja de ser fértil y de buena calidad, aunque bastante pedregoso y quebrado hacia sus puntas. Los portugueses lo tienen poblado de estancias por una y otra orilla, establecidas todas o las más desde el año de 1780 y -294- repartidas por el actual gobernador de Río Grande después de formado el tratado de límites, tal vez en la idea de que las cubra la Raya, como quiera que se recomienda tanto salvar las actuales posesiones o establecimientos de una y otra nación. En estas estancias abunda en gran manera el ganado vacuno, mas sin comparación de lo que corresponde a su antigüedad y cortos principios; pero no es extraño teniendo los portugueses abierta la puerta, y franca la entrada a la sierra y campos de Montevideo por esta parte de Santa Tecla, por donde sacan su arbitrio porciones crecidísimas de ganado y animales. Véase lo que para remedio de estos desórdenes se propone pág. 13523.

Hiciéronse también varias tentativas para reconocer la campaña al sur del Piratiny, que forma la costa o banda occidental del sangradero de la

Laguna Merín, y no fijé dable conseguirlo, a causa de lo bravo y anegadizo del terreno, y de una laguna que aunque pequeña, era muy pantanosa, e impedía el paso. Nuestro objeto era averiguar si entraba en el sangradero algún otro arroyo más meridional que el Piratiny; pero aunque esto no se pudo alcanzar por tierra, se logró a toda satisfacción por dentro, navegando el mismo sangradero, como se verá después; y de no hallar la entrada o boca de arroyo, venimos a concluir que el primero meridional que entra en el sangradero de Merín pasando por junto al fuerte portugués de San Gonzalo no era otro que el citado Piratiny; y en consecuencia, parece que la lírica divisoria deberá tomar por él su dirección, señalando la frontera de Portugal, según el artículo 4.º del tratado.

El 22 de noviembre salimos ya del Piratiny y entrando de nuevo en el sangradero, se vino a hacer noche, y observar la latitud de 32° 5' 10", en el paso de Lescano, donde había también sus ranchos de paja y otra guardia igual a la de Beca. El 23 dormimos ya en la boca del sangradero y entrada de la Laguna Merín, cuya latitud observada fue de 32° 8' 57". En este paraje experimentamos una terrible -295- plaga de mosquitos, semejante a aquella de que habla Moisés, con que afligió Dios a los egipcios. El sangradero de Merín, cuya expresión como que da idea de haberse construido artificialmente es un canal abierto por la misma naturaleza para desagüe de la gran laguna que le presta el nombre. Llamase también Río de San Gonzalo, de donde, tal vez, tomaría el suyo el Fuerte del Piratiny, tiene de largo muy cerca de 12 leguas y su dirección con un suave y tendido serpenteo se proyecta casi al N hasta los dos tercios de esta distancia, y después declina a oriente para unir sus aguas con la Laguna de los Patos por el paralelo de 31° 45' A. Su cauce es profundo, regularmente de 18 a 24 pies, y en algunos recodos sube a 30, 40, y aun hasta 70, corriendo su anchura con bastante igualdad de 100 a 150 toesas, con orillas montuosas o cubiertas de maleza y juncales, y cortando varias islas, una de las primeras en su principio o boca, y otra mayor, hacia el paso de Beca. Entramos el 25 en la dicha Laguna de Merín o Miny, como quieren otros, que en guaraní, idioma de los indios, significa laguna pequeña, no porque lo era, sino para distinguirla de la de los Patos, que estando cerca de ella, es al doble mayor. Por común acuerdo se convino en reconocer primero la costa oriental; y en esta idea la canoa de los facultativos dirigió su navegación inmediato a ella, cuidando de enfilear sus puntas y medir sus recíprocas distancias, para deducir después el rumbo general. El 26 se hizo alto en el arroyo Tahin, donde se hallaban acampadas las primeras partidas, y se reemplazaron los víveres, y tomaron algunos útiles, cuya falta se había echado de ver. Todo el trabajo vencido hasta este día se confrontó con el de los portugueses y hallado conforme fuera de aquellas pequeñas diferencias, que son inevitables en este género de operaciones, se transfirió al plano general. El 6 de diciembre se embarcó en las Canoas para seguir la expedición el alférez de fragata don Joachin Varela, uno de los dos ayudantes del primer comisario, el que por su inteligencia en matemáticas, particularmente en la parte de astronomía, fue muy útil para el más fácil desempeño de las observaciones.

-296-

El mismo día se continuó la navegación desde el Tahin y permitiendo ya la playa de la laguna camino por tierra, se dirigió por él el coronel Roscio

con algunos de sus oficiales, en la mira de lograr más diligente examen del terreno. Seguía también por esta parte un oficial práctico del país con un tropa de caballos para lo que pudiera ofrecerse, y porción de vacas para el abasto diario. El 7 se entró en el arroyo nombrado del Rey que se halla sobre la latitud de $32^{\circ} 52' 25''$, hacia el fondo de un gran saco que forma la costa de la laguna al sur, internando como 10 millas sobre un abra de 17 en las tierras del albardón de Silbeyra. Es el arroyo del Rey un pequeño regato con algunos sauces, que viene de unos cortos bañados o lagunillas distantes 10 millas al sur de su barra. Antes de este arroyo se encuentran en el seno mismo de dicho saco, o ensenada de la laguna, otros dos regajos, todavía de menor entidad. Sobre la punta occidental de la ensenada se hallan dos isletas, nombradas los Latinos en los antiguos planos, cuyo estrecho da paso franco a las canoas y habiéndonos tocado acampar allí en la noche del 14 al 15 de diciembre se logró observar a las 8 horas $29' 42''$ de tiempo verdadero, una ocultación de Venus por la Luna²⁴, que duró muy cerca de 30 minutos.

Hasta el 18 tardamos en recorrer el resto de la costa oriental de la laguna, y sus cabeceras meridionales, hasta el arroyo de San Luis, donde entramos este día. En aquella se registra un pequeño arroyo, a que se dio el nombre de los Ahogados, por haber hallado sobre sus riberas dos cadáveres o esqueletos de cuerpo humano. En estas se ven otros dos grandes sacos, o ensenadas, la primera llamada de Fanfa y la segunda Lagunilla de San Miguel; en la una vierte sus aguas el pequeño arroyo, donde se colocó el tercer marco de división, en la otra, el de Santa Miguel, de que hablamos ya en las operaciones del Chuy (pág. 61.) Sobre dicha costa oriental se halló una canoa -297- pequeña de contrabandistas, que recogieron los portugueses, y en uno de sus capones, o islas montuosas, se encontraron el mismo día 18, 8 tigres furiosos, de que se mataron 5 con las escopetas y el auxilio de los perros que los divertían, mas para esto fue necesario hacerlos salir del bosque, poniendo fuego al capón por la parte opuesta; a los demás no se le pudo dar alcance.

Desde la barra del San Miguel puede considerarse que da ya a principio la costa occidental de la laguna, y a las 6 millas sobre la misma punta de la ensenada, se halla la del San Luis que es muy conocida viniendo de afuera, tanto por lo mucho que sale estrechando ya las cabeceras de la laguna, como por hallarse poblada de frondosa y alta arboleda, siendo toda la costa que sigue al N O limpia.

Sobre esta punta del San Luis, fue el ánimo de los primeros comisarios, colocar el 4.º marco de división, pero la espesura del bosque, y la situación brava y poco favorable del terreno, obligaron a preferir otro más elevado y libre de inundaciones, que forma una especie de albardón, y se halla como una milla más adentro. Aquí empiezan ya los terrenos de la duda suscitada por el gobernador de Río Grande, primer comisario de Su Majestad Fidelísima sobre el artículo 3.º del tratado preliminar, los cuales se extienden hasta el Piratiny como se dijo arriba; y habiendo sido el único fundamento que embarazó continuar la demarcación desde este marco, son también el objeto principal de esta expedición.

Nace el arroyo o río de San Luis, que por tal pasaría en Europa donde no los hay de tanta consideración como en América, en el cerro nombrado de San Esteban, de las asperezas de Rocha, bajo la latitud de $34^{\circ} 17' A$.

hacia aquel paraje de donde se colocó el segundo marco de piedra en tiempo del Marqués de Valdelirios. Corre desde luego dividido en dos piernas con el nombre de la India Muerta, que reunidas después, deja por él de San Luis, y entra en la Laguna de Merín por los 33° 31' 15" de latitud A. andadas 20 leguas con direcciones al primer cuadrante, y reuniendo dos arroyos pequeños del NO y tres del S., que provienen de los grandes resumideros de la Cañada grande, y Sierra de San Miguel, cruzan un territorio como de 3 leguas cubierto -298- de palmas, y el último de ellos forma una pequeña laguna redonda cerca de la barra.

Durante el reconocimiento del San Luis, en que se emplearon algunos días, con todo no se pudo penetrar hasta sus cabeceras, que hubieron de averiguarse después por el Cebollaty, permanecieron las canoas de los víveres y equipajes poco más de una milla dentro del río. El coronel Roscio y su comitiva acamparon en la ribera septentrional, nuestra gente rompió el monte y se situó en la opuesta a vista del mareo, que distaría cuando más 300 toesas. La latitud de este sitio es de 33° 32' 11" 25 occidental obtenida por una emersión del primer satélite de Júpiter, acaecida el 5 de enero de 1785. En este campo llegó un monstruoso tigre persiguiendo a un perro perdiguero en medio del día hasta la tienda misma del comisario.

Las fiestas de la Natividad de N. S. y una serie de días de mal tiempo que sobrevino nos detuvieron en el San Luis hasta el 22 de enero que pasamos el arroyo de las Pelotas, 4 millas distante de a que siguiendo la costa occidental de la laguna Merín. Este arroyo es de corta entidad, viene de unos grandes pantanos, cuyos límites no pudieron ser reconocidos en diversas tentativas que se practicaron, así ahora como después por el Cebollaty, y reparten aguas a todos estos arroyos, y al de las Pelotas desde las 14 millas al O de su boca en los 33° 27' 59" de latitud, demorando el cerro del Carbonero al S 3° E corregido. Sobre las orillas de este arroyo se quemaron inadvertidamente habiendo dado fuego al campo, como tienen de costumbre los peones, tres grandes pilas de cueros que estaban escondidas dentro de la masiega; prueba no menos cierta de la abundancia de ganado de estas campañas, que del grande y sensible estrago, que causan en él los contrabandistas y chanqueadores de Río Grande, penetrando en canoas por esta laguna de Merín, y sus vertientes, hasta lo más interior de los dominios del rey, de que no faltaran ejemplares en el curso de esta comisión.

-299-

De las Pelotas pasamos al Río de Cebollaty y en el intermedio forman las márgenes de la Laguna dos ensenadas o puertos no de corta capacidad. Hacia el centro de la primera acampamos el 25 de enero, inmediato a una cascada de agua corriente, y se observó la latitud de 33° [...] 9' 45" A. sobre una dirección al Carbonero del SE E. Este día se mató un león formidable que se dejó venir por medio del campamento hasta la capilla donde se celebraba actualmente el Santo Sacrificio de la misa. La segunda ensenada es de la forma de una herradura con cerca de 5 millas de una punta a otra: y en su centro tiene un pequeño arroyo, de aguas y Arenas doradas, cuyo nombre se le impuso siendo las que tiene una especie de mica escamosa y brillante, color de oro. Desde el San Luis al arroyo de Pelotas es la costa, o playa de la Laguna abierta, y da paso libre por medio de varios albardones que

se encuentran a trechos interrumpidos únicamente con algunas lagunillas hondas a manera de pozos, pero después hasta el Cebollaty apenas es transitable. La caballada y ganado de consumo que nos acompañaban, tuvieron a veces que nadar por dentro de la laguna, no siendo posible internarse, por los pantanos, malezas y en general por lo cerrado e inculto del terreno.

La tarde del 26 entramos en el río Cebollaty, una de las más considerables vertientes de la Laguna Merín, no solo por el gran caudal de sus aguas, que trae de larga distancia, sino también por el confuso y complicado laberinto de multitud de brazos que se le agregan no menos cortos que el tronco principal, formando la configuración de un gran árbol con muchas ramas, y regando de este modo vastas porciones de terrenos capaces de formar una muy dilatada y fértil provincia. Por la ribera septentrional entran en el Cebollaty a contar desde su barra, el Parado, el Olimar, los Corrales, el Gutiérrez, el Pirarajá, el Benítez y, el Nico Pérez: y por la meridional el Alférez, el Corral de los tapes, los Talas y el Godoy, y los Tapes que son sus primeras puntas, cada uno de los cuales se compone separadamente de otros gajos también de alguna entidad. El Comisario portugués nuestro concurrente se propuso, debíamos recorrer y examinar todos -300- estos arroyos uno a uno, subiendo hasta su origen, y aunque procuramos disuadirle de esta empresa, que era verdaderamente obra de romanos, nos había de consumir toda la campaña, como lo acreditó la experiencia, y sobre todo no era necesario tanta menudencia y prolijidad al desempeño de nuestra comisión, reducida únicamente a dar una ligera y suficiente idea de estos terrenos, para que las dos cortes pudieran decidir la disputa de los primeros comisarios; nada conseguimos con la exposición de estas razones, ni aun con el auxilio de los recursos, y nos vimos forzados a entrar en aquel moroso sistema, y seguir el mentido y penoso detal de los trabajos que proponía el coronel Roscio, que efectivamente nos llevaron hasta fin de mayo.

En consecuencia de esto para la mayor facilidad y exactitud en el reconocimiento de este gran río, compuesto, como se ha dicho, de tantos otros, que tienen todos su origen a larga distancia de su confluencia: se determinó seguir constantemente la margen meridional, para regresar después por la del norte, subiendo de paso por todos los arroyos, según se fuesen encontrando en el progreso de esta marcha, examinándolos uno a uno, como se había propuesto, sin la menor confusión. También para la mayor claridad de nuestro diario, seguiremos con puntualidad la ordenada serie de estas operaciones, pues aunque prolija y cansada, nuestro objeto no puede, ni debe ser otro que la relación fiel de los hechos, y la exacta descripción de los terrenos, y esto en tal conformidad que cualquier inteligente guiado solo de nuestra simple narración, pueda formar en todo tiempo un plano igual al de nuestros resultados.

Tiene el Cebollaty a su entrada tres islas muy pequeñas y después otras dos mayores a las 4 y 6 millas; y en este corto trecho que gira al OSO, forma por una y otra orilla muchos sacos o bocas falsas que internan bastante y engañan a los poco prácticos del verdadero canal. El mismo día 26 nos quedamos como 1 milla dentro del río sobre la ribera meridional y se observó la latitud de 33° 9' 53". Aquí se nos reunieron dos canoas que días antes habíamos despachado al Tahin para un repuesto de víveres para

las dos partidas, y a nosotros nos -301- vino además un pequeño refuerzo de tropa que consideramos preciso para ponernos a cubierto de los insultos de los contrabandistas, que suelen ser frecuentes en estos despoblados. El 28 para reconocer brevemente estos sacos, y dar vuelta a las islas se repartieron los facultativos en 4 canoas, siguiendo cada uno por canal distinto su respectiva derrota. Otro continuó por la costa del sur; y todos nos vinimos a juntar en el paso de la Cruz, como a 10 millas de la barra, y en la latitud de $33^{\circ} 13' 26''$. El arroyo Parado que viene del NNO, entra a las 8 millas sobre la punta austral de la isla mayor, que tiene de largo cerca de 1 legua.

Por consejo de los baqueanos, se pasó toda la hacienda a la banda septentrional, siendo la opuesta muy pantanosa, sucia y de mal camino, para lo que convidaba una hermosa y ancha picada, abierta de mucho tiempo antes, y bien usada en el monte espeso de las dos orillas. Otra de nuestras canoas, guarnecida de 3 dragones, fue destinada la mañana de este día, a recoger una gran pila de cueros, que a su regreso del Tahin con los víveres de que hemos hablado, encontró sobre la costa de la laguna, no lejos de la boca del Iguaron. Antes de levarse dicha canoa, puestos todos en marcha para el referido paso de la Cruz, salió de improviso otra gran canoa de contrabandistas de uno de los sacos de la orilla del norte, donde se había mantenido oculta hasta dar tiempo que pasase toda la comitiva. La nuestra se puso luego en su seguimiento, mas ella habiendo ganado la laguna evitó con destreza y remos la porfiada caza de algunas lloras. También se malograron los cueros, porque al arribo de la canoa al Iguaron, ya los changadores que mas se duermen sobre sus empresas, habían dispuesto de ellos, mudándolos tal vez a otro paraje más oculto.

Del paso de la Cruz salimos el 31 de enero y fuimos a parar al puerto del Yatay, donde abunda mucho el árbol de este nombre, perteneciente a la numerosa familia de las palmas, cuyos dátiles y palmitos no dejan de ser bastante gustosos²⁶. Se acampó sobre la ribera -302- occidental, y observó la latitud de $33^{\circ} 16' 25''$. De la mayor parte de estas estaciones se tenía el cuidado de salir a reconocer los terrenos inmediatos, penetrando más o menos según lo abierto o cerrado del país. Desde este puerto se corrieron al occidente más de 3 leguas de unos campos hermosos, cubiertos de ganado, sobre las márgenes boreales del Ulimar, brazo de los principales de este río, que desagua en él, 2 millas al sur del Yatay, dejando antes un saco o manguera, que se interna otra. El 3 de febrero pasamos al punto de las Tunas cerca de 6 millas del antecedente, sobre la latitud de $33^{\circ} 20' 3''$, donde se estableció un campamento general, y quedó en él el coronel Roscio con la mayor parte de las partidas, y las 4 canoas mayores de víveres y equipajes, no permitiendo ya el Cebollaty fácil navegación para ellas. Para la provisión de las gentes que quedaron aquí y excusarlas la dura pensión de salir diariamente al campo a carnear, en cuyo ejercicio se atrasa y destruye notablemente la caballada, se dispuso una Vaqueria, o entrada general a la sierra, en que se recogieron 200 reses gordas, número que bastaba para el intento; y a fin de conservar y amansar este ganado se hubo de construir un corral de empalizada, donde se guardaba de noche, largándolo de día varios ratos para que fuera a pacer. Los restantes continuamos el 7 del mismo mes en las canoas ligeras las operaciones de reconocimiento llevando por tierra un pequeño destacamento

que costea el río lo más de cerca que le era posible con algunos caballos y reses de consumo. Destinábase siempre con esta partida de tierra algún oficial facultativo, con la mira de notar las circunstancias más importantes del terreno, y poderlas expresar en los planos. El río era ya por esta parte tan estrecho y su cauce se hallaba tan cruzado de ramazón, que apenas podían penetrar las canoas, aumentando esta dificultad la mayor rapidez de las aguas, que crecía con proporción a la angostura, de manera que tardamos dos días en vencer la corta distancia de 5 ½ millas hasta el punto a que dimos el nombre del Eclipse, por haber observado allí el de sol, acaecido la mañana del día 9 de febrero del mismo año -303- de 8527, cuyas circunstancias expresa el Catálogo de observaciones astronómicas, a la pág. ..., igualmente que la latitud de este Campo de 33° 25' 25".

El mismo día a la tarde, dimos a la vela y fuimos a pasar la noche en otro punto de más comodidad, llamado del Rayo, por haber experimentado un terrible meteoro de esta especie en una furiosa turbonada de grandes truenos y lluvia que duró muchas horas. Dista del anterior cerca de 3 millas, siendo su latitud de 33° 27' 5" y la variación de la Aguja de 12 N E deducida de varias operaciones del azimut. A las 5 millas del Rayo dimos el 10, en un salto o catarata, como de dos varas de altura, en que las aguas se precipitaban con estruendo, fuertes remolinos y corrientes, y como estos embarazos, a lo que se dejaba entender, se irían multiplicando al paso que nos acercásemos a las cabeceras del río, obligándonos al fin a dejar las canoas, se resolvió despacharlas de un vez a las Tunas, y seguir los trabajos por tierra, a cuyo efecto tuvimos que volver al punto del Rayo, siendo las orillas por todo aquel paraje demasíadamente barrancosas, y de espesos bosque de unos arbustos espinosísimos de la especie de aromas, impenetrable asilo de toda clase de fieras.

El 11 de febrero, despedidas las canoas, se emprendió ya la marcha a caballo, separados algún tanto de la vista del río por su ribera del NO a causa de los grandes bañados y pantanos: cortamos vuelapié la cañada o arroyo de los Corrales que bajando del N O de una distancia como de 30 millas, entra en el Cebollaty por los 33° 30' y nos transferimos al Paso de las Averías, 7 leguas al SO del Rayo, en la latitud de 33° 37' 2" M. Da principio en este paso una serranía alta que se tiende en diferentes lomas por la margen del E cosa de 5 leguas contra el arroyo de la India muerta, o San Luis. Desde allá se descubren al NO los grandes cerros de Ulimar los de las Averías occidentales: y del O al S se dilata un valle espacioso de 7 ó 8 y más leguas terminado en otras varias serranías y montañas notables -304- y cruzado de tres brazos, muy principales deste río, el Gutiérrez, el Cebollaty propio y el Alférez que se reúnen todos a corta distancia de este paso.

El 15 hubo una creciente tan extraordinaria como particular en la estación. Subió el río en pocas horas de 12 a 15 pies sobre un ancho de 60 varas que tiene en aquel sitio. Nos vimos bastantemente embarazados para pasarlo, no siendo por otra parte fácil continuar por la ribera de occidente tanto por lo bajo y pantanoso del terreno como por los diferentes arroyos que le entran, como se acaba de indicar. Por último combinadas todas las circunstancias, nos resolvimos a ejecutarlo en Pelota, según la costumbre de estos naturales, máquina a la verdad digna

de describirse, así por lo singular de ella, como por lo simple, de fácil expediente, y servir para varios usos, aunque no sin gran peligro. Usan todas las gentes de campo un cuero de vaca, a que llaman hijar, que sacan, abriendo la res por el lomo, y tendido después por medio de algunas estaquillas, lo estiran y secan, y cortándole las garras, lo dejan de la figura de un rectángulo. Dispuesto el hijar en esta forma, tiene grandes empleos: doblado y puesto en el caballo, sirve de carona, y no embaraza su conducción con el recado, o arneses, se forma sobre el hijar una cama pasadera hasta para gente delicada; colocado sobre unas varillas arqueadas, defiende de los fríos, de los soles, y de las lluvias, poniendo a cubierto todo el equipaje y finalmente, tomadas las puntas del hijar por medio de ciertas huascas o correas, se forma una especie de batea cuadrangular, que es la pelota en que pasan estas gentes los ríos más caudalosos con todo su tren, dejándose ir asidos de la cola de su caballo, o remando con la ayuda de un pequeño palo o hueso. En una palabra, es este mueble para el hombre de campo de los más preciosos y esenciales, y así jamás camina sin él, y a lo que parece no dejaría también de convenir a nuestra tropa de caballería y dragones en Europa, principalmente en ciertos casos que ofrece la guerra, para cuyo objeto podría modificarse y perfeccionarse la idea y uso de este cuero según sea susceptible.

-305-

En tres hijares o pelotas de esta clase, conducidos de uno o dos buenos nadadores por medio de una huasca que tiraban con la boca, pasaron los dos destacamentos español y portugués, compuestos de más de 70 personas con instrumentos y equipajes en solo la tarde del día 16. Llevaba la pelota en cada viaje de 8 a 10 as de peso. Precisa no obstante tener gran atención de ir muy derechos y conservar el equilibrio; el menor movimiento descompasado basta para virar la nueva embarcación. También es de advertir, no se debe usar más de la pelota, cuando el cuero llega a ponerse blando con la humedad; el naufragio es entonces inevitable en medio del río.

En esta jornada del Rayo a las Averías, perdimos todo el ganado de la provisión, de suerte que quedamos reducidos a la triste ventura que ofrecía el campo, el que como fuese demasíadamente inculto, y cubierto de maleza con grandes barrizales, no permitía salir a carnear, ni era fácil correr, y alcanzar el ganado bagual en aquellos parajes: nuestras gentes padecieron de resultas algunos días de miseria y necesidad. También en el mismo Paso de las Averías llamado así por haber sucedido en él algunas desgracias perdieron los portugueses un soldado de los voluntarios, que se ahogo queriendo pasar el río a caballo, cuyo cadáver a que se tuvo cuidado de dar sepultura, fue después desenterrado y comido de los tigres, según la relación de algunos de numerosos peones, que volviendo por allí a los pocos días, vieron los despojos, rara voracidad de esta fiera y no poco frecuente en el país.

En la mira propuesta de reconocer primero la margen oriental seguimos el 17, costeano el río por la falda misma de la Sierra de las Averías: y notando las horquetas de Gutiérrez y Cebollaty que se apartan a occidente, fuimos a dar el 18 en la Estancia de Llorens, situada como a 4 leguas de aquel paso, sobre la ribera meridional del Alférez y bajo la latitud de 33° 51' 30". Antes de salir se destacaron dos oficiales a examinar la

serranía que llaman de la India muerta y ligándose a oriente con la de Averías, costea a poniente el arroyo de su mismo nombre de que ya dijimos se formaba el San Luis. Uno de los -306- gajos de la India muerta nace en el Cerro de San Esteban de la Cuchilla general que da también aguas a los arroyos de Garzón, Don Carlos y Rocha, los cuales fluyen a levante y pagan su tributo al mar por la Costa de Castillos. La latitud de esta montaña, observada por los astrónomos de la antigua demarcación es de 34° 16' S que se diferencia de la nuestra de solo un minuto (pág. 94)28. El segundo gajo, que es el de menos consideración, toma su origen algo más a occidente, y no muy distante del primero. Los facultativos no pudieron seguir el curso de este arroyo hasta unir sus trabajos con los que se practicaron por dentro del San Luis; quedaron como 4 leguas sin verificar por los grandes bañados y derretideros, y así se expresan en el plano, en que nada se ha puesto que no haya sido registrado, aunque la dirección de la India muerta, y del San Luis con todas las noticias de los baqueanos y conjeturas físicas que ofrece el terreno nos persuaden ser uno mismo casi con evidencia.

La Estancia de Llorens es la más avanzada por esta parte de las pertenecientes a Maldonado. Sus tierras comprendidas entre los arroyos de Alférez e India muerta, terminadas contra la Laguna de Merín, abrazan una área de 4 leguas de frente y 14 de fondo. Fuera de algunos parajes que tiene intransitables, sus pastos son pingues y provechosos, y sus aguas no menos excelentes. Fue poblada el año de 80 y contaba ya diez mil cabezas de ganado mayor. Reforzados aquí algún tanto de las miserias pasadas, y con el auxilio de cien caballos que nos vinieron del Palmar por las atenciones del teniente de infantería don Juan Joseph de Reyna, comandante a la sazón de Santa Teresa, nos transferimos el 25 de febrero a la estancia de Joseph Cayetano de Oliveyra, también sobre la Costa del Alférez a 4 leguas de la anterior. Como a la mitad del camino se encuentra un pequeño rancho de otro vecino del pueblo de San Carlos, llamado Acosta, al NO del cual distante como 9 millas, recibe el Alférez las aguas del Aleyguá. Desde la estancia de Cayetano en la latitud de 34° 6' 50" A. empiezan -307- las primeras asperezas de Garzón, por entre las cuales penetra el Alférez con dirección NS dividiéndose en varias ramas de las quebradas de dicha sierra, más las dos primeras vertientes traen su principio del paralelo de 34° 24'. Pueblan este arroyo vecino de los dos Maldonados y se cuentan hasta sus cabeceras otras 9 estancias desde la expresada de Llorens.

Lo fragoso y difícil del camino que se debía seguir para terminar el reconocimiento del Alférez, nos obligó a destinar nuevamente los dos oficiales facultativos, encargados de este objeto. El resto de la comitiva se dirigió al del Aleyguá, que viene a ser como el tronco principal de dicho arroyo. Para esto cortamos aquel, el 26 y fuimos a parar en la estancia de Ramón Moreno sobre la banda oriental de este, como a 6 millas de su confluencia. Algo menos distan por el frente de la estancia los dos arroyos y en los estrechos límites de esta rinconada tenía aquel vigilante y activo poblador trece mil cabezas de ganado vacuno, y una piara de 900 yeguas de que iba refinando cada día la cría y raza de caballos. Por de dicha estancia, arroyo de por medio, se advierten tres grandes cerros bastante conformes en su figura y corpulencia, por lo que les dimos en

llamar los tres hermanos. Con ellos se enlaza una cuchilla de tierras altas que viene de las cercanías del pueblo de Minas, y reparte aguas al Cebollaty y al Baumarajate, como se dirá después.

Costeando el Aleyguá el 1.º de marzo, se cortó desde luego el pequeño Sarandi, término natural de las tierras de Moreno, que viene del Sur: y a las 7 millas se halla la unión de dichos Baumarajate y Aleyguá, en cuyo intermedio estaba el rancho de los Correntinos donde se hizo alto, y nos alcanzaron los oficiales que venían de las puntas del Alférez. Sería la punta de estos dos arroyos, un notable morro de piedra de mediana elevación, tajado verticalmente por una de sus caras. Al pie de este morro pasamos el arroyo por nuestra derrota y repasando el Baumarajate que viene del SO se observó la latitud de dicho rancho de 34° 5' 27" A. Para acelerar en lo posible la gran obra de este vasto y penoso reconocimiento que se nos complicaba más -308- y más con la reiterada división de tantos arroyos, que traían todos su origen de largas distancias, era forzoso repartir el trabajo con frecuencia. Dos oficiales fueron pues encargados de recorrer el Aleyguá, los demás el Baumarajate: y puestos todos en movimiento la mañana siguiente, nos vinimos a juntar la noche del 14 hacia las primeras vertientes de este último en la estancia de Fontán. Resumiendo ahora el prolijo detal de estas operaciones, daremos la descripción general de estos dos brazos con los terrenos que incluyen. Trae el Aleyguá sus primeras aguas de un ramo de la cordillera general que da principio en el paralelo de 34° 24' y se extiende hasta Maldonado por una dirección como del SSO. El rumbo directo del arroyo desde su origen hasta la unión del Baumarajate es NE ¼ N y en este espacio le tributan su feudo otros gajos de menor entidad; la Coronilla, el Sauce, el León, los cuales todos vienen del SE, de las faldas occidentales de las Asperezas de Garzón y cruzan un ameno valle entre aquellas y el mismo Aleyguá, de que toma su nombre, muy fértil en pastos, poblado de unas estancias y copia de ganados. Así como las primeras Asperezas de Garzón, penetrando al occidente del Alférez, dividen sus aguas de las del Aleyguá, del mismo modo internando otra pierna de cuchilla o cordillera, aunque de lomas más tendidas y menos pedregosas, separa las de este, de las del Baumarajate que tiene también sus primeras puntas en la misma serranía de Maldonado, más por su cara occidental. No carece tampoco este arroyo de su hermoso valle, cuyos derrames aumentan el caudal de sus aguas; ni menos de su ramal de cuchilla, que le costea al septentrión, el que viene de las sierras de Aregita y Penitentes, junto al pueblo de minas, y termina en los Tres hermanos del de la estancia de Moreno. De los Penitentes, cerros por extremo escarpados, llamados así por el agudo remate de su cúspide, terminado en forma de caliptra o cucurucho, nace el principal gajo del Baumarajate, cuya dirección generales al NE igual a la de su cuchilla. Hacia el centro del valle se halla sentado otro gran cerro de piedra y de vasta mole, que presta su nombre al arroyo y al valle, cuyo -309- único poblador es Fontán vecino de Montevideo, y su estancia se halla situada en 34° 16' 18" de latitud A. Siendo la variación magnética 13° 10' NE. Como 2 millas al sur de las cabeceras de estos dos arroyos está el cerro nombrado de los Reyes donde los antiguos divisorios colocaron el tercer marco de piedra, o mármol traído de Lisboa para el efecto, y cuyas piezas se hallaban separadas y esparcidas con desorden.

Poco más de 2 leguas, al SO de los Penitentes y 4 escasas de la posesión de Fontán, se halla el pueblo nuevo de la Concepción de Minas y con esta proporción aunque fuera ya de los terrenos que se debían reconocer, pasamos a observar su latitud y averiguar su situación en obsequio de la Geografía. Se echaron los fundamentos de este pequeño pueblo el año pasado de 1784, y en el día tenía ya 41 casas de piedra o cantería, en que habitaban otras tantas familias de los Maragatos de Asturias y Galicia venidos para poblar la costa Patagónica. Tenía también su casa capitular, y se estaba a la sazón constituyendo la iglesia. Todas estas obras corrían por cuenta del Real Erario en beneficio de los mismos pobladores, los cuales fuera de esto, se hallaban también asistidos de otras adehalas no de menos entidad, como tierras de sembrado, una yunta de bueyes, un caballo, y un real de plata diario por cada uno de los de la familia, sin excepción alguna, cuyo socorro era limitado al término de un año. La figura del pueblo es un cuadrado regular, la plaza en el centro, y las calles tiradas NS EO de la aguja magnética, la dividen en isletas o cuadrículas también regulares cada una de cien varas. Extramuros en un arrabal de ranchos de paja vivían trescientos indios tapes o guaraníes de las misiones del Uruguay y Paraná, los cuales bajo la conducta de un sargento de dragones, sostenían todo el peso del trabajo de aquellas obras, que aún se continuaban.

Hállase situada la Concepción en un pequeño valle como de 2 leguas, de 2 leguas de ámbito, rodeado en contorno de grandes montañas, ricas en minerales, de que tenía el sobrenombre de Minas. Bajo el paralelo de 34° 32' 31" de latitud A. Goza de un benigno clima, y sobre la -310- margen septentrional del arroyo de San Francisco, no es menos afable su temperamento. Lo cristalino y delgado de sus aguas, la fertilidad de sus tierras, y lo puro de sus aires, le hacen sobremanera sano, destino el más adecuado para convalecientes. Todos los comestibles son de la mejor calidad, los granos exquisitos, las carnes sabrosas, las legumbres, verduras y frutas, muy tiernas y dulces bien que de todo esto escaseaba por hallarse tan a los principios. Entre las montañas de Minas se distinguen: al SO la de Verdun, extremo septentrional de la gran serranía de Pan de azúcar, cuyas faldas occidentales baña (como dijimos pág. 38)29 el arroyo de Solísgrande, y las orientales dan origen al arroyo de Verdun que unido al de San Francisco, que baja del Cerro de los Reyes, forman los dos una de las primeras vertientes del Santa Lucía; al Este los cerros del Campanero; al NE los Penitentes y al N y NO los Perdidos y la Sierra de Aregita montañas todas del orden de las primitivas, y de venas pedregosas tendidas por lo regular de NE a SO. En los Campaneros se forma otro arroyo, que pasa al N del pueblo, recogiendo las aguas de las caídas de estas sierras, y es también vertiente del río de Santa Lucía.

Dijimos que estas montañas eran ricas en minerales, y efectivamente como 2 leguas al S. SE del pueblo, se halla abierta una mina copiosa de plomo con mezcla de plata. Su vena es abundante de mineral, principia en la superficie, cara al N del cerro: cae verticalmente cosa de 20 pies y después toma una dirección oblicua al horizonte de NE a SO. Su matriz es de dos clases: 1.^a de una piedra guartzona (Quartzum) láctea, durísima, con vetas y manchas oscuras; 2.^a y de otra heterogénea o mixta (saxum), compuesta de arena arcillosa y ocrácea, muy desmoronable, y de color

tostado, que es la más rica. La plata, el hierro y el azufre (pirytes) la constituyen o mineralizan: en el fuego despide humo medio amarillo y agudo, y en el horno de reverberos se vitrifica con el mismo color -311- amarillo obscuro. Su figura es a grandes cubos regularmente y también a hojas. Parece la Galena Bligants de Linneo. Plumbum mineralisatum particulis cubicis sulfare et argento³⁰. La corta mezcla de plata que tiene esta mina, obligó a hacer algunos ensayos de ella a un vecino de Buenos Aires, don Miguel de Olavarrieta que en la actualidad se hallaba encargado de la dirección y gobierno de aquel pueblo. Sus experiencias le mostraron que de 50 qqqs de mineral, no se sacaban más que 2 ½ a 3 marcos de plata, cantidad que no sufragaba a los costos del beneficio y le fue forzoso abandonar su proyecto después de algunas pérdidas.

Como 4 leguas al sur del pueblo se halla otra mina de cobre no menos rica. Nosotros no logramos pasar a ella, pero Olavarrieta nos aseguró ser la vena muy ancha, y correr la a distancia sobre la superficie del terreno en que se halla, que también es de bastante elevación. La materia de la mina parece ser un poco ferruginosa, y está cubierta de eflorencias verdosas y celestes, con manchas de color de cobre. Es una tierra ocreostácea, porosa, poco pesada y de fácil fundición. Contiene poco hierro, más de azufre y da de 30 a 40 por cien de cobre puro, dulce y de buena calidad. Parece el Cotaceum de Linneo. Cuprum matrice ochraceo-cotacea, abundante en Alemania y Suecia³¹. La montaña de esta mina, y la de la antecedente abundan de una pizarra blanca y cenicienta. Schistus argillosus.

Los arroyos de la jurisdicción de Minas especialmente los del Campanero, y San Francisco, tienen sus lavaderos muy fecundos de oro puro o nativo en hojas membranáceas y pepitas más sólidas. De una batea de sus arenas, tomada en cualquiera de los muchos parajes hoy conocidos, se sacan 30, 40 y aun 50 hojitas, o granitos, de -312- subidos quilates de este precioso metal, siendo de advertir que la mayor riqueza o abundancia se encuentra en aquellos sitios en que las aguas llegaron a excavar hasta la segunda lonja de tierra (strada telluris) que es de cascajo mentido y esquitoso. Este cascajo produce regularmente la cantidad que se ha dicho, y aun a veces, pepitas de más consideración: bien entendido que no siempre es necesario ceñirse a las márgenes o barrancas mismas de los arroyos; basta cavar la tierra hasta aquella profundidad en sus cercanías, y aun en las faldas y cimas de los montes, para no perder su trabajo; todo lo que manifiesta ser el país un puro criadero de oro. Don Cosme Albarez fue en otro tiempo comisionado por el Gobernador del Río de la Plata para ensayar estos lavaderos, en cuya virtud se le franquearon algunos auxilios; entre otros porción de los Indios de Misiones; mas este individuo no tuvo la mejor elección de los parajes en que debía de trabajar ni se dio buena traza en el manejo de los guaraníes: de manera que a poco tiempo desertaron todos y sus ensayos no dieron claridad en este punto. Un negro portugués establecido en Minas, que tenía alguna práctica de esta materia, adquirida en las Minas Generales y de Cuyabá, en ciertos intervalos que la pasión dominante de Baco le dejaba libres, sacaba un diario de dos pesos de plata, con que había logrado su libertad y la de toda su familia.

Al ESE de la Concepción, distante como dos millas, hay un cerro nombrado del Imán, a causa de ser en él muy frecuente una piedra negra, muy pesada y dura, de grano menudo, arenoso, y en la fracción abierta de partículas

brillantes de hierro. El vulgo lo llama imán por la fuerza con que suele mover la aguja magnética; mas su virtud verdaderamente no es activa, sino pasiva (retractoria) es atraída pero no atrae. Es semejante al ferrum granosum retractorium nigrans, particulis arenaceis de Bitsberga³². Casi todo el cerro, se compone de esta piedra a grandes cantos. En la Sierra de Aregita, de que hemos hablado, 2 leguas, al NNO de Minas, hay también otra -313- Cantera abundantísima de agatas muy duras y de varios colores. En el valle de Baumarajate se encuentran cristales en las cavidades de las rocas de diversos colores y figuras las más comunes, y que nosotros logramos ver, eran de montaña o pirámides hexaedras o de 6 lados (crystalus hexâgona non colorata). Y finalmente, el mármol blanco, de que sacan grandes láminas o losas sepulcrales, y el manchado de varias vetas y colores, no son tampoco extraños en las sierras de Minas.

Volviendo a nuestro asunto en la estancia de Fontán tardamos algún tiempo en arreglar papeles y confrontar los trabajos con los portugueses. Hecho esto se trató de aquel brazo del Cebollaty que dijimos conservaba su propio nombre, y hallándonos no lejos de algunas de sus vertientes, el arroyo del Corral de los Tapes, y el de Barriga negra de los Talas, fue acordado seguirlos aguas abajo hasta sus horquetas. En esta resolución nos pusimos en marcha el 17 de Marzo, y cortando el Baumarajate y las tierras altas que le costean de septentrión, de que hablamos arriba, nos dirigimos a un cerro elevado y corpulento de que se desprende uno de los gajos generales de Barriga negra. De la cumbre de este cerro se lograron tomar buenas direcciones al arroyo y otros puntos ya conocidos, de forma que quedó bien situado, y de allí descendimos hacia el oriente, buscando las caídas de los Tapes, que forma ya cauce señalado en el valle de Juan Gómez, en 34° 3' 48" de latitud A distante de aquel otro punto cosa de 3 leguas. Lo escabroso y áspero del terreno nos impidió seguir el curso del arroyo y nos vimos en la necesidad de rodear algún tanto, haciendo derrota por el primer cuadrante, para venir a su unión con el Cebollaty, que se verifica en los 33° 50' 23" de latitud y la de Barriga negra 3 minutos más al N, distante 5 millas. Fórmanse estas dos vertientes del Cebollaty de las caldas septentrionales de aquel ramal de cordillera, que se dijo, costea al N el Baumarajate: desde la Sierra de Aregita y cerros de los Penitentes hasta los tres hermanos de la estancia de Moreno. De estas se avanza asimismo al ONO cosa de 5 millas, otra pierna -314- no menos elevada, que llaman de Lorencita, y de ella baja el pequeño gajo del Sarandí, que se junta con los Tapes cerca de su confluencia. Sobre la cima de casi todos estos montes se ven aún hoy muchos sepulcros de la Gentilidad India: los que se reducen a un cerro de piedras sueltas como de 7 pies de diámetro, y 4 a 6 de alto. Esta parece haber sido también la costumbre general de los indios, según se escribe por nuestro don Antonio de Ulloa en el viaje a la dimensión del grado del meridiano terrestre. El 21 se recorrió un pequeño tramo del Cebollaty hasta el paso que llaman de las Piedras, el que se hallaba ya establecido o situado anteriormente por varias marcaciones y cruzamientos hechos de diferentes puntos conocidos; y observando la latitud de este que fue 33° 47' 29" quedaron ligados los terrenos, y ratificadas las operaciones hasta el día. El 23 persuadidos por el coronel Roscio, que desde el punto de las Tunas, en que lo dejamos, se tomo la molestia de venir con su capellán a facilitarnos

los medios de cumplir los preceptos de la Iglesia Católica en los prójimos y santos días de la Pascua florida, nos transferimos de nuevo a la estancia de Llorens de que no estábamos muy distantes.

El 25 se hizo una división más general de los terrenos y trabajos destinando a cada parte la mitad de los oficiales inteligentes con una de las colecciones de instrumentos astronómicos. El doctor Joseph Saldanha, de los portugueses, y nuestro geógrafo don Joachin Gundin con el ayudante y alférez de navío don Joachin Varela, fueron encargados de acabar de reconocer el Cebollaty y el Gutiérrez, que como dijimos se le agrega hacia el paso de las Averías; y el coronel Roscio con otros dos de sus oficiales el capitán de Ingenieros Alexandro Portela, y el teniente del mismo cuerpo Francisco das Llagas Santos, y el geógrafo don Andrés de Oyarvide con el resto de nuestra comitiva, nos hicimos cargo de los dos Ulimares y el Parado, que son asimismo gajos del Cebollaty no menos considerables, y los últimos que restaban para su entera conclusión. Dispuestas las cosas en estos términos, caminó, el 28, cada destacamento al paraje de su destino: él del Cebollaty -315- a la horqueta de los Tapes para continuar desde allí las operaciones, y el del Ulimar al referido punto de las Tunas, y tomando las canoas bajar al del Yatay que daba aun mejor proporción para el examen de este brazo, por su mayor cercanía. Ahora para no invertir el orden propuesto en la relación de estas operaciones, explicaremos primeramente las de esta nueva partida, resumiendo con la claridad que nos sea dable los resultados de su diligencia con arreglo a su diario y después seguiremos el hilo de las practicadas en el Ulimar y Parado. Restituido a la confluencia de los Tapes el destacamento destinado al reconocimiento del Cebollaty propio, dirigió su derrota el 1.º de abril por el tronco principal de este río hasta la horqueta del Barriga negra: que como dijimos arriba, se divide en dos por medio de una pequeña pierna de cuchilla, que desprendida de la general se deja venir en vuelta del NNE, separando las aguas de cada uno de ellos. El oriental toma el nombre de Barriga negra de las Talas por hallarse dobladas sus orillas de árboles de esta especie: y el otro lo toma de las Asperezas de Polanco donde tiene su origen; las cuales son a la verdad un confuso laberinto de complicadas sierras tan agrias y pedregosas que ningunas otras merecen con más razón el nombre de Asperezas. Tres son sin embargo sus principales ramas, que reunidas en el Cerro grande, como en un centro, se reparten de allí para diferentes rumbos: la del NE, costea a Barriga negra de Polanco hasta bien cerca de su boca en el Cebollaty; la del SO33 nace el arroyo que llaman de Godoy, el cual por una dirección como del NE ha a juntarse con el Cebollaty en los 33º 41' de latitud. La partida siguió su ruta por a ribera oriental de Barriga negra: y andadas 3 leguas, al SO, rumbo general del arroyo, cortó el gajo de los Talas, no lejos de su confluencia; dando de aquí diferentes vueltas y retornos para desechar lo más fragoso de las sierras, descabezó el día 5, las puntas de Polanco y dobló sus asperezas, cayendo hacia las vertientes de Godoy. La Cuchilla general confina por esta parte y sus aguas occidentales -316- forman los arroyos de Casupa y el Soldado brazos del Santa Lucía.

De Godoy se encaminaron, el 6, a las primeras fuentes del Cebollaty, donde también es conocido con el nombre de Arroyo de los Tapes, y tienen, asimismo su origen en la cuchilla principal, contiguas a las de

Masavillagras, otro de los gajos del Santa Lucía, en la latitud observada de 33° 39' 30" M; distando como 4 millas al N ¼ NE, los cerros nombrados de Hillescas. Sigue desde luego el Cebollaty la dirección del E S E el largo trecho de 10 leguas hasta su unión con el Corral de los Tapes y recoge por el septentrión las aguas de Nico Pérez, Benítez, y el Bustillan, vertientes todas de la gran cuchilla, con proyecciones del 4.º cuadrante, y separadas entre sí por medio de sus respectivos albardones. Corre después otras 7 leguas al E NE hasta la confluencia del Alférez, y en esta distancia solo le entra el Pirarajá, pequeños derrames de las Islas de Retamosa y de la cuchilla de Gutiérrez.

Los terrenos inclusos entre el Cebollaty propio y Baumarajate, y terminados en la cuchilla general, que despunta todos estos arroyos pertenecen a don María Francisco de Alraybar, viuda del mariscal de campo don Joachin de Vianal, gobernador que fue de Montevideo. Este dilatado cantón, con sus tierras fértiles, pastos pingües y abundantes aguadas, alimenta un crecidísimo número de ganado vacuno, que tributa a la Mariscalá con sus cueros cuantiosas rentas. Sin embargo de esto los perros cimarrones o salvajes, de que se encuentran tropillas numerosas hasta de 80 y 100 causan lamentable destrozo, en el ganado. La voracidad de esta fiera y su particular instinto, le llevan a preferir las crías, en que no halla resistencia, y su carne es más tierna y delicada; por esta razón se corren a veces grandes pagos sin encontrar una ternera. Como los perros en su entera libertad se multipliquen prodigiosamente, no hay que esperar que este daño vaya a menos, si el gobierno no los proscriba, y obliga a los interesados y dueños de estancias a su total exterminio. Una jauría de otros perros domésticos, aun en corto número, los cuales tienen siempre declarada cruda guerra a los cimarrones, basta para conseguir -317- este importante objeto con brevedad y a satisfacción. Del mismo modo se deben exterminar los tigres, leones, lobos y demás animales carnívoros, que causan notable daño, y ninguna de estas fieras puede resistir los esfuerzos de 12 perros bien unidos, y animados por la voz de su señor. De las cabeceras del Cebollaty descendieron el 7, por su margen oriental al arroyo de Nico Pérez: el 8 cortaron el Benítez, el 9 el Bustillan por la latitud de 33° 40' 41", y el 10 costeano el Pirarajá, subieron a observar la latitud de 33° 32' 56", entre sus puntas y las del Gutiérrez. Relevaron los Cerros de Monzón y de aquel de la otra parte, y este en la cuchilla misma; el cual como dé nacimiento a uno de los mayores brazos del Ulimar, que tuvo que recorrer después la otra partida, como veremos, sirvió de ligar y rectificar los trabajos de ambos. Forma en parte la cuchilla general una gran rinconada, o codillo que entra como al ESE y de ahí torna al NE con alguna más suavidad, haciendo un arco como de círculo, del que dimanen todas las vertientes del Gutiérrez, que reunidas desde luego, y formando un canal considerable, poblado de arboleda y frondosidad cruzan en la dirección del SE aquel espacioso valle de 7 a 8 leguas, de que hablamos pág. 10234 y depositan sus aguas en el Cebollaty hacia la punta occidental de las Averías.

El 11 descabezando las puntas del Pirarajá por el Cerro de las sepulturas e Islas de Retamosa, fueron a observar la latitud de 33° 30' 18 " sobre la ribera sur del Gutiérrez, no lejos de la citada reunión de sus vertientes.

El 13 pasado el arroyo, se encaminaron al NNO hacia otro cerro elevado,

que reparte aguas al Olimar, y a los Corrales, desde la latitud de 33° 95' 12". Este arroyo de los Corrales no es otra cosa que una gran cañada pantanosa, que en diferentes vueltas entre el NE y SE, corre el dilatado tramo de 10 leguas por entregar su corto caudal al Cebollaty cerca de su Salto o Catarata, y como 4 millas al NE del paso nombrado de los Santafecinos. La Mariscal de Montevideo -318- hizo construir años pasados sobre este arroyo varios corrales para encerrar ganado y facilitar sus faenas de cueros de que aún subsistían reliquias, y de aquí toma el nombre de los Corrales. Los cambios de sus dos bandas, igualmente que los de Gutiérrez, son puros bañados y pantanos, solo transitables en tiempo seco; y hacia la cuchilla se elevan progresivamente las tierras en lomas dobladas, más o menos fragosas según su proximidad. Por un albardón que verilea el arroyo dicho de los Corrales por su orilla meridional, y se puede decir que es el único terreno limpio de todo aquel espacio, se internaron el 14 hasta cerca de su confluencia y concluida en este punto su comisión, se transfirieron del punto del Iatay, donde a la sazón se hallaban ya las canoas.

Por nueva disposición del coronel Roscio, hizo esta misma partida desde el Iatay algunas tentativas para examinar a los pantanos que dan principio al arroyo de las Pelotas (pág. 95)³⁵, se unían o ligaban con los que se extienden hacia esta parte de la serranía de la India muerta, según afirmaba el baqueano; y verificó la experiencia, o si permitían paso para acabar de reconocer aquel pequeño tramo del San Luis, que no se había conseguido, y enlazar este río con el arroyo de la India muerta, que se suponía ser el verdadero origen (pág. 104)³⁶. En esta virtud salieron el 27 de abril, y costeano el Cebollaty por su margen meridional hasta las tunas, tiraron después al sur, y a corta distancia dieron ya con dichos pantanos. Con el mayor trabajo del mundo penetraron cosa de 3 leguas escasas, sin lograr descubrir su término: y tomándoles la noche sin tiempo de volver atrás, restaron sobre un pequeño albardón, tal vez deparado aquí por la Providencia para esta necesidad, observando la latitud de 33° 27' 41", y luego que fue de día, marcaron al SE 6° E, el Carbonero de las Sierras de San Miguel, que conocieron con toda distinción, y otro bosque o capón pequeño, que parece fue el último punto a donde se había llegado en el reconocimiento del citado arroyo de Pelotas. Hecho esto se volvieron al -319- campamento no siendo dable averiguar lo que se pretendía, y mucho menos los límites de aquellos pantanos que por lo visto abrazan todo el terreno que encierran los dos ríos San Luis y Cebollaty contra la expresada sierra de la India muerta y Averías. Esta marcación del Carbonero sirvió de mucho para la corrección general de las operaciones del Cebollaty. El 1.º de mayo observaron en el Iatay la inmersión del 2.º satélite de Júpiter cuya resulta dio 3 horas 36' 6" de difra de meridianos a occidente de Greenwich: y el 2.º se trasladaron con las canoas al arroyo Sarado, a fin de adelantar en lo posible su investigación, en tanto se continuaban los trabajos del Olimar, cuya narración expondremos ahora. Desde la estancia de Llorens, costeano el Cebollaty por su ribera meridional, nos transferimos en los días 28 y 29 de marzo al punto de las Tunas, y de este en las canoas al de Iatay el 31, donde nos dispusimos en los primeros días de abril para el reconocimiento del Olimar³⁷ que como ya se dijo, entra como tres millas al sur de este ult puerto. Forma el

Cebollaty en esta distancia, un saco cubierto de espeso monte, que se junta con el del arroyo, y deja impenetrable el terreno intermedio. El 8 se emprendió ya la marcha por tierra, siguiendo un hermoso albardón que le costea al N hasta un pequeño arroyo de pocos árboles que baja del NO trayendo su origen de hacia las primeras lomas del Yermal: y el 9, rebasado este arroyo, acampamos sobre una pequeña laguna de la margen del Ulimar, 13 leguas distante del Yatay, y en casi su misma latitud de $33^{\circ} 16' 36''$. El 10 se reconoció el arroyo de que acabamos de hablar, y barajando el 11 el principal de nuestro objeto, se cruzaron varias cañadas que desaguan en él, formando a trechos diferentes lagos de corta entidad. Paramos el 13, caminadas 5 leguas del campo anterior sobre el paralelo de $33^{\circ} 14' 6''$, cerca de la confluencia del Yermal, que viene del septentrión de hacia aquella parte donde tienen su nacimiento el Parado y el Tacuary, y por esta causa quedó su examen -320- para nuestro regreso. En esta virtud le pasamos el 14, y penetrando un campo cubierto de Chirca38, especie de mata o monte bajo y espeso, se vino a observar la latitud de $33^{\circ} 12' 28''$ como 4 millas antes del Ulimarchico, gajo de consideración que entra por la orilla del sur, cuya investigación se difirió también de algunos días, por no haber paso cómodo y vadeable. En este paraje se hallan los altos Cerros del Ulimar que fueron relevados desde las Averías, de los cuales el más NE se halla sobre el yerbal, y es muy conocido de lejos, no tanto por su elevación cuanto por un apéndice escarpado y agudo que le sobresale en forma de pirámide. Túvose particular esmero en situarlos todos con la posible exactitud, pues debían ser como el fundamento del plano, refiriendo a ellos, como se logró con suceso, las operaciones del Cebollaty, Ulimar y Parado.

El 16 quedamos sobre la horqueta del Avestruz en la latitud de $33^{\circ} 12' 47''$, y como 5 leguas al occidente de la del yerbal, hallándose en este tramo, encortadas al tronco principal del arroyo varias lagunas de alguna profundidad y extensión, formadas a lo que parece, de las inundaciones. Un carpintero natural de la Provincia del Paraguay, tenía establecido aquí un corte de maderas, y fábrica de Carros, que solía expender en Montevideo. También hacia alguna yerba mate, que se encuentra de buena calidad en el yerbal de cuya circunstancia toma el nombre. El 18 se salió a reconocer el Avestruz, que se reparte en varios ramos para recoger las aguas orientales que descienden de la gran cuchilla por la latitud de $33^{\circ} 51' 45''$ y corre el espacio de 8 leguas, al S SE. El 23 se emprendió también el reconocimiento del Ulimarchico, que como dijimos nace en el Cerro de Nico Pérez bajo los $33^{\circ} 25' 45''$ de latitud A y fluye casi al oriente 12 leguas, formado igualmente en su principio de otros gajos, uno de los cuales viene del S O de un ramal de cuchilla que da aguas a los Corrales. De Nico Pérez se marcaron al NO los Cerros de Monzón, y al SO los de Hillescas -321- de sus caídas occidentales se forma el Yy, brazo considerable del Río Negro. El 29 siguiendo la cuchilla nos vinimos a reunir con los habían quedado días antes en el Avestruz, que habiendo decampado subieron las aguas del grande Ulimar, le pasaron, y se hallaban como 3 millas a levante de las Averías occidentales, en latitud de $33^{\circ} 13' 18''$ sobre la ribera austral de un pequeño arroyo, que toma el nombre de estos cerros, por costearlos al N, recoger una vertiente que se forma en ellos, viniendo como todos, de la cuchilla y entrando en el Ulimar, 2

millas después del Avestruz.

El 30 volvimos a tomar el tronco del Ulimargrande, el cual se divierte en grandes vueltas hacia el NO y atravesando densísimos Chircales que cubrían los jinetes, pasamos inmediatos a otras dos horquetas, formadas de otros dos gajos que le entran de O SO y bajan como los demás de la Cuchilla grande, divididos igualmente por sus respectivos albardones. Observada la latitud de $33^{\circ} 6' 51''$ A. se logró también en este sitio la inmersión del 2.º satélite de Júpiter del día 2 de mayo que da 3 horas 36' 21" a occidente del Real observatorio de Greenwich, diferencia que nos parece algo defectuosa, bien es que la teoría de este satélite no esté todavía determinada con la última perfección, y sus tablas son susceptibles de un error que puede subir hasta 2 minutos lo tiempo. Por entre los dos gajos subimos el 6, y descabezando el del Aquilón, observamos el 9, $32^{\circ} 57' 55''$ de latitud A hacia las primeras puntas del Ulimargrande, compuesto de dos grandes vertientes, contiguas en la cuchilla con las del arroyo del Cordobés, brazo del Yy. Corrióse un pequeño tramo de la cuchilla al SO hasta lograr una intersección o cruzamiento a Nico Pérez, relevando asimismo los Cerros del Cordobés, Pablo Páez y Tupambay, mayor y menor, de la otra parte todos de la cresta de la misma cuchilla, cuyo camino real y carretero nos condujo el 11 al nacimiento del Avestruz, o de las Víboras, en latitud que ya expusimos, cuando se habló de este arroyo. Caímos el 12 sobre el yerbal, cruzando una pierna considerable de la cuchilla, que se desprende a repartir las aguas de estos dos arroyos, se da la mano con los Cerros de Ulimar y Averías. La latitud de este -322- campo fue de $33^{\circ} 54' 19''$ A. y el 13 de mayo se observó con bastante exactitud la inmersión del 1er satélite de Júpiter siendo la diferencia de meridianos con Greenwich de 3 horas 38' 48", que conviene bastante bien con las derrotas.

Nace el yerbal en las asperezas enormes de Butunanby, hacia los $32^{\circ} 48'$ de latitud A: las costea al principio por el occidente, siguiendo todas sus caídas: la sigue después a oriente, entrando por un abra notable de dos cerros empinados: y termina en el Ulimar por los $33^{\circ} 14'$, corridas como 10 leguas al SSE y agregándosele dos gajos boreales. Sobre las riberas del yerbal, no escasea el frondoso árbol de la celebre yerba del Paraguay, el cual parece la Caliparpa americana de Linneo hojas aserradas de la clase de la Tetrandrias Monogynias. El 14 se dirigió el coronel Roscio hacia el Parado, destinando uno de sus oficiales a las cabeceras de este arroyo, para asegurarse de su verdadera situación: y nosotros descendimos por el albardón que le separa del avestruz, para averiguar su curso, hasta el cerro mismo del yerbal, y de aquí torcimos al oriente, y llegamos al Parado junto con los portugueses el 20 de Mayo, concluido enteramente el reconocimiento del Ulimar, u Olimar, el que tiene su proyección en general del ONO al ESE, y corre el espacio de 22 leguas hasta su confluencia con el Cebollaty por los $33^{\circ} 17' 50''$ de latitud A. Los primeros y más distantes gajos del Ulimar por una y otra orilla son los que hemos nombrado Yerbal y Ulimarchico. Estos incluyen entre sí todos los otros y el terreno que encierran, es por lo común endeble, de poca substancia, algo arenisco y pedregoso, contra el Cebollaty es más suave y pingue, pero menos limpio, y lleno de bañados y pantanos. En todo él abunda el ganado, lo que no es decible.

Como las operaciones del Ulimar se prolongasen tanto a causa de la multitud de brazos de que se forma este arroyo, como se acaba de exponer: la partida que vino del Cebollaty tuvo sobrado tiempo de recorrer el Parado, adelantando de este modo en lo posible la vasta obra de tan prolijo y cansado reconocimiento general. Para la ejecución -323- de este examen transfirieron el campamento general según se dijo, el 2 de mayo, 3 millas dentro de la barra del Parado en latitud $33^{\circ} 10' 35''$ A. Las canoas grandes hicieron este, camino aguas abajo del Cebollaty y subiendo después por la boca misma del arroyo; mas las pequeñas acertaron de mucho la distancia, entrando por un estrecho canal o sangradero que atraviesa en derechura, llamado del Catalán, de cierto individuo de la provincia que entabló en aquel paraje oculto sus faenas clandestinas de cueros y contrabandos, formó sus ranchos y mantuvo no poco tiempo comunicación abierta e impune con la villa de Río Grande por la Laguna de Merín, cuya proporcionada navegación produce frecuentes ejemplares de esta especie. El 5 de mayo emprendieron ya la navegación del Parado, más a las 2 millas tuvieron que saltar en tierra por su orilla del NE no siendo fácil continuar en canoas por la demasiada ramazón que cruzaba el cauce del arroyo. El 6 le siguieron costeano por entre pantanos y bañados de que se forman algunas cañadas, hasta la distancia de 6 leguas, y observaron el 7 la latitud de $32^{\circ} 49' 52''$ A. 2 millas escasas al N de la confluencia de Otazo, que viene del ONO, y entra por la ribera occidental. De este punto empiezan ya a levarse las tierras, formando las faldas de la cuchilla, que por esta parte se tienden con suavidad a larga distancia. Cortaron el 8 un pequeño regajo, primeros derrames del albardón que divide las aguas del Tacuary y del Parado. Este declina del NO al O y en largas vueltas recibe nuevas caídas del mismo albardón, proyectado en la misma dirección del arroyo. El 9 doblado un notable cerro, que por su dilatada extensión al NNE llamaron Largo, observaron la latitud de $32^{\circ} 39' 27''$ A. en las puntas ya del Parado que se desprenden del Cerro de Butumanby, nombre dado por su figura que en idioma de los indios equivale a Horejas de Mulo. Estos dos cerros viniendo del E y descabezando las dos primeras vertientes del Parado, se unen a la cuchilla general la que por medio de otro ramal deja ir en vuelta del SE forma una célebre encrucijada, cuyos cuatro ángulos mirando con pequeña diferencia -324- a las Playas del Mundo, dan origen a los cuatro arroyos Tacuary, Parado, Yerbal y Fraile muerto. El 10 dirigieron ya de regreso su derrota por aquella pierna o ramal del SE que da principio a Otazo en los $32^{\circ} 49' 17''$ de latitud A y observando el día siguiente la de $32^{\circ} 54' 50''$ en los resurgideros de la Cañada de los Corrales, que fluye al ESE para encontrar el Parado por los 33° ; se retiraron el 14 al campamento cruzando unos penosos bajíos y lodazales de más de 4 leguas. El resumen de esta investigación es tener el arroyo 16 leguas de curso al SE desde la cuchilla al Cebollaty. Concluido el reconocimiento de este gran río, lo adelantado de la estación, lo embriagado de los campos con las frecuentes lluvias, la mala calidad del terreno todo bajo y pantanoso y la natural destemplanza del clima, nos obligaron a interrumpir por algún tiempo las operaciones y pensar en retirarnos al Tahin. El 23 de mayo, arreglado todo el trabajo vencido hasta allí, y combinado con el de los portugueses, que se halló bastante conforme, lo pusimos en ejecución de común acuerdo; más los desechos y

repetidos temporales del SE nos hicieron tardar en la travesía hasta el 29 del mismo, y 4 días más a los lusitanos, que costearon la laguna por no atravesarla en canoas que no deja de ser peligroso.

El 28, de mañana se observó una inmersión del primer satélite de Júpiter 3 horas 32' 20" a occidente de Greenwich en el arroyo nombrado del Sarandy que desagua en la laguna como 3 leguas después, del Cebollaty, por su ribera occidental siendo la latitud de su barra 32° 2' 2" A.

Capítulo VII

Segunda salida y conclusión del reconocimiento de la laguna de Merín y de sus vertientes.

Por octubre del año siguiente de 1785, con los tiempos más bonancibles menos las lluvias, y los campos más secos, se trató de continuar el -325- reconocimiento de la laguna Merín y de sus vertientes, no concluido en la primer salida por los rigores del invierno y terrenos intransitables. En consecuencia fueron dadas por el Gobernador de Río Grande las órdenes correspondientes para el apresto de las mismas canoas, y estando prontas se hicieron venir al Tahin el 8 de noviembre. Queriendo nuestro comisario director don Joseph Varela, tomar alguna idea de aquellos campos, determinó acompañar las partidas por algún tiempo, y embarcándose con todos los oficiales facultativos de ambas subdivisiones españolas, y una escolta competente, hizo derrota al Tacuary el 17 del mismo, donde convenía establecer el campamento general, para proceder desde allí a las operaciones ligándolas con las del verano anterior. La mareta del SE le impidió atravesar en derechura, y fue obligado a ganar desde luego la cota occidental, acogiéndose al pequeño arroyo de los arrepentidos, donde encontró ya la partida portuguesa que a las órdenes del coronel Roscio había lado la vela el día antes, se vio también en la necesidad de tomar puerto, estando para perderse una de sus canoas. Permanecieron con fuerza los vientos del SE al SO de forma que no pudieron salir de los arrepentidos hasta el 20 y barajando la costa de la laguna, entraron todos al siguiente día en el Tacuary donde se hallaban ya las canoas grandes que conducían los víveres, los instrumentos de astronomía y demás útiles, las cuales nacieron directamente desde el Tahin. Subieron el arroyo como 6 millas, y acamparon en la orilla meridional, observando el 22 la latitud de 32 ° 47' 45" y el 23 la cifra de meridiano en tiempo con Greenwich de 3 horas 33' 46" por una emersión del primer satélite de Júpiter. Este mismo día se caló también sobre las riberas del Tacuary otra partida compuesta de españoles y portugueses que desde el 12 se había despachado por tierra con suficiente humo de caballos y de reses de consumo, la que dirigió su camino al N de la laguna, cortando el sangradero de Merín por el paso de Beca y pasando el Piratiny y Yaguaron en pelota, no sin algunas demoras y riesgos. El 24, elegido un terreno más limpio y de mejores pastos a 5 millas del primero -326- sobre la margen septentrional del arroyo se transfirieron a él, observando asimismo

su latitud de 32° 45' 10", la cifra de meridianos de por otra emersión del propio satélite y la variación magnética de 12° 50' NE por el azimut del sol. Establecido este campo se proveyó a la subsistencia de las gentes, enviando 24 peones a la sierra inmediata para coger algún ganado, y remplazar el del abasto, que se había enflaquecido con la marcha, los que habiendo salido el 27 con sus correspondientes pasaportes para no tener tropiezos con las partidas de Montevideo en caso de encontrarlas, volvieron a los 15 días con 200 reses de carne gorda y descansada, como se explican en el país.

Como los trabajos de la campaña antecedente quedaron en el Cebollaty, recorrida ya toda la costa oriental y meridional de la laguna Merín, era necesario examinar el tramo restante de ella desde la boca de aquel río hasta la barra del sangradero o río de San Gonzalo, con todos los arroyos y demás vertientes que le entran por esta parte. Para la mayor regularidad de esta obra, y su más pronta ejecución, se destinó por tierra al reconocimiento del Tacuary un destacamento de facultativos de ambas naciones con la colección de instrumentos de la portuguesa, y otra partida semejante con la colección española se encargó de verificar en canoas el examen de aquel trecho de costa que media entre los dichos ríos Cebollaty y Tacuary, con los tres pequeños arroyos Ayala, Sarândy y Zapata que vierten sus aguas por aquel espacio. Con arreglo a este plan, emprendió su marcha, el 28 de noviembre la primera de estas partidas, en la que iban haciendo de geógrafos los capitanes de ingenieros, don Bernardo Lecoge³⁹ y Alexandro Elloi Portela, y de astrónomos el alférez de navío don Joachin Vicente Varela y el doctor Joseph Saldaña, llevando por su escolta y servicio, 12 dragones, 6 peones y 1 práctico. En la segunda, fueron en persona los mismos jefes o comisarios, de astrónomos el capitán de artillería Joachin Feliz da Fonseca Manço y el alférez de navío don Juan Joseph -327- Varela, y de geógrafos el teniente de ingenieros Francisco das Llagas Santos, y el alférez don Joseph María Cabrer. Escoltados así mismo de suficiente número de soldados y peones, dieron la vela el 5 de diciembre y se dirigieron al sur, costeando la playa de la laguna, hasta conseguir enlazar sus operaciones en la barra del Cebollaty con las del verano anterior.

En esta segunda salida, se observó la misma conducta, el mismo proceder y prolijidad en los trabajos que expusimos, de la primera, y así no hay para que detenernos en su explicación. Descendamos pues a exponer desde luego las resultas en general, sin ligarnos tampoco al material y confuso laberinto de las operaciones para no invertir el orden propuesto, seguiremos la descripción de la costa occidental de la laguna, desde la boca del Cebollaty haciendo también de camino la de los arroyos que desaguan en ella, al paso que se hayan encontrando. Sobre la punta N del Cebollaty, se halla recostada una isleta de que dista 2 millas al ángulo de 10° NO el pequeño arroyo de Ayala en 33° 6' 37" de latitud y viene de unas lomas cerca del Parado, como 3 leguas al ONO dejando un lago de corta entidad en el intermedio. De su barra 5 millas cortas al N 64° E está la punta nombrada de Quiroga, y de ella otras 2½ al N 6° E, la boca del Sarandy, arroyo compuesto de dos gajos que nacen de unos pantanos contra el Tacuary, 5 leguas al N 32° O. La latitud de este arroyo observada la campaña anterior, fue confirmada ahora con cifra de pocos segundos de 32°

2' 11" (pág. 125)⁴⁰ y su nombre lo toma de un árbol que adorna sus riberas, que parece el *Cephalantus* de Linneo, hojas opuestas y de tres en tres, de la clase de las Tetrandias Monogynias. Sobre la dicha punta de Quiroga hay una hermosa laguna circular que tiene más de 2 millas de diámetro y se comunica al Sarandy. Desde este gira la costa como 3 millas a los 65° NE forma después una ensenada al 4.º cuadrante de otras 2 millas de Abra, que tiene otra pequeña laguna sobre la punta boreal, y de esta 2 millas a 8° -328- NE entra en la de Merín por la latitud de 32° 57' 14" y el arroyo de Zapata, cala despreciable que interna 1 ½ leguas al ONO agregándosele otras dos cañaditas, todavía menores del septentrión, y toma su nombre de un español que habitó largo tiempo sus orillas. De Zapata avanza la costa al E 10° N el largo trecho de 3 leguas, y rehurtando de allí otras 2 al NNE hasta la punta llamada de Parubé forma en la primera mitad de esta distancia una rada con 1 ½ millas de fondo, y diversos sacos interiores. Sobre dicha rada que se halla cubierta de un juncal bien espeso, se ven las 2 frondosas islas de Tacuary con tres islotillos menores y algo separados, en latitud de 32° 54'. La Punta de las Cajimbas sigue como 5 millas al NNE, de la de Parubé, haciendo la costa una ensenada a manera de media luna por cuyo centro desagua el Tacuary. Toma este arroyo sus primeras, aguas en los 32° 46' de latitud A de las caídas o faldas septentrionales de los cerros Largo y Butumandy de que hablamos (pág. 124)⁴¹. Corre al principio el espacio de 6 leguas al N 16° E costeano la cuchilla general; declina luego al E 2° S 10 millas, regresa después 23 al S 37° E recogiendo a la 1 un gajo de dos piernas que baja de los Conventos, cerros distantes 6 leguas NNO; a las 15, otro de más consideración llamado Chuy, cuyo giro es del N ¼ NO de latitud de 32° 10'; y finalmente otro de 5 leguas del N 5° E al extremo de la referencia distancia. Desde este punto tuerce el Tacuary al E 4° S y andadas 30 millas con grandes vueltas, formando lindos potreros, y cortando varias islas, vierte sus aguas en la laguna de Merín por los 32° 47' 45" de latitud A. Los campos entre este arroyo y el Parado no son de la peor calidad; forman un cerrado sin otra salida que por entre las vertientes, que con todo son bien ásperas. El ganado vacuno abunda en ellos más que en ninguna otra parte de la sierra. Uno de los baqueanos del rey llamado Ballejos, sacó de aquí, por el mes de mayo dos mil cabezas para surtir las estancias de Su Majestad, y es de advertir, no se echaba de ver tan gran desfalco.

-329-

Hecho el examen del Tacuary, pasó la partida de tierra al Yaguaron el 42 de diciembre con la orden de practicar el de este arroyo; y como tenga su origen en los contornos de Santa Tecla, no lejos de la puntas del Piratiny, vencido aquel trabajo, se transfirió a este con la mira de concluir de regreso su reconocimiento empezado en la primer salida, como se dijo (pág. 88)⁴³. La otra partida de las canoas, encargada de seguir la investigación de la laguna, y de los demás arroyos que le entran de menor entidad, salió también del Tacuary con igual fecha, y mudó su campamento al expresado Yaguaron. Algunos días antes llegaron de Montevideo, adonde habían pasado con licencia, los geógrafos don Joachin Gundin y don Andrés de Oyarvide, y se agregaron el primer a la partida de tierra, el segundo a la de agua. Dista la punta meridional de la Ensenada del Yaguaron 5 millas

a los 62° NE de la de Cajimbas, entre los cuales forma la costa de la Laguna una pequeña rada al NO. De aquellas sigue la septentrional, también llamada del Juncal a los 47° del mismo cuadrante 5 ½ millas, y en el centro de esta ensenada, que tiene de fondo otras 3, se halla el Yaguaron. Tres son las principales vertientes de este gran arroyo: las dos primeras nacen en la latitud A de 31° 20' de una considerable pierna de cuchilla, que de las sierras de San Antonio viejo, gira como al ONO hacia Santa Tecla, dando aguas al Cavacuan que fluye, al septentrión: corren ambas el espacio de 12 leguas entre las cabeceras del Piratiny y Río Negro, la más oriental o arroyo Andiota al SO y al S ¼ SO la occidental o Gajo de la laguna hermosa: siguen después unidas otras leguas, por la última dirección, y en los 31° 58' se juntan con la tercera vertiente, la cual como su propio nombre del Yaguaron baja también del N 5° E desde el paralelo de 31° 32", recogiendo las aguas orientales de la serranía del Yaseguá. En lo interior de la confluencia de estos gajos, se halla una pequeña laguna que llaman la Hermosa: y de ella continua el Yaguaron a los 50° SE -330- 14 millas y recibe el Yaguaronchico, que con efecto es de poca entidad y viene del NE. De aquí sigue 34 millas a 20° SE y le entra también del Aquilón el arroyo de Téllez, que trae su curso de la distancia de 10 leguas con diferentes ramas. A oriente de Téllez, no lejos de su horqueta, estuvieron acampadas las partidas, sobre el paso nombrado de las piedras en de latitud A y 3 horas 33' 52", de difra de meridianos en tiempo a occidental, de Greenwich, observada por la emersión del primer satélite de Júpiter de 1 de enero de 1786. Como 1 milla más abajo del Paso de Piedras se precipita el Yaguaron por una catarata de 5 varas de altura, y después corre sereno y caudaloso con buena navegación 16 millas a 60° SE hasta su barra en 32° 39' 12" de latitud A. Las orillas de este arroyo están pobladas de grandes árboles, los terrenos que riega son en lo general muy escabrosos y no tienen tanto ganado.

Del Yaguaron pasaron las canoas el 12 de enero al arroyo del Juncal, que fluye en la Laguna por la misma punta que lleva su nombre, bajo los 32° 38' 51". Este arroyo es navegable el corto espacio de 1½ leguas: tiene su nacimiento en un gran cerro que dista de su barra 19 millas a 37° NO: recoge varias caídas del N y SO, y el terreno de sus márgenes es bajo y pantanoso, con algunas lagunillas de trecho en trecho. La Punta Negra dista de la de Juncal 5 millas a los 52° NE. De ella tira la Costa otras 7 a los 18° del mismo cuadrante hasta la barra de los Arrepentidos; más 3 millas antes se encuentra un pequeño regajo que llaman de los Arumbados: el que trae su origen del NO 61° y corre como 3 leguas formando una vuelta grande al S, antes de la Laguna. La Costa en esta distancia es de puro bajo y desabrigada para las canoas. El arroyo de los Arrepentidos viene de 7 leguas a los 50° NO de unas lomas dobles y quebradas con varias cañadas y zanjas: entra en la laguna por los 32° 29' de latitud siendo su cauce profundo, con muchos árboles y maleza, y el terreno de sus orillas bajo y pantanoso. De la barra de los arrepentidos avanza la costa muy cerca de 15 millas a 63° NE formando el promontorio de la Punta Alegre, con la que estrecha la Laguna de nuevo hasta la distancia -331- de 3 millas, que es como la garganta o una angostura a toda su extensión. Sobre ella hay una serie de médanos de arena muy encumbrados y con algunos árboles que se descubre de larga distancia y son semejantes a los del Tahin. Como esta

playa esté descubierta a los vientos del 2º cuadrante, es muy peligrosa su travesía y en ella se ha formado considerable acopio de conchuela mentida y caracolillo de que hacen los portugueses excelente Cal.

Desde Punt Alegre rehurta la costa al ángulo de 67º en el 4.º cuadrante, y hace un saco al S demás de dicha milla de fondo a las 3 millas de dicha punta se halla la boca del Arroyo Grande en 31º 21' 15" de latitud que no deja de ser alguna consideración: sus vertientes son contiguas a las de Téllez por los 32º: baja de allí a grandes vueltas y revueltas 12 leguas largas al rumbo de 64º SE por terrenos ásperos, recogiendo muchas aguas de una y otra parte; se dirige después otra legua a los 63º NE y termina su curso en la Laguna, con una caja ancha y caudalosa, navegable cerca de 6 millas, pero sus riberas son inaccesibles por la espesura y ramazón de los montes. A occidente del arroyo grande, entra un saco de 1 milla al SO, y otro igual, a mediodía de la barra del Chasquero, que dista de aquel 5 millas a 4º NE siendo esta la proyección de la costa con repetidas y menudas vueltas. Las aguas del Chasquero con un curso de 8 leguas, a los 60º SE derivan de unas asperezas que se hallan hacia los 32º 4' de latitud; la costa gira desde su barra como millas a 23º NE sale 1½ al ESE; vuelve después cerca de otras 4 a los 9º NE y tomando a los 80º NE 5 millas escasas, acaba finalmente en el sangradero de Merín por los 32º 9' de latitud A, dejando como media legua antes el pequeño y pantanoso arroyo de la Palmasola, compuesto de dos gajos, el 1º de Aquilón donde descolla huma44 hermosa y elevada palma, de que toma el nombre, y el 2.º de las mismas asperezas del Chasquero.

Los facultativos hicieron varias tentativas y nunca pudieron -332- llegar a la boca de este arroyo, que por tierra le rodea un gran pantano de más de 2 leguas, y por agua cubre toda la costa una faja de juncos espesos, que no deja paso a las canoas, desde la Puntalegre. La dirección no obstante de aquella parte, que se logró reconocer desde su origen, es de 11 millas al SE; después entra el pantano por una y otra banda, y solo por conjetura se continúa otras 7 millas al E hasta su desagadero. Por lo que se ha visto la Laguna Merín no es otra cosa que la confluencia de todos aquellos ríos y arroyos que hemos descrito, los cuales, dimanando de la cuchilla general y fluyendo al oriente, se juntan y forman esta laguna, y desagua asimismo por el sangradero de San Gonzalo en el Río Grande de San Pedro. Su dirección es de SO a NE y sus cabeceras o límites abrazan la extensión de 36 leguas entre los paralelos de 32º 9' y 33º 37' de latitud A. Su ancho no excede de 9 millas, desde sus puntas meridionales hasta el promontorio de los Latinos; aquí se abre la costa oriental considerablemente formando el gran saco del arroyo del Rey, y dando a la Laguna el ámbito de 7 a 8 leguas que conserva de 8 a 10 hasta la Punta Alegre se cierra de nuevo aun más que antes para terminar en el referido sangradero. Tiene 7 isletas, las 5 del Tacuary sobre la costa occidental, y las dos de los Latinos sobre la oriental. Su fondo en el canal no baja de 2 brazas, y sube en partes hasta 7 con varios y peligrosos bancos de arena. Los vientos fuertes agitan sus aguas, levantando una marea picada que hace crítica su navegación en malos tiempos; pero sus playas ofrecen a cada paso buenos puertos, ya con los frecuentes sacos y ensenadas, ya con las bocas de los ríos y arroyos y ya finalmente con la ceja de juncal espeso que las cubre en la mayor parte.

Sus aguas corrientes son cristalinas y saludables: abunda de pejerreyes, anguillas, corvinas y otros pescados de buen gusto, y no escasea de patos y gallaretas, ánsares y garzas de varias especies.

Los portugueses frecuentan mucho la navegación de esta laguna, y penetran muchas leguas en los dominios del rey por los ríos Cebollaty, Tacuary, Yaguaron y otros. Fomentan el trato ilícito, -333- introduciendo considerables porciones de tabaco negro de humo, piedras preciosas y otros géneros prohibidos y destrozan el ganado de la sierra, con frecuentes correrías, y matanzas para las grandes faenas de cuero, sebo y grasa que conducen en sus canoas a Río Grande. La experiencia acreditó repetidas veces la verdad de estos hechos en la presente expedición, pues ni aun por el tiempo que duraba, se abstuvieron de semejante desorden. Convendría pues, así para evitarlo, como también para impedir las grandes usurpaciones de ganado y animales que hacen por tierra, restablecer el suerte de San Gonzalo, construido por el Conde de Bobadela, sobre las márgenes del Piratiny, término de ambos Dominios. La situación de este fuerte que en el día se halla arruinado, es ventajosísima para establecer una gran guardia a las órdenes de un oficial celoso encargado de 2 atenciones: 1.^a de guardar de acuerdo con el comandante de Santa Tecla toda la campaña intermedia, que tiene 30 leguas de extensión y no puede la guarnición sola de aquella fortaleza alargar sus miras a tanta distancia; cuya causa los habitantes de Río Pardo, teniendo esta puerta abierta sin el menor embarazo, entran y sacan a su salvoconducto crecidas piezas de ganado de la Sierra, mulas y caballos de las estancias, a veces contra la voluntad de su dueño. La 2.^a atención y más importante de la guardia de San Gonzalo, sería tener un puesto en la barra del mismo Piratiny, y a orillas del sangradero, distante únicamente 3 millas. Dicho puerto debería mantener sus canoas, y los portugueses no podrían entonces penetrar con las suyas en la laguna Merín, y ríos que desaguan en ella. De este modo quedaba cerrada la frontera como con una llave, desde los fuertes de Santa Teresa y Sin Miguel, que es como se ha visto a donde llega la laguna. Para la ejecución de esta idea, cuya utilidad es poco conocida, precisa primero: hacer levantar a los lusitanos las estancias que recientemente han formado en los dominios de Su Majestad sobre las riberas meridionales del Piratiny y después de la ratificación del tratado preliminar (pág. 90)45.

-334-

Concluido el reconocimiento de la Laguna el 30 de enero se retiraron las canoas al Piratiny y a los pocos días se emplearon en ayudar a pasar el sangradero a las subdivisiones, que como veremos ahora, se pusieron en marcha para las cabeceras de Río Negro, y seguidamente fueron despedidas y pagadas sus tripulaciones. La otra partida de tierra pasó, como dijimos antes, del Yaguaron al Piratiny; y como le diese mucho quehacer el examen de este arroyo con la complicación de sus brazos, tardó en reunirse al grueso de las subdivisiones hasta el 19 de marzo. Nuestro comisario director don Joseph Varela se restituyó al campo de Tahin desde el paso de Piedras del Yaguaron a principios de enero, y nosotros hacía como un mes que acabábamos de regresar de Buenos Aires, adonde pasamos con licencia del señor virrey marqués de Loreto, durante la intermisión de las operaciones, a que nos obligaron las aguas del invierno.

Capítulo VIII

Viaje de la segunda subdivisión española al pueblo de S. Borja de las misiones del Uruguay, y de allí al de la Candelaria, unida con la subdivisión portuguesa.

Los trabajos ulteriores de la demarcación exigían la traslación de las partidas hacia las cabeceras del Río Negro, y el paso de Beca o del sangradero de Merín que se pone impracticable desde las primeras lluvias, instaba a no perder los favorables instantes de la estación; mas el gobernador de Río Grande que se haba⁴⁶ bien en las inmediaciones de la villa, solo convino en transferir su campamento al arroyo Piratiny. En este concepto se pusieron en marcha todas las subdivisiones con diferencia de algunos días para no agolparse juntas al referido paso de San Gonzalo: la 1.^a española, el 6 de febrero de 1786 -335- la segunda, el 13, y los portugueses, el 20 de dicho mes. Nosotros nos ceñiremos a exponer las noticias concernientes a la de nuestro cargo, y únicamente diremos de las otras aquello que sea más importante, y de que tuvimos conocimiento. Salió pues la segunda subdivisión española del albardón de Juana María la mañana del 13 de febrero después de haber llovido considerablemente toda aquella noche: tomó su ruta por el camino que dirige a la villa de Río Grande de San Pedro, y al siguiente día acampó, pasado el pequeño arroyo de la Portera, donde se hallaba una estancia recién establecida. El 15 hizo alto en el arroyo de las Cabezas, por otro nombre de la Invernada, para dar tiempo a que pasara el sangradero de Merín la primera subdivisión, que tuvo el camino de adentro por el albardón de Silbeyra. Tiene su origen este arroyo de infinidad de pantanos que inundan por todas partes aquel terreno, vierte sus aguas como 3 leguas al SO de la villa, en el saco de la Isla de los Marineros, pasando cerca de un fuerte de tierra, que por este título llaman Guardia del Arroyo. El 19 descabezando otros dos regajos que fluyen en el mismo saco, frente de la isla de Marsaldelima, el 1.^o Luisderocha y el 2.^o Arrodepalo, entramos en el de Torredetama, promontorio que forma la Barrafalsa o Boca del sangradero, y está sujeto a grandes inundaciones. En su medianía se halla el Pueblonuevo, compuesto de un corto número de casas dispersas, o ranchos de paja, cuyos moradores cultivan con bastante esmero su pequeña suerte de tierra. El 20 caímos ya sobre dicho sangradero por la Guardia o Paso de Beca, y con el auxilio de 8 canoas que se habían solicitado del Gobernador, y las empleadas en el reconocimiento de la laguna, logramos pasar felizmente en los dos días inmediatos. La primate partida perdió en el paso de este Río Grande parte de su hacienda, habiendo arrojado todos los animales de un golpe; nosotros los hicimos pasar en pequeños trozos, y con todo se perdieron algunas reses. Las carretas pasaron a remolque y descargadas.

Al occidente ya de San Gonzalo seguimos el 24 la mar⁴⁷ septentrional -336- del arroyo Pabón, y dando algún descanso a los animales, le cortamos el 27 junto a la estancia del coronel Pintos Bandeyras, y vinimos

a parar como 6 leguas al NO del sangradero sobre el arroyo de las Piedras, gajo del Piratiny, que baja del septentrión, compuesto de varios otros de menor entidad. Halándolo crecido con las lluvias de los días antecedentes, no lo pudimos vadear hasta el 6 de marzo; cruzamos después las tierras del Cerro Pelado, y atravesando el Piratiny por el Paso de Ramírez, 8 millas al O del anterior, sentamos el 8 nuestro real de la otra parte, no lejos de la primera subdivisión. Los portugueses subieron el 11 al Paso de Baltazar, donde el primer comisario de Su Majestad Fidelísima firme con la resolución de no pasar adelante, creyendo la estación adelantada, estableció sus cuarteles de invierno, desatendiendo, como lo tenía de costumbre, las justas representaciones, requerimientos y protestas que lo dirigió nuestro comisario director sobre los atrasos y perjuicios que podría ocasionar, con aquella demora tan innecesaria a la Demarcación de límites, cuyas operaciones subsiguientes exigían como ya dijimos que las partidas se transfiriesen sin detención a las cabeceras de Río negro en los pagos de Santa Tecla.

El destacamento de los geógrafos que del Yaguaron pasaron al Piratiny se recogió el 19, concluido el reconocimiento de este río, y el 5 de abril, confrontado el plano, se puso en marcha d. Joseph Varela para la citada fortaleza de Santa Tecla, donde se había ordenado el acopio de víveres, tomando la cuchilla del NO que corre entre el arroyo de Santamaría y el mismo Piratiny. Del mismo modo debiendo nosotros seguir los pasos de la primera subdivisión, dirigimos también numerosos oficios a los comisarios de Su Majestad Fidelísima manifestándoles con fecha del 4, que pues nuestra partida no tenía más que hacer a lado de la primera, terminados los trabajos hasta las puntas del Río Negro, pensábamos continuar viaje al pueblo de San Borja, de las Misiones del Uruguay, como estaba dispuesto, y que en él aguardaríamos la reunión de nuestro concurrente, promoviendo entretanto el apresto de los barcos y demás auxilios, de que necesitaban las dos segunda subdivisiones -337- para practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar, de que estaban primitivamente encargadas. Los lusitanos insensibles al estímulo de nuestro ejemplo, contestaron en cartas de pura atención, y nosotros decampando el 6, vinimos a hacer noche, andadas cerca de 4 leguas sobre la estancia de Manuel Correa de Silba, vecino de Río Grande.

A los pocos instantes de haber hecho alto se recibió un oficio extraordinario de don Joseph Varela en que se nos daba noticia de que los portugueses trataban de insultarnos, enviando en nuestro alcance un destacamento de tropa ligera; y en esta virtud se ordenaba estar alerta para evitar cualquiera tropelía. En el momento mismo se repartieron diez cartuchos a cada uno de los 33 dragones de que se componía la escolta, se dobló la guardia, que hasta allí solo había sido de 8 hombres: y haciéndoles tomar caballo a todos, se dispusieron algunas patrullas, y rondaron las haciendas durante la noche con toda vigilancia. Los oficiales fueron asimismo advertidos de esta novedad, y tuvieron la orden de velar personalmente sobre la observancia de aquellas providencias. procurando se guardase a todo el campamento la más exacta disciplina y se estuviese con el mayor cuidado. El 7 luego que fue de día, nos pusimos en camino con una marcha ordenada, haciendo preceder de vanguardia la mitad del destacamento y cubriendo con la otra mitad la retaguardia bajo la conducta de su

comandante inmediato don Tomás Ortega, las carretas formadas en columna en el centro, y los caballos, bueyes y demás ganado de consumo a los costados al cargo de sus capataces y peones. El comisario y demás oficiales facultativos encargados de llevar la derrota, acompañaban sin destino particular, divirtiéndose a vez el camino con la caza, pero siempre a la vista de toda la comitiva y en disposición siempre de acudir adonde lo pidiese la necesidad.

Como nos precedía de una jornada la primera subdivisión, solíamos por lo común acampar todas las noches en los mismos parajes de donde había salido por la mañana. El 8 que damos al pie de unas asperezas, primeros ramales de la San Antonio viejo, en que tenían antiguamente los Tapes de Misiones varios puestos para contener -338- los ganados. Del 10 al 13 tardamos en cruzarlas sin embargo de no tener por aquella parte arriba de 8 millas de extensión. Los continuos repechos y, en general lo escabroso del camino hacían demasíadamente morosa la marcha de carretas. El 14 siguiendo la misma cuchilla se dio vista a un dilatado valle, como de 7 a 8 leguas al SO, donde se forman las primeras aguas del Yaguaron, y termina contra las tierras altas del Yareguá. Los campos son ya desde aquí de mejores pastos, y de lomas más suaves, pero los albardones para los animales escasean en este camino, como en todos los de la cuchilla, siendo estas las que dividen las aguas, dando a los ríos. El 15 avistamos el fuerte de Santa Tecla desde ciertas alturas, cuyas faldas septentrionales vierten el Ycavacuá o Cavacuan que corre a la Laguna de los Patos. No dejaba de abundar el ganado vacuno y caballar a grandes tropas o rodeos y se vio no pequeña porción de toros recién muertos y sacado el cuero, efecto nada extraño en estas campañas. Nuestras gentes se aprovecharon de esta proporción y enlazaron unas 20 reses, que como ellos se explican estaban de grasa y la carne gustosísima. También recogió un hermoso toro, que perseguido entró en uno de los trozos de caballada y causó algún daño. Cortadas las puntas de las astas, tiró al día siguiente de una carreta con más docilidad que se podía aguardar. La primera subdivisión logró también en este pago otras 50 cabezas, que mezcladas casualmente con el ganado manso de consumo, pudo conservar, manteniéndole reunido por algunos días. Por último en los días 17 y 18 llegaron ambas subdivisiones a Santa Tecla, y no habiendo a lado del fuerte modo de acampar, se mudaron el 20 sobre las márgenes meridionales del Piray, distante tres millas escasas. Don Joseph Varela mandó desde luego hacer unos ranchos, y los ingenieros y geógrafos se aplicaron con diligencia a poner los planos en limpio para remitirlos al señor virrey del Río de la Plata, y que informada la Corte, pudiera a la vista de ellos resolver la duda de los comisarios sobre la dirección de la línea divisoria desde la barra del San Luis, donde había quedado, hasta las cabeceras del Río Negro.

-339-

Este puerto de Santa Tecla fue establecido a fines de 1773 con motivo de la expedición de Río Pardo dirigida a contener los referidos insultos de los portugueses, y que mandó en persona el señor Vertiz, gobernador y capitán general ya por aquel tiempo de Buenos Aires. Dista 95 leguas línea recta de esta capital, 36 del Río Grande, 80 de Montevideo, 60 del Pueblo de San Borja de las Misiones del Uruguay y se halla en 31° 16' 21" de latitud A y 3 horas 39' 46" a occidente del Real observatorio de

Greenwich. El frente se reduce a un pentágono de céspedes, con su foso, y aunque en el día se halla enteramente arruinado se conserva en él una guarnición de 50 hombres, tropa veterana, a las órdenes comúnmente de un capitán del regimiento fijo de infantería, cuyo cargo no es otro que evitar los contrabandos, robos, extracción de ganados, y otras correrías semejantes, muy frecuentes en la frontera. Situado en la gran Cuchilla que divide o separa el Río Negro del Cabacuan, domina la campaña inmediata con hermosa y dilatada vista al occidente. Las tierras son de buena calidad, y los pastos substanciosos y nutritivos; pero el clima es desabrido y ventoso, particularmente en la estación de invierno, y las aguas, aunque de las ponderadas del Río Negro, nos parecieron poco dulces y gordas, talvez por ser de las cabeceras del río, y no estar aún trabajadas.

Antes de la época dicha Santa Tecla no era más que unos ranchos de paja, que servían a los indios de misiones para sujetar los ganados de la sierra y practicar sus vaquerías. Son estas una especie de montería forzada en que juntos ciento o más peones con buenos caballos, corren una crecida punta de ganado hasta llegarlo a cansar y después con este señuelo colocado en paraje eminente, juntan a veces hasta dieciocho o veinte mil cabezas, que sin darles mucho reposo conducen en buena custodia a la estancia o puesto que desean abastecer. Es fácil de considerar lo destructivo que es este método para los ganados, especialmente para las crías, que se cansan y pierden todas sin recurso. Santa Tecla fue situada y tomada a los 60 días de una vigorosa resistencia, por los portugueses bajo la conducta del célebre coronel Pintos Banderas en la guerra última de 1777. El de 1752, reunidos los -340- Tapes en estos ranchos de Santa Tecla se opusieron, dirigidos, dicen, por los jesuitas, y embarazaron los progresos de la demarcación de Valdelirios hasta el de 1775 que fueron derrotados en Caybaté por las tropas que vinieron de Buenos Aires y del Río Grande de San Pedro, y pudieron continuarse las operaciones.

Desde nuestra detención en los campos del Chuy y Tahin, el señor virrey de Buenos Aires había insistido siempre sobre la separación de las segundas subdivisiones; pero los portugueses resistieron constantemente esta providencia por estar a cargo del coronel Roscio, jefe de la subdivisión lusitana, el reconocimiento pendiente de la laguna Merín y de sus vertientes; mas verificada en el día la conclusión de aquella obra, y parecía no quedaba ya pretexto decente para retardar más esta resolución, en que había por último convenido también el señor virrey del Brasil Luis de Sousel y Basconcelos; Los comisarios de Su Majestad Fidelísima se quedaron no obstante en el Piratiny, como se dijo arriba, con el nuevo y especioso motivo de lo adelantado de la estación, de cuyas resultas se tomó el partido de venimos a Santa Tecla. Ya en esta situación pareció conveniente al mejor servicio del rey, que la subdivisión de nuestro cargo continuase su marcha hasta el Pueblo de San Francisco de Borja de las Misiones del Uruguay y aguardase en él a la portuguesa, que debía venir el verano próximo, para practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar de que se hallaban particularmente encargados. Seguíanse de aquí no pocas ventajas: poníase dicha partida en estado de despedir la tropa de carretas, boyada, caballada y los peones y capataces de su servicio disminuyendo de un solo golpe más de la mitad de los gastos que

cansaba Real Hacienda, pues en lo sucesivo podía valerse del auxilio de los Pueblos: tendría además la proporción de atender al apresto de los barcos que debían servir en la navegación del Paraná, prevenir la reunión de los 50 hombres de armas del Paraguay que debían escoltar las partidas y promover finalmente el acopio de víveres y demás auxilios necesarios al citado objeto, que se debían disponer y aprontar en el Pueblo de Corpus, o de Candelaria de las Misiones -341- de dicho Paraná, de donde no distaba mucho San Borja y se hallaba en el mismo derrotero.

La consideración de estas atenciones nos obligó a consultar el punto con nuestro comisario director don Joseph Varela: y con su aprobación no pudiendo proceder la del señor virrey marqués de Loreto, por la gran distancia y lo adelantado de la estación nos pusimos en marcha el 6 de mayo de este mismo año de 1786. Don Joseph Varela se quedó con la Colección de instrumentos astronómicos, y así no pudimos practicar en este viaje observación alguna de aquella especie, bien es que después nos aprovechamos de las que practicaron los portugueses, para corrección de la derrota. También se quedaron en Santa Tecla hasta concluir los planos nuestro ingeniero don Joseph María Cabrer y el geógrafo don Andrés de Oyarvide.

Desde Santa Tecla sigue la cuchilla general al NO descabezando los dos Pirays primeras puntas del Río Negro el que corre como 80 leguas al SO y se junta con el Uruguay por los 33° 30' de la meridional, cerca de la pequeña villa de Santo Domingo Soriano. Por esta cuchilla, caminó la tropa de carretas, y el 6 andadas 9 leguas se cortó al barrancoso Tacuarembó por la latitud de 30° 59' 11" observada por los antiguos demarcadores, y el 8 el Yaguary por los 30° 42' 41" distante de aquel como 7 leguas, y ambos, aguas ya del Ibicuy que también va al Uruguay. Al NE y E eran todas vertientes del Cavacuan que entra en la Laguna de los Patos. En el Yaguary dan principio los terrenos o estancias del Pueblo de San Miguel, cuyos términos son dilatados, y abundan considerablemente de ganalo vacuno. Pasado el arroyo se halla el cerro alto de Batoby y en sus faldas occidentales había un puesto y conservaban seis indios, donde hicimos noche, y se mató una horrenda Víbora de Cascabel (*crotalus*) de dos varas de largo; y 10 pulgadas de grueso, con 14 anillos o cascabeles en la cola. El 9 de mañana dejamos al septentrión la gran cuchilla por donde sigue el carril a las dos únicas picadas o pasos que tiene el Montegrando, el uno llamado de San Martín, donde mantienen los Pueblos de Misiones una guardia de 50 hombres, y el otro de Santiago. -342- Por esta cuchilla dirigieron el año siguiente su demarcación las primeras partidas, dejando una faja neutral de legua y media de ancho, y colocando ocho marcos de piedra entre Santa Tecla y la expresada serranía de San Martín. Nosotros tomamos un albardón más occidental de que habla el plan de instrucción, que lleva más derecho al Pueblo de San Borja.

Los indios de Batoby nos avisaron de varias tolderías de minuanes y charrúas que habitaban aquellas inmediaciones, y esta noticia se confirmó luego con la vista de algunos humos que se descubrieron a larga distancia, siendo estas la común señal de que se valen los salvajes para indicar las novedades de la campaña. Los campos en esta comarca no son tan fértiles como en Santa Tecla, y se ven con frecuencia grandes capas de la tierra colorada y suelta de las Misiones, que en tiempo de seca se abre en

profundas zanjas, de que está todo el territorio interrumpido a las 10 leguas, de Batoby se encuentra el pequeño arroyo de Caziquey, que hallamos crecido el 14, y no lo pudimos vadear hasta el 18 lo que con todo, no fue sin algún trabajo, y avería de los víveres y equipajes. El Albardón da aquí diversas vueltas, para evitar las grietas o barrancas del camino, que impedían el paso a las carretas, de la parte de occidente se deja una serie de cerros sueltos y elevados, con amenos y espaciosos valles de hermosa vista, entre los que corren al 4.º cuadrante dos Ybirapitá mini y guazú, y el Ituzayngó, gajos todos del Ibicuy. Superado al embazo del Caziquey, que a la verdad no fue de los menores que tuvimos en este viaje, se nos presentó el Toropy, arroyo caudaloso y poco distante, que tiene su origen en los campos de San Miguel, cruza la gran serranía de Montegrande, y recogiendo todas sus aguas Meridionales, corre al occidente con el nombre de Picazurú, y viene a ser uno de los troncos principales del Ibicuy, con el que se junta por los 29º 50' de latitud 6 leguas antes de la entrada de este en el Uruguay. El Paso del Toropy nos fue por extremo penoso y no lo conseguimos hasta los dos últimos días del mes, a causa de las copiosas lluvias que precedieron, que hicieron crecer el arroyo hasta salir de madre, e inundar -343- los montes de sus orillas. Para verificarlo tuvimos que solicitar dos canoas de don Pascual Areguaty corregidor del pueblo de Santa Miguel que a la sazón se hallaba en una de las estancias inmediatas al pueblo; y montando las carretas cargadas en dichas canoas, colocada la una transversalmente debajo del pértigo, y la otra detrás de las ruedas, se logró pasarlas cómodamente y sin avería. Las haciendas nos dieron algún tanto más que hacer porque el paso llamado del Umbú era de rápida corriente, tenía la salida bien abajo de la entrada y los animales teniendo que nadar largo trecho del río se solían enredar en los árboles de sus riberas, que eran bastante pobladas y perdimos no pocos, que no pudieron ser socorridos a tiempo.

Sobre las márgenes de estos arroyos habitaban seis u ocho tolderías de indios minuanes, resto de la antigua nación de este nombre, que de tiempo de la conquista se extendía y dominaba los Campos de Vera, que son los septentrionales al Río de la Plata; y que desde entonces se ha mantenido en la independencia, sin haber querido recibir la luz de la Fe. Hasta estos últimos tiempos los toleraron los vecinos de Montevideo y Maldonado en sus inmediaciones, y aun los minuanes les servían de algún alivio en los trabajos de las estancias; pero habiéndoseles agregado después algunos delincuentes y facinerosos, gente toda de casta y perversa, los corrompieron y acostumbraron a las raterías, violencias y otros desórdenes, que cometían a cada paso contra las caminantes; de forma que se vieron en la necesidad de perseguirlos de mano armada, hasta conseguir desalojarlos de aquellas comarcas, y se acogieron en estas, donde viven en el día, no con mucha enmienda de aquellos vicios. Cada una de dichas tolderías se compone como de 50 personas de uno y otro sexo, las cuales obedecen y se dirigen por las órdenes de un indio principal que llaman cacique. Los caciques están amas de esto subordinados y siguen la voz de otro de mayor fama que hace cabeza, el que en la actualidad era un tal Miguel Ayala, hijo natural de un vecino antiguo de Santiago del Estero llamado viejo Zapata, de quien ya dijimos (pág. -344- 129)⁴⁸ que moró largo tiempo hacia aquel pequeño arroyo que lleva su nombre, y desagua en

la Laguna de Merín. Parece no obstante, que esta subordinación de los caciques se limita a solo los casos en que se trata de la común defensa, o de vengar algún agravio general, y a este fin se juntan con gran facilidad, pasando la noticia de alarma de unos toldos a otros en breves instantes por medio de los fuegos o humos. En las querellas particulares cada cacique conserva el mando propio y natural de sus fuerzas respectivas. Las del más poderoso de entre ellos no pasan de 15 a 20 soldados o indios de los más expertos, siendo sus armas las comunes de toda la América, el arco y la flecha, aunque algunos usan también del chuzo o lanza, y no sin rara destreza. Todos son grandes jinetes, muy diestros en el ejercicio de las bolas y lazo y montan regularmente en pelo, sin otro freno que una huasca o tira de cuero. Cada cacicazgo o toldería mantiene con separación su buena caballada, y no mala porción de ganado vacuno para su abasto; pero lo que es de notar en este punto es, que así el ganado como los caballos son cogidos a lazo y bolas de los baguales o silvestres del campo. Hablan estos indios su idioma particular: muchos de ellos entienden también el guaraní y no pocos se explican en castellano y aun en portugués. No siguen religión alguna; y aunque tienen noticia de la católica, confesando un ser supremo, justo remunerador de los buenos, y severo juez de los malos, no paran la consideración en estas ideas; antes procuran ahogar tan saludables sentimientos, sepultados en una torpe haraganería, y grosera ociosidad. Su mayor gloria es la vida libre y errante, son muy dados a la embriaguez, y a la lujuria, y entre ellos es corriente la poligamia, especialmente entre los caciques. Andan totalmente, desnudos, sin más abrigo que un taparrabo y un cuero sobre los hombros que llaman Toropy. Son muy estúpidos y desconfiados, y en general de unas costumbres tan asquerosas y repugnantes que cuando se llegan a espulgar unos a otros se comen los piojos, pulgas, piques etc.

-345-

Los charrúas son otra de las naciones antiguas de esta América cuyo carácter agreste feroz y belicoso, les ha mantenido siempre retirados de todo trato y comunicación contra las márgenes orientales del Uruguay y al N de Río Negro. Su número en el día se halla reducido de 5 a 6 mil, cuyas costumbres y género de vida, en poco, o nada difieren de los minuanes, con quienes se conservan en paz, y aun socorren para su mutua defensa. Así unos como otros se dejan ver de cuando en cuando en las estancias de los pueblos de misiones: piden tabaco, yerbamate de que son sobre manera apasionados, carne y otras cosas semejantes; y cuando no se las franquean con aquella liberalidad que apetecen, se alborotan, saquean la estancia, roban los ganados, y a veces corren riesgo los mismos indios que los cuidan, de que se podrían citar varios y recientes ejemplares. No hay muchos años que los charrúas derrotaron un grueso destacamento en que murieron al pie de 60 hombres de las tropas que teníamos acampadas en la frontera en la última guerra, y que trató de castigar en ellos algunos de estos atentados. La tolerancia y el mal éxito de expediciones de esta clase, no bien combinadas y peor dirigidas, los han hecho insolentes en sumo grado y atrevidos.

Por ahora no se piensa ya en su reducción al gremio de la Iglesia, se considera este punto tan importante como imposible, o de la mayor dificultad, y se omiten los medios conducentes aunque la suavidad, la maña

y las dádivas jamás dejan de producir algún fruto, a lo menos él de la predisposición, si se distribuyen con mano celosa del aumento de la Cristiandad. Desde antes del Caziquey no sabían dejarnos los minuanes, ni salir de nuestros campamentos, atraídos de algunas bujerías, cuchillos, navajas, espejos, cintas, pañuelos, bizcocho y otras drogas que se les repartía. Un misionero verdaderamente apostólico, y lenguaraz encargado de este objeto con alguna ayuda de costa, podría proporcionar muchas ocasiones semejantes para hablarles de su conversión, y la providencia no dejaría de favorecer tan santos designios.

Al N ya del Toropy, que pasamos como 4 leguas antes de su unión -346- con el Caziquey y en las tierras de la estancia de San Vicente del Pueblo de Santa Miguel, nos vinieron a visitar los indios y capataces de ella, flanqueándonos con generosidad, y de orden del teniente-gobernador de su departamento don Manuel de Lazarte, todos los auxilios que estaban en su mano y podían contribuir a la mayor prontitud y comodidad de nuestro viaje. Nosotros que veníamos no poco necesitados, les admitimos como unas cien reses de consumo, y hasta 228 caballos, en reemplazo de mayor porción de los numerosos que les dejamos por endebles, tomando de todo esto razón el Ministerio de Real Hacienda, y dándoles sus correspondientes documentos. La tarde misma del 31 tiramos a salir de las márgenes del arroyo que eran de terreno bajo y pantanoso, y el 1.º de junio continuamos la marcha haciendo un rumbo como del O, por el que pasamos media legua al S de la referida estancia de San Vicente y a las 3 leguas cortas hicimos alto cerca de la nombrada de Santamaría, situada contra dos cerros altos y montuosos de las puntas occidentales de Montegrande. El camino seguía siempre al O y lo quebrado del terreno ofrecía a cada instantes zanjas y arroyuelos que era necesario allanar a fuerza de brazos para que pasaran las carretas.

El 2 de mañana partimos de Santamaría, y aquella noche pasamos entre los dos cerros montuosos sobre un pequeño albardón que los divide. El tiempo se descompuso hasta llover alguna cosa, y las víboras saliendo del bosque, vinieron a refugiarse a las tiendas y bajo de las carretas en gran abundancia, de manera que se mataron unas cuantas de la especie que llaman de Cruz en Guaraní Quírrio, todas de 5 a 6 palmos de largo y de 4 a 5 pulgadas de grueso. Una de ellas picó en un pie a uno de los peones, el que fue asistido inmediatamente dándole una ligadura por encima del tobillo, frotándole la herida con un poco de Alcalí volátil preparada en agua de Luce, de que traíamos un pomito a prevención, y haciéndole tomar de 8 a 10 gotas del mismo Alcalí en un vaso medio de agua. Era esto como a las 6 de la mañana del día 3, y precisándonos romper la marcha, se colocó el enfermo en una carreta -347- con algún abrigo a las 8 se le empezó a obscurecer la vista con fuertes horripilaciones y congojas, a las 10 hinchada un poco la pierna, crecieron las ansias con desfallecimientos, se quiso confesar, y una segunda toma del Alcalí le causó un pequeño alivio, a la tercera dosis calmaron todos los accidentes y se pasó el doliente toda la tarde con abundante transpiración, quitada la ligadura que era la única cosa que le molestaba. Nuevas frotaciones de aceite común en que se echaron algunas gotas de la preparación del Alcalí, le bajaron enteramente la hinchazón del pie, y por último continuando el mismo régimen, se vio libre de peligro antes de las 24 horas. Es de advertir que como unos 15

minutos antes fue también mordido un perro desgraciado hacia aquel paraje y creemos, fuese de la misma víbora, cuya circunstancia no debe ser de las menos favorables para la pronta curación del peón. Favorece esta conjetura la particularidad de no haberse notado en la llaga, más que la señal de un colmillo, y suponemos que la víbora perdió el otro, como suele acontecer, en la picada del perro, él cual no siendo socorrido, se empezó a hinchar disformemente y a entorpecer en términos de morir en breves instantes. En una de las Memorias de la Academia de las Ciencias de París, año de 1747, se lee el modo de administrar esta receta del Álcali volátil, y su feliz éxito, aplicada por el célebre del Bernardo de Jussieu a uno de sus Discípulos de Botánica, que estando herborizando en los Cerros de Montmorency, fue mordido en tres partes por una víbora, irritada de haberla tomado y sujetado con la mano, creyendo ser una culebra. Nosotros nos hemos atendido a esta relación, así ahora, como en el albardón de Juana María, curando a un perro perdiguero, en el Piratiny a un soldado de los portugueses, acreditando siempre la experiencia con prontas y felices resultas la excelencia y eficacia del Álcali, cuyas sales se extraen en cantidad por el Analisis chymica de las mismas víboras que llevan en sí la triaca de su veneno.

A las 3 leguas de la estancia de Santamaría, pasado un pequeño arroyo, dimos en la de Loreto, y Campos del Yaguary sobre cuya -348- ribera sentamos el Real, 3 millas al ONO de los dos cerros citados arriba. Todas estas estancias que hemos nombrado son del pueblo de San Miguel y el ganado abunda en ellas sobremanera, siendo sus tierras de muy buena calidad, pastos pingues, y excelentes aguas. El Yaguary, arroyo no de corto caudal se forma de las caídas interiores del Montegrande, y es también gajo del Ibicuy, con el cual se junta antes de la Capilla de San Antonio, por la banda del Aquilón. El Procurador del pueblo de San Ángel, residente en esta capilla, requerido por nosotros desde el Toropy, hizo subir por el Yaguary dos canoas que tardaron 5 días en llegar al Paso, distante solo 6 leguas, por la fuerte oposición de la corriente; y con el auxilio de dichas canoas se principio la tarde del 16 la prolija operación de pasar las haciendas, y en los tres días inmediatos nos vimos felizmente de la otra parte. El arroyo era por aquel paraje demasíadamente barrancoso, y no fue dable que las carretas fuesen con sus cargas, por más que se trabajó en suavizar la bajada. También perdimos en este paso algunos caballos y bueyes. Libres apenas del embarazo de Yaguaryguazú, caímos el 10 andadas 2 millas, en otro atolladero aun de más consideración. Era este una cañada pantanosa, que nos detuvo dos días enteros, y hubimos de dejar en ella toda la boyada, para sacar las carretas. Proviene dicha cañada de varias colinas pobladas de hermosos y elevados cedros que quedaban como media legua al primer cuadrante donde el pueblo de San Tomé tenía establecido un buen obraje o corte de maderas para sus fábricas. Los ranchos de este obraje se hallaban enteramente abandonados, desde el 26 de abril último, en que los indios minuanes lo invadieron, robando y matando hasta el número de 7 personas que habitaban en ellos.

El 13, acampamos sobre las márgenes del Yaguarayminí, distante 2 leguas escasas del Yaguaryguazú con el cual se une. El 14 le cortamos no lejos de sus puntas, y el 15 pasamos también otras dos vertientes del mismo arroyo,

poco distantes entre sí. Todos estos gajos se forman de los derrames occidentales del Montegrando y aumentan todas las aguas del Ibicuy. Dimos el 16 y el 17 un rodeo de 3 a 4 -349- leguas al O, para evitar ciertos collados de notable aspereza y difícil tránsito para las carretas, por cuyo motivo los llaman Frentes del diablo y están ya de la cara del N de dicha serranía del Montegrando. Las tierras hacia esta parte son demasiadamente esponjosas y ligeras, se enterraban a cada paso los caballos hasta los corvejones en los continuos Guadales, Toperas, Hormigueros que se encontraban, y los pastos como de suelo tan movedizo y fofo, de muy poca substancia, duros y por lo común de aquella especie de grama que llaman Espartillo. También abundaban las palmas Yatays cuyo, dátiles no dejan de ser de buen gusto.

Desde que cortamos el Arapy, entramos en la gran Serranía del Montegrando, la que se conoce también en los Planos antiguos con el nombre de Sierra del Tape, por haber sido habitación antigua de los indios de esta nación. Es esta una dilatada cadena de montañas enormes, y corpulentos cerros, que bajo la zona de 29 a 30 grados de latitud, se extiende la gran distancia de cien leguas. Da principio al oriente del Tebicuary o Mboapiary por los 326 grados de longitud de Tenerife hacia la pequeña aldea portuguesa llamada Vacaría, y se deja ir en vuelta del OSO hasta terminar en las puntas del Mbutay, al N del Ibicuy y no lejos del Uruguay. La cruzan del septentrión al mediodía los ríos Mboapiary, Pardo, Jacuy, Toropy, Yaguary, que enriquecen su caudal con las delgadas y cristalinas aguas que vierten los montes entre la espesura y frondosidad de sus breñas. Las montañas están pobladas de un bosque impenetrable, en que se ven árboles de gran tamaño, y maderas de diversas especies. Tiene horribles asperezas, cerros pedregosos, páramos que espantan, pero a vuelta de eso se recrea la vista con la frescura y amenidad de sus valles espaciosos, tierras pingües y pastos verdes. Abundan los tigres, las antas, los ciervos de monte, los chanchos o cerdos silvestres, los macacos o monos, y de las aves es muy extraordinaria la copia de loros, cotorras, papagayos, tucanes, picos, etc.

Pasada esta gran serranía, entramos el 18 en una cuchilla o albardón, que girando con vuelta del ONO, nos condujo de estancia -350- en estancia por un camino llano y tendido hasta el mismo pueblo de San Francisco de Borja, donde fuimos recibidos de su Cabildo con todo agrado, pero sin aquel acompañante de aparato que acostumbran los pueblos a causa de la copiosa lluvia con que entramos y principalmente por la grave enfermedad del administrador don Francisco Medina que murió el mismo día 28 de junio. En los inmediatos, después de haber alojado la tropa y la oficialidad en los cuartos del colegio, haber colocado en un almacén los víveres y pertrechos, las carretas desmontadas, bajo de un tinglado, se hicieron retirar las haciendas todas, que venían bien atrasadas, a una estancia de buenos pastos al cuidado de los indios del pueblo, y se despidieron el 1.º de julio los peones, capataces, y carpinteros, puesto caso que en adelante para el resto de nuestras operaciones nos podía auxiliar el Gobernador de la Provincia, con la gente de servicio necesaria, lo que era de mucho ahorro para la Real hacienda.

A la sazón de nuestra llegada ardía el pueblo afligido de la terrible plaga de viruelas, que en los indios causa crueles estragos por el mal

método de curarlas o por la poca o ninguna separación de los apestados, de suerte, que rara vez deja de hacerse general el contagio, infestando a cuantos no las han tenido, después suelen correr muchos años sin haberlas, hasta criarse nueva generación de habitantes. En la ocasión presente había ya sus 14 ó 15 años, que no se experimentaba tal azote de la humanidad, y fue tan mortífero su veneno, que en pocos meses se llevó sobre 500 personas de todas edades y ambos sexos, que hacían como la cuarta parte de los que fueron tocados, teniendo la población apenas tres mil almas. El célebre Monsieur de la Condamine compadecido en su viaje al Perú de lo que padecían los americanos con la viruela natural, escribió una docta memoria persuadiendo la artificial, ya por aquel tiempo introducida en Europa, y que hacia no pequeñas ventajas. El sistema de la inoculación fue adoptado con utilidad en varias provincias, pero nunca tuvo entrada en esta de Misiones, y en el día la pretende desterrar de todas partes don Francisco Gil Médico de Cámara de Su Majestad haciendo ver en su reciente -351- y sabia disertación, que la viruela no es el pecado de Adán que lo heredan todos, como se ha creído siempre, que se puede nacer y morir después de muchos años de vida, sin haberla padecido, que es una verdadera peste aunque muy general y por consiguiente que se puede aspirar a su total exterminio, tratándola con la debida separación como a las demás enfermedades contagiosas: y por último que en este concepto, que la inoculación que la perpetuaba era perniciosa debía proscribirse, etc. Las ideas de Gil han sido recibidas con aplauso, y el Rey ha mandado seguir su método curativo en todos sus dominios.

A principios de julio, nos hizo presente el Ministerio de Real Hacienda la escasez de plata de la tesorería de su cargo, y en su virtud despachamos a la capital de Buenos Aires por el Río Uruguay al alférez de dragones don Tomás de Ortega. Comandante del destacamento con una escolta conveniente de 12 hombres, el que después de algunas semanas de detención, fue enviado con el socorro de un año, algunas tiendas de campaña y otros útiles, y se restituyó por la misma vía a fines de diciembre. También se recogieron el 21 de agosto el ingeniero don Joseph María Cabrer y el geógrafo don Andrés de Oyarvide, concluido el arreglo y trabajo de los planos, que como dijimos se quedaron a practicar en el campamento del Piray o Santa Tecla. Como nos consideramos en la necesidad de decir alguna cosa de todos los pueblos de Misiones, reservamos para entonces las noticias que convendrían aquí, respectivas al de San Borja, más no omitiremos los viajes que hicimos durante la inacción de las partidas en la idea de adquirir algunas luces sobre este objeto. El 19 de noviembre, embarcándonos en el puerto o paso que llaman de San Borja, en el Uruguay, distante cosa de dos millas al N de dicho pueblo, navegamos aguas abajo en un pequeño bote la distancia de 16 leguas y arribamos al Pueblo de la Cruz alias Nuestra Señora de Mboré, situado en la ribera de occidente. Permanecimos en él 4 días, y siguiendo después la navegación otras 7 leguas estuvimos en el de Yapeyú, llamado también de los Santos Reyes, sobre la misma margen occidental. De -352- allí siendo la vuelta por el río muy penosa y dilatada a causa de su mucha corriente, nos regresamos por tierra a la Cruz el 21, y cortando aquí el Uruguay en una Balsa de dos canoas, a San Borja el 30 del mismo, pasando como 7 leguas antes el Mbotay, de que hemos hablado. Estos tres pueblos nombrados, y el de Santo Tomé, que se halla

como tres leguas al septentrión de San Borja y de la otra banda del Uruguay, forman uno de los 5 departamentos el más meridional y de mejores campos, en que se hallan actualmente repartidos los 30 Pueblos de Misiones, el que toma su denominación de Yapeyú que es el pueblo de mayor gentío de los cuatro, y la común residencia del Teniente gobernador.

Recorrido este primer departamento antes de dejar el Uruguay, fue nuestro ánimo pasear también el de San Miguel, compuesto de seis pueblos situados todos al N. E. de San Boria; mas la noticia que recibimos de Santa Tecla de la próxima venida de los portugueses, nos corto los pasos, obligándonos a regresar del pueblo de San Luis, el 7 de enero de 87, que fue el único que logramos ver por ahora, y donde estuvimos diez días. Los seis pueblos de este departamento quedan de la parte oriental del referido Uruguay, y como este sea río de bastante consideración, antes de pasar adelante daremos una descripción geográfica deducida de las mejores cartas, planos y noticias de la demarcación pasada y presente la que no dejará de contribuir a formar mejor idea del territorio.

Nace el famoso Uruguay que quiere decir Río de Caracoles en las grandes sierras que llaman de Santa Catalina, Capitanía del Rey sobre la Costa del Brasil, entre los 27° 30' y 28° de latitud A. Sus dos primeras puntas o vertientes son el Uruguay propiamente tal, y el Río de Tachira, que reunidos desde luego giran en vista del ONO, la distancia de 65 leguas, regando los fértiles campos de varias aldeas portuguesas: Tributos, Santo Tomé, Fray Juan, Tibanos, Cory y recogiendo las aguas de otros arroyos que bajan del N. Santo Tomé, Caihorros, Papagayos y otros de menos entidad. Tuerce después el Uruguay como al OSO, tropieza en las puntas septentrionales de la serranía nombrada de las Veintemil vacas que le obligan a despeñarse -353- con estruendo formando un salto de consideración. Recibe a los dos Uruguayminy y Puytá, que descienden como del ESE del segundo y primer monte, cortando entre si el frondoso valle de los Pinares: y andadas 43 leguas a otro rumbo le entra por el N el precipitado y tortuoso Pequiry o Pepiryguazú. Río célebre, cuyo cauce debe seguir el meridiano de demarcación. Émulo ya en esta altura de la grandeza del Paraná, evita su encuentro declinando al SO ½ S, y costea las horribles Asperezas de Mártires, que le separan de aquel, dejando su menor distancia de 10 leguas y cruzando su canal con diferentes arrecifes o caídas que dificultan su navegación. Beben sus aguas occidentales, varios pueblos de Misiones: San Javier, Santamaría, Concepción, Santo Tomé, La Cruz, o Nuestra Señora de Mboré y los Santos Reyes o Yapeyú. Quedan a su oriente entro el Yyuy y el Piratiny, San Nicolás, San Luis, San Lorenzo, San Miguel, San Juan y San Ángel: y finalmente el Icacuacá y el Mbotay San Borja. Da a dichos pueblos hermosos y fértiles campos cortados con diversos potreros y rinconadas por medio de cantidad de arroyos tributarios suyos. Los guarda y alimenta de pingues pastos prodigiosa multitud de ganados. Los enriquece con excelentes maderas, ricos bálsamos y plantas medicinales: y les franquea buenos puertos para facilidad de su comercio.

Antes de Yapeyu se le agrega por levante el Ibicuy y cuyos complicados brazos recogen, como dijimos, las aguas todas del Monte Grande y fueron la manzana de la discordia entre los comisarios divisores del año de 50.

Discurre así bajo la referida dirección SO ½ S el dilatado tramo de 80

leguas hasta la latitud de 30° 12' en que se le reúne el Miriñay, notable y caudaloso sangradero del Iberá o Laguna de Caracares, por donde se asegura, surten las aguas vivas del Paraná, sobre cuya ribera se halla recostada. Se inclina luego con suavidad y a grandes vueltas al S ¼ SO. Se precipita en el Paralelo de 31° 8' por la mayor y más vistosa de sus cataratas, llamada por esta razón el Salto Grande; el que le reparte en tal diversidad de pequeñas cascadas, que los charrúas habitantes de su banda oriental, le pasan a caballo por -354- cima de las piedras; aunque en las grandes crecientes que son muy comunes, pasan también las embarcaciones de porte. A las 2 leguas de aquel tiene otro salto menor, llamado el Chico, que no es pequeño embarazo a las 25 leguas por su ribera occidental desagua el arroyo que llaman de la China, que omiten comúnmente los planos, sin embargo de ser de alguna consideración, y dar entrada a las lanchas de Buenos Aires. En él se ha formado de pocos años a esta parte una preciosa villa de españoles, cuya ventajosa proporción por el comercio y la agricultura le ofrece grandes progresos. Recibe después al Gualeguay que baja del NO cerca de Santo Domingo Soriano, al Río Negro del NE cuyas saludables aguas traen su origen de Santa Tecla: y corridas finalmente, otras 80 leguas desde el citado Miriñay, se junta con el Paraná dividido este, cual otro Nilo, en siete bocas, y en agradable variedad de islas y perdiendo los dos sus nombres, forman el espacioso Río de la Plata desde los 34 grados de latitud.

Es pues todo el curso del Uruguay de 268 leguas marítimas de las de 20 en grado. Desde su nacimiento, girando al O se deja venir con tan suave inclinación sobre el S que forma casi un medio círculo de grande extensión, cayo diámetro parece la Costa del Mar y su centro cae poco al N de Río Grande. Aunque tiene muchos saltos, solo uno es de consideración, y sus continuas y grandes avenidas los cubren todos, haciéndole navegable en todo su giro bien es que únicamente se frecuenta desde el pueblo de Santo Tomé, a causa de sus arrecifes y rapidez de sus corrientes. Sus dos orillas se hallan pobladas de inmensos bosques, en que abundan los cedros, los apeteburys o sasafrás, los lapachos o tajibos, los laureles, inciensos, canelones, el viraró, tatané, orunday, el drago y otras maderas excelentes⁴⁹. Se da también en gran copia el árbol de la Yerba del Paraguay, y de exquisita calidad, pero su beneficio lo embarazan no poco los Caribes y Tupís, naciones fieras y antropófagas, que habitan sus dos riberas a la parte del Aquilon de las Misiones.

-355-

Por cartas de los comisarios de Su Majestad Fidelísima de 12 de diciembre supimos la llegada de la División portuguesa el 3 del mismo al campo de Piray, donde dejamos a nuestro comisario don Joseph Varela con la subdivisión de su cargo y que el coronel con ejercicio de ingenieros Francisco Juan Roscio jefe de la segunda, se disponía a emprender su marcha al pueblo de San Borja, para reunirse a la nuestra y proceder desde luego a practicar la demarcación del artículo 8.º del tratado preliminar. Con efecto el 16 de dicho mes, se puso en camino la referida subdivisión, y siguiendo la misma derrota que nosotros trajimos, hasta el Cerro de Batoby, tomó después la que señala el plan de instrucción, que gira poco más al occidente. Descabezó los dos Ibuyrapuytás, cruzando los campos de los minuanes y charrúas, a quienes habló. Cortó el Ibicuy por el paso y

Capilla de San Antonio del Pueblo de San Ángel, y vino a dar en San Borja el 25 de enero de 1787. El coronel Roscio y demás oficiales fueron recibidos con aquel aparato y demostraciones de alegría que usan los pueblos en semejantes casos, el Cabildo, montado a caballo con toda decencia, músicas de clarines, pífanos y tambores, danzas muy vistosas de muchachos, repiques de campanas etc. Todo este acompañamiento se dirigió a la Iglesia, y hecha la oración de antemano por el feliz arribo de la partida, fue conducido cada cual a su respectivo alojamiento, preparado de antemano para todos, sin exceptuar las tropas en la casa o colegio de los jesuitas que era de suficiente capacidad. A esto siguió un espléndido banquete más abundante que delicado en el Refectorio común, el que fue acompañado de una lúcida orquesta de música de buenas voces e instrumentos; y a la tarde se dejó providencia de situar las carretas en rodeo con su guardia cerca del pueblo y retirar las haciendas a un rincón de buenos pastos. Componíase esta subdivisión de un número igual de individuos al de la primera: a saber, de un comisario, un astrónomo, un ingeniero, ministerio de la Real Hacienda, capellán, cirujano, y era escoltada por un destacamento de 30 soldados, mitad voluntarios de infantería, y mitad dragones, todos montados y a las órdenes un capitán, un teniente, furriel y cabos. El astrónomo -356- traía para la práctica de las observaciones la Colección de instrumentos portuguesa de que habla Magallanes en su tratado de instrumentos⁵⁰ y de ella debíamos también nosotros hacer uso, habiéndose quedado la nuestra española, como ya se dijo para el de las primeras subdivisiones.

Reunidas ya las dos segundas respectivas, se acordó transferirse luego al Pueblo del Corpus, del que se debía salir a exponer en ejecución la obra que se nos había encomendado, y al efecto, compuestas las carretas de los portugueses, que venían no poco deterioradas del camino, se hicieron pasar el Uruguay: en los primeros días de febrero, como así mismo la caballada, boyada y demás ganado de consumo. Nosotros habíamos practicado ya esta maniobra antes de la llegada de los lusitanos para mayor desembarazo y facilidad; y de este modo se logró acampar las dos partidas juntas el 20 del mismo, en las cercanías del Pueblo de Santo Tomé, situado a 7 millas de San Borja sobre el ángulo de 16 grados en el 4.º cuadrante y la latitud observada de 28° 32' 49" A. En San Borja se observó también la latitud austral de 28° 39' 51", la variación magnética de 12 grados NE y la emersión del primer satélite de Júpiter del 29 de enero que dio 3 horas 45' 41" diferencia de meridianos en tiempo al occidente del Observatorio de Greenwich.

El 23 de febrero dispuesto todo en el mejor orden, se rompió la marcha, cediendo la vanguardia a los portugueses, sin pararnos a sortear estas preferencias, como ordenan las instrucciones, sino mirando siempre el mejor expediente y brevedad. El camino toma su dirección por las Capillas de San Joseph y San Estanislao, pertenecientes al mismo pueblo de Santo Tomé, y distantes la primera 11 millas al rumbo 21° NO y la segunda otras 10 de aquellas a los 20° NO. Hállase esta última sobre unas pequeñas vertientes, que girando al O entran en el Aguapey, el que desagua en el Uruguay cosa de una legua larga antes del P. de la Cruz. En San Estanislao -357- tiene Santo Tomé una linda estancia de ganado vacuno, y las dos partidas recibieron de ella 300 reses bien gordas de consumo por

disposición del teniente gobernador del departamento que a la sazón lo era el teniente de dragones don Pedro Ximenez de Castellano. Tuerce de allí el camino a los 34° NE y a las 6 millas se halla otra capilla nombrada Santamaría, del pueblo de Martínez. Después los 28° NE 11 millas la de San Ildefonso, perteneciente al de los Santos Apóstoles, que dista de ella 3 leguas, 69° NE donde llegamos el 2 de marzo, y se observó su latitud A de 27° 54' 27". El camino hasta aquí viene por un albardón de que se forma dos pequeños arroyos, Capivary y Chimina que fluyen a oriente y entran en el Uruguay y a occidente son todas caídas al citado Aguapey, cuyo origen no está lejos del de San Carlos. De Apóstoles se demarcó el P. de la Concepción los 69° SE distancia estimada 4 leguas, rumbos todos corregidos de la variación de la Aguja.

El 7 pasamos al P. de San Joseph, 9 millas al N de Apóstoles, cuya latitud observada es de 27° 45' 17" A. De San Joseph demora al P. de San Carlos a los 69° NO 7 ½ millas, distancia deducida de varios cruzamientos o marcaciones se lograron de diferentes parajes del camino, donde se avistan los dos pueblos. Cerca de San Joseph dan ya principio las Asprezas de la gran serranía, que dirigiéndose al NE separa los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, formando un istmo o lengua de tierra de 6 leguas de ancho, que se da la mano con la Cordillera de San Antonio y del Pepiry. Las aguas que descienden de estas asprezas corren al 4.º cuadrante y forman el arroyo Igarupá que tiene dos piernas guazú y miní, y entra en el Paraná al O de Candelaria. En la citada Capilla de Santamaría de Mártires da principio el Departamento que llaman de Concepción y consta de siete pueblos. El teniente gobernador que actualmente lo era don Gonzalo de Doblaz ayudante mayor de milicias de Buenos Aires, nos acompañó en el tránsito por Apóstoles y San Joseph, y fue muy expresivo el obsequio que estos pueblos hicieron a las partidas por su disposición. El 8 continuamos la marcha, y tomando el camino -358- que sigue al N, con muy corta diferencia, pasamos a las 3 millas un cerro elevado y pedregoso en que suponemos haber algún mineral de imán o hierro, por la notable alteración que advertimos en las agujas, y antes de nosotros había observado también don Félix de Azara, en su viaje a estos pueblos el año de 1751. De este cerro del Imán, se desprende otro gajo, del Igarupá llamado Guasupisoró, término del departamento el cual tiene también dos ramas que se reúnen cerca de la Capilla de San Miguel, sita como a 8 millas de San Joseph. El 2 cortado este arroyo, dimos en otra Capilla de San Cristóbal, y cruzado el Igarupá como 3 millas antes de Candelaria, llegamos a este pueblo, capital de las Misiones, distante 19 millas al de San Joseph, sobre la margen misma del gran Paraná.

El capitán de dragones don Francisco Bruno de Zabala gobernador de los 30 pueblos por Su Majestad nos salió a recibir acompañado del Cabildo y Administrador. Tenía preparado alojamiento capaz y decente para todos los individuos de ambas partidas, especialmente, dentro del colegio: y servida una buena mesa por la comunidad, a imitación de los demás pueblos, que todos se esmeraron, se retiró cada uno a su habitación. Nuestro destino a la verdad era como se ha dicho más de una vez el P. del Corpus que se halla como 12 leguas más arriba, y con buen puerto en el Paraná, mas como Candelaria no careciese de esta prerrogativa, y por otra parte preponderasen de mucho las demás circunstancias como lo sano y agradable

del temperamento, la hermosura de la situación, la capacidad de los campos para las haciendas, y la excelente proporción en medio de los otros pueblos para los abastos, transportes, corresponderías, etc., se resolvió de común acuerdo, no pasar adelante, sino disponer y dar de allí principio a la expedición del Paraná. En virtud de determinación, que la experiencia confirmó después de muy acertada, como nosotros, a la primera noticia de la venida de los portugueses, animados del sano deseo de adelantar la comisión de nuestro cargo, escribiésemos -359- desde San Borja al gobernador de Misiones, solicitando el acopio de víveres, el apresto y reunión de los 8 barcos, en que debíamos por la instrucción navegar el Paraná, en dicho P. del Corpus; hubimos de variar esta providencia, advocando todo a Candelaria; y las órdenes surtieron tan buen efecto, que todo estaba pronto en los pocos días que faltaban de marzo. También dejaron el 27 del mismo, los 50 hombres de armas de las milicias del Paraguay, que según el plan de detal, debían escoltar las subdivisiones y venían mandados por el capitán don Joseph Bareyro, el alférez don Juan Joseph Valdez, dos sargentos y cabos, con instrucción particular del gobernador intendente de aquella provincia, el coronel de ejército don Pedro de Melo y Portugal.

Estando en estos términos, los barcos en el puerto con sus tripulaciones completas, hecho el acopio de los charques, legumbres, bizcocho y demás provisiones para 4 meses, y las tropas y oficiales de las dos partidas prontos para embarcarse de manera que solo restaba dar principio a la obra de límites ocurrió que el comisario nuestro concurrente fue asaltado de unas tercianas o calenturas intermitentes que no queriendo ceder a la eficacia de los remedios y régimen de los facultativos, le debilitaron sobremanera, y le pusieron en estado de no poder continuar por sí la diligencia, y como no trajese para estos casos declarado segundo entre sus oficiales que se pudiera encargar de sus funciones: ni aun con todo se le tuviese señalado después, a pesar de las instancias del señor virrey del Río de la Plata, lo que no deja de causar admiración, fue indispensable y forzoso la suspensión de la obra por el dilatado espacio de 13 meses, hasta nuevo giro de la buena estación y entero restablecimiento del coronel Roscio; siendo esta la verdadera causa de nuestra demora en Candelaria, y no la competencia ocurrida sobre nuestro título de comisario a que con poca ingenuidad lo atribuye en sus oficios el mismo coronel, sin embargo de que el punto fue decidido brevemente, como se va a ver, y la enfermedad le continuó hasta fin de agosto, y mucho más el decaimiento de espíritu y falta de fuerzas. La legalidad del -360- Diario, y el enlace de los asuntos nos obligan a insertar dicha competencia, más el que gustare, la podrá omitir sin defecto substancial en la narración, dejando todo el capítulo 9 que trata de ella por extenso, y pasando de seguida al décimo que expone la expedición del Paraná y el reconocimiento de los ríos Yguazú y San Antonio.

-373-

Capítulo X

Navegación y reconocimiento del Paraná, Iguazú y San Antonio con las dudas

del comisario portugués que embarazaron la demarcación de estos ríos.

Restablecido el coronel Roscio de su grave y dilatada enfermedad, llegado el tiempo de la buena estación, y verificados los preparativos, emprendieron las dos partidas la navegación de los ríos Paraná, Iguazú y San Antonio: embarcándose el 26 de abril de 88 en 6 barcos, esguifados⁵² al estilo de los pueblos, tripulados de indios guaraníes, con 12 canoas y víveres para 4 meses. Los ministros de Real Hacienda quedaron en Candelaria, encargados de aprontar nuevo acopio de provisiones a cuya conducción regresarían oportunamente dos de dichos barcos desde el río Yguazú; donde se pensaba establecer el cuartel o campo general.

Para combinar en lo posible la derrota que hacían los barcos por el río trazando con más exactitud su proyección: y para determinar -374- la situación de los pueblos, que se hallan no lejos del Paraná, nos transferimos por tierra el astrónomo portugués Joachin Feliz da Fonseca y yo, con la colección de instrumentos, hasta el del Corpus, que es el más septentrional, observando la latitud, así en este como en los pueblos intermedios, Santana, Loreto y San Ignaciominy. Todas estas aldeas se colocan en nuestro plano según el resultado de nuestras operaciones. Sin embargo para que en todo tiempo se puedan estas verificar, y para seguir uniformemente el sistema que nos hemos propuesto en este diario, que se reduce, como se puede haber observado, a que por él se pueda sin dificultad construir de nuevo y las veces que se quiera, la Carta del País; entraremos en el detal de los trabajos, y en la descripción de los terrenos, exponiendo sucintamente las marchas consecutivas y ligadas, las distancias y rumbos de unos puntos a otros, con las observaciones de latitud longitud, donde las hubiere, y evitando cuidadosamente que sea dable la excesiva y cansada prolijidad.

La mañana del 27 de abril, día después de la salida de los barcos, salimos también nosotros de Candelaria y andadadas⁵³ poco más de 4 millas como al ENE encontramos sobre unas lomas suaves la tapera o ruinas del pueblo viejo de San Cosme, donde el célebre jesuita Buena Ventura Suárez⁵⁴ hizo sus observaciones astronómicas construyéndose por su mano los instrumentos propios, anteojos, péndulo, y cuadrante y dando a luz un Calendario o Efemérides, impreso en Lisboa; para el siglo que corre desde 1740 a 841 con reglas prácticas para) poderlo continuar. En dichas lomas hay una copiosa mina de cobre, nativo o puro, de color encendido; algo granuloso, pero bastante dulce, y de buena calidad, Con excelentes proporciones de agua y leña por su beneficio. No ha muchos años que se trató de ponerlo en obra, más la falta de industria y sobra de ignorancia obligaron a su abandono, por haber dado en agua y no habiendo sacado otro fruto que 19 libras de dicho metal. En la Capilla de San Antonio -375- del otro lado del Paraná entre Itapua y Trinidad se encuentra también otra veta abundantísima de flor de cobre, que nace entre las grietas de las piedras a manera de unos arbolitos pequeños y ramosos. Cerca de Itapua se habla asimismo de una mina de plata en el cerro Isobyty, a orilla del Paraná, mas tampoco se ha trabajado. Los por que están más a mano deberían hacer algunas experiencias, y ensayar estas minas para continuar su cultivo, si el lucro y calidad de los metales correspondiesen a los costos.

Dos millas después está la capilla de San Serapio, sobre la horqueta del Aguapey, que baja de la Serranía del Peyuré, no distante a la derecha, y entra en el Paraná, siendo el lindero de los dos pueblos. El mismo día llegamos a Santana, situado entre las dos piernas del Cochuy o Caachuy a 5 millas de San Serapio, y 12 cortas de Candelaria, bajo la dirección general de 73 NE rumbo corregido ya de variación magnética, como los damos de costumbre. El 28, por medio de dos estrellas la 1.^a β por del navío, y la 2.^a Regulo, que pasaban casi equidistantes del zenit, a Sur y Norte, y por esta circunstancia se corregía el error que pudiera tener el cuarto de círculo, se observó la latitud de Santana de 27° 23' 4". Este pueblo se ve rodeado de asperezas, entre las que descolla al sur un cerro inmediato de notable mole, en que abundan los cristales de varios colores figuras, y aun el cobre de superior calidad. El 29 pasamos a Loreto, distante solo 5 millas cortas al ángulo de NE y su latitud observada por las estrellas fue de 27° 19' 44". El 30 hicimos mediodía en San Ignaciominy 4½ millas a los 7° NO cortando antes en canoas el caudaloso y manso Iabebiry, término natural, y a igual distancia de ambos pueblos, y donde tienen sus barcos, y a la tarde descabezando los pequeños arroyos Guatirupá e Iguagüy entro los cuales se hallan también las dos capillas limítrofes, vinimos finalmente, a parar al del Corpus, 8 millas largas a los 14° NE y en la latitud de 27° 7' 36".

Los barcos que como ya se dijo, dieron la vela en Candelaria el 26, no lograron los mejores tiempos. Muy desde luego les cargó la lluvia; y con la oposición y variedad de los vientos, perdieron aquella -376- primera unión, conque salieron, y se habían propuesto conservar. Obligados a seguir su ruta recostados a la orilla para vencer la corriente, muchos de ellos varaban con frecuencia, y eran forzados a quedarse atrás, tomando el puerto que estaba más a mano, cuando les cogía la noche; no pocos tuvieron que alijar parte y aun el todo de su carga, poniéndola en tierra por medio de las canoas, hasta conseguir boyar: y para doblar varias puntas, montar algunos arrecifes y rebasar otros pasos estrechos, en que aumentaba la rapidez de las aguas, tenían todos que auxiliarse unos a otros con Silgas y gente. De este modo no pudieron llegar al puerto del Corpus sino dispersos, y con algún descalabro: los de la Partida Portuguesa el 1° de mayo, y el 4 y 5 los de la Española. Todos necesitaron de reparo, ya de echarles, algún rumbo, a de tomarles alguna costura, y aun fue preciso incluir el de Candelaria, que traían los portugueses, replazándolo con el segundo del Corpus, a petición de nuestro concurrente.

El río hasta aquí da diferentes vueltas, bastantes parecidas a las del camino, siendo su proyección general entre los 25° y 37° NE y su distancia, como de 33 millas u 11 leguas. Le entran varios arroyos, de los que el más señalado es el Capibary sobre la altura de 27° 10' que viene de occidente entre los pueblos de Jesús y Trinidad, sirviéndoles de puerto y dando fácil entrada a sus barcos. El Iabebiry la da también muy cómoda a los de Loreto y San Ignacio; y sobre su boca hay dos pequeñas islas, y otras dos algo mayores, con un arrecife de gran corriente y mal paso, llamado el Iaguary, antes del Igauguy, tabacal del Corpus. Poco arriba de estas islas del Iaguary hace el Paraná un cerco como de una legua al SE, en cuyo fondo se halla el Arroyo grande, astillero del pueblo, donde

entraron los barcos a carenarse, y fueron prodigiosos los esfuerzos de actividad que hicieron los indios, guiados de su administrador don Juan Bautista Florez, en esta laboriosa faena, que concluyeron en solo una semana.

Los ingredientes que emplean en estas carenas, son sebo mezclado con carbón molido, y una estopa, que sacan del Cardo Caraguata cocido o podrido en agua, y después majado, lo que como dijimos en -377- otra parte, es de muy buena calidad, especialmente para los fondos, o debajo del agua, donde siendo incorruptible, y teniendo la propiedad de entumecerse, o hincharse, apretando por esta razón notablemente las costuras, es escusada la brea o sebo. Las amarras o silgas de estos barcos son también de bastante duración y resistencia, con particularidad dentro del agua: y serían mejores, si fuesen más bien hechas y torcidas. La materia de que las hacen es la cáscara delgada o corteza de las raíces librosas de cierta planta parasitica llamada Güembe que secreia (sic) comúnmente y en gran abundancia sobre los árboles, sobre las piedras y otros cuerpos extraños. Sus hojas son anchas, hendidas en grandes lobos y medio abroqueladas con un pezón largo y rollizo. El fruto, una mazorca, semejante a la de la Zea o Maíz, con multitud de estambres o hilos largos, y los pistilos inferiores, pulposos o a manera de granos y de buen gusto. Las velas de que usan dichos barcos, son de lienzo grueso de algodón, con drizas y de más cabos de torzales de cuero o huascas: y por defensa del sol y de la lluvia, los cubren de popa a proa con una carroza de cueros en forma del caballete de un tejado con sus alas o caídas, que suben y bajan cuando lo requiere la necesidad, y a que llaman Casa de río arriba. La Casa de río abajo es arqueada y defirme.

El 14 reparados los Barcos, desbastados algunos de sus palos y canoas, que estaban demasiadamente, cargadas, y compuestas las casas o carrozas, nos embarcamos todos, y siguió de nuevo la navegación, no obstante de estar el tiempo muy metido en agua, con fuertes turbonadas, y los vientos variables. Desde el astillero, a que los antiguos demarcadores llamaron Muruará vuelve el río al 4.º cuadrante describiendo un área⁵⁵ de 20 millas de largo, y de la figura de una C, hasta el Ibiray o Río de San Francisco de Paula, y recoge por la banda oriental las aguas de los pequeños arroyos, Yacaré, Yaguagüyguazú, Yaguagüymiri, Yaguaracapy y el Piaú, y por la occidental, las de los Guarumbey, Guacacays miny y guazú Pirapó, Yaguy Ytano, y los -378- dos Mandubys. Nuestros dos barcos de Loreto e Itapua, sin embargo de estar tripulados con los milicianos del Paraguay en quienes se tenía mayor confianza que en los guaraníes, se atrasaron de dos días en este tramo del Paraná, no alcanzaron a los demás hasta 19 en la barra del Ibiray.

Al día siguiente, saltamos en tierra, y acompañados de Fray Nicolás de Alcaraz, de Santo Domingo, Cura Doctrinero de los Guayanas, fuimos a visitar la Reducción de estos indios, nombrada de San Franco de Paula, y situada sobre las márgenes meridionales de Ibicuy a 1½ leguas, del mismo Paraná. El país es todo montuoso y cerrado: tiene pocos campichuelos; pero el terreno no es de mala calidad, y lleva bien toda laya de frutos. La Reducción está poco adelantada, por falta de auxilios. Cuenta solamente 27 familias de neófitos, que no pasan de 70 personas. Su primer reunión fue del otro lado del Paraná, poco después de la expulsión de los jesuitas: y

se debió al celo cristiano de otro Dominicó, Fr. Bonifacio de Ortiz, quien la trasladó a este paraje muy desde sus principios, dejándola por su fallecimiento el año de 78, al referido P. Alcaraz. La nación de los guayanás es de un carácter tan parecido a de los guaraníes, que se puede tener por cierto, no ser mas que una de sus parcialidades, sin otra diferencia esencial, que la del idioma, alterado por el tiempo, la falta de comunicación, y la pequeña variedad de costumbres, natural aún en las provincias inmediatas. Habitan dispersos los montes de ambas orillas del Paraná, y en número, a lo que se cree, de 800 a 1.000 familias. Se alimentan de batatas, mandiocas, maíz, porotos, zapallos y otras legumbres y verduras que siembran en sus rozados y chácaras; de frutas miel silvestre, de que abundan los montes; de la caza y de la pesca. Recogen no pequeña cantidad de que benefician y mezclan con sebo para el uso de su iglesia; y podrían hacer de ella una recogida, considerable, no menos que de Yerba, maderas, resinas, plantas medicinales, etc. Su trato es fácil y frecuente con los indios de los pueblos, que navegan el Paraná, y suben a los beneficios de la Yerba. No sería dificultoso despertar su industria, e

-379- inclinarlos poco a poco al comercio de aquellos renglones. La suavidad y el agrado, con alguna dádivas anticipadas, que pagarían bien, de hachas, machetes, sierras y algunos ponchos o ropas de lienzo de algodón, serían los medios más oportunos; y el fruto consiguiente sería su total reducción, y un servicio no pequeño al Estado. Los pueblos del Departamento de Candelaria, por más inmediatos, tienen la mejor proporción para poner en planta esta idea, pero su entero logro lo conseguiría con mayor facilidad el comercio de la nación, si se le dejase la libertad de penetrar en lo interior de esta provincia de Misiones.

El 21 refocilados algún tanto con el refresco de algunas reses, que de antemano se hicieron venir por tierra del Pueblo del Corpus, dio nuestra gran escuadra la vela, que conservó breve rato, por falta de vientos favorables que lo son pocas veces a causa de las repetidas vueltas del Paraná, principalmente por los continuos y peligrosos bajos de la orilla usando de los remos y silgas, su ordinario y como peculiar modo de navegar, surgió andadas 4 millas al ENE sobre la costa occidental, frente del arroyo Güendy en la latitud observada de 26° 57' 39". El Río tuerce desde este arroyo a los 40° NO la distancia de 1 legua larga en que le entran, de delante los dos Capys el primero de los Caruguapés, y de Poniendo⁵⁶, el Aniangá. Después vuelve de nuevo al NE su rumbo general, con un suave serpenteo de 18 millas, hasta los dos Yembeys occidentales, primera residencia de los Guayanás, como queda dicho, y donde se observó el 26 la latitud de 26° 43' 18" dejando antes el Pirayuby y el Mbírapuytangá, y al E el segundo Curuguapé, con la isleta Itacorá cerca de su barra. Desde el mayor de los Yembeys, en los 42' hace el Paraná otra digresión al E de 2 leguas largas hasta el Parnayguazú, río de alguna consideración que baja de la serranía de San Antonio, y es uno de los mejores yerbales del P. del Corpus. Por último ganando de allí al N NE continua esta dirección el espacio de 27 leguas, con una -380- dulce y tendida ondulación de vueltas alternadas y casi iguales hasta la boca del Iguazú o Río Grande de Curitiba en la altura de 25° 35' 36", donde arribó la división portuguesa el 26 de junio y el 10 la española.

Nuestra navegación fue no menos dilatada y penosa, que llena de trabajos y

peligros, notando por los malos temporales y fuertes turbonadas de vientos y piedras, en que cayeron algunas monstruosas del grueso de naranjas, como aconteció el 27 de dicho mes de junio, cuanto por las continuas varadas y choques violentos contra las rocas viejas en remansos de terribles hervideros y remolinos; y especialmente por la frecuencia con que nos faltaban las silgas ya por su mal tejido y debilidad ya rozadas del continuo ludidero sobre las piedras. Los barcos en estos lances terribles eran arrebatados de la corriente con espantosa celeridad, y como el grueso de la marinería que tiraba de la Silga, quedaba en tierra, se veían forzados los pocos que restaban a bordo, sin los oficiales y comisarios, a echar mano a los remos para atracar a la orilla, perdiendo a veces, a pesar de esta diligencia muchos días de jornada en cortos instantes, y dando otros furiosos encuentros contra las puntas salientes, bajos ocultos y otros escollos en que se corría el mayor riesgo. El 13 de junio en uno de estos desgraciados accidentes estuvimos para perder nuestro gran barco de Itapua, que conducía las provisiones, pertrechos del rey; habiéndole hallado la silga, se estrelló contra una piedra y abrió tal rumbo, que apenas alcanzó la tierra, y esto fue lleno de agua y con avería considerable de los víveres. En otro aun más feliz, el 18 del mismo, perdió dicho buque de Itapua al granadero Luis García, uno de los más honrados dragones del destacamento que se le fue al agua sin saber nadar, y no pudo ser socorrido. Su cuerpo fue recogido 12 días después en el P. del Corpus adonde lo llevaron las corrientes, burlando la vigilancia de una canoa que se dejó en su custodia, y donde le dieron sepultura sagrada como supimos posteriormente. El barco de San Cosme estuvo también dormido sobre un costado y como se explican los marineros, -381- para dar a la banda. El segundo de Itapua que llevaban los portugueses, abrió asimismo no pequeños rumbos en casos de igual naturaleza; y para decirlo de una vez, todos los barcos escupían diariamente las estopas a fuerza de los repetidos golpes, y había que calafetearlos y componerlos, no siendo dable hacer una singladura entera sin el penoso afán de dar a la bomba, ni soltar los baldes de la mano.

Desde el Paranay al Iguazú desagua en el Paraná por una y otra orilla arroyos y riachuelos, muchos, de ellos sin nombre, y otros con él que les dieron los baqueanos, que entre sí no recordaban enteramente. Nuestro plano y N° 11 expresa todos cuantos se notaron, y está bastante conforme con el levantado el año de 59 por los antiguos demarcadores, siendo no poco de admirar que aquellos oficiales, trabajando con exactitud, pudieran entonces vencer en 20 días la misma navegación del Corpus al Iguazú, que no costó ahora 46 de no pocas fatigas. Los más señalados de dichos arroyos son: en el paralelo de 26° 29' el Pirayguazú o Río Grande de pescado, llamado así por lo que abunda de él, viene del NE y es también Yermal del Corpus, con excelente y buenos galpones en los 36° 20' el Pirayminy, que también abunda de pescado y yerba una legua más arriba desemboca se hallan las tres islas pedregosas de Parehá, uno de los peores pasos del Río: en los 26° 13' y 26° 11' los dos Aguarays orientales, en los 26° 4' el Itapiabeby occidental, o lo que es más propio, el Itatiguazú, que quiere decir Río de Salto Grande, teniendo efectivamente uno como a 80 toesas de su barra, de 18 a 20 barras de elevación, que se registra desde el Paraná, y por donde se despeña todo unido con agradable vista y mucho estruendo:

en los 26° la gran Isla, o Paranambuguazú que tiene cerca de 2 millas, tendida al E NE y recostada sobre la margen occidental, la Paranambuminy, sobre la oriental en los 25° 55' 33"; el Uruguay, río de boca ancha; en los 25° 53' el Mbocay o Río de las espadas nombrado así por las que suponen los indios haber tomado a los Paulistas, venciéndolos en cierta refriega o combate; en los 25° 39', estos dos últimos orientales y finalmente en los 25° 37', el -382- caudaloso Monday, que trae su curso de occidente de las cercanías de la Villarica y San Estanislao, principalmente de las dos reducciones del Tarumá.

En todos estos arroyos y en los dilatadísimos montes del Paraná que en partes se extienden a muchas leguas, de que aun no se llene conocimiento se da de sí muy frondoso y alto, el árbol de la Yerba tan celebrada del Paraguay, y que parece ser la Callicarpa americana, de Linneo, de la clase de la Tetrandias Monogyneas, y de que hay varias especies. Los Pueblos de Misiones tienen en muchos de ellos sus establecimiento de ranchos y galpones, con una Cruz en paraje visible y en ella inscripto el nombre de aquel a que pertenecen. Todos los años benefician cantidad considerable de arrobas de dicha yerba y podrían aumentarla al número que quisieran, con notable utilidad de la provincia, del comercio y del Estado en general sin el menor recelo de agotar la planta. Antes por el contrario con el beneficio de la poda, forzosa para esta faena, y con el preciso rompimiento de los montes, este útil y hermoso árbol se ventilaría más: gozaría de los rayos y benignas influencias del sol, y haciéndose más lozano y vigoroso, la yerba vendría a ser de calidad más selecta. Débese pues abrir la mano a estas licencias, que hasta aquí ha tenido cerrada la cábala o la ignorancia. Todos los pueblos de Misiones deben disfrutar indistintamente del privilegio libre de hacer yerba en las vastas comarcas del Paraná y Uruguay, y el común de los particulares de la nación no debe estar exento de esta prerrogativa, teniendo todos los vasallos del rey igual derecho a lo que sin provecho de alguno se deja podrir y perder todos los años, malogrando de este modo por una errada política la liberalidad de la Providencia, que supo enriquecer el suelo de este país con un fruto, no menos precioso que el que producen las minas del Perú.

Sin embargo de todo esto, como los árboles de la yerba estén dispersos o a pequeños manchones y los montes sean muy intrincados y casi impenetrables, cubiertos por lo regular de neblinas densas, humedades nocivas, aires detenidos y malsanos, con multitud -383- de molestísimas plagas de insectos y sabandijas ponzoñosas: aquel se agrega la mala calidad de los alimentos de que usan los indios, porotos y charques apolillados, no siendo fácil darles otras provisiones por la gran distancia y dificultad de la navegación, no es decible el trabajo de los Guaraníes en la fábrica de la yerba silvestre. Muchos de ellos perecen de miserias, y agobiados con el peso de tan dura fatiga, sin que jamás corresponda el fruto a lo penoso de su afán, ni las utilidades, a los costos. Los pueblos adelantarían más sin duda alguna cultivando mejor y extendiendo cuanto les fuera dable, los yerbales de plantío, que tienen, ya en sus inmediaciones y que son capaces del mayor aumento nadie ignora la mayor facilidad de este trabajo y la superior calidad y rendimiento de la yerba cultivada: poniéndose con un poco de industria, o encargando al cuidado de los

infieles el beneficio de los yerbales del Paraná, instruyéndoles de modo de hacerlo, y comprándoles después la yerba a cambio de instrumentos, ropas y comestibles. Los Pueblos, como ya se apuntó, podrían de esta manera atraer insensiblemente a un comercio que acarrearía muchas ventajas, y daría nuevo vigor a sus fábricas y agricultura, a todas las naciones de indios salvajes de sus contornos, por más fieros que se supongan, haciéndoles conocer sus necesidades con los medios de repararlas y de procurarse mayor comodidad. Son también muy comunes en los montes y arroyos del Paraná los cedros, laureles, canelos, el apetereby, el viraró, el ibirápuyta, el timbó de que se hacen canoas, árboles todos de extraordinaria corpulencia y maderas excelentes para todo género de arquitectura. Abunda asimismo el drago, cuya sangre es tan recomendada, el aguaraybay de que se hace el bálsamo que lleva el mismo nombre; el cury o pino, bueno para arboladuras de los navíos de tierra, no menos que por la extracción de la pez y por último se dan otros muchos árboles resinosos, y plantas medicinales a que podría extenderse también nuestra reflexión y que debería abrazar la misma industria, pero dejemos este punto que tendrá mejor asiento en otro lugar y volvamos al hilo de nuestras operaciones.

-384-

El 30 de Junio se dispuso entrar en el Iguazú, con la mira de establecer nuestro cuartel general hacia aquel paraje donde le formaron los antiguos demarcadores, como ordenaba el Plan de instrucción y del que se pudiese atender a las operaciones del Paraná, y a las del Río de San Antonio, pero la creciente de aquel río, y los grandes arrecifes que tenía descubiertos, nos alejaron el paso. y fuimos obligados a situarle sobre la ribera meridional a 1 $\frac{3}{4}$ leguas de su barra, y como 4 millas antes de dicho sitio, dándose principio desde el día siguiente 1.º de julio, al desmonte y formación de ranchos para deposito de víveres y pertrechos. Entretanto como la navegación del Paraná, desde la boca del Iguazú hasta el Salto grande ofreciese mayores embarazos se tuvo por más acertado consejo, practicarla en los que sobre el seguro de no poder llegar ni canoas que en los barcos, con mucho a las cercanías de aquella gran catarata, y haber de dejarlos casi a la mitad del camino, tardarían tanto más en lo que podrían subir, cuanto era mayor la dificultad y rapidez de las corrientes. Se empezó pues por otra mano a preparar un suficiente número de canoas con este objeto. Se desbastaron algunas de las que traíamos, y podían servir aligerándolas y dándoles mejor figura, y otros llamados por corte y salida de las aguas, se construyeron otras de nuevo y esquifaron todas de remos, espadillas, toletes, chumaceras, baldes, zarzos, silgas y demás útiles. A este tiempo, el comisario portugués nuestro concurrente, que en nada menos había pensado, que en procurarse con la debida anticipación una decisión competente y necesaria al desempeño de nuestra diligencia, acerca de las dudas suscitadas y no resueltas, sobre los ríos Igatimy o Ygurey y Pepiryguazú, puntos extremos de la demarcación de nuestro cargo de que dimos ya idea en el capítulo antecedente pág. 226 nos dirigió el 3 de julio un oficio y entabló una prolija competencia, en que sin mucho disfraz hace ver, lo poco dispuesto que venía a ejecutar la referida demarcación sin otras instrucciones ni facultades que para entretener el tiempo con trabajos y reconocimientos inútiles, años antes verificados con tanta o más exactitud que podrían -385- ahora practicarse, y en una

palabra, con ánimo hecho y deliberado a no dar cumplimiento de manera alguna al tratado preliminar de Límites; antes por el contrario muy resuelto a embarazar su ejecución a fuerza de recursos y expedientes. Nosotros, como sea este un punto delicado, y el de mayor importancia de nuestra comisión, que convenga esclarecer abiertamente sin omitir la menor de sus circunstancias no tanto para justificación de nuestra propia conducta, como para manifestar la sinceridad, y buena fe, con que la Corte de España ha propendido siempre y deseado con el mayor ardor, ver cumplida la Demarcación de esta América: y que si no ha tenido efecto hasta ahora particularmente en esta ocasión, no han sido otras las causas, que las intrigas de la Corte de Lisboa, y la falta de correspondencia y conformidad en las órdenes dadas a sus respectivos comisarios, daremos puntual noticia de toda la disputa o competencia, copiando a la letra, y por el orden que se escribieron todos los oficios del comisario portugués con las respuestas o contestaciones que le dimos y algunas notas que faciliten su inteligencia; pues estamos persuadidos, que estos documentos como esenciales en materia de Límites, podrán ser en algún tiempo útiles y no dejarán fuera de esto de esparcir alguna luz sobre la relación de las operaciones. Mas para no interrumpir la serio de ellas lo haremos al fin del capítulo con la separación.

Reconocimiento del Paraná desde la boca del Iguazú hasta su Salto Grande Antes de convenir en la Demarcación del artículo 8.º del tratado de límites, proponía el coronel Roscio en sus oficios, se debían practicar ciertos reconocimientos preliminares, que no determinaba, pero que graduaba necesarios. Ofrecía un expediente no menos indefinido, para substituir al Iguerey de que no había noticias, otro río que no declaraba, pero de las condiciones recomendadas en el mismo tratado, y rehusaba -386- constantemente la substitución del Ygatimí ordenada por Su Majestad en su Real instrucción de 6 de junio de 78. Pedíanos en todos estos puntos nuestro dictamen para no conformarse en lo esencial, y escusaba siempre dar el suyo, hablando en todo con misterio y sin declarar jamás cosa alguna de positivo. Se perdían los instantes más preciosos de la estación, y se consumían los víveres, en infructuosos debates y puras disputas, todo pronto, y nada se resolvía. Pasósenos pues en esta hasta el 11 de julio, que por no quedar enteramente ociosos, o tomar otro partido de mayor violencia, como sería el de retirarse a Candelaria: y también por si se abría entretanto algún camino de ajuste o composición, nos vimos obligados a contemporar con el artificioso sistema de los reconocimientos preliminares y demoras. Propusimos en consecuencia a nuestro concurrente, de practicar primero la del Paraná hasta su Salto Grande en las canoas ligeras para lo que el tiempo y vaciante del río eran favorables y después el del Yguazú y río de San Antonio, abriendo entretanto la picada, y tomando las medidas más conducentes a su logro. La propuesta fue admitida en todas sus partes, y puesta desde luego en todas sus partes, y puesta desde luego en ejecución.

Resuelto primeramente el reconocimiento del Paraná, desde la boca del

Iguazú hasta el Salto Grande, fueron destinados a esta diligencia el teniente de ingenieros don José María Cabrer por una parte y por la de Portugal el capitán de artillería y astrónomo Joachin Feliz da Fonseca, llevando cada uno 4 canoas, 15 soldados de escolta, 1 baqueano de los del Pueblo del Corpus, que eran los más prácticos del río y víveres para dos meses. El 14 de julio dieron principio a su navegación, bajando hasta la barra del Iguazú, en uno de los dos barcos que se enviaron a Candelaria por las provisiones, y el 15 de mañana, no sufriendo las canoas la carga de toda la comitiva, equipajes y bastimentos, las enviaron por delante poniendo en cada una un centinela para custodia de lo que conducía, y siguieron pie a tierra por la costa oriental del Paraná, que no ofrecía mal camino, aunque algo desigual y pedregoso. Nosotros resumiremos fielmente su relación. -387- Como a las 2 millas cortaron el arroyo Mboychy, frente de cuya boca en otro en el Paraná, que lleva el mismo nombre según los baqueanos, y a que llama Royrobay el plano de la antigua Demarcación, dado por el brigada don Joseph Custodio, que no deja de variar alguna cosa en la nomenclatura de los ríos. Andadas otras 2 ½ millas lucieron alto sobre una pequeña cala de la costa, donde pasaron la noche, a causa de unos soldados portugueses, que tirando loros de que abundan los montes, se internaron por ellos y sin regresar hasta puestas de sol, con no pequeño cuidado de toda la partida, que recelaba, podían haber caído en manos de infieles, cuyos ranchos recién abandonados tenía a la vista, y en ellos se encontró porción no mala de cera silvestre. El 16 después de 1 milla de marcha enfrentaron con las dos isletas que se halla en la boca del Acaray arroyo caudaloso y de brazos complicados que nace entre las reducciones del Tarumá y la villa de Curuguay, situadas como 30 leguas al ONO y ENO. Los villeros pudieron haber auxiliado esta trabajosa expedición con algunas reses y mulas que tenían facilidad de introducir por el Carema, uno de sus mejores yerbales al N del Acaray, mas aunque con este objeto se requirió oportunamente desde Candelaria al Gobernador intendente del Paraguay, don Pedro de Melo y Portugal, no surtió el efecto deseado, teniéndose la idea por impracticable, aunque en realidad no lo era y de ello sobran experiencias. A las 9 millas se encontraron los dos Ibachays: y otra después, siendo muy fragosa la margen del Paraná, le atravesaron en las canoas, y continuaron por la de Occidente algo más de una legua, viniendo a observar la latitud de 25° 24' 46" pasado el Mandiupá, con otros dos regajos, y el sitio llamado sin motivo especial el Pueblo viejo de Loreto. El camino de este día pasó de 6 millas, aunque fue bastante embarazoso, y estaba cubierto de piedras puntiagudas y pantanos se vieron muchos rastros de venaos, antas, coatís y una copiosa pesca de 14 grandes peces, entre dorados, zurubíes y pacús, hizo olvidar bien pronto los trabajos de la jornada. El 17 trepando grandes torreones y asombrosos -388- precipicios, en que se valían más de las manos que de los pies, anduvieron 8 millas, cortando el Guaypripajá con una isleta en su boca, el gran despeñadero del Taliyupía con su agradable campestre inmediato, el Capibary, y en la otra costa el Capiruguay yerbales todos del Pueblo de Santana; y pasaron frente de la barra del Hocoy, que lo es del de Itapua, habiendo hecho abundante provisión de naranjas de buena calidad, con que templaron su ardentía y cansancio. El 18 pasaron otros yerbales muy frondosos, y no tan ásperos

del Pueblo de San Ignaciominy el Tacuru, el Pindayguy y el Itapitanguá, y el vistósísimo aunque pequeño Itaypá con su hermoso salto de 48 pies de altura; y observaron la latitud de 25° 11' 48" andadas 7 millas, y poco antes de otra isleta en que el río forma una ensenada de 4 millas, al NE recogiendo las aguas del Mbaebuy y Zuruby donde hicieron alto el 19. La dirección del Paraná desde el Iguazú hasta el Mandiupá en los 25° 27' de latitud es a los 8° NO y de allí cambia a las 30 NE hasta la dicha isleta de Mbaebuy, y principio de la referida ensenada.

El 20 después del Itabó del Aguaray con el Arrecife Rucay o Mborevitaguá que cruza el río de un lado a otro del Itituracay Pechijy Iticuy, y al oriente el Yuquery, yerbales del Corpus, sentaron el real frente del Aray, en el paralelo observado de 25° 1' a 6 ½ millas del campo anterior.

Las corrientes del Paraná que aumentaban su fuerza a paso que estrechaba el canal, hicieron faltar no pocas veces las silgas de las canoas,

creciendo por instantes la dificultad de la navegación con la confusión de los hervideros y remolinos encontrados, lo bravo de las puntas salientes y anduvieron el 21 otras 6 millas y acamparon sobre la confluencia del Yacanguazú uno de los arroyos más caudalosos de esta costa occidental, en dictamen de los y baqueanos, dejando antes otros menores yerbales todos del mismo pueblo, entre los cuales se distingue no poco el Ibaró con la isleta de su barra. En el paso de este arroyo dieron de manos a boca con 4 indios y 2 chinas (así llaman por lo común a las mujeres) de la nación de los -389- Cahinguas o Monteses, que en lo oculto de su retiro guisaban descuidadamente unos monos que habían cazado, el más delicioso de sus manjares. Sorprendidos con el arribo de tales huéspedes que no esperaban, empezaron a gritar los varones, tocando unos pitos como avisando a otros compañeros que podrían estar pero que no respondieron, ni se dejaron ver.

Las indias fiadas en el natural y poderoso atractivo del sexo, se mantuvieron con mayor quietud, especialmente la de menor edad, que siendo como de 18 años, de agradable fisonomía, color claro, y bien proporcionada de cuerpo, se mostró llena de confianza, y presto la primera a conversación dando a entender, no le eran desconocidos aquellos trajes.

Efectivamente dieron noticia de los españoles cercanos de la villa de Curuguaty, de sus ganados y campos limpios, etc. Unos y otros tenían cortado el pelo que cae a la frente, los hombres traían además coronas y las cejas rapadas, y todos estaban bien lúcidos y gordos, hasta un perro que les acompañaba, prueba nada equivocada de abundantes los comestibles. En la costa opuesta habitan los y Yohuses que son los indios más fieros, belicosos y antropófagos de toda la comarca que no se dan a partido de manera alguna.

El tiempo con sus muchas aguas, y recias turbonadas, embarazó la jornada del 22, pero el 23, cruzando el referido Iacanguazú, el Guazubicuá de Santamaría con un salto de 25 pies, el Ibirañatimaguazú, con otra catarata mayor y más hermosa, como de 70 pies de altura, cortada en forma de anfiteatro, que parece artificial dando paso libre y espacioso la curvatura, de los caños que se despeñan, y finalmente el Yacoyabay, todos ellos yerbales también del Corpus, en el espacio de 3 leguas pasaron sobre el arroyo de Santa Teresa bajo la latitud, observada de 24° 46', En la ribera oriental dejaron a la misma distancia del Mbuyrahajá el Ibirañatimaminy y otros siendo la navegación del Paraná por extremo

difícil y peligrosa. Después de Santa Teresa encontraron el 24, otro arroyo con rápido y gracioso despeñadero, que salpica sus aguas, y en la orilla opuesta, el anchuroso Yaguaray, término del conocimiento de los -390- prácticos, y donde los antiguos divisores dejaron sus barcos grandes, y continuaron con los pequeños, recelando la furia y violencia de los remolinos y corrientes que seguían, llamados Panellas. Nuestra escuadra ligera de canoas pasó también adelante, venciendo las panellas, y nuestros geógrafos como buenos infantes, siempre por tierra, sin perder la margen occidental desde que la tomaron, hicieron noche a las 3 ½ millas rebasado el Ytaybegrande, que con efecto, es de alguna consideración. Continuaba la suerte en favorecerlos con abundante pesca, y eran muy comunes los cuervos y gaviotas, indicio cierto de no distar mucho por aquellas alturas la campaña y ganados, según los naturales. En los días 25 y 26 dieron a las 10 millas con otro arroyo que tuvieron por el de los Pozuelos del Plano antiguo; y observaron media legua más arriba la latitud de 24° 32' 11". El 27 en el trecho de 3 millas cortaron otros dos arroyos no pequeños, estimando el último en los 24° 29' por el nombrado de las Pelotas, de donde no parece subieron los oficiales de la última demarcación, y enviaron por tierra una partida, cuyo cabo Francisco López, que entendía de rumbos, dice el Diario, levantó el plano hasta el Salto del Paraná, que encontró a las 12 leguas y estaba ya demarcado por las terceras Divisiones.

Más esforzados nuestros exploradores adelantaron todavía otras 2 millas su navegación, pasando 3 pequeñas isletas, y el 28 se vieron obligados a dejar las canoas en los 24° 27' de latitud después de reiteradas tentativas para superar la velocidad de las aguas que corrían con extraordinaria precipitación. Resueltos con nuevo empeño siguieron el 30 su bien sostenida empresa con los dos tercios de su gente, y restando el otro por resguardo de las mismas canoas. A las 2 millas encontraron un arroyo de barranca escarpada y pedregosa, y no de corto caudal, que teniendo en su barra 36 varas de ancho, fueron forzados a pasarle en Pelota, especie de batea hecha del hijar o cuero que sirve de canoa a los indios, y de que tiran los nadadores por medio de una huasca que toman en la boca. A otras 4 millas encontraron otros dos, y uno en la costa de frente, todos -391- medianos, con despeñaderos visibles, y 2 islas en el Paraná, hacia sus barras. Siguió después un torreón resbaladizo, como de cien pies de profundidad, que pasaron con riesgo, que aumentaba la vista del río con sus encrespadas olas: y llegaron el 31 a la latitud de 24° 19' 46", caminadas cerca de 3 leguas en las dos marchas. En los 2 primeros días de agosto, vencieron otras 8 millas, con otros arroyos e isletas de menor entidad; y pararon frente de un cerro elevado de la orilla opuesta, y sobre una laguna profunda, que rodearon a su regreso, y tiene media legua de largo, con desagüe en el Paraná, y por este sitio corre suavemente a pesar de lo pedregoso de sus márgenes. A esta laguna venían de todas partes veredas o caminos, cubiertos de trampas, cimbras, y lazos para toda caza mayor, y menor, tejidos con no pequeña industria de cuerdas del Guembé a 4 ramales, y dispuestos con maña por los infieles, como se deja entender, de que había no distante alguna numerosa toldería. El 3 de mañana vieron cerca de dicha Laguna el Saltochico del Paraná, formado de multitud de isletas pedregosas, entre las que corren las aguas

repartidas con agradable y sordo murmullo, levantando blancas y vistosas pirámides, y observaron 24° 11' 7" sobre la mayor de las islas de la parte ya del septentrión. En este paraje hace el río un saco de bastante anchura, que se interna no poco sobre la costa misma de occidente y al verle enteramente seco, de resultas de la gran vaciante del Paraná, que era tal como no se había experimentado en muchos años, exclamó el astrónomo portugués: "este es el Ygurey, piles en Guaraní significa Arroyoseco", a que nuestro geógrafo nada contestó, no perteneciéndole la decisión de este punto, más averiguó de los indios, no tener tal significación la palabra Igurey. El mismo día de tarde continuaron otras 2 millas, en cuya distancia hay otras 9 islas de mayor extensión: y dudosos por lo manso del río, de si sería aquel el Salto grande, observaron sobre la del N la latitud de 24° 9' 8". No obstante para mayor seguridad de su derrota hicieron el 4 a la ligera un corto reconocimiento de lo interior del cauce del Paraná, dejando la mayor parte de la gente en la isla, junto a la que -392- desagua un arroyo que medido a cordel tuvo de ancho 15 toesas, cerca de su boca, y en esta 31, siendo de arrebatada corriente. Cierta partida de Paulistas que a las órdenes de un teniente coronel y de un capitán de artillería⁵⁷ penetró, el año de 1783, reconociendo estos parajes, hasta el arroyo de Pelotas, dio a este de que venimos tratando el nombre de Iguarehy, lo que tal vez no sería sin premeditado designio, siendo fácil de equivocar con el Iguarehy de que habla el tratado. Cabrer supo esta célebre anécdota de su concurrente Joachin Feliz, y da noticia de ella con oportunidad en su diario. El astrónomo portugués llevaba una relación individual del viaje de los paulistas. En este sitio hicieron una prodigiosa pesca de Manguruyús, no tanto por su número como por el tamaño y crasitud de los peces. Los más eran como de dos varas de largo y de 8 arrobas de peso. Aunque pescado de cuero, sin escamas y algo blando, es de buen gusto, y parece de la clase de los de Linneo. También cazaron un Macucó, especie de perdiz gris, bastante común en los montes del Paraná. Vuela poco y con mucho estruendo. Canta un sonido semejante a su nombre. Su cuerpo es aovado, de la magnitud de un pavo pequeño y de una carne blanca y delicada.

Las orillas del río abundaban de naranjos, limones y palmas.

El 5 no siéndoles dable romper por las márgenes del Paraná, cubiertas de peñascos, sueltos y disformes, con paredones elevadísimos y escarpados a trechos; subieron al monte, y abriendo picada para continuar, dieron luego con la que habían seguido antiguamente los Paulistas, como ha referido, y en que se conservaban todavía los palos o durmientes que les sirvieron de arrastrar las canoas. Guiados por ella, aunque embarazada de enredaderas e hisipos, pasaron a las 4 ½ millas, un arroyo con agua a la cintura, y bastante ancho, que desagua en el Paraná por entre dos paredones o murallas acantiladas de altura considerable, Los de San Pablo hubieron de construir -393- un puente de doce tijeras para pasar este arroyo, el que según su relación, tiene un brazo septentrional, que proviene de unas lagunas inmediatas. Sus orillas son pantanosas, la corriente precipitada, y por la situación, parece el Garey del plano antiguo. Algo al sur de la boca de este arroyo entra otro por la banda opuesta de igual entidad y no menos hondo, con un pasmoso salto de 9 gradas, que obligó a los Paulistas a retroceder, habiendo empezado su ruta por aquel lado, poniéndole el

nombre de Itatú que significa Salto. Por último observada el 6 la latitud de 24° 4' 58", como un cuarto de legua después del Garey, llegaron el 7 a mediodía, a observar la de 24° 4' 20" sobre la misma cresta del Salto grande del Paraná de que hablan como de una de las más hermosas considerables cataratas que puede describir la geografía, tanto por el gran caudal de aguas como por lo elevado de la rampa, por donde caen divididas en gruesos torrentes por 14 islas frondosas cubiertas de grandes árboles y palmas, que le hacen de una vista sobremanera agradable y digna atención. De la otra parte del Salto se explaya el río notablemente siendo sus orillas menos altas y más suave su corriente, de modo que ofrece una navegación tranquila de muchas leguas.

Nuestros geógrafos, no teniendo instrucción de pasar adelante por ser disposición de las Cortes, que la primera partida de la segunda división hubiese de reconocer demarcar el tramo del Paraná que restaba hasta el Igatimy, dieron por concluido su trabajo, y regresaron el mismo día, rectificando sus operaciones. La mañana del 12 llegaron al puerto de las canoas, con algunos enfermos, de resultas de la fatiga y cansancio, y por la escasez de comestibles, que les llegaron a faltar del todo, teniendo que mantenerse algunos días con frutas silvestres, cocos y dátiles. Repuestos algún tanto de su debilidad bajaron el 16 hasta el Yaguary, donde construyeron, el 17, una balsa de dos canoas y unos palos atravesados para cada destacamento. El 18 continuaron en ellas aguas abajo, y el 20 de mañana entraron finalmente en el Iguazú, desandadas cerca de 33 leguas que entre senos y vueltas corre el Paraná a los 12° SO desde su Salto grande a la barra de este río, y llegando -394- aquella misma tarde con toda dicha al campamento general, después de 37 días de expedición.

Reconocimiento de los ríos Iguazú y San Antonio

El reconocimiento que acabamos de referir del Paraná, no embarazó de modo alguno, que por otra mano se fueran disponiendo las cosas, y preparando los caminos para emprender sin demora, como se había ido, el de los Ríos Iguazú y San Antonio, que se consideraba aun más penoso y arduo. El mismo día por 14 de julio, que salieron los geógrafos para aquella expedición, salió también nuestro piloto don Andrés de Oyarvide acompañado del alférez de milicias don Juan Joseph Valdez, alguna gente de armas, y el baqueano portugués y alférez Manuel de los Santos, a navegar en una canoa y reconocer hasta el Salto de Iguazú, distante cosa de 6 ½ millas del campamento siendo la idea explorar las márgenes deste río, y averiguar, si era posible, con las noticias que daba el Diario de la antigua demarcación, el paraje donde montaron entonces las canoas, abrieron la picada y subieron a la cima de dicho Salto. De hecho como a las 4 millas dieron con el sitio deseado, sobre una pequeña ensenada con playa de arena de la ribera meridional y cerca de una preciosa cascada, que se despeña de notable altura, en los mismos términos que la pinta el Plan de instrucción. Con el conocimiento de esta baliza, se dispuso al día siguiente un destacamento de 30 hombres, que provistos de todo lo

necesario para su alimento y defensa, como asimismo de hachas, machetes y demás instrumentos propios por romper el monte abrieron efectivamente la picada que se les ordenó, siendo dirigidos por dichos oficiales, la cual tenía 5 millas de distancia, y conducía a las aguas superiores del Iguazú, que en aquellas alturas se explaya considerablemente entre multitud de frondosas islas y canales. Tardaron en esta faena hasta el 25, y el 26, volvió Oyarvide con el encargo de establecer un puesto en el salto, con almacenes para depósito de víveres y pertrechos, y fabricar algunas -395- canoas. El comisario de Su Majestad Fidelísima no menos prolijo que hábil arquitecto en la construcción de estos pequeños buques no quiso fiar la obra a ninguno de sus inferiores, y tomando sobre sí la dirección de su astillero, caminó también al Salto el 27, lleno todo de esta idea. Con un tal magisterio se hubiesen hecho con detención las canoas necesarias y con todas las proporciones del arte; pero los tábols y cedros de tamaño correspondientes escaseaban en aquellas cercanías, y el coronel Roscio se vio forzado a descender el 9 de agosto, dejando para concluirse tres canoas pequeñas, las únicas que se encontraron, y en ánimo de buscar alguna otra de la parte de abajo para subirla después en caso de necesidad, como aconteció efectivamente. Oyarvide regresó también el 20 del mismo acabados los ranchos, y 2 canoas regulares que pudo hallar, navegando el Iguazú en otra que hizo montar al efecto, y cuya faena se llevo 3 días, sin embargo de haber descubierto otra subida, que sino más suave, a lo menos acortaba de algún tanto la distancia de la picada. El alférez Valdez quedó con algunos de sus milicianos para conservación de aquel puesto.

Durante este tiempo, dio el Iguazú una baja tan considerable que numerosos barcos quedaron en seco y bien distantes de la lumbre del agua, mediando una lomada o albardón de piedras sueltas, que se descubrió de repente, y embarazaba el paso al canal. De un lado y otro del campamento velaron también varias cadenas de piedras, o arrecifes, que imposibilitaban o hacían muy peligrosa la navegación del río. Una canoa chasquera que llegó el 26 de julio con cartas del Pueblo del Corpus, de donde había salido el 14 fue detenida por el mayor de estos arrecifes o reventazones antes del Real de los portugueses. Cinco indios que vinieron en ella, nos dieron la noticia de haber arribado a sus playas, el 30 de junio el cadáver del dragón Luis García, ahogado, como ya dijimos, el 18 y que llevaron las aguas cerca de 40 leguas, tal vez no sin providencia especial, para que lograrse como de hecho se le dio sepultura en aquel cementerio! También tropezaron con la misma Cachoera, como llaman los portugueses -396- las canoas que regresaron del Paraná el 20 de agosto, y únicamente la pudieron pasar descargadas y suspensas a fuerza de brazos. El 23 se nos murió el indio Juan Cherí, calafate y carpintero del barco de San Cosme. Su enfermedad fue una especie de opilación de humores, que dirigió su ataque a la cabeza y pecho y le hubo de acelerar la muerte una sangría que se hizo dar fuera de tiempo por el Curuzuyá o curandero de los indios, sin noticia del profesor de medicina don Feliz Pineda, que desde el instante pronosticó malos efectos.

El 21 fueron nombrados los destacamentos que debían ir al reconocimiento del San Antonio. Componíase el lusitano de 8 soldados, 1 cabo y 15 indios remadores; el español de 8 dragones, 1 cabo y 12 milicianos del Paraguay,

que manejaban con no menos destreza el arma que el remo; y ambos fueron provistos de víveres y municiones para dos meses igualmente que de instrumentos para romper el monte, quedando en recurrir a tiempo por nuevo socorro. El teniente de ingenieros Francisco das Chagas Santos, don Andrés de Oyarvide fueron puestos a la cabeza de dichos destacamentos y en la orden de su destino, se les dio la instrucción de navegar y reconocer el Iguazú hasta la barra del San Antonio, subir después las aguas de este hasta su origen, procurar de allí su unión y enlace por lo más elevado del terreno, con las vertientes del Pepiryguazú y bajar finalmente por las aguas de este último hasta su confluencia, si era dable, en el Uruguay; y de no, recorrerlo a lo menos en cierto tramo, hasta quedar seguros de su conocimiento y de la trabazón exacta de sus trabajos con los de la primera subdivisión que debían terminar en la boca de dicho Pepiryguazú. Dispuesto todo esto en la forma referida partieron de nuestro campo en los días 21 y 25 del citado agosto llevando a mas porción de indios, que les ayudasen a subir las provisiones y pertrechos por la Picada, cuyo camino a la verdad no era de los mejores.

La agradable pintura que nos hacían del Salto del Iguazú excitó en nosotros el deseo de verlo; y llevados de esta curiosidad, acompañamos el mismo día 25 la partida de Oyarvide, siéndonos forzoso hacer a pie toda la jornada, por ir sobrecargadas las canoas con los -397- víveres y hatos de la gente. El coronel Roscio quiso también volver en esta ocasión, salió delante en una canoa ligera, que se había hecho construir a su modo para pasear el río. Una marcha de todo el día nos costó llegar a la boca de la picada, que distaba solo 4 ½ millas del campamento donde pasamos la noche. Las orillas del Iguazú se hallan cubiertas de grandes piedras, sueltas y negras, colocadas unas sobre otras como derrumbadas de la barranca, y algunas de tamaño disforme. Todas eran de figura casi redonda estaban como lavadas por las aguas, y en partes bañadas de vierto betún brillante, o aceite petrolino, que hacía resbalar con facilidad de manera que el camino nos vino a ser por extremo penoso. A trechos se hallaban sin embargo algunos arroyuelos con playa de arena, que servían de refrigerio y descanso y también en estos era muy común cierto aceite o jabón glutinoso (sic), especie de asfalto amarillo, que nadaba sobre el agua, formando nata gruesa y espumosa. Vimos igualmente en dichos arroyos varios guijarros o piedrecitas, redondas, ovaladas de otras figuras: unas opacas, bruñidas y matizadas, tal vez, de vetas de diversos colores, y otras transparentes, o medio diáfanas, escabrosas y teñidas ya de verde, ya de encarnado o amarillo etc. El 26 subimos la picada y el 27 quedaron en los ranchos todos los víveres y pertrechos, regresándose este mismo día el comisario portugués a efecto de hacer montar otra canoa de que carecía el destacamento de su nación, y sin tener el gusto de ver el salto objeto principal de su segundo viaje.

La tarde del 28 tuvimos nosotros la satisfacción de reconocer bien de cerca esta gran catarata, pasando en una canoa, acompañados de Oyarvide, las Chagas y otros que ya eran baqueanos y fletando después por una isleta de piedras, y atravesando desnudos diferentes canales de poca agua y corriente hasta el borde mismo del precipicio. Es el Salto del Iguazú uno de los portentos pasmosos de la naturaleza. Las dos orillas del río, que cosa de una legua por bajo del Salto son de piedra y se van elevando

progresiva y perpendicularmente hasta la altura de 60 a 70 varas, a manera de dos paredones -398- o lienzos de muralla acantilados, a que los indios llaman Tembey, se acercan poco a poco una a otra, y llegan por último a unirse, una área como de cincuenta toesas de ancho, o algo más en forma de herradura, y proyectada al NNO. El Iguazú corre en la parte superior manso y explayado de una milla entre, multitud de rocas o isletas, de árboles y palmas y al encontrar con aquella gran caja, o profunda Sima, que le está preparada se reparte por ambos lados y va precipitando sucesivamente en distancia de otra milla, dividido en grandes y vistosos torrentes. Entre estos se notan dos muy considerables y asombrosos: el uno al frente de la catarata, que desciende primero por varias gradas, vistiéndolas de torneadas y blancas espumas, y saltando después la inferior, haciendo un hermoso arco, que llena todo el ámbito del mismo frente y el otro que es aun de mayor entidad, se despeña todo unido de arriba abajo por la parte oriental, tomando una extensión de más de cien toesas.

Otros muchos se registran a derecha e izquierda de diversos tamaños y hermosura; y todos ellos estrellándose en el fondo de la caverna, erizado de monstruosos peñascos, hacen temblar todo el contorno, difundiendo a larga distancia el ronco estruendo de un furioso huracán, y cubriendo los aires de humedad y densa neblina que en columnas de humo con los agradables adornos del arco iris sube hasta los cielos. Tenía en esta maravilla su literal aplicación aquello de David: "elevaverunt flumina fluctus suos a vocibus aquarum multarum" (ps. 92) y esta fue en efecto la inscripción que oportunamente hizo gravar nuestro geógrafo Oyarvide, a su retirada del San Antonio, en el grueso tronco de un árbol que miraba a dicho Salto, convidado por su cara de occidente a ver aquel prodigio, con otro mote no menos del caso: "venite el videte opera Domini" 1788 (ps. 45).

Satisfecha nuestra curiosidad, regresamos el 29 al campamento dejando todo pronto de nuestra parte, y la tarde del 30, montada la canoa que faltaba a los portugueses, se acomodaron ambos destacamentos en seis de estos pequeños buques, y dieron principio a su navegación. El tiempo no les dejó de favorecer en los primeros días: después les -399- llovió alguna cosa, pero el río no obstante lo encontraron tan bajo y con tal multitud de arrecifes descubiertos que le cruzaban, que es indecible el trabajo que tuvieron para superarlos. En muchos de ellos tenía la gente que ponerse en el agua, y alijando las canoas, pasarlas de rastro, con las cargas al hombro, y en todos era por lo común violenta la corriente, peligrando no poco la pequeña escuadra con el frecuente golpe de las encrespadas olas. Oyarvide empleó 13 días en llegar a la barra del San Antonio: en los 25° 35', distante del Salto del Iguazú 57 millas según las vueltas del río; las Chagas gastó 2 días más, y subiendo ambos las aguas de aquél el 13 de septiembre se navegaron con no menos dificultad por la creciente de las últimas lluvias hasta la distancia de 7 leguas; y pararon el 19 sobre la ribera occidental en los 25° 41' de latitud cerca de una pequeña cascada que se despeña de altura, y no lejos de un salto que como en otro tiempo a los antiguos demarcadores, embarazó también ahora pasar adelante con las canoas.

Despachando, el 20, dos de ellas al Salto del Iguazú, por nuevo socorro, y

conduciendo algunos enfermos, tomaron el partido de hacer unos ranchos en aquel paraje, para depositar el resto de sus provisiones, y trataron luego de continuar su diligencia por tierra, abriendo picada en el monte sin apartarse mucho del cauce del río que debían reconocer. El tiempo que se les había empezado a declarar adverso, siguió con repetidas aguas y fuertes turbonadas, y los indios empezaron también a decaer de ánimo a vista de los trabajos que se les presentaban. Tres de la partida portuguesa hicieron fuga la noche del 24, llevándose dos canoas pequeñas, que dejaron a corta distancia. Con todo dividiendo sus cortas fuerzas, dejaron una guardia proporcionada en los ranchos y dieron principio a la picada, el 26, continuando la penosa fatiga de esta obra con ordenada alternativa entre los destacamentos hasta el 30 de octubre, siendo tal la espesura e intrincada breña de los montes, que la mejor jornada no excedía de una milla, a pesar de los más poderosos esfuerzos.

Como la estación era propia de lluvias las del mes de octubre fueron -400- más copiosas y frecuentes; muy densas y constantes las neblinas y creció el número de enfermos a proporción de las humedades, aires nocivos del bosque, y multiplicación de los insectos y sabandijas, mosquitos, jejenes, tábanos y plagas molestísimas que alternaban y sucedían unas a otras en las 24 horas del día sin intermisión. Entre ellas era muy de notar cierta mosca grande y parda que volaba solo de mañana o tarde, y al picar dejaba uno o dos huevezuelos introducidos en el cutis, de que provenían otras tantas ninfas o gusanos blancos, agusados hacia la cola, sin pies, y con dos series de puntos negros o posos laterales: los cuales roían y atormentaban muchos días lo que no es creíble. La mala calidad de los alimentos, el continuo acarreo de los pocos que habían dejado en los ranchos, cuya pensión se alimentaba con la distancia; las contingencias y demora del socorro que aguardaban; los retirados (sic) de los recursos y el trabajo de romper diariamente y abrir a fuerza de brazo una selva impenetrable, un monte que no tenía fin, todas estas calamidades juntas y desazones llegaron a postrar el vigor de aquellas gentes, y abatió su espíritu en tales términos que los indios desertaban a cada paso, teniendo a menos aventurarse a los grandes riesgos del desierto, que sufrir aquellas penalidades. Dos de estos infelices se hallaron días después muertos sobre las playas del Iguazú, y otros tres se recogieron casualmente estando sobre el punto de espirar de flaqueza y falta de sustento no habiendo encontrado otro que unas frutas y miel silvestre. Nuestros geógrafos pues, no habiendo ya de quien echar mano, se vieron constreñidos a resolver su retirada, antes de verse en el último apuro y formado de acuerdo un instrumento que con fecha de 30 de octubre expresa todas aquellas causales, la pusieron en ejecución el primero de noviembre dejando un rozado a orillas de un pequeño arroyo que les pudiera servir de marca en caso de volver.

Durante este medio tiempo, las canoas que fueron por víveres el 20 de septiembre, llegaron la mañana del 24 al Salto del Iguazú donde se había mantenido el alférez Valdes, con algunos milicianos para conservación de aquel puerto, y tener abierta la comunicación. Aquella misma tarde -401- bajaron los enfermos por la picada: se embarcaron en otra canoa que se tenía siempre por bajo del Salto y aunque tuvieron la mala suerte de naufragar en el gran arrecife descubierto poco después del primer campo de

los portugueses, fue sin otra desgracia que la pérdida de algunas armas y ropas; ellos se transfirieron a pie por las riberas del Iguazú hasta su barra donde se hallaba ya nuestro campamento como diremos abajo, y la canoa, con una tipa que por fortuna se conservó dentro de ella, en que venían las cartas de los facultativos al día siguiente. El barco grande de Itapua que fue a Candelaria por los víveres para la partida española, había llegado a nuestro real el mismo día 20 de septiembre. El del Corpus que conducía los destinados a la portuguesa, y otro de San Ignaciominy, con mantenimiento para los indios no estaban distantes. Con lo que terminada la escasez, que ya se había empezado a sentir en nuestras tropas, se pudo habilitar el socorro por los destacamentos del San Antonio y el 27 salió en 5 canoas, construidas las más de ellas por nuestro concurrente que no sabía estar ocioso. Los malos tiempos detuvieron este convoy hasta el 9 de octubre en el Salto del Iguazú. El 31 del mismo llegó sin embargo los ranchos del Río de San Antonio y el 4 de noviembre al paraje donde se hallaban los profesores, que como se acaba de ver, traían ya 4 jornadas de regreso.

Animados nuestros geógrafos con la llegada oportuna de este auxilio y con la de los indios que lo conducían, que eran de los venidos de refresco en el citado barco de Itapua, suspendieron la retirada y reemplazados los más endebles y enfermos, de los que falleció el 5 un indio del Corpus que servía a los portugueses; acometieron el 7, con nuevo brío la empresa ardua de su reconocimiento, volviendo segunda vez, y a los dos días, al arroyo de la marca. Pasaron el 10 otro nombrado de las Antas por los antiguos demarcadores, a causa de las muchas huellas de este cuadrúpedo, que notaron en él, y que ahora confirmaron. El 28 advertido un gran desfalco en las remesas de víveres que les hacían a menudo del rancho de la provisión que causaban los mismos conductores, se vieron obligados a desprenderse de varios -402- de su escolta, disminuyendo así el consumo, y remitiendo algunos otros que habían caído nuevamente enfermos. El 5 de diciembre, les alcanzó el alférez Valdes con cartas del campo general, de donde había salido el 17 de noviembre en compañía del cabo portugués Joseph Lopez, conduciendo un corto socorro de dietas por los enfermos que se suponían, y que habían dejado, el 27 del mismo, en el puerto de San Antonio.

Crecían con la distancia la dificultad de los acarreos, y la falta de los víveres. Los portadores apenas entregaban libras por arrobas, de las especies que habían recibido, sin haber modo de evitar este desorden. Fuera de esto, por camino tan penoso y dilatado la carga de un hombre, que había de llevar a más algún hato, armas y municiones para su defensa no podía exceder de mucho lo que el misma necesitaba para su propio sustento, aun regulado con toda moderación. Bien a costa suya experimentaron aquellos honrados oficiales las funestas resultas de este desconcierto en otra conducta de provisiones, que recibieron el 6 de diciembre. Las mermas fueron tan considerables, que se vieron aun forzados a disminuir su comitiva, formando, el proyecto de llevar adelante y concluir, mas que fuese solos, el examen de aquel río, que daba ya muestras de no tener lejos sus cabeceras. Tomada esta resolución, como el último esfuerzo a que daban lugar tan opuestas circunstancias, siguieron, el 7, con lo más alentados su penosa ruta: caminando a trechos por el álveo mismo del

arroyo para excusar en lo posible la dura faena de romper el monte. De esta manera y con esta constancia llegaron finalmente nuestros geógrafos, el 11 de diciembre, a una elevada y pendiente loma que da origen al río San Antonio con un copioso manantial en los 26° 12' de latitud. La misma cuchilla reparte aguas por su cara del sur al Uruguay y cortada su meseta en esta dirección por lo más alto del terreno, y vieron a los 460 pasos otra vertiente pantanosa y no menos fecunda, nacimiento según los diarios de la antigua demarcación, del río denominado entonces Pepiryguazú. Nuestros exploradores no pudiendo -403- pasar adelante, como les ordenaba su instrucción, dieron aquí por concluida la diligencia, gravando en un hermoso Cary de 6 varas de cerco, aquella célebre inscripción que Hércules en otro tiempo en la ciudad de Cádiz. "Non plus ultra 1788" y labrado otro segundo instrumento que los exonera de cargo, verificaron su regreso el mismo día, rectificando sus operaciones. incorporados, el 13, con la tropa de inválidos, en que iban no pocos mordidos y agusanados de la cruel Motuca, una de las mayores molestias de aquel expedición, y de que no se libró nuestro Oyarvide, llegaron juntos, el 19, al puerto de San Antonio, y embarcándose en las canoas el 20 al amanecer, arribaron felizmente al Salto del Iguazú, el 23 de mañana, y a la tarde al campamento general, contando muy cerca de cuatro meses de campaña.

Resumiendo ahora los trabajos de estos oficiales por la relación y plano que presentaron, corre el San Antonio 7 leguas a los 92 grados NO desde su origen en los 26° 12' de latitud hasta su barra en los 25° 35'; incluyendo en esta distancia su (sic) pequeñas e infinitas vueltas, y siendo únicamente navegables para canoas las últimas 7 leguas.

Todos los arroyos que le entran son de poca entidad, y por su banda de occidente lo que hace presumir que las caídas de todos aquellos terrenos orientales formarán tal vez otro río no distante, que fluirá también al Iguazú. El curso de este desde la boca del San Antonio hasta su confluencia con el Paraná es de 23 leguas al O pero con vueltas tan dobladas y tendidas a N y S, que el apartamiento de aquellos dos puntos es solo de 34 millas. En todo este ramo conserva una anchura casi igual, como de 300 a 400 toesas. Tiene, muchos arrecifes que le cruzan de un lado a otro, embarazando no poco su navegación, y en el gran número de estas que se le cuenta, las únicas considerables son la del Pesquero, las Cuatro hermanas, la de las Tacuaras, y la Sola llamadas así por los antiguos demarcadores. No tiene otro arroyo notable que el San Francisco 5 millas largas por bajo del San Antonio, y en la misma ribera meridional. El gran salto se halla a las 13 millas justas de su barra, y en los 25° 4' 4" de latitud. Las crecientes -404- del Paraná hacen reposar las aguas del Iguazú, facilitando en tal manera su navegación y cubriendo los arrecifes hasta cerca de esta hermosa catarata, que no sería difícil registrarla interiormente en canoas, lo que fuera de estos casos sería impracticable. Tiene el Iguazú sus primeras fuentes en los campos a inmediaciones de la pequeña villa de Curitiba, hacia la costa del Brasil altura de [...]58. Corre más de [...] al [...] y por esta razón es también conocido con el nombre de Río Grande de Curitiba. Los portugueses laboriosos hostigadores, de los terrenos más altos, hicieron reconocer este río el año de 1773 al capitán de auxiliares F... Silbeyra; que bajó por sus aguas en unas canoas

y una escolta de 50 hombres con designio de formar un establecimiento hacia su barra; mas habiéndosele acabado las provisiones, envió por nuevo socorro la mayor parte de su gente, que no volvió, y él, temiendo los indios Coronados y falto de auxilio se vino a los pueblos de Misiones, donde fue preso por su Gobernador remitido a Buenos aires; pasó algunos años en la Ciudadela de Montevideo.

Nuestro Real pues, como ya se apuntó subsistió dentro del Iguazú, desde 1.º julio hasta 18 de septiembre. El mal temperamento de este río, lóbrego y húmedo; la estrechez de sus orillas pendientes y pantanosas y lo incierto de sus crecientes, que hacían dudosa la salida de nuestros barcos, nos resolvieron a transferirlo este día, fuera de barra, sobre la punta N del Paraná, donde se respiraba un aire más libre, se gozaba de un cielo espacioso, abundaba la pesca y siendo otra proporción era también punto más señalado para las observaciones astronómicas. Guardaba asimismo esta determinación con los barcos de los víveres que estaban para llegar de Candelaria, no tendrían facilidad de entrar en el Iguazú. Sin embargo de estas ventajas, la situación local de nuestro nuevo campo no era de las más adecuadas ni estaba fuera de peligro. Inclinado todo el terreno, y cubierto de arena suelta, sobre una tonga de arcilla o barro resbaladizo; -405- fuera de no tener firmeza para clavar las tiendas, ni formar ranchos, eran continuas las filtraciones en tiempo de aguas, muy frecuentes y horrorosas las grietas del suelo que se abrían, y terribles e instantáneos los derrumbamientos en tan grandes masas, que nos hacían estremecer. Un notable fenómeno de esta clase, nos advirtió el 10 de octubre el gran riesgo a que estábamos expuestos. Formado un pequeño depósito de aguas con las lluvias antecedentes, de lado superior de la barranca, y bien cerca de nuestro campamento se desplomó la tarde de este día, un gran promontorio de más de 20 varas cúbicas de tierra, corriendo un espacio de 60, y llevando consigo un grueso árbol de otras 20 de altura, que dejó en medio del río, tan derecho y firme, como si hubiese nacido en aquel paraje, donde permaneció del mismo modo a nuestra retirada. Las aguas del Paraná se abrieron a la caída de tan vasta mole, y su movimiento fue sentido a la distancia de 500 toesas por los barcos de los portugueses, que estaban doblada la punta del Iguazú. Paseando la tarde anterior con nuestro concurrente por aquel sitio, las filtraciones turbias y cenagosas anunciaban ya la próxima ruina. Otros médanos, aunque de menos entidad, se despeñaron en varias ocasiones; y todos redoblaban nuestros cuidados sobre nuestro campamento, que como se ha dicho estaba muy expuesto a igual fracaso, y no había lugar más seguro, donde transferirlo en aquellas cercanías. Por esta causa se tomaron algunas precauciones: como evitar cuidadosamente los estanques y represas dando fácil salida a las aguas; revestir las regueras y arroyuelos que brotaban todos los días, rascando y excavando las tierras, con canales de madera o medias cañas, hechas del astil de las palmas, partido a lo largo y por último, sostener los terrenos vacilantes y movedizos con estacas y palos a pique, fortificando las laderas y parajes arriesgados. Con estos diques artificiales y a poder de industria, pudo permanecer segura nuestra mansión hasta fin de año.

El invierno nos fue templado y seco. Las aguas empezaron el 20 de agosto y en septiembre y octubre, fueron abundantes, con turbonadas frecuentes de

pedras, truenos y relámpagos, que causaban por lo -406- regular los vientos de 1.º y 2.º cuadrante, y limpiaban los de 3.º y 4.º. El 8 de octubre se experimentó un furioso huracán del SE que duró de la 1 a las 2 de la mañana, y causó estragos en los montes, desgajando arrancando de raíz los árboles más corpulentos y asombrosos. El mayor frío se sintió el 13 de dicho mes de octubre al salir el sol con tiempo claro y viento del S y el mayor calor el 28 de noviembre, a las 4 de la tarde, con ventolinas del N. El termómetro de Nairne manifestó el estado de la atmósfera, con 48 partes escala de Fahrenheit, en el primer caso, y con 102 en el segundo. Pasando del otro lado del Paraná, a fin de descubrir mejor el cielo, se lograron varias observaciones, de latitud, por las estrellas; de longitud, por los eclipses de los satélites de Júpiter y por el de sol del 27 de noviembre que casi fue anular, y de la variación de la aguja magnética, por los azimudes de este astro. La barra pues del Iguazú se halla con arreglo a las más exactas en la

Latitud meridional 24° 35' 36" Variación magnética

Longitud de la isla de Ferro 323.32' 30" NE 10° 30'

Las circunstancias de estas y de más observaciones practicadas durante el curso de nuestra comisión, se podrán ver en el catálogo de ellas, que como ya hemos anunciado, hará la segunda parte de este diario.

El 1.º de noviembre llegó a nuestro campo otra canoa que había salido del P. del Corpus ocho días antes, y conducía pliegos del servicio del señor virrey de Buenos Aires, y de los comisarios de la primera subdivisión que se hallaban en el de San Juan. En ellos se nos daba noticia de haber descubierto los geógrafos de aquellas partidas el verdadero río Pepiryguazú 16 leguas a oriente del que equivocadamente tomaron por tal los antiguos demarcadores y se nos incluía el plano del Uruguay que acababan de levantar, navegándolo hasta el Pueblo de San Javier el de la Española don Joachin Gundin, con expresión y notas de esta descubierta. El 19 de diciembre llegó tercera canoa, que había salido también del Corpus el 11 de mañana y nuestro comisario director don Joseph Varela, recibida nuestra contestación sobre el particular, recomendaba con nueva instancia, se reconociese el Iguazú en distancia de 20 leguas, a oriente -407- del San Antonio, con el objeto de ver, si se hallaba algún otro brazo, que descendiendo de la parte meridional, confrontase con las cabeceras del verdadero Pepiryguazú, recién descubierto; pues hallado aquel error, podría tal vez, convenir que la nueva línea divisoria tomase su giro por estos ríos. La crítica situación en que nos hallábamos, sin víveres y toda la gente enferma o endeble, dificultaba a la verdad, no poco aquel examen; más sin embargo lo propusimos, al día siguiente en conferencia formal al coronel Roscio, manifestándole dichos oficios y planos del Uruguay. El comisario de Su Majestad Fidelísima sin pararse a consultar el modo, que ofrecía sus inconvenientes; no solo se negó redondamente a prestarse al tal reconocimiento sino que adelantó no lo dejaría practicar sin orden expresa, tratándose de terrenos que el mismo tratado clara e individualmente cedía y consideraba de Portugal. Nosotros graduamos inútil insistir, por entonces más sobre el asunto, y lo diferimos por tratarle con la debida extensión, cuando hubiésemos de pasar a la barra del Pepiry, persuadidos que este río podría dar mayor facilidad para conseguirlo.

Finalmente terminada tan prolija competencia que motivó nuestro concurrente, embarazando la demarcación de estos ríos, sin que se hubiese logrado erigir un solo marco después de tan largos y costosos reconocimientos; luego que arribaron los destacamento el San Antonio, y bajaron los indios las canoas para utilizarse de ellas, fue acordado nuestro regreso a Candelaria y puesto en ejecución la mañana del 26 de diciembre después de misa. Las naciones de infieles que habitan aquel país, y de que se dejó ver una numerosa toldería de más de cien personas sobre las playas del Iguazú, días antes de nuestra partida, dieron lugar a que se gravasen, en el robusto tronco de un corpudo higuierón, cuya sombra cubría todo nuestro Campo, las dos inscripciones siguientes: 1.^a en la faz occidental "Scitote quoniam Dominus ipse es Deus Kal. Jan. 1789" 2.^a en la oriental "Converte nos Deus salutaris noster, est averte iram tuam a nobis (Salmos 81. 99).

Como se hubiese empezado a sentir desde fin de noviembre, la gran creciente o inundación periódica, que cual otro Nilo, tiene el Paraná -408- en los tres primeros meses del año, proveniente de las copiosas lluvias que hacia las minas generales y otros parajes de la zona tórrida, donde éste tiene sus cabeceras, causan las brisas australes con lit proximidad del sol; es indecible la velocidad de las aguas, y la prontitud de nuestro viaje. El 27 hicimos noche en el Pueblo del Corpus, y el 28 después de mediodía vinimos a dar felizmente a Candelaria; empleando solo 32 horas en navegar la distancia de 56 leguas que a la ida nos había costado 60 días. Esta navegación de regreso por medio del río que dejaba descubrir rumbos más dilatados y seguros que por las orillas hecha siempre a remos, a paso más igual y constante, y con unas mismas aguas o corriente, sin cruzar de un lado a otro, ni usar de silga, facilitó una derrota más correcta que la que se había sacado a la ida al Iguazú, sujeta a todos aquellos inconvenientes; y pudo determinarse ahora con mas exactitud la proyección del Paraná. Cuya descripción en general, siendo un río caudaloso, no será fuera del caso: y en ella nos arreglaremos al resultado de numerosos trabajos, a las noticias más exactas y modernas y especialmente a la gran Carta de esta América, construida el año de 1775 por el geógrafo del reino don Juan de la Cruz⁵⁹, y últimamente acabaremos el capítulo como tenemos ofrecido, con la competencia del comisario portugués.

Descripción del río Paraná

Dos son los ríos más remotos y que debemos considerar como las cabeceras del Paraná: 1.º el río de las Muertes, que tiene su principio en la capitanía del Río Janeiro, algo al S de la Villarica, situada en los 20º 24' de latitud austral; el cual corridas al pie de 60 leguas por el 3.º y 4.º cuadrantes, se junta con el que llamado Río Verisima, que baja del N y tiene sus primeras puntas en los 18º 45' contiguas a las del gran Río de San Francisco. Unidos estos dos ríos sobre el paralelo de los -409- 21º toman el nombre de Paranaguazú, o gran Paraná que en lengua de los indios quiere decir Pariente del Mar, lo que no da mala idea de su

grandeza y andadas 86 leguas al ONO se le agrega el Paranaíba que compuesto de otros anejos considerables, trae su origen de los 17° 30' al NE donde lo tiene también el celebre Río de Tocantines, que fluye al septentrión y desagua en el de las Amazonas por la ciudad del Pará. Continúa después el Paraná al O el espacio de 13 leguas hasta la boca del Río de los Cayapos que viene del N y dando dulcemente una vuelta larga, prolonga su curso como al S SO el dilatado trecho de 187 leguas hasta el pueblo de la Candelaria capital de las Misiones, de donde tuerce otras 60 al O hasta la ciudad de las siete corrientes.

En todo este tramo recibe el Paraná cantidad de caudalosos ríos por una y otra parte; sobre el paralelo de los 20 el famoso Tiete o Anemby, y riega con sus primeras fuentes la ciudad de San Pablo, la Villa de Torocabas y varias aldeas portuguesas. Los paulistas bajan por este río al Paraná; entra después por el Colorado o Pardo, que está 7 leguas más al S por la banda opuesta, y arrastrando sus canoas desde sus cabeceras al río Camapuá distante solo 2 leguas descienden por él al del Paraguay, suben por este y el de Cuyabá; corren los dos grandes territorios de Cuyabá y Matogroso y hacen una navegación de 400 leguas sin otro embarazo que aquella pequeña intermisión. Con otra igual a corta diferencia, les sería muy fácil pasar del Taurú al Guaporé o Itenes, penetrando por el de la Madera al de las Amazonas, y navegar de este modo la mayor parte de la América Meridional. Cerca de los 22° vierte sus aguas en el Paraná el Paranapané: antes de los 23° el Ibay o Guabay y anteriormente en los 24° el Pequery o Itatú, y en los 25° 35' el de que hemos hablado; todos ríos de consideración, particularmente el primero y último, que nacen también hacia la costa del Brasil y cruzan la célebre y antigua provincia del Guayrá donde estuvieron formadas la Ciudad real o de Ontiveras, la Villarica y las 13 floridas Misiones de los Jesuitas, que destruyeron los Mamelucos o Moradores de San -410- Pablo, en sus tiránicas excursiones, para capturar indios, llamadas Malocas.

Por la orilla occidental frente del citado Pequery, desagua el Iyatimby en otro tiempo Iguerey, por donde debe ir la línea divisoria. En su margen septentrional tuvieron los portugueses años pasados una población que estableció en aquel paraje el brigadier Joseph Custodio, y tomó y destruyó el de 1777, don Agustín Pinedo, siendo gobernador del Paraguay. Luego después de los 24° tropieza el Paraná en la gran cordillera de Maracayu, y le causa el Salto Grande de que ya dimos noticias, impidiendo su navegación en las 15 leguas inmediatas los peligrosos hervideros y rapidez de sus corrientes. Desde la altura del Monday e Iguazú entra ya el Paraná en la provincia de Misiones, registrándose hasta 16 de los pueblos no lejos de sus riberas en la occidental la de Jesús y Trinidad a N y S del Capibury, más abajo la Encarnación de Itapuá en el Aguapey San Cosme, Santiago, y Santa Teresa en el Atiny, y sobre el Yabebiry, o Anangapé Santamaría de Fe y San Ignacio guazú, el primero y más antiguo de todos; en la oriental el Corpus sobre el Igauguy a un lado y otro del Yabebiry oriental, y Loreto, antes de otro Santana, Candelaria, sobre el Igarupá en las cabeceras de este, los tres restantes San Carlos, San Joseph y Apóstoles. Cerca de Corrientes se ve fuera de estos el Ytaty que es reducción antigua de Padres Seráficos.

Sobre San Juan de Vera de las Corrientes, en la altura de 27° 30' se reúne

el Paraná con el majestuoso Paraguay, cuyos dos caudalosos torrentes se disputan largo trecho la preferencia con particular división de sus aguas. Queda la ciudad en el recodo de oriente tomando su nombre de la rara hermosura de esta gran confluencia y prevaleciendo glorioso el Paraná, discurre 113 leguas como al S SO, dividiendo los confines de las dos gobernaciones de Tucumán y Buenos Aires, y admitiendo en su seno multitud de pequeños arroyos, de que varios tienen su aldea, o capilla. Deja en los 29° la Villa de Santa Lucía, antes del arroyo de su mismo nombre, llamado -411- también de los Astores que baja del Iberá o Laguna de Carazares en el primer cuadrante. Esta Laguna, así como en el Uruguay, vierte también sus aguas en el Paraná, o más bien se las restituye, siendo como quieren algunos no sin fundamento un resurgidero del mismo río, por medio de otro sangradero llamado Río Corrientes, que fluye todo el año, cerca de los 30° de latitud. Del 4° cuadrante trae su curso el Río Salado, nombrado así por sus aguas salobres. Nace en el valle del Calchaquí: cruza las de jurisdicciones de Salta y Tucumán; y repartido en dos en el país Abipones: el menor, llamado por esto el Saladillo, forma dos grandes Lagunas, la de las Víboras, y la del Cristal que comunican al Paraná por varios canales y el otro más meridional desagua por Santa Fe de Vera, situada en los 31° 40', dejando esta ciudad al septentrión cercada de agua por los tres primeros cuadrantes. El Zarcarañá o Carcaraña no es otro que el Río Tercero, que tiene su origen en el Valle de Calamochita comarca de Córdoba, y fluyendo al 2.º que le tributa su feudo al Paraná por el rincón de Gaboto donde estuvo la fortaleza de este nombre o de Santiespiritus, construida por el célebre descubridor de este río: Sebastian Gaboto. La Villa del Rosario se halla al Sur del Carcaña (sic) en los 33° de donde cambia el Paraná en dirección al SE y andadas por último otras 40 leguas, muda también su nombre en el de Río de la Plata, juntándose por los 34° con el Uruguay, dividido en 7 bocas.

Tiene pues el Paraná, según lo dicho, muy cerca de 541 leguas de curso, sin contar sus menudas vueltas, y considerando en general su figura, hace con la costa del Brasil un cuadrilongo de 300 leguas de largo y 100 de ancho, siendo los dos lados más cortos el Río de la Plata y el que nombramos Paraguazú hacia sus cabeceras. Con el Uruguay corta una hermosa y dilatada península, tendida del N NE a S SO entre los paralelos de 27° y 34°, teniendo de ancho por donde más 30 leguas y 8 en su garganta o istmo que cae entre los pueblos del Corpus y San Javier, compuesto de unas asperezas intransitables. Forma un cuantioso número, de islas, algunas -412- de consideración. Antes del Salto del Guayra se halla la mayor di, todas, que es de 20 leguas de largo; poco después de Itapuá se halla otra algo menor, y desde la Bajada, pueblo reciente de españoles, frente de Santa Fe, sigue una cadena de ellas, que casi le divide en dos brazos hasta la confluencia del Uruguay, siendo muy de notar que hasta en las aguas se advierte la misma separación, conservándose salobres las occidentales del Río Salado, y dulces las orientales. A más del referido Salto del Guayrá, hasta donde navega el Paraná tranquilamente desde sus más remotas puntas, hay otro como 20 leguas por bajo de Candelaria, que impide su navegación la mayor parte del año fuera de estos embarazos está su cauce interrumpido de un sin número de bancos de arena y arrecifes, que hacen preciso el auxilio de un práctico bien experto, con especialidad

hasta Corrientes donde abundan más los escollos.

Es el Paraná muy semejante al Nilo, no solo en lo dilatado y caudaloso de su curso, hermosura de sus cataratas o saltos, y en las siete bocas de su desagadero en el Río de la Plata sino también en sus periódicas y grandes inundaciones. Empiezan estas a repuntar por lo común a mediados de diciembre cuando la estación del calor se ha dejado sentir con más vehemencia.

Crece las aguas todo enero y parte de febrero; y después tardan en bajar cerca de otros dos meses; de manera que el río no se mete en caja hasta el 15 de abril. Las brisas pardas del SE al S que reinan tanto de septiembre a noviembre, causadas por la proximidad del sol que se acerca del austro, inundan de vapores y lluvias aquellas regiones de la Zona Tórrida, donde el Paraná tiene sus cabeceras, y son el verdadero origen de estas crecientes; no de otra manera que el Artesio, o Norte causa las del Nilo en sus respectivos tiempos; esto es en medio del Verano de aquella región, o por los meses de junio y julio. En el invierno baja el Paraná regularmente más que en alguna otra estación del año a no ser que las muchas aguas lo hagan crecer por el mes de junio como se suele verificar no pocas veces. En estas ocasiones disminuyen los riesgos de la navegación y los barcos cargados con doce mil arrobas de yerba, pasan sin detención -413- por el Salto de Candelaria, venciendo del mismo modo con facilidad los demás obstáculos. Por último con estas inundaciones reverdecen los pastos secos, se fertilizan los campos agostados, las tierras adquieren nuevo vigor y substancia con el limo y brozas, se refrigera el ambiente de los intensos calores del clima y del estío, terminan las plagas y epidemias, los animales respiran nuevo aliento y las gentes nueva vida⁶⁰. Aunque, se había convenido en reconocer el Paraná, era únicamente con la mira de demarcarlo y con la de indagar la boca del Iguerey como afirma nuestro concurrente, lo que sería contra la instrucción de Su Majestad que sentada la inexistencia de tal Río, ordena tomar en su hogar el Igatimy. De no tomar este partido, nada se hubiera hecho. El Coronel Roscio no declaraba su dictamen, ni dejaba aquel estilo reservado, lleno de precauciones y misterios, sin determinar cosa alguna de por sí, ya con el pretexto de no tener baqueanos, ya con otras ideas, y generalidades fuera del caso, pero sin convenir de forma alguna en la demarcación de aquellos ríos. Quería emplear el tiempo en puros reconocimientos, propuestos por otro para errar por mano ajena y deseaba un expediente más favorable que el Igatimy, que también le habían de proponer, para ver el modo de hacerlo todavía más ventajoso, sin arriesgar, ni ceder nada de su parte. La estación se nos pasaba. Los víveres se consumían en puros debates; y nos vimos obligados a contemporizar con el sistema moroso de los reconocimientos por no estar en la inacción, dando parte de todo al señor virrey del Río de la Plata. El Paraná fue reconocido hasta el Salto Grande; el Iguazú y el San Antonio lo fueron igualmente, y el comisario portugués, recibida entre tanto la contestación a sus oficios del primero de su -414- nación, entabló de nuevo su negociación política, persuadido de que el asunto podría dar de sí alguna cosa.

Parece que el coronel Roscio con esta especie de lo que varía la denominación de los ríos ha proporcionado lugar a que se crea, que el Iguerey se halla por bajo del Salto Grande del Paraná, habiendo mudado algunas letras de su nombre, y es aquel río de que hablamos pág. 282

llamado Iguarehy por la Partida de Paulistas que bajó a reconocer aquellos terrenos el año de 1783, mas ya dijimos ser esta una invención premeditada, y un designio malicioso. El Iguarey se ha considerado siempre de la banda del N del Salto Grande, y de la Cordillera de Maracayú, y no a corta distancia, con que de haber cuidado algo su nombre, debemos suponer más bien, que será el Iguarey. Río caudaloso que entra en el Paraná por la orilla occidental como 22 leguas, a septentrión de la expresada cordillera y Salto. Las cabeceras de este gran río confrontan con las del nombrado Corrientes, en el artículo del Tratado Preliminar que fluye al Paraguay, y tal vez acomode mejor para límite que el Iguarey por cubrir nuestros establecimientos del Ipaná, la reducción de Belén y la villa de la Concepción.

Uno de los motivos que nos obligó a llevar tan adelante, esta contienda aunque conocíamos no se había de sacar fruto alguno, fue la contestación del señor virrey del Río de la Plata, sobre los primeros debates ocurridos en el Iguazú y recibida por nosotros en 1.º de noviembre.

Ya dejamos notado en el oficio 10 de nuestro concurrente, que por estas expresiones del tratado "continúe (la frontera) a encontrar las corrientes del Río de San Antonio" no entiendo se haya de tomar por límite el mismo Río de San Antonio.

La falta de conformidad en las órdenes, que tantas veces se solicitó desde las primeras juntas del Chuy, y jamás con resultados, fue con efecto la causa principal de no haber convenido en la demarcación del Paraná el comisario portugués. También hemos visto, se negó practicar el reconocimiento del Iguazú, en las 16 ó 20 leguas, a oriente de la boca del San Antonio (pág.) como ordenaba ahora el señor

-415- virrey, en su oficio antecedente. Recibidas estas contestaciones en Candelaria, remitimos a Su Excelencia con fecha 16 de enero de 1789, un tanto de la competencia referida y la contestación fue la siguiente⁶¹.

Como no hubo ajuste alguno sobre la demarcación del Iguazú y Paraná, ni nuestro convenio fue otro que pasar a reconocer el Pepiry por la parte del Uruguay, no habiéndolo podido practicar por la serranía de San Antonio, no se formalizó expediente alguno de los que ordena el Tratado solo para aquellos casos, ni nuestro Concurrente convino después en ello a nuestra solicitud para dar gusto al señor virrey. Por la misma razón de no haberse concluido los trabajos, no se pusieron tampoco los planos en limpio, ni remitieron a Su Excelencia debiéndolo verificar todo después del examen del referido Pepiryguazú, mas como los pedía con instancia, se cortó el del Paraná, y envió a Buenos Aires, firmado de acuerdo con el comisario portugués, luego de nuestra llegada al pueblo de Santo Ángel cuyo viaje, y operaciones del Pepiry serán materia del capítulo siguiente.

Capítulo XI

Viaje al pueblo de San Ángel. Discusión sobre el verdadero Pepiry o Pequiry y reconocimiento de los dos ríos que la causaron.

Dimos ya noticia (pág.) de la representación, que dirigimos al señor virrey de Buenos Aires, en 17 de marzo de 87, sobre la dificultad o detención que se podría encontrar de parte de los portugueses, para que la primera subdivisión se encargase del reconocimiento del Pequyry, o Pepiryguazú, como ordenaba el Plan de Detal, atendida la mayor facilidad que tendía en este trabajo, debiendo terminar su respectiva demarcación en la boca de dicho río, y los grandes embarazos que por el contrario presentaría la elevada Cordillera de San Antonio, -416- para que lo practicase la segunda, que no lo podría conseguir, sino acosta de una nueva expedición, trasladándose a su barra por lado del Uruguay. La experiencia no hizo más que confirmar nuestros recelos. El señor marqués de Loreto, obró cuanto estuvo de su parte. Sus recursos llegaron hasta el Brasil, pero el primer comisario de Su Majestad Fidelísima hizo tal oposición informando de tal suerte al virrey del Janeiro que no pudo tener lugar un expediente tan conforme al espíritu del Tratado y que abreviaba de tantos meses la demarcación; siendo esto tanto más de notar, cuanto restó ociosa más de un año en el Pueblo de San Juan la citada primera subdivisión. La segunda pues, fue encargada expresamente del reconocimiento y demarcación del Pepiryguazú, en 27 de junio de 88, cuando apenas había empezado sus operaciones en el Paraná.

Tomada esta resolución, y no habiéndose conseguido el examen de dicho Pepiry por lado de la serranía de San Antonio, como se acaba de ver en el capítulo antecedente; luego que regresamos a Candelaria, se trató de transferirnos al Pueblo de San Ángel el último y más septentrional de los del Uruguay, y que por lo mismo, ofrecía mayor proporción para el objeto. El coronel Roscio, persuadido que las inmediaciones del primer comisario de su Nación le facilitarían habilitarse con mayor prontitud, se puso luego en marcha con su partida, el 11 de enero del 89, mas nosotros tuvimos por más conveniente, verificar primero los preparativos, que se hallaban no poco atrasados: y dar entrada tanto algún descanso a las gentes que venían demasiado extenuadas del Paraná, y necesitadas de refresco, que emprender con precipitación nuestro viaje en medio de los más fuertes calores, para ir después a detenernos en aquel pueblo sin utilidad. En todo el destacamento de milicias del Paraguay no se halló un solo individuo, que pudiese continuar el servicio; y nos fue forzoso pedir su reemplazo al gobernador intendente de aquella provincia don Joachin. A los que no le pudo reclutar y remitir hasta entrado marzo. El relevo sucesivo de dos ministros de Real Hacienda don Manuel Moreno de Argumosa, y don Francisco Díaz, a quien sucedió el 30 de enero por disposición del señor virrey don -417- Juan Bautista Florez, administrador del pueblo del Corpus, retardó bastante nuestras providencias, expedidas anticipadamente desde la barra del Iguazú para hacer nuevo acopio de víveres, y de más pertrechos, componer carretas etc. La cosecha, a más de esto, fue tardía y escasa, de manera que el bizcocho no se obtuvo hasta principio de abril, y no en la cantidad pedida. Fue asimismo necesario un nuevo surtimiento de medicinas, consumidas ya todas las que si sacaron de la capital; como también un presupuesto de caudales para pagar los sueldos y gratificaciones vencidas, jornales y demás empeños de la Tesorería de Su

Majestad y proveer a los nuevos gastos extraordinarios, y subsistencia de la subdivisión en el presente año de 89, que se juzgó se emplearía en la expedición del Pepiry. Con este motivo se despachó a Buenos Aires, el 20 de marzo al alférez de dragones don Tomás de Ortega, que hizo su viaje por el Paraná, llevando consigo 78 soldados de su destacamento, que se hallaban no menos impedidos, y necesitados de relevo.

Todas estas causas nos detuvieron en Candelaria hasta el 23 de dicho mes de marzo, que auxiliados por los pueblos con peones, caballos, bueyes, reses de consumo y algunas carretas que faltaban por componer, y a cuyo cuidado quedó el Ministro Florez, emprendimos por último la marcha a San Ángel por los pueblos de San Joseph, Apóstoles, y Concepción, donde arribo la comitiva el 1.º de abril. La situación geográfica de estos dos primeros pueblos se dio ya a nuestra ida a Candelaria. Concepción dista de Apóstoles 13 millas a los 69 grados SE y se halla en 27° 58' 51" de latitud austral. El camino se aparta poco del rumbo general, y corta dos gajos del Chimirá, dos del Arcecutay y dos del Iaguané. El Iapeá se forma sobre el pueblo, y todos estos arroyos que son de corta entidad, fluyen al sur para entrar en el Uruguay, cuyo paso dista 6 millas a los 52° SE y en él se observó la latitud de 28° 2' 45" por el astrónomo portugués Joachin Feliz, que llevaba los instrumentos.

En este pueblo de la Concepción tuvimos la infausta noticia del fallecimiento de nuestro muy amado y piadoso monarca el señor don Carlos -418- III, que Dios haya, el 14 de diciembre último y la exaltación al trono de su hijo primogénito y Príncipe de Asturias el señor don Carlos IV, que Dios conserve, el 17 de enero. También en este pueblo se había hecho el acopio de bizcochos y demás provisiones, luego que fueron recibidas, se continuó la marcha, molestando el tiempo no poco, con repetidas lluvias en el Paso del Uruguay, en que emplearon las carretas del rey hasta el 10 de abril. Las de los pueblos del departamento de Candelaria, se regresaron desde aquí con los peones y caballos que nos habían franqueado, para excusarles el trabajo de pasar el río: y el gobernador de Misiones dispuso se nos diese igual auxilio del pueblo de San Nicolás, situado ya del otro lado, 11 millas a los 38° SE en la altura de 28° 11' 23". Tiene este pueblo sobre la margen de dicho Uruguay una hermosa capilla nombrada de San Isidro, y después se cortan los dos primeros arroyos de Icatuacá y Capüpany, que reuniéndose corren a occidente y aumentan las aguas del Piratiny, distante cosa de 3 millas. El 11 se salió de San Nicolás, se cruzaron el Guacaracapá, el Tacuaraty, con otro que se les junta; los tres gajos del Cambay con la Capilla de San Gerónimo que de sirve de límite en medio de ellos; el Pirayú, con la de San Antonio que lo es de San Luis y se vino el 12, a dar sobre este pueblo, caminadas 7 leguas a los 46° SE en el paralelo observado de 28° 25' 24". Dejando el 13, las dos capillas limítrofes, llamadas de San Francisco y San Isidro, se paró en el pueblo de San Lorenzo después de 12 millas largas de marcha, a los 82° SE en la latitud de 28° 33' 14". Otras dos Capillas de San Joseph y San Carlos sobre las tres piernas del Caroqué, separan las pertenencias de San Lorenzo y San Miguel, que dista muy cerca de 10 millas a los 55° SE y se halla en los 28° 33' 14" de latitud. El arroyo del Caroqué desagua en el Iguy con dirección al Norte, y es célebre en la historia de Misiones por el martirio de los tres

jesuitas Roque González de Santaeraz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, acaecido sobre sus márgenes hacia los años de 1688. El cuadro de estos ilustres misioneros se venera en la referida capilla de San Carlos; y sus huesos juntos, con los de otro jesuita Diego de -419- Alfaro, se conservan en el pueblo de la Concepción. El carril que pasa por dichas capillas, deja a San Miguel como media legua al sur y terciando de allí al cuarto cuadrante, va a dar en el de San Juan Baptista, otras 10 millas distante de aquel ángulo de 58° NE y en el paralelo de 28° 27' 51". Nosotros nos adelantamos y tuvimos la satisfacción de visitar a los comisarios y oficiales de las dos primeras partidas, que, como se ha dicho, se hallaban acampadas en este pueblo. La tropa de carretas llegó el 16, y empleando los dos días siguientes en el paso de los dos Iyuyres sobre el primero de los cuales, que es el menor, se hallan de un lado y otro las dos capillas de término, San Juan Nepumuceno y San Roque, se vino el 18 a sentar el Real en el Pueblo de San Ángel, sito 4 leguas largas a los 39° NE y en 28° 18' 13" de latitud.

Por la derrota que hemos seguido, se viene en conocimiento, de que los cinco pueblos, San Juan, Santa Miguel que da su nombre al departamento, San Lorenzo, San Luis y San Nicolás, se hallan en el albardón que reparte aguas a los dos ríos Piratiny e Iyuy; los cuales naciendo hacia los 29° de latitud donde tienen también su origen el Yaguary y Toropy, corren el espacio de 35 leguas, por terrenos montuosos ásperos, bajo la dirección del NO a O NO la misma en que yacen los pueblos, y han a desaguar en el Uruguay, a N y S del paso de Concepción. El Piratiny, es navegable desde el paso de San Luis y él Iyuyguazú, que es el gajo más septentrional, que viene de los 28 al NE lo es también desde San Ángel mas los pueblos no saben en el día aprovechar tan ventajosas proporciones como en tiempo de los jesuitas. La lengua de tierra, o albardón que dejan entre si dichos ríos, tiene por donde más de 8 a 10 leguas de ancho, forma diversas rinconadas y potreros, y sus tierras aunque coloradas y poco salitrosas, no dejan de ser de buena calidad. En varios parajes de Misiones, más principalmente en estos arroyos, se encuentra una piedrecita, o concreto de tierra verde celeste, que, se cría dentro de las grandes piedras, a pequeños embriones y sin figura determinada, especie de ocre verde, proveniente de alguna precipitación de cobre -420- disuelto por acido (ochra cupri pulvereá viridis). Los pintores la muelen y reducen a polvo, y mezclándole un poco de agua o más bien agrio de naranja o limón, la disuelven bien y emplean ventajosamente en sus obras.

El 20 de abril se retiraron los alcaldes indios peones, tren de carretas y animales de San Nicolás se alojaron las tropas, oficiales de la partida, en los cuartos del Colegio, y otras del pueblo, que su don Carlos Ruano había preparado. Desde luego se trató con el comisario de la reina fidelísima, nuestro concurrente, que como se ha dicho antes se hallaba en San Ángel con la partida de su cargo, de dar principio a las operaciones y como el albardón de Santana y la picada abierta por los geógrafos de la primera subdivisión, estuviesen muy a tras mano, y no diesen facilidad para salir a la orilla de donde se consideró indispensable, formar algunos ranchos, acopiar víveres, y construir canoas, para practicar el reconocimiento del Pepiry, y demás que ocurriera; se tomó el expediente de hacer abrir otra picada, que tuviera, si era dable, todas aquellas

proporciones. Con efecto dispuesta una partida de gastadores escolta de una y otra nación con dos baqueanos del pueblo, que solo tenían el nombre de tales salió el 7 de mayo, con provisiones por dos meses, bajo la conducta de dos facultativos don Andrés de Oyarvide y Joachin Feliz da Fonseca, que fueron instruidos con anticipación de la dirección que se deseaba dar a la picada, y llevaron para su gobierno un plano lo más arreglado que pudo ser del terreno. Dirigieron su marcha por un hermoso albardón, cubierto de frondosas islas, que gira al NE la distancia de 15 leguas costeano a occidente el Iyuyguazú que baja del paralelo de latitud 28° y cortando varios arroyos de poca entidad primeramente el Yanoy que rodea la Población bien de cerca al ES para entrar en el mismo Iyuy y después los Itapey Ñacapuyta y Ñacayuguy que bordado de árboles como los demás de esta América, corren al 4.º cuadrante. Entraron, pasado dicho albardón por una picada como de 2 1½ millas, abierta en tiempo de los jesuitas, en un campo espacioso, cercado de -421- monte por todas partes que se extiende 4 ½ leguas, sobre 1 de ancho a los 10° NO y termina en la latitud de 27° 37' 16". Hacia el fondo de este gran potrero, a que los indios llaman Ñucoraguazú y donde tienen yerbales, con buenos pastos y abrevaderos para los ganados, penetraron el bosque nuestros geógrafos con no poco trabajo y llevando a la derecha el que Cebollaty, que nace también en los 28° con dirección casi opuesta al Iyuyguazú, siguieron al N NO la distancia de 8 leguas. Doblaron cerros ásperos, cortaron multitud de pequeños arroyos tributarios todos del mismo Cebollaty. Pasaron por último este río, que graba demasiado a occidente en una canoa construida al efecto, se encaminaron a los 50° NE y andadas otras 3 ½ leguas por terrenos no agrios y montuosos puede decir sin ver el cielo, salieron el 29° de junio a la orilla del frente de la barra misma del Pepiry, de los antiguos demarcadores.

Trazada esta ruta, se regresaron los facultativos dejando a la partida de trabajadores al cuidado de su perfección, limpiándola, dándole mayor anchura, desechando en lo posible los cerros más pendientes, cañadas pantanosas, y otros malos pasos, hasta quedar transitable para cabalgaduras, y que se pudieran introducir por ella las provisiones.

Quedaron asimismo en cargados de formar algunos ranchos en el Ñucoraguazú al principio de la picada, en el paso del Cebollaty y en la salida al Uruguay, donde fuera de esto, debían a lo menos construir una docena de buenas Canoas, para practicar los reconocimientos, que se pretendían. Mas habiéndose remitido el tiempo en aguas con notable tesón, no les fue dable desempeñar este trabajo, que a la verdad no era pequeño, hasta fin de septiembre, que dejándolo enteramente concluido y a cargo de un corto número de dragones, se retiró el grueso de la partida, en que venían no pocos enfermos, entre otros el capitán don Joseph Bareyro y que de sus milicianos, que pidieron su licencia, y fue necesario concedérsela, no estando capaces de seguir el servicio.

Consiguiente a esta disposición de circunstancias se tomaron de acuerdo con el comisario portugués las más activas providencias para -422- verificar nuestra salida sin pérdida de un solo instante, habiendo entablado de antemano una faena común de charques para las dos Partidas, que no tuvo el mejor suceso por las lluvias. La falta de los paraguayos se reemplazó como se pudo, con 50 indios de los pueblos de San Luis y San

Nicolás, de donde se hicieron también venir algunas carretas, bueyes, caballos y reses de consumo. Los caminos y malos tiempos detuvieron todo este trabajo bastantes días, particularmente el paso de los dos Iyuyres, impetuosamente crecidos con las copiosas aguas de los dos meses anteriores. A la sazón era suma la escasez de mantenimientos con que nos hallábamos. Consumido el y bizcocho y miniestras que habíamos sacado de Concepción, no se probaba el pan en las dos partidas desde el mes de julio, sin hallar modo de evitar esta calamidad, que comprendía igualmente oficiales y comisarios.

Todo el alimento de nuestras gentes se reducía a carne cansada, flaca y mal muerta. Una remesa de 300 quintales de harina, que desde principio del año había pedido el pueblo de San Ángel a la capital de Buenos Aires, se hallaba entorpecida desde entonces por las intrigas y monopolios de la administración general, que tenía interceptado el comercio de la provincia, y la introducción de todo género, con el plausible motivo de que los comerciantes engañaban a los indios y perjudicaban con sus tratos a los bienes de comunidad. Los recursos a la superioridad no eran eficaces. Los portugueses después de poner sus gritos en el cielo a vista de una carestía tan general, que parecía meditada, se empezaron a proveer de Río Pardo, tomando de aquí margen para otras introducciones clandestinas. Toda la plata que expendieron las partidas que no que no fue poca, paso por este medio a los dominios de Portugal, y los pueblos perdieron el logro del beneficio que les hubiera causado, despertando su industria, y dando actividad a su giro. La miseria y el contrabando son los efectos más seguros de la prohibición del comercio.

El Ministerio de Real Hacienda después de repetidas instancias a los tenientes y gobernador de Misiones, no pudo habilitar la partida, mas que con unas fanegas de maíz, que se conservaron cuidadosamente para -423- los que debían salir a navegar. Con tan cortos auxilios nos pusimos en marcha el 14 de octubre para no malograr lo ventajoso de la estación. La subdivisión portuguesa salió dos días antes, y ambas se vieron acampadas en el Ñucoraguazú el 21 del mismo. Desde luego se dispuso la conducción de las provisiones a los ranchos del Uruguay, y prontas las mulas con sus Cangallas, o aparejos se cedió también la de delantera a la comitiva de la reina fidelísima, que salió el 25, acompañando a pie con un bordón en la mano del coronel Roscio, que llevado del deseo de ver el Pepiry de la antigua demarcación, temió montar a caballo por las asperezas y ramas de la picada. El 26 fue puesta en marcha nuestra caravana de bastimentos a cargo del alférez Valdez, con una escolta de seis dragones y al otro día seguimos nosotros igualmente en pos de todos, montados en un macho pequeño, bastante a propósito para las circunstancias del camino. En el paso del Cebollaty alcanzamos las dos tropas, el 28 a la tarde, habiendo cortado hasta 31. Arroyos, que daban sus aguas a este río, corriendo de la izquierda o de occidente entre igual número de cerros encumbrados montuosos, que nos obligaron a echar pie a tierra para pasarlos y en que abundaban los cedros, hitos, laureles, inciensos, canelos, lapachos y otras maderas excelentes, con particularidad el árbol de la yerba. La mañana del 29 se empleó toda en pasar el Cebollaty, y el 30 llegamos todos a la orilla del Uruguay, donde estaban formados los ranchos o almacenes, en que se depositaron los víveres; habiendo cruzado asimismo otros 12

arroyos, que corrían a la inversa o de oriente, entre otras tantas colinas no menos escabrosas y pendientes.

El comisario portugués quiso, fuésemos en persona y reconocer la boca del Periry de los antiguos demarcadores, que teníamos justamente frente de los ranchos, el Uruguay de por medio y efectivamente botando al agua dos de las canoas acabadas de construir, pasamos allá juntos la mañana del 31, y saltamos en tierra sobre las dos puntas que forman su barra. En la oriental se vieron dudosos, indicios de un antiguo desmonte, retoñados los árboles que habían sido cortados, -424- y en el centro, un tronco viejo, desnudo y carcomido del tiempo, que parecía haber tenido impresos algunos caracteres; y se tuvo por el de 13 pies de altura, de que habla el Plan de Detal, en que inscribieron los antiguos demarcadores R F 1759. Sobre la occidental hallamos otro desmonte o rozado de pocos meses, y en medio un árbol con dos inscripciones que decían: 1.^a "Hucusque auxiliatus est nobis Deus = Pepiry 1788" 2.^a "Sine auxilio tuo, Domine, nihil sumus = Pepiryguazú 1788". Aquella estaba abierta en una plancha de cobre, y esta en el tronco mismo del árbol; y ambas fueron puestas por los geógrafos don Joachin Gundin y el doctor Joseph Saldaña en el segundo reconocimiento que practicaron del Uruguay, por disposición de los comisarios de la primera subdivisión, en los meses de julio y agosto del citado año de 88. Verificado este misterioso examen nos retiramos a los ranchos y como los caballos y demás bestias de carga no pudiesen subsistir allí, por falta de pastos, que absolutamente no los había dentro del monte, habiendo tenido que mantenerse durante el viaje, de hojas de árboles, especialmente de las de la caña Tacuarembó, que comían menos mal, fue acordado nuestro campo de afuera, dejando un destacamento de cada parte por custodia de víveres y canoas. En esta virtud aun no fue de día el 1.^o de noviembre que volvió el coronel Roscio a empuñar su bordón, y nosotros a tomar el mulillo, que fue todo nuestro desempeño, poniéndonos el 3 a la tarde, en el Ñucoraguazú, después de 29 horas de marcha, sin embargo de haber llovido copiosamente desde el 2, y haberse puesto el camino punto menos que intransitable. Nuestro concurrente tardó hasta el 7 empleando 14 días en su trabajosa romería, de ida y vuelta.

Concluida felizmente esta penosa jornada y viendo que el coronel portugués enderezaba sus miras al Pepiry de los antiguos demarcadores, tratando con actividad y eficacia de su reconocimiento como la sola obra de nuestra comisión; al paso que un entero olvido se desentendía studiosamente del verdadero Pepiryguazú, que una vez descubierto, como ya se apuntó, por los geógrafos de las primeras partidas, debía ser el principal objeto de nuestras atenciones; nos vimos -425- obligados a pasarle el siguiente oficio, solicitando el reconocimiento de este río, después de haberle hablado en diferentes ocasiones sobre el particular sin el menor fruto, dando margen por este estilo a una dilatada discusión, que no podemos dejar de insertar, antes de exponer las operaciones que siguieron.

Reconocimiento del Pepiryminy, o río de los antiguos demarcadores
Llamamos Pepirymini a este río, cuyo examen vamos a exponer y que los antiguos demarcadores equivocaron con el Pepiryguazú; como se ha hecho ver en los documentos que anteceden. Parecía lo más natural y conveniente

principiar a un mismo tiempo el reconocimiento de los dos ríos en disputa, y a este fin se dirigieron desde luego todas nuestras miras; mas los portugueses no se hallaban con tan sanos deseos, ni estaban a la verdad tan prontos, como acababa de asegurar su jefe en los oficios, o a lo menos no se movían con aquella ligereza y actividad, que exigían las vivas protestas, con que pretendía hacernos responsables de los atrasos y perjuicios. Nombrados, el 17 de noviembre por una parte el teniente extraordinario de ingenieros don Joseph María Cabrer, y el geógrafo don Andrés de Oyarvide, y recibí la instrucción de sus respectivos destinos, aquel el Pepirymini y este el Pepiryguazú, salieron, el 19 de nuestro campamento del Ñucoraguazú, y llegaron el 23 a los ranchos del Uruguay quedando desde aquel día prontos con sus canoas, tripulaciones, escolta y víveres.

No se aguardaba el coronel Roscio esta reconvencción tan ejecutiva de las vías de hecho, acostumbrado a dudar de todo cuanto se le anticipaba, muy persuadido de que usábamos de su misma política; mas se desembarazó por entonces de la sorpresa, nombrando de su parte otros dos oficiales para la misma diligencia. Fueron estos el capitán de artillería y astrónomo Joachin Feliz da Fonseca y el ayudante de ingenieros Francisco das Chagas Santos, que transferidos, el 25, a los -426- ranchos de la Guardia con sus correspondientes comitivas fueron luego requeridos cada cual por su respectivo concurrente para dar principio a las operaciones, siendo no poco de atender al consumo inútil que hacían de los bastimentos, tanto más estimables en aquel paraje, cuanto eran escasos y costosos de introducir por el fragoso camino de la picada. Tenían aun que fabricar algunas canoas, y debían acopiar también mayor porción de provisiones, y no pudieron responder a los deseos de su comisario hasta el 8 de diciembre. Nuestro ingeniero Cabrer pudo fácilmente avenirse con esta disposición, reducido su encargo únicamente a seguir a Joachin Feliz, y aun se aprovechó de esta demora para mejorar y aumentar también el número de sus pequeños buques pero Oyarvide, a quien se le había recomendado la brevedad, exigiéndolo así la calidad de su comisión, y a quien no se ocultaba desde el principio la simulada tibieza de los portugueses, que interesados en eludirla, tiraban a retardarla, con la idea, tal vez que bajase el río, y no fuera practicable, resolvió ponerla por obra de su parte el 27 de noviembre dejando a su colega Las chagas, que aun no trataba de seguirlo.

Nosotros para mayor claridad separaremos la relación de estos trabajos, como se ha obrado hasta aquí; mas entretanto siendo inútil permanecer en el Ñucoraguazú con el grueso de las partidas y no poco costoso a la Real Hacienda se dejó una guardia competente para la conservación de aquel puesto importante, y mantener abierta la comunicación con los otros intereses, y bajamos el 22, al pueblo de San Ángel en compañía de nuestro concurrente poniéndonos también de este modo más en proporción de facilitar los socorros, con que mensualmente se debían auxiliar las dichas guardias, y los destacamentos, de arribos facultativos. A la sazón era ya relevado del mando y dignidad de virrey del río de la Plata el señor marques de Loreto. Habiéndole sucedido, el 4 de noviembre el excelentísimo señor don Nicolás de Arredondo mariscal de campo de los Reales Ejércitos: e instruido con documentos de cuanto se había actuado, no dejó Su

Excelencia de prestarnos su aprobación. Asimismo se habían retirado a principios de dicho noviembre, las primeras partidas -427- del Pueblo de San Juan, quedando, solo el comisario principal de la reina fidelísima, como particularmente encargado de ambas subdivisiones portuguesas. Nuestro comisario director don Joseph Varela se dirigió con la peculiar de su cargo a Montevideo por la vía de Santa Tecla y destacó al piloto don Joachin Gundin, para que acabase de levantar el plano del Uruguay, a cuyo efecto llevó la Colección de instrumentos astronómicos; la que se debía entregar por expresa orden del excelentísimo señor don Antonio Valdez Ministro de Marina al capitán de fragata don Alejandro Malespina, que destinado a dar la vuelta al mundo con dos corbetas, acababa de tocar en Buenos Aires. Joachin Feliz por otra parte se había llevado a su destino del Pepiry la otra colección portuguesa, y así vinimos a quedar destituidos de recursos y se perdieron las observaciones que ocurrieron en San Ángel.

El 8 de diciembre de 89, emprendieron pues el reconocimiento del Pepirymini Cabrer y Joachin Feliz⁶², en 16 canoas tripuladas por indios, una escolta de 20 hombres de armas entre soldados, dragones y milicianos, que mandaba el alférez don Juan Joseph Valdez, 2 baqueanos de monte o directores de picada de la villa de Curitiba, y víveres para unos dos meses y medio, o poco más, con algunas municiones y pertrechos, que fue todo lo que se pudo acomodar en los pequeños vasos, dejando otra cantidad casi igual de provisiones en el almacén general del Uruguay. Apenas dieron principio a su navegación, cuando empezaron también las infelicidades y los trabajos que siéndoles después tan comunes, se llegaron a familiarizar con ellos; las volcaduras de las canoas y cada paso con riesgo, y tal vez pérdida de alguno de los que no sabían nadar, y siempre con avería de sus pobres tratos y comestibles; la dura pensión de arrastrar las mismas canoas, largos trechos por cima de las piedras, con toda la gente en el agua a desmontarlas a fuerza de brazos por innumerables saltos y arrecifes, transportando su carga a hombros por tierra; la continua -428- batalla y choque perpetuo de las corrientes que precisamente habían de vencer, remolinos, peligrosos, caxoeras rapidísimas; la anticipada fatiga de sondear y escoger los mejores canales que formaban las islas, la de limpiarlos de la ramazón alta de los árboles de que estaban cubiertos y finalmente la de remover y apartar los viejos troncos, y chopos ocultos, peñascos gruesos, lajas resbaladizas y cortantes, con otra infinidad de estorbos que encontraba a cada momento, y en que se detenía su pequeña escuadra, etc. Con esta molestia y penalidad tardaron hasta el 25 de dicho diciembre en subir la distancia de 20 leguas contando sobre 150 arrecifes de difícil tránsito, y 2 saltos de más consideración, hasta la altura observada de 26° 51', siendo el cauce del río tan tortuoso y quebrado, que la misma distancia contada por su rumbo directo que es al N E ¼ N no pasa de 7 leguas.

En este paraje, poco arriba del arroyo nombrado de las Tarariras en la pasada demarcación, y hacia donde a corta diferencia parece, dejaron también sus balsas en aquel tiempo: no siendo ya el río de manera alguna navegable por su corto caudal, la escabrosidad de su fondo y aspereza de sus barrancas, u orillas, formaron sobre la de occidental unos ranchos para depósito de sus bastimentos; y despachando, el 30 varias de las

canoas, bajo la conducta del alférez Valdez, por las que habían dejado en el Uruguay, siguieron el 13 de enero de 90, su descubrimiento por tierra, no habiéndolo antes permitido las lluvias y malos tiempos.

Doblada una pedregosa serranía, con algunos regatos de corta entidad, pasaron el 16 a las 3 leguas, después de haber registrado el desmonte hecho por los demarcadores del año de 59; y en su centro el gran árbol de Tupía, con una Cruz gravada en su tronco, como marca del último punto de su exploración. Acostumbrados en el Paraná a enriquecer y extender sus conocimientos sobre el terreno prescripto por sus antecesores, más animosos también ahora numerosos geógrafos pasaron adelante, abriendo a repetidos golpes de machete la intrincada breña, más difícil de romper en las márgenes y cercanías del río, de que no podían separarse sin perderlo, extraviándose -429- por el interior del Monte. Con la precisa demora de esta diaria ocupación, y obligados a seguir el sinuoso Zigzag, necesariamente habían de hacer muy cortas jornadas, tanto que por lo regular no excedían de una milla o media legua, y a veces hacían alto sobre el mismo sitio de la noche anterior después de haber dado una gran vuelta con el río, que podrían haber excusado, cortándola por su garganta, de tener su noticia anticipada. Un arroyo pequeño, con barranca de piedra viva y escarpadas manera de un muro inaccesible, les obligó, el 27 andadas 9 leguas a pasar con agua a la rodilla a la ribera oriental, por un salto que contaban ya el 8º, dejando una cruz que sirviese de guía a los que condujesen los víveres que aguardaban ya con impaciencia del rancho de la provisión.

Al paso que se internaban, más y más erizado el terreno de monstruosos peñascos, lajas acantiladas, y horrorosas desigualdades, multiplicaba los saltos del río, y eran forzados a repararlo más a menudo, creciendo las dificultades de su marcha en la misma razón que los embarazos de su retirada, que en caso de creciente podrían ser insuperables. Fuera de esto habían notado varias veces desde su entrada en el río vestigios de infieles, mas desde el puerto de las Canoas, fueron más frecuentes, encontrando diversas rancherías de parcialidades distintas y numerosas, que aumentaban su cuidado por estar recién desamparadas, y humeando en ellas todavía los fogones. Vieron al derredor de estos hogares muchos despojos y huesos de antas, venaos, loros, yacues, peces, ollas de barro cocido y pulidamente labradas; canastillas como para frutas, muy bien tejidas de la paja o cáscara del güembe y colgadas por sus asas de los árboles hasta cobos o cestos, aun más aiosos de bejucos o carrizos para pescar; muebles todos hechos con la industria, al estilo y gusto de los pueblos civilizados, y que indican haber entre aquellos indios algunos desertores. Esto no obstante redoblando numerosos oficiales su cautela, como requería la calidad de aquellos habitantes del bosque, y pedía la cortedad de sus fuerzas precisamente repartidas en varios destinos, continuaron todavía otras 5 leguas su penosa ruta, hallando varios -430- islotes otros regajos que descendían de las quebradas y empinados cerros de ambas orillas y aumentaban el caudal del río, ya demasiadamente disminuido como cercano a su origen.

Considerando aquí lo mucho que se iban empeñando; la escasez de mantenimientos, los con que se hallaban, la tardanza del socorro que habían dejado recomendado, lo incierto del que les debía venir del

Uruguay, el general desaliento de su reducida comitiva, agobiada del peso de las cargas, y el inminente riesgo de los indios tupices, que subía de punto con la distancia, a vista de todos estos inconvenientes y demás obstáculos que les rodeaban por todas partes, dificultando cada días más, o imposibilitando del todo la continuación de aquella diligencia; acordaron el 30 su regreso, y lo pusieron en práctica al día siguiente. Las gruesas y frecuentes lluvias, las turbonadas, tiempos de truenos y relámpagos, y más, que todo los huracanes temibles que causando asombrosos destrozos en los montes los ponían en la mayor consternación con el estruendo y los agigantados árboles que arrancaban de raíz, y caían a su lado, no les habían dejado de perseguir desde el principio de su comisión, mas ahora parece trataban de oponerse a la resolución de su retirada, cargándoles de tal suerte, que vistiendo la ropa mojada muchos días de seguido, se vinieron todos a enfermar de las humedades y fríos, del cansancio y vigiliás, y sobre todo por la multitud de sabandijas ponzoñosas y molestos insectos, voraces de sangre humana que con sus ardientes agujijones los mortificaban lo que no es decible, cubriéndolos de ronchas picantes, sarnas contagiosas, dolorosos granos en que anidaba tal vez, y se nutría la ninfa o gusano del mismo insecto. Los dos facultativos, como de más delicada fueron también los que adolecieron más, y sobre que se cargaban las mortíferas plagas de mosquitos, jejenes, tábanos y otras muchas moscas de varias especies, que se sucedían unas a otras, y remplazaban en las horas del día y de la noche según las estaciones. El de Su Majestad Fidelísima con especialidad, se llegó a hinchar y poner monstruoso de horrorosa lepra, de manera que aunque el 6 de febrero encontraron el socorro que -431- guardaban, no pudieron ya dejar de seguir su determinación y el 1 llegaron al puerto de las Canoas. Como el reconocimiento de este río, practicado ya suficientemente en la antigua demarcación, se reiteraba ahora a instancias del comisario lusitano, y a pesar de nuestras repetidas protestas, fundadas sobre su inutilidad; la instrucción que llevaba el geógrafo español, se relucía únicamente a seguir y acompañar, como era justo, al portugués, hasta donde lo quisiese continuar, sin embarazar, ni proponer de su parte operación alguna. Por este motivo pudo Cabrer fácilmente convenir y regresar, hasta el referido puerto de las canoas; mas cuando su concurrente trató de llevar adelante su retirada con el pretexto de su enfermedad, aunque ni él ni los suyos disfrutaban de mejor salud, resolvió aguardar antes nueva determinación, que abandonar del todo su destino, sin expresa orden de su jefe. Dio cuenta de todo lo que se había operado, y del prudente partido que tomaba, remitiendo los más graves de sus enfermos con el mismo Joachin Feliz, que contento con dejarle parte de su escolta, se puso en derrota con el resto, el 20, y arribó el 3 a los ranchos del Uruguay. Informó desde ellos a su respectivo comisario, y como en las cartas y relación de su viaje hablase poco o nada de su dolencia, fundando las causas de su regreso en las dificultades invencibles, que ponderaba haber encontrado en la prosecución de aquella obra, habiéndose vencido superiores en la expedición de San Antonio, le fue dada la disposición de recomenzarla, sin obtener otra indulgencia con sus representaciones, que el envío de un físico, que procurase mejorar su mal estado de salud con una curación paliativa.

¡Tal era el empeño de los portugueses en seguir el examen de este río, que no los contenían los mayores embarazos! Creían que consiguiendo ligar sus cabeceras con las del río San Antonio mejoraba la condición de su disputa, y nadie dudaría y de ser el verdadero Pepiryguazú. Ponían en esto su mayor esmero, y todo otro trabajo no era de importancia para la Demarcación de límites. En vano se trataría, disuadirlos de esta falsa idea, o más bien de esta voluntaria -432- ilusión. Era un sistema artificioso que contaba más de 30 años de antigüedad, y todos nuestros esfuerzos hubieran sido tan inútiles como la primera vez. No podíamos dejar de convenir en adelantar más tan infructuoso como difícil descubrimiento, y solo aspiramos a sacar la ventaja posible de nuestra forzada condescendencia. Parecía de moral imposibilidad llegar a ver por esta parte el celebre Cury de las vertientes del San Antonio: y de seguridad moral que este río no bajaba del famoso Cerro de Pinheyro. Fundados en una estima arbitraria sujeta y mil errores, lo habían supuesto así los demarcadores antiguos; dando sentado que los pantanos que provenían de las faldas meridionales de dicho cerro, y en que estuvieron numerosos geógrafos, subiendo por el San Antonio, daban origen a su pretendido Pepiry. Aun cuando se tratase de alguno de sus brazos transversales, sería esta suposición una casualidad inesperada. ¿Cuánto lo sería más respecto del canal principal que es el que ahora se seguía? Sobre ella no obstante se dieron en aquel tiempo estos ríos por fronterizos y no hubo dificultad en dirigir por ellos la Línea Divisoria. Nuestro concurrente estaba, o lo afectaba estar, no menos imbuido de esta quimera, y en ella hacía estribar todas sus esperanzas. Conque si la experiencia llegaba a manifestar lo erróneo de estos principios quedaba destruido su más sólido argumento. Cabrer tuvo pues la orden de guardar a su cooperante, y el suceso no hizo más que acreditar nuestra conjetura como se va a ver.

Habían para este tiempo vuelto del efectivo Pepiry los otros dos geógrafos, y aunque no habían conseguido perfeccionar su indagación, fue necesario interrumpirla por entonces, para atender al reconocimiento de aquel otro río, que ocupaba todas nuestras fuerzas, atemperándonos hasta en esto al sistema lusitano, para hallar después la misma facilidad y correspondencia, en caso de haberse de volver también a este río como era probable. La fatal navegación del Pepirymini nos obligaba a socorrer a Cabrer todos los meses, no siendo fácil remitir de una vez considerable cantidad de provisiones, y apenas bastaban para llenar este objeto todas nuestras gentes y canoas, que padecieron -433- frecuentes naufragios y grandes averías en esta carrera. La partida portuguesa sufrió aun mayores desastres, viniendo a ser víctima de estos repetidos incidentes varios de sus individuos. La extraordinaria rapidez de las aguas, sus formidables hervideros, los saltos y el sin número de arrecifes hacían inevitables semejantes desgracias, ocasionadas tanto por la pequeñez y debilidad de los bastimentos no soportándolos de mayor porte el poco fondo. Tardó Joachin Feliz en reponerse hasta principios de abril y reunido el 19 con su compañero, emprendieron de nuevo su ardua investigación el 26, y el 7 de mayo estuvieron en el punto mismo de donde se habían regresado el 30 de enero anterior, habiendo encontrado los arroyos crecidos por las fuertes lluvias, y muerto un tigre y un lobo marino. Por cerros encumbrados y breñas impenetrables de la caña llamada Tacuarembó siguieron

el mismo día la ribera de occidente, cortando algunas zanjas y regajos, y alcanzándolos el 14 un pequeño auxilio de víveres, despachado del rancho de la provisión, despidieron con la escolta que lo conducía algunos indios que se habían enfermado en los 26° 20' de latitud, pasadas como 5 millas, seducidos del tamaño de un arroyo, que bajando del 4° cuadrante disputaba al río su magnitud, le examinaron no pequeño trecho; mas torciendo demasiado al SO rumbo que les separaba mucho de su deseado Cury, le abandonaron luego y tomaron el brazo del NE conociendo también ser el mayor. Subieron el 22 a las 10 millas, una hermosa catarata, que arrojaba el caudaloso torrente por una elevación de 50 pies, repartido en cuatro caños distintos, llamándola Salto 14, y remediada su necesidad con una abundante cosecha de piñones, gustoso y saludable maná que pródiga y liberal mano les deparó en aquel desierto espantoso no menos destituido de humano recurso que los de la Arabia, montaron otros tres saltos de menor altura, todos causados como los anteriores, por la escarpada fragosidad y planicies o mesetas alternadas del terreno. Cruzaron el 27, el paralelo de 26° 12' donde debía yacer el suspirado Pinheyro 2 millas a occidente según un plano que les gobernaba del -434- coronel Roscio, y el 28 finalmente andadas otras 2 leguas toparon con un pequeño y barrancoso manantial cercado de un tremedal arenoso que da origen al dichoso río en los 26° 10' de latitud y proviene de las faldas de una colina de 400 pasos, que tendida EO reparte también aguas al septentrión.

Tratose luego de reconocer la tal colina, al día siguiente salió una partida, que empleó hasta el 31, en recorrer su pierna oriental en la distancia de más de 2 leguas. De su extremo nacía un río como de 5 a 6 varas de ancho y 2 a 3 cuartas de hondo, fondo pedregoso, orillas barrancosas, y adornadas de grandes tacuaras, y que formando desde su principio una vistosa confluencia, giraba como en vuelta del NE. Del 1.º al 5 de junio examinó la dicha partida la pierna occidental de la misma cuchilla, y terminaba también a las 3 leguas, dimanando asimismo de todos sus derrames y vertientes otro río, aun de mayor caudal que el primero y que discurría al O el cumplido tramo que alcanzaba la vista. Componíase la citada partida investigadora de baqueanos y soldados prácticos de una y otra nación, que habiendo estado antes en el San Antonio conservaban la idea precisa del nacimiento de este río, y situación del Pinheyro con la inscripción latina Non plus ultra, grabada en su tronco el año 1788, y todos depusieron uniformemente no haber hallado tales señales, ni ser aquella loma la de las cabeceras del San Antonio.

Con el inesperado auxilio de las almendras de Cury o piñones, estando cubierto todo aquel paraje de un inmenso y frondoso pinar, hubieran podido llevar adelante su especulación numerosos geógrafos; mas lo graduaron superfluo. Los dos ríos que habían visto correr de aquella serranía, con direcciones casi opuestas del NE y O, abrazaban una área de muchas leguas, y les tenían lugar de una descubierta mayor que la que se les podía pedir. El San Antonio, según la latitud de su origen, no podía estar en aquellas inmediaciones, como lo suponía el plano arriba citado de nuestro concurrente, construido a lo que parece en la barra del Iguazú. El nuestro con arreglo a ellas, lo sitúa 9 millas largas más al O, que es hacia donde se le debe considerar, por ser el río -435- primero, o más occidental de los que fluyen al referido Iguazú, pero aunque esta circunstancia

califica nuestro plano de mayor exactitud, con todo no le podemos dar por enteramente exento de error, no habiéndose encontrado el San Antonio a la distancia en que fue reconocida la cuchilla. Ciertos pues los dos oficiales, de no ser, ni con mucho fronterizo del San Antonio el supuesto Pepiry, ni menos descender de la célebre montaña del Pinheyro como se había creído, nueva equivocación de numerosos predecesores, que ponía de peor condición la causa de los portugueses, como habíamos conjeturado; acordaron su regreso, lo pusieron en planta, la mañana del 6 habiendo enviado por delante hasta 10 indios enfermos, de los que pereció uno de miseria en el camino. Tropezaron, el 10 con la segunda conducta de víveres, que aguardaban o mas bien con los conductores, que en vez de socorros, les llevaban el nuevo embarazo de suministrar los consumos de la comitiva. Contando ya 21 días de marcha y no pudiendo ser la carga de un hombre, particularmente en aquellos caminos, mucho mayor que lo que debía comer en ese mismo tiempo, aun arreglada su ración diaria con toda economía, como lo estaba en 30 onzas por todo mantenimiento; les restaba tan corta porción que aún no alcanzaba para el regreso de los mismos que los venían a socorrer. Por último a fuerza de industrias, y supliendo su escasez con alguna caza, frutas silvestres, miel y otros arbitrios de la laya que daban los montes, pudieron el 19 tomar las canoas y arribando el 21 a los ranchos del Uruguay, de donde habían salido el 8 de diciembre anterior, se restituyeron el 6 de julio con felicidad al pueblo de San Ángel.

Es pues en resumen, todo el curso del Pepiryminy, de 21 leguas los 15° SO desde su origen principal en los 26° 10' de latitud hasta su barra en los 27° 10' 30". La misma distancia subiría a 44 leguas si contásemos sus numerosas y complicadas vueltas. Los saltos más considerables son 17 e innumerables los arrecifes, de suerte que no da media legua de navegación tranquila y libre de riesgo en toda su extensión. Los geógrafos, aludiendo a no haber encontrado el Cury o Pinheyro de la marca que buscaron cuidadosamente lucieron gravar la -436- siguiente inscripción en varios árboles de hacia las asperezas y Collados de las primeras fuentes de este Río "Saliens im montes⁶³, transiliens Colles: Quesivi illum et non invení. A. 1790 (Canticum Cant. C. 3.): y en su entrada en el Uruguay, debajo de Plancha de Cobre, que pusieron los facultativos de la primera subdivisión, dándole mal a propósito el nombre de Pepiry "Pepiry predato nomine vocor. a 1790." Duró esta trabajosa expedición 7½ meses en que padeció nuestra gente lo que no es decible. Naufragaron muchas canoas y balsas, perdiéronse cantidad de provisiones, armas y pertrechos y se ahogaron 1 soldado y 2 indios de la partida portuguesa.

Reconocimiento del Pequiry o Pepiryguazú

Encargado del reconocimiento del Pequiry o Río de Mojarritas o Pececitos que eso significa en el idioma de los indios, nuestro geógrafo don Andrés de Oyarvide desde el 17 de noviembre se transfirió, el 19 como ya se dijo, a los ranchos del Uruguay, con todo el destacamento que le debía acompañar de nuestra parte. Siguióle dos días después por la de Portugal el ayudante

de ingenieros Francisco das Chagas Santos, como había convenido el comisario de la reina fidelísima; pero esto fue más por aparato y ostentación, que con ánimo de concurrir de veras al desempeño de una obra de tal importancia y el envolvía grandes dificultades. La variante del río, que aumentando todos los días, hacía recelar no poder subir hasta sus cabeceras, el consumo inútil de las provisiones más necesarias, y lo estrecho de las órdenes para no perder instantes, no fueron motivos suficientes para sacar de su paso al ayudante portugués. Trataba con indolencia de aumentar el número de sus canoas, e introducir mucho acopio de bastimentos del campo de Ñacoraguazú, y la frialdad de sus disposiciones anunciaba sobradamente lo simulado de estos pretextos. Receló Oyarvide no tener concurrente, -437- o a lo menos conoció, que para lograrlo era menester ponerse en camino, y emprendió solo su navegación, el 27, con 4 canoas, 6 indios, 6 milicianos de la provincia del Paraguay, 3 dragones, 2½ meses de víveres, después de haber reconvenido y protestado Las Chagas sobre las resultas.

Montados dos considerables arrecifes entre otros menores del grande Uruguay, que bastaron a detener los comisarios de la antigua demarcación; y examinada a las 700 ½ millas la boca del Mbary que bajando de las caídas occidentales del albardón de Santana, donde están los yerbales de los pueblos de San Luis y San Miguel, fue equivocado en aquella época con el Uruguaypitá, estuvo nuestro geógrafo, el 8 de diciembre navegadas en todo 15 leguas en la barra efectiva de este río, poco equivocabable con ningún otro de la costa del S, habiendo registrado las inscripciones, y desmontes, hechos con el Apetereby, y otro arroyo de la del N. por los oficiales de las primeras partidas. Corre el positivo Uruguaypitá la gran distancia de 60 leguas y se compone de tres brazos principales, que abrazan aun mayor espacio, teniendo su principio hacia los 98 grados de latitud del primero y segundo monte, cuyas faldas meridionales dan origen al Igay.

A las 8 leguas justas de dicho Uruguaypitá (o Río de aguas coloradas aunque en el país no es extraño por serlo generalmente las tierras) se halla en medio del Uruguay la decantada isla, conque todas las noticias antiguas, y modernas caracterizan el verdadero Pepiryguazú, y que realmente está frente de su boca a la distancia de 200 toesas. Es bastante montuosa, de mediana altura y su proyección de 2/3 de milla a los 11° NE. En su punta N se lee en el tronco de un árbol de Carupayná la inscripción "Te Deum laudamus, 4 de agosto de 1788" que don Joachin Gundin, geógrafo de la primera subdivisión puso por término de su segundo viaje, y en demostración de alegría de haber encontrado el deseado Pequiry por que tanto anhelaba. Extendió Oyarvide la misma tarjeta y añadió "Lætentur insulae multae. 12 de diciembre 1789".(Pral. 96). Pasó de allí a examinar la barra del río; que halló de 110 toesas de ancho, y siguiendo la misma idea de su antecesor inscribió en un -438- Zapiypitá de la punta S. aquello de los Cantares "Inveni quem diligit anima mea, Pequiry seu Pepiryguazú 12 diciembre 1789 (C. 3. V. 4.).

Montó, el 13 a las 3 ½ millas de la dicha barra un salto de 9 pies, marca no menos característica de este río y la referida isleta, arrastrando las canoas por la ribera occidental, y el 24 vencidos con el mismo trabajo otros muchos arrecifes en la distancia de 22 millas, teniendo el último

hasta 14 pies de elevación, graduó indispensable formar un rancho pequeño y dejar en él parte de los víveres para su regreso, al cuidado de cinco individuos, que iban ya algo fatigados, y los pies muy heridos de las piedras y lajas del fondo del río. Tomada esta resolución, continuó su penosa fatiga con dos solas canoas y el resto de su gente. Eran tributarios del Pequiry en el tramo inmediato frecuentes arroyos no pequeños, y otros carros vistosos de agua que se despeñaban gradualmente de las serranías que le costeaban por ambas orillas. Entre todos sobresalía uno más notable que a las 8 ½ leguas, bajaba del oriente y penetrando por él cosa de 2 millas, le dio el nombre de Pequirymini, siendo glorioso émulo del brazo principal. Crecía la escabrosa altura de las sierras al paso que se internaba por ellas y culebrándose el río por las sinuosidades que formaban, venía a ser cada vez más difícil su navegación con la multitud de arrecifes grandes, que sobre el peligro de las corrientes aumentaban el trabajo de suspender más a menudo las canoas, y transportar las cargas sobre los hombros. Una serie de muchos días en que los malos tiempos y copiosas lluvias le hicieron perder la mayor parte, agravando lo ya demasiado fatal de tantos escollos con la nueva rapidez de las crecientes, redujo la jornada de los pocos que pudo aprovechar a solo la distancia de 4 leguas; y a su extremo fue nuevamente detenido, el 10 de enero de 90, por otra hermosa catarata que estrechando las superiores y explayadas aguas del Pepiry de 120 toesas, en un lecho angosto de 12, y 370 de largo, erizado de gruesos y negros peñascos, las precipita en un solo, tumultuoso y arrebatado torrente de nevadas espumas, por una progresión de gradas sucesivas, en que se distinguen tres estaciones principales, siendo -439- su total elevación de 11 toesas, y formando el todo el admirable prospecto de un pasmoso anfiteatro, que captaba la atención.

Ni las fuerzas, ni las provisiones conque se hallaba nuestro explorador alcanzaban para superar aquel nuevo embarazo. Era preciso abrir una picada por dentro del monte, subir por ella las canoas, y empleando en esta faena los pocos días de víveres que le quedaban, no podía hacer grandes progresos. Sin embargo considerando que el ayudante portugués podía arribar de un instante a otro con nuevo refuerzo, determinó esperarlo algunos días en aquel paraje, cercenando a los suyos la mitad de la ración, que siendo de dos libras, como se dijo antes, quedó reducida a solo una media de tasajo o charque y media de legumbres, o maíz. Entretanto, deseoso de adelantar del modo posible su investigación, siguió pie a tierra la orilla del río, hasta que a la distancia dicha 370 toesas, del otro lado ya de los arrecifes y reventazones del salto, lo detuvo otro arroyo de entidad, que venía del 4.º cuadrante a que llamó Bermejo, por el color de sus aguas. Subió después a la cinta de un gran cerro distante mil pasos al SO de la principal caída de la catarata, desde la alta cruceta de un elevado Apetereby relevó el cauce principal del Pepiryguazú, en la distancia de 6 a 8 leguas que se descubrían entre los 15° y 30° NE y el arroyo Bermejo, al NO. El terreno parecía disminuir de fragosidad y aspereza, más los montes continuaban tan espesos e interminables, como hasta allí, hacia las plagas del mundo, y a trechos grandes manchones de Pinares. En el robusto pie de un Timboybatá que se hallaba sobre el primer despeño de las aguas, y registraba todo el canal del río, hizo esculpir,

la inscripción siguiente con relación a la misma alegoría que ya indicamos, "eum: nec dimittam. Pequiry seu Pepiryguazú. 10 Jan° 1790" y en el Apetereby de la descubierta. "Simul montes excultabunt. 11 Jan° 1790". (Cant.c, 3. v. 4) (Ps. 97).

Finalmente cumplido el 5.º día de aguardar a los portugueses, y no siendo ya dable suspender días tiempo su retirada, la puso en ejecución el 14 de enero; y la tarde del 15 encontró a su concurrente sobre la confluencia del Pepirymini, reducido a una pequeña balsa de -440- dos canoas, sin otra escolta que 4 soldados, que hacían también de remadores, y un sirviente. Corto socorro a la verdad, en que se confiaba demasiado, más que no obstante fue el único con que auxiliaron los lusitanos en esta importante expedición, mientras que al mismo tiempo nos prestábamos nosotros con todas nuestras fuerzas al reconocimiento inútil de su pretendido Pepiry. El coronel Roscio vivía muy persuadido, que si obraba de otro modo, o concurría de su parte como era justo, al examen del Pepiryguazú, autorizaba con los hechos la opinión contraria a la que había defendido por escrito con tanto tesón. Las Chagas se había detenido, como ya dijimos hasta el 8 de diciembre en los ranchos del Uruguay, para construir otra canoa cuyo tamaño le obligó a hacerle regresar, no habiéndola podido montar por los arrecifes. Su compañero Joachin Feliz pudo haberle franqueado algunas de las muchas que ocupó sin necesidad, mas esto sería ir contra el sistema propuesto; y así esta bizarra idea del comisario de Su Majestad Fidelísima fue la verdadera causa de la detención de su ayudante. Empeñado pues este en continuar en aquellos términos hasta el salto del Pequiry, sin que nadie pudiera disuadirlo de tan fútil empresa, siguió también nuestro geógrafo su determinación, y el 20 de enero llegó a la barra del río, habiendo recogido antes el repuesto de víveres que dejó a la subida, sus dos canoas y los 5 individuos ya mejorados.

Era la mente de Oyarvide en este proceder dar cumplimiento al segundo artículo de su instrucción, que le ordenaba subir el Uruguay a lo menos hasta lograr descubrir la boca del Uruguayminí, que los facultativos portugueses pretendieron equivocar, no sin refinada malicia con la del verdadero Pepiryguazú. Navegando en esta virtud el Uruguay aguas arriba, dio el 25 a las 12 leguas con la deseada confianza del referido Uruguayminí, río nada fácil de confundir con otro alguno, tanto por su dirección del oriente, como por su gran caudal de aguas, y sobretudo por el dilatado valle de frondosos y corpulentos pinos, que se extienden por su ribera meridional hasta las orillas del Uruiguaypitá; circunstancias todas con que le caracterizan y distinguen los planos impresos, especialmente la gran carta de esta América por el -441- geógrafo del reino don Juan de la Cruz. Dejando pues abierta en un Zapiypitá de tres ramas de la punta S. la inscripción "Flumina plaudent manu. Uruguayminí. 25 Jan. 1790" (Ps. 97), adelantó nuestro piloto para asegurarse más de su conocimientos, otras 5 leguas la navegación del gran Uruguay, el que declinando algo del E al N se hace cada vez más ancho, manso y navegable; y dando aquí por acabada su diligencia el 27, el 4 de febrero con toda prosperidad a los ranchos de la Guardia, de donde había salido el 27 de noviembre anterior.

Dos días antes de su arribo encontró detenido en el Salto del Uruguay un

socorro de provisiones que se le mandaba, y conducía el cabo de dragones Pedro Iguino. Su concurrente las Chagas había llegado el 27 de enero, y el que estuvo para ahogarse, habiéndosele virado la balsa, en que venía, en uno de los arrecifes del Pequiry, de donde le sacaron ya sin alientos ni sentidos, perdiendo todo su equipaje, y salvando casualmente los papeles, y algunos comestibles, con lo que pudo legar a salvamento.

Esta es en substancia la relación del diario de Oyarvide. El curso del río en las 21 leguas reconocidas, sin incluir las 8 descubiertas desde el Apetereby, es a los 38° E y su anchura como de 60 toesas hasta la barra del Pequirymini, y de allí hasta el Salto de 30. Enera de las razones que ya expusimos en la competencia que antecede, sosteniendo contra nuestro concurrente ser este el verdadero Pepiryguazú, la circunstancia solo de no hallarse otro río de mayor caudal, que entre en el Uruguay por la banda del N en las 10 leguas, anegadas por nuestro geógrafo, a saber 23 antes, y 17 después, nos lo persuade hasta la evidencia. El tomado por tal en la pasada demarcación, siendo menor indudablemente, deberá a lo sumo, ser el Pepirymini, pues no se ha encontrado río alguno de este nombre, y lo debe haber, como indica la relación de las partículas guazú y miní, comparativas de su magnitud en el idioma de los indios. No lo demuestra menos la etimología de Pequiry primer título con que el tratado preliminar señala este río y que en Guaraní significa río de Pececitos o Mojarritas. Las canoas de nuestras gentes se llenaban todos los días desde que entraron -442- por sus aguas de dichos animalitos, como refiere dicha relación. A mas que el mismo tratado no podía, en 1777, dar a entender con esta denominación de Piquiry el río aquel expresamente le fue suprimida en 1759, por los comisarios de límites de aquella época, como declaran en sus diarios, y dejamos advertido en nuestro tercer oficio (pág. 379). Luego el Pequiry o Pepiryguazú de que habla el artículo 8.º no es ni puede ser otro que el río de nuestra aserción.

Aunque Oyarvide no pudo llegar a las cabeceras de este río, ni menos indagar otro fronterizo a él, que fluyese al septentrión, hacia el Iguazú o Grande de Curitiba, como le prevenía su instrucción, y para lo que sería indispensable la campaña de otro año, con otros preparativos; el reconocimiento practicado, parece, daba luces suficientes para resolver el problema y que pudiera ser acertada la determinación de las Cortes, mas aunque lo expusimos así respetuosamente a la consideración del señor virrey de Buenos Aires, cuando dimos cuenta en 12 de marzo del regreso de los facultativos, consultando Su Excelencia el punto con el comisario director don Joseph Varela, que acababa de llegar a dicha capital, y que como primer autor de esta disputa tenía particular empeño en el examen de este río, y en que se adoptase por límite, fue resuelto lo contrario. La contestación del señor don Nicolás de Arredondo de 13 de abril es concebida en estos formales términos, "Sin embargo de conceptuar vuestra merced, que basta el reconocimiento practicado para instruir a las cortes del fundamento de nuestras pretensiones, y que puedan resolver con acierto, parece indispensable que se continúe el examen del Pepiryguazú y nuevamente descubierto, y por donde debe describirse la Línea Divisoria hasta sus cabeceras, y seguir por lo más alto del terreno, bajo las reglas del artículo 6 del tratado a encontrar las del San Antonio... y por tanto se deben disponer sin pérdida de tiempo los facultativos de ambas partidas

por la conclusión de esta importante obra... etc".

Llegó a nuestras manos esta resolución a principios de mayo, cuando recomenzados los penosos trabajos del Pepiryminí con el restablecimiento del astrónomo portugués, llamaban toda nuestra atención; -443- y empleadas todas nuestras fuerzas y canoas en redoblar los socorros de víveres como exigía la mayor distancia a que se hallaban los destacamentos, y a lo que obligaba ya el rigor de la estación, malogrando y aun perdiendo la mayor parte de las provisiones en cada remesa con las continuas aguas y malos tiempos, como va referido; no pudo tener por entonces su debido efecto. Pero concluida aquella embarazosa expedición a primeros de julio, aunque lo crudo del invierno daba todavía pocas treguas, tratamos luego de disponernos sin demora para la nueva del Pepiryguazú, tanto más dificultando más distante, y cuanto nuestras fuentes estaban más postradas de la dura fatiga de 8 meses, que les había durado la de aquel río. Se pidió pues el remplazo de los milicianos del Paraguay, que ninguno de ellos había quedado en términos de continuar el servicio. Se dio asimismo baja a todos los indios de este Departamento que la proximidad de sus pueblos les hacía desertar con frecuencia, y se procuraron otros de los del Paraná, más prácticos en la peligrosa navegación de los ríos, más acostumbrados al manejo de las canoas. Se solicitaron mulas, caballos, y bueyes, y dieron finalmente todas las providencias necesarias para verificar un nuevo y proporcionado acopio de provisiones y pertrechos etc.

El comisario de Su Majestad Fidelísima entre tanto haciéndose olvidadizo de que la indagación del Pequiry había quedado en embrión, sin haber tenido tiempo de llegar a sus primeras vertientes, lejos de haber pasado a unir las con las del otro río septentrional que corriese al Iguazú, como le había sido propuesto en nuestro primer oficio de 9 de noviembre del año anterior de 89, y él había convenido formalmente en el suyo de 18 de dicho mes; afectaba haber dado ya de mano a todos estos trabajos. Se desentendía de aquellas disposiciones preventivas, y se mostraba frío espectador de numerosos movimientos. Si alguna vez le llegamos a hablar en la materia, dándolo por sentado, se debía continuar el reconocimiento del Pepiryguazú interrumpido únicamente por atender el del otro río, no permitiendo las circunstancias seguir los dos a un mismo tiempo, como al principio; respondía con la indiferencia, -444- y tono de un curioso, no tomando más interés en la noticia, que si se le comunicara por entretenimiento o diversión. Viendo pues las cosas en este estado de crisis misteriosa que pasaban los días, y se perdían los preciosos instantes, aunque a nuestro ejemplo se debían preparar los portugueses para la nueva campaña, que requería hacerlo con anticipación, que llegaría la hora de salir y no estando avisados, ni prevenidos, podrían excusarse, y dejar de asistir a la conclusión y perfección de tan importante diligencia, empezada de común acuerdo, y que la necesidad sola había dejado pendiente, nos vimos obligados a formalizar los asuntos, para correr el velo y descifrar el emblema político del coronel Roscio, convidándole de oficio para el seguimiento de aquella operación. Por más que procuramos simplificar nuestro papel, sirvió no obstante de pretexto a nuestro concurrente que deseaba ansiosamente la más remota proporción, para renovar con mayor ardor sus antiguas pretensiones sobre los ríos Pequiry e Iguerey enredando

fuera del caso una complicadísima discusión tanto más escusada, cuanto los mismos puntos habían sido sentados con suficiente claridad y separación en el Paraná y en el campo de Ñacoraguazú y pendían ya de la decisión de las Cortes. Mas el partido estaba tomado, y el fin no era otro que ofuscar el verdadero derecho, y la razón, embrollando más y más las ideas y abultando a nuevas idas y venidas el voluminoso expediente sin pararse en la fidelidad ni exactitud de los medios. Nosotros, siguiendo el método que nos hemos propuesto en las materias polémicas, o contenciosas, daremos copia entera de los documentos originales, como piden la esencia y gravedad de los asuntos que se tocan, y exige la delicada Comisión de Límites.

Nosotros omitimos cuidadosamente decir que procedíamos de orden del señor virrey del Río de la Plata, precaviendo que el coronel Roscio tomase de aquí margen para solicitar volver también al Paraná, cuya expedición no habiéndose ejecutado a entera satisfacción del señor don Luis de Basconcellos, virrey del Brasil, se había ordenado reiterar varias veces aunque jamás quiso convenir en semejante propuesta del señor marqués de Loreto. Nuestra precaución sin embargo no -445- bastó para contener a nuestro concurrente, El requerimiento hecho en primera, instancia por el gobernador de Río Grande, y en segunda por el mismo señor virrey del Brasil, fue entablado ahora en tercera con nuevo vigor a título de justa correspondencia como se va a ver, mas aquella cautela sirvió para eludirlo e impugnarlo con mayor facilidad.

Viendo este modo de reproducir siempre las mismas cosas de nuestro concurrente, que era nunca acabar, dejamos de responderle por ahora directamente, y tomamos el partido de acelerar las operaciones para acabarlo de resolver, considerando que la vías de hecho son siempre más eficaces que las disputas, y también por que tal vez estaría persuadido, de que nuestra determinación de proceder solos al reconocimiento del verdadero Pepiry, no había de llegar a tener efecto, como se había dejado decir en público, y que únicamente se profería porque jamás se había de ejecutar, con el objeto de intimidarlo. Nuestro oficio fue reducido a los términos siguientes, haciendole ver que su retirada había sido de este carácter.

Nuestro concurrente hubiera querido que quedase esto así; más a nosotros nos interesaba hacer constar que habíamos efectivamente, dado principio a las operaciones sin su concurso, para que, en adelante no se pudiese obscurecer, como era fácil, a quien tenía por costumbre contradecir y negar los hechos más notorios; y también queríamos satisfacer a los varios puntos que dejamos pendientes del anterior o penúltimo oficio del coronel Roscio, por que no se presumiese que no tenían respuesta, y principalmente por lo mucho que conviene esclarecer estos asuntos para su más acertada decisión. Uno y otro objeto procuramos incluir en el siguiente oficio que dirigimos pocos instantes después de haber puesto en marcha el destacamento encargado del reconocimiento del Pequiry.

Capítulo XII64

Continuación del reconocimiento del verdadero Pepiryguazú y nuevas disputas de los portugueses sobre este río y el Iguerey.

Hemos visto en los documentos que anteceden la tenaz resistencia que hicieron los portugueses a la continuación del reconocimiento del Pequiry o Pepiryguazú, ordenada expresamente por el señor virrey del Río de la Plata en 13 de abril de 1790, no habiéndose podido concluir en la campaña del año anterior. Bien era de conocer, que esta oposición sistemática llevada tan adelante, y únicamente entablada para negociar a título de justa correspondencia que se reiterase la expedición mal sucedida del Paraná, no dejaría de ceder de su aparente tesón, si llegado el caso de dar principio a las operaciones, se lograba persuadir con los hechos a los comisarios de Su Majestad Fidelísima no ser tan vana como se habían creído nuestra resolución de salir solos a verificar sin su asistencia la deseada conclusión de esta obra importante. Efectivamente no debiendo diferir más tiempo un medio tan eficaz de acabar de resolver a los portugueses, y que en otra ocasión había tenido un éxito feliz, conseguido en gran parte el acopio de las provisiones necesarias, y habiendo llegado setenta indios buenos canoeros, que se habían pedido de los pueblos de Itapua y San Cosme, salió el 3 de noviembre como expusimos con igual fecha al coronel Roscio, nuestro geógrafo don Andrés de Oyarvide, acompañado de algunos dragones a continuar el reconocimiento del verdadero Pepiryguazú. Concluido el del Pepiryminí o Río de los antiguos demarcadores, a petición de nuestro concurrente, como se dijo arriba no había ya para qué conservar el campamento del Ñucoraguazú. La picada del albardón de Santana abierta el año de 88 por los comisarios de la primera subdivisión en los montes occidentales del Uruguaypitá, que entra en el gran Uruguay 15 leguas a oriente de dicho Pepiryminí -447- como también se expuso, acortaba de otro tanto la navegación y ofrecía más acomodadas proporciones por esta diligencia. Dejando pues su comitiva en el camino de este albardón, se adelantó Oyarvide a levantar y transferir a él el citado campamento del Ñucoraguazú, haciendo llevar asimismo por el río unas canoas, que habían quedado de algún uso de la anterior campaña. Esta disposición era ya dictada de acuerdo con los portugueses que viendo que las cosas iban de veras cedieron de su obstinado empeño y vinieron por último en dar sus manos a la ejecución de una obra que había quedado incompleta, y cuya utilidad no se les podía esconder. Pero respondiendo rara vez la actividad de los hechos a la de las palabras, no fueron también estas muy puntuales las que adelantó su jefe en su oficio del día 6. Muy satisfecho de sus buenas ofertas, y con el pretexto de los 60 indios pedidos últimamente que era natural tardasen no poco en venir, defirió aun para otro tiempo su concurrencia el coronel lusitano. Los primeros trabajos de esta expedición que en todas son los más penosos y arriesgados, quedaron al cuidado solo de los españoles, y nuestro oficial reducido a operar sin ayuda de otro, le fue preciso dividir su gente y tardó hasta fines de noviembre en la traslación de aquel campo.

En este medio tiempo la tropa de carretas que escoltaba el sargento de

dragones Manuel Pérez, con un cabo y cinco soldados, llegó el día 12 a la picada de Santana, y en la mañana del 15 antes de amanecer, fue sorprendida y cruelmente insultada por los indios Tupices, que parece la habían venido observando de lejos por las orillas de los montes, o como dicen comúnmente bombeando, que es la costumbre de estas naciones hasta lograr su depravado intento. Recién venido Pérez de Buenos Aires, con poca experiencia, y olvidado de las vivas exhortaciones que a su salida de este pueblo había oído sobre la reunión, vigilancia y disciplina con que se debía andar por un país de tales fieras dejó separar aunque a corta distancia los ocho indios que guardaban la caballada y demás animales, con el soldado dragón Joseph Rodríguez, que siendo criollo, gustaba mucho de andar sin armas, lo pagó bien en esta ocasión. Hicieron estos un ranchillo de varas -448- arqueadas y ramas por albergarse de la lluvia en que estaba cerrada la noche, y se echaron a dormir a pierna suelta dejando el cuidado de la ronda de los caballos, y el de sus propias vidas al celo de un indio de los más infelices e inocentes, que fue lo que le valió.

Reunidos silenciosamente los bárbaros, como a las dos de la madrugada, alrededor de la pobre Chozuela, armados de gruesas y tostadas macanas, de arcos, flechas y de algunos chuzos o lanzas de que se habían apoderado en otros asaltos semejantes a los guaraníes, fueron inhumanamente asesinando uno a uno aquellos miserables, sin darles aun tiempo de que de este modo vinieron a ser víctimas de su indolencia y flojedad.

Dos sin embargo pudieron escapar del sangriento furor y aun que mal heridos a favor de la espesura del bosque, y obscuridad del tiempo no tardaron en llegar a la guardia, donde acababa de arribar también el otro indio que había quedado a caballo. No había esta dejado de sentir desde el principio el rumor, la gritería y algazara de los salvajes, que procuran siempre atolondrar y confundir a los que acometen a fuerza de un ruido espiritoso, voces descompasadas, y estrepito. No era difícil de adivinar cual era el objeto de aquel desacostumbrado estruendo que se oía y eran mucho de temer las resultas, considerando aquellos desgraciados enteramente indefensos. Pérez y el cabo Francisco Gonzáles con los demás dragones pensaban ir en su socorro, y era lo que debían haber ejecutado sin detención; mas mientras se deliberaban y disponían, les llegó la noticia de lo acaecido, y resolvieron no moverse del puesto, aguardando en él ser también, atacados, y hacer su última defensa. Consecuente fue la determinación que tomaron al descuido que habían padecido. Los tupies no pensaron en venir a ellos, y malograron la oportunidad de socorrer y aun salvar la vida de alguno de los suyos, dejando tal vez, bien escarmentados a los agresores. Con todo la sumaria información que se hizo del caso, los disculpa enteramente de una conducta que parece tan poco vigorosa, atendiendo a la distancia que mediaba, que siempre era cerca de una milla, a lo tenebroso y húmedo de la noche que embarazaba el -449- uso de las armas de fuego, a la cortedad de sus fuerzas, a la superioridad de las que se graduaban al enemigo y a sus otras ventajas, de hallarse en su propio país, conocer el terreno, su destreza y agilidad para andar por los montes, etc.

Apenas fue de día pasaron con la debida precaución al teatro donde se había representado tan lastimosa escena, y vieron de uno y otro lado los seis cadáveres, de 4 indios de este pueblo, uno de Itapua, y el dragón

Rodríguez, que con la más extraña barbarie habían destrozado y dejado enteramente desnudos, llevándose la ropa, aquellos desalmados caribes. Llenos de espanto, no menos que de tan piadoso dolor los recogieron y dieron sepultura provisional, y después eclesiástica al regreso de las tropas de aquel destino que condujeron los huesos, juntos con los demás de otros 20 indios, que en aquellas inmediaciones, no había mucho tiempo, habían sufrido la misma desgracia.

No era esta sola vez, en muchas otras nos habían ofrecido de estos lamentables espectáculos, así el Ñucoraguazú, como el albardón de Santana y demás yerbales que tienen los pueblos sobre el Uruguay, sobre el Yacuy, etc. Todos ellos están poblados de cruces y desde el año de 87 no se oyen más que relaciones trágicas de estos desastres. Los tupices sin embargo hasta este lance, habían respetado siempre nuestras partidas, aun reducidas a menor número, y el mal suceso de este día se debe solo atribuir a la sorpresa de haberlos cogido durmiendo y sin armas en abandono total de sus más serias obligaciones. ¡No es fácil de explicar cuánto temían los infieles a los capayus o soldados, que conocían por la huella de bota o pie calzado! ¡Hacían cielos y tierra de encontrarse con los que imitan en sus armas al rayo y al trueno, y todo su valor y encono estallaban sino contra los Tapes! Antes de aquel tiempo reinaban la paz y buena armonía entre las dos naciones, aunque sin tratarse, ni aun conocerse el carácter fiero y huraño de los bárbaros los había mantenido siempre escondidos en lo más interior y oculto de la selva, sin que jamás se dejaran ver. Los rastros y los fuegos daban solo indicio de su existencia; -450- y si alguna vez en ausencia de los misionistas se acercaban a sus yerbales o ranchos, lo dejaban todo en el ser que lo hallaban. Millares de arroba de yerba se conservaban allí con más seguridad que en los pueblos, y si se notaba algo de menos, no era más que una huasca, un pedazo de enero o clavo roto, que llevaban para hacer una flecha. Nunca se desmintió su inocencia en esta parte, ni dejaron señales de mala fe.

Los que dieron primero un motivo de queja, fueron los Guaraníes. Habiéndose dejado ver los Tupices, el año citado arriba de 87, en el yerbal de San Luís, cosa que antes no había sucedido, dudando los de este pueblo si vendrían de paz, aunque verdaderamente no daban indicio de lo contrario, ni era de recelar, siendo aquella primera vez que se presentaban, y con ciertos ademanes, o señas de acercarse, y querer hablar, animados de un espíritu marcial, que no era del caso, los rodearon en una isleta o capón, y aun que los más de los infieles lograron escapar por una ceja de monte pantanosa, atollados una india y un indio, ambos como de 12 años de edad, cayeron en poder de los guaraníes, que sin prevenir las resultas, los condujeron y depositaron en el pueblo de San Juan, donde se conservan aún muy gustosos, habiendo mudado de vida y religión, altamente irritados los salvajes con este hecho, que tuvieron por una expresa declaración de guerra, y por un principio de hostilidades, no pensaron ya más que en el modo de vengarse, y castigar su ofensa. Los Luiseños fueron también los que sufrieron el primer insulto. Su yerbal de las cabeceras del Igay, fue acometido con el mayor denuedo, incendiadas más de 4.000 arrobas de yerba que era todo el fruto de aquel año, muertos 15 hombres, y heridos muchos, escapando los demás por la fuga.

Los demás pueblos han ido participando sucesivamente de estas desgracias, y solo en una ocasión las dejaron de padecer impunemente. Fue esta por diciembre de 89 en el mismo albardón de Santana, donde por una prudente precaución del gobernador de Misiones combinando y reuniendo todas las faenas de yerba de los pueblos de este Departamento -451- se hallaban juntos más de 400 indios, y algunos españoles armados. Don Joseph Antonio Lescano, que había sido administrador de San Ángel, y don Pascual Areguaty, corregidor actual de San Miguel, los dos bien expertos y desembarazados, dirigían la facción. Los bárbaros fueron rechazados vigorosamente. Sin contar los que irían heridos que es de presumir no serían pocos, quedaron tendidos en el campo de batalla hasta 23 de ambos sexos y dos niños de pechos cautivos, siendo mucho de notar que las mujeres no eviten los combates. Nuestra perdida fue solo de un miguelista y algunos heridos levemente de las flechas. Los tupices sin embargo continúan sus asaltos con el mismo furor. Siempre que pueden sorprender a los pobres tapes no lo dejan de hacer, y no hay año en que no suceda varias veces. ¡Nos es decible cuánto han perdido los pueblos en esta desavenencia! Sobre los muchos naturales que perecen todos los días en tan frecuentes sorpresas, inevitables a causa de la espesura del bosque, se ha desterrado ya del todo aquel antiguo sosiego, aquella actividad tranquila que reinaba antes en sus faenas de yerba. La zozobra, el cuidado y los repetidos alarmas las han hecho mucho más raras, más costosas y menos productivas, y hasta se han visto forzados a desamparar los mejores yerbales. Ya lo hemos dicho más de una vez, los pueblos ganarían mucho en el trato y comercio con las naciones de infieles que les cercan por todas partes, y nunca harán sobrados esfuerzos para reconciliarse y entrar de nuevo en su amistad.

A los 6 días de ese funesto incidente que acabamos de referir (el 21 de noviembre) llegó Oyarvide del Ñucoraguazú, y del pueblo de San Ángel, el teniente de milicias don Juan Joseph Valdez con 20 de sus soldados, que aunque no hacían más que llegar del Paraguay, con aquella noticia los hicimos salir en diligencia. Restituida la tranquilidad del albardón con estos refuerzos, se pudo dar forma a aquel establecimiento, se hicieron ranchos y almacenes, se adelantó un puesto para la caballada y demás animales a paraje de buenos pastos y abrevaderos, que no se encontró sino a las 4 leguas, en los campos de afuera y entrada -452- del mismo albardón y el 28 trataron por fin de entrar en el monte, siguiendo la antigua picada de las primeras partidas, con un competente número de gente de armas, para evitar en lo posible semejantes insultos. Hallábase dicha picada toda interrumpida de gruesos troncos, y casi ciega de ramazón, espinos, e hisipos o enredaderas y tuvieron que aclararla, haciéndola transitable hasta para las bestias de carga. Fuera de esto sabiéndose por otra parte, que su dirección no era de las más adecuadas que llevaba por cima de grandes cerros, muy pedregosos y pendientes, e iba a salir muy adentro del Uruguay que no ofrecía la mejor navegación, la enderezaron más hacia su barra en el Uruguay, por terrenos no tan ásperos, aunque siempre lo era alguna cosa; y el 15 de diciembre la concluyeron del todo, dejándola de una distancia como de 4 ½ leguas al rumbo del N de modo que se podía ahora vencer cómodamente en dos días con cargueros, cuando antes apenas bastaban cuatro.

Hallaron sobre la margen de dicho Uruguaypitá un ranchillo recién hecho, con varios pozuelos de menestras dentro de él, las cinco canoas que había conducido de la boca del Pepiryminí el dragón Pedro Chaves, acompañado de algunos otros soldados e indios. Habían estos llegado a aquel paraje a principios del mes e impacientes de aguardar en la soledad, útilmente empleados en el corte y fábrica de canoas, como se les había prevenido solo pensaron en salir afuera y no acertando con el rastro antiguo de la picada por falta de baqueano, se escarriaron por los montes, y anduvieron errantes no pocos días. Dieron estos hombres no poco cuidado por el recelo de los tupices, más su mayor enemigo fue el hambre que los puso a los umbrales de la muerte. Faltos de todo alimento, su espíritu abatido y sin fuerzas los más de ellos estaban sobre el punto de espirar cuando tuvieron la fortuna de ser hallados por los que se destinaron a buscarlos.

Socorridos estos miserables, se dedicaron todos a levantar un buen rancho, que pudiera servir para depósito o almacén de víveres, con su separación o Cuerpo de Guardia y acortar algunos cedros escogidos de que había gran abundancia por ir trazando las -453- canoas que se graduasen precisas. La poca inteligencia de los indios y paraguayos dio que hacer no poco a Oyarvide en esta faena, y su natural desidia la retardó hasta mediado enero de 91 que se pudo lograr, diesen acabadas 15 canoas de porte, fuera de las 5 ya citadas de la campaña anterior.

Verificado entretanto un suficiente acopio de provisiones de boca y guerra en el albardón, e introducida no pequeña parte al nuevo almacén del Pitá, se hubiera sin duda dado principio por este tiempo a las primeras remesas que de acuerdo se había convenido enviar por delante al salto del Pequiry, 20 leguas distante de su barra, que era el último punto reconocido, a donde se trataba de establecer ahora el tercer puesto, para atender desde allí a los trabajos ulteriores. Mas nos fue forzoso todavía por esta vez, aguardar a numerosos concurrentes, que no satisfechos de la tenacidad con que habían procurado impedir la ejecución de esta importante obra, se hallan de todos los medios imaginables para demorarla, no sin considerable atraso del servicio. En la idea, tal vez, de que la estación la acabara de embarazar, o de asistir cuanto menos les fuese posible a los trabajos, no había pretexto de que no se sirvieran. Uno de los más especiosos conque retardaron hasta fin de año la traslación de su campo de Ñucoraguazú, fue la dilación de los 60 indios marineros que habían pedido de los pueblos del Paraná en 6 de noviembre y que necesariamente no podían venir antes. No obstante lo ocurrido, ni las reiteradas ofertas de su jefe, el geógrafo portugués no se movió de San Ángel hasta el 9 de febrero, tres meses y días después del español, que estando pronto, hacía tiempo no cesaba de quejarse en sus cartas de esta demora, a la verdad no muy fácil de cohonestar con palabras.

Como encontraron vencidas las primeras dificultades que son las que regularmente llevan más tiempo, dándose los lusitanos buena traza en el apronto de sus canoas, no es extraño, que antes de acabarse el mes de febrero, pudiesen despachar de acuerdo con los nuestros dos grandes remesas de bastimentos al Salto del Pepiry. Componíase cada una de estas remesas de diez balsas de a dos canoas, y al regreso de salida de -454- los que fueron con la primera salió la tercera el 21 de marzo, yendo también con ella los dos facultativos, que no se atrevieron a emprender su

navegación, sin llevar por delante a lo menos cinco meses de víveres para toda su gente. La empleada en esta expedición subía a 250 hombres, los 110 de armas, y aun no sobraron para guarnecer los diferentes puestos que obligó, a formar la mucha distancia, escoltar los incesantes acarreo de provisiones que no podían pasar de unos parajes a otros, acompañar a los geógrafos por donde quiera que fuesen. La guardia de estos puestos se encargó a un cabo de cada puente con algunos soldados, y en el campo de afuera del Albardón quedaron los oficiales de los dos destacamentos de dragones, el teniente Tomás Ortega y el capitán Alejandro de Souza Pereyra. De este modo se logró tener siempre abierta la comunicación con las más avanzadas que seguían la exploración del río, y según sus avisos que aguas abajo no tardaban en llegar, se les socorría oportunamente siendo concernientes las demás providencias, y disposiciones.

No dejó el tiempo de favorecer, y aunque sin aquella unión que no permitían conservar los repetidos arrecifes y precipitadas corrientes del caudaloso Pepiryguazú, llegaron a su gran salto los dos geógrafos con sus respectivas flotas en los días 13 y 15 de abril, habiendo hecho gravar un Rursum, bajo las inscripciones puestas en la anterior campaña, con las fechas correspondientes de su arribo a los parajes. Dejando en aquel sitio la mayor parte de los mantenimientos y pertrechos, que llegaban con una guardia competente, hicieron regresar 20 de sus canoas al Pitá por otra remesa de municiones. Consideraron precisa, y montando las otras 20 a las aguas superiores de aquella catarata, siguieron el 19 del mismo, su penosa navegación. A las 5 millas, rebasado el río denominado antes Bermejo, dieron otro salto de no menor altura (10 toesas). El aspecto de las sierras y montes, que presentaban las dos orillas del Piquiry les hizo recelar, no les faltaría en adelante de estos tropiezos. Hiciéronse cargo que a proporción se debían aumentar las detenciones, los trabajos, y peligros; se resolvieron a dejar de una vez las canoas -455- estableciendo una nueva Guardia sobre la ribera occidental que debía comunicarse con la antecedente. Entretanto enviaron delante los gastadores, que les fueran trazando una ruta sin apartarse de la vista del río, y el 28 la siguieron ellos también con un nuevo boato de cargueros indios que conducían un conveniente repuesto de comestibles.

No se engañaron con la conjetura física a que les dio lugar el escabroso prospecto de los terrenos. Aún no habían andado dos leguas según las vueltas del río, cuando encontraron otro salto de 7 toesas de elevación, otro de 11 a las 3 leguas siguientes. Mas sin embargo de haber evitado estos dos grandes escollos, la doblada aspereza de los cerros y la espesura de los bosques que habían de romper diariamente a fuerza de brazo, les hubieran hecho dudar de lo acertado de su resolución de dejar las canoas, si a las 10 millas inmediatas no les hubiese aliviado de tan cansado afán un agradable e inesperado campestre, que a lomas suaves se extendía hasta la distancia de otras tres leguas. Daba principio en el Arroyo grande que bajaba del N con dos brazos, y nombraron así por su gran caudal, le cruzaba otro no menor, llamado por lo mismo del Campo, y terminaba en el de San Pedro a cuyos bordes llegaron el 15 de mayo, día del Santo Librador. Al salir a este campo despacharon los indios, que venían ya sin cargas, por nuevas provisiones, manifestando el río en su gran torrente, tener aun muy distantes sus primeras puntas, y para

seguridad de la remesa fueron bien escoltados, exigiendo esta precaución las diferentes toderías de indios monteses, que empezaban a indicar los repetidos humos del contorno.

Hasta el Arroyo Grande la dirección del Piquiry había sido como al N E tuerce después al S E como no se esperaba, el largo trecho de 5 leguas, y hacia la mitad de esta distancia, se le agrega del primer cuadrante el referido de San Isidro, cuyas circunstancias hicieron dudar al geógrafo portugués, si sería el cauce principal del primero, y se obstinaba en seguir por él la investigación. No alucinado con esta falsa idea nuestro Oyarvide examinó atentamente en alguna distancia los dos canales, y solo -456- de este modo logró hacer evidente lo voluntario de aquel equivocación que podía envolver una refinada malicia. No era el Pepiryguazú de tan poco momento, ni venía de tan cerca como el San Isidro, y desde él, como ya se apuntó, se interna otra vez por una intrincada selva de 13 millas, que obligó de nuevo a tomar las hoces. El menudo Ziezas de la Caja del Río alargó de mucho el tramo de esta segunda picada, y la dura pensión de los machetes se hizo más sensible con la necesidad en que se vieron de haber de cercenar la ración a su gente, tardando ya demasiado los socorros pedidos. Costando el Arroyo de los Ranchos, aunque en muchas otras partes los habían encontrado de los infieles, el de los Huídos, donde les desertaron algunos indios que volvieron después, con otras varias pequeñas vertientes, que bajan todas de la Cuchilla inmediata al septentrión, terminaron el segundo monte, sobre las playas del Arroyo pelado, que toma su nombre de un gran cerro desnudo que se registra en su misma confluencia, por donde le pasaron el 28 de dicho mes de mayo, teniendo el consuelo de salir a un nuevo campo donde se gozaba de otro cielo y respiraba un aire más libre.

No era este segundo campo tan llano y limpio como el primero. Tenía sus quebradas y asperezas, a trechos estaba cubierto de ásperos faginales, pero corría una distancia mayor de 9 leguas y se extendía hasta las cabeceras mismas del Pepiry, de las cuales empezaba otra ceja o cordón de monte dilatado al oriente. No bastando ya la precaución tomada antes, de disminuir la ración, tomaron el 2 de junio la de disminuir también su comitiva, obligando a ello la tardanza del socorro pedido, que no les alcanzó hasta el 8, lo que con todo no les sirvió de gran alivio, porque después de tantos días de marcha; apenas traía los conductores lo muy necesario por su propio sustento. La gran distancia, la calidad del camino y las cortas fuerzas de los cargueros, que como ya dijimos, eran hombres, no podían permitir otra cosa, siendo este uno de los mayores inconvenientes de esta clase de expediciones. Superados todos no obstante a fuerza de dieta y de constancia, cortaron en los días siguientes otros arroyos que

-457- descendían igualmente del N el del Arrecife, el de las Piedras, el del Valle, glorioso émulo del Pepiry, y descubrieron por último el deseado origen de este famoso río en los 26° 43' de latitud, Austral. Proviene de un esteral considerable y pantanoso que se forma de los derrames y faldas occidentales de una gran montaña, no tan alta, con gruesa y plana, y poblada de un bosque más claro y bajo que los anteriores. Aludiendo a estas circunstancias fue puesta la inscripción siguiente, el día del arribo de los geógrafos a aquel paraje, sobre un

árbol de Aguarabay que desde la meseta de dicha montaña dominaba el nacimiento del Río, "Fundamenta ejus in montibus santis. Pequiry seu Pepiryguazú 14 Jun. 1791. (Salm. 86).

Habíase deseado de todo tiempo hallar otro río que tuviese sus cabeceras contiguas a las del Piquiry pero que corriese con dirección opuesta, al septentrión que desaguara en él Iguazú o Grande de Curitiba.

"Por las aguas de dicho río más vecino del origen principal del Pepiry y después y por las del Iguazú, continuará la Raya o Frontera decía" expresamente al artículo 5.º del tratado de límites del año de 50.

Mediante esta disposición eligieron los antiguos demarcadores para término de ambos dominios al Río de San Antonio, como fronterizo de su pretendido Pepiry, y en esta equivocada suposición lo nombra también ahora el Tratado Preliminar. Nada se había hecho con descubrir y examinar el verdadero Pepiryguazú, si desde sus primeras vertientes no se pasaba a buscar por lo más alto del terreno las de otro río inmediato que pudiera tener las condiciones que requerían los Tratados. Hecho cargo del peso de estas razones, lo había solicitado así nuestro comisario don Joseph Varela, en sus cartas de oficio del 14 de octubre y 24 de noviembre de 88, que recibidas cuando aún estábamos en el Paraná, fue convidado nuestro concurrente a practicar la indagación por el Iguazú, que como ya vimos, dejó de prestarse a ella, como lo tiene de costumbre. Así también lo ordenó poco después el señor marqués de Loreto, en oficio de 13 de diciembre que recibimos ya en el pueblo de la Candelaria, y como no retratadas estas órdenes, ni ejecutadas por falta de tiempo, obrasen todavía y toda su fuerza -458- vigor, se le habían insinuado asimismo a Oyarvide, en sus particulares instrucciones.

En esta virtud y en la situación más adecuada al intento, trató nuestro geógrafo de poner en práctica una determinación tan esencial, y necesaria, que sin ella se verían las Cortes muy embarazadas para señalar el curso de la Línea divisoria desde las puntas del Piquiry. Mas el portugués dio en ellas por concluidos sus trabajos, y se negó obstinadamente a llevar adelante el reconocimiento. Muy satisfechos de haber examinado ciertas caídas inmediatas y opuestas a las del Pepiry, que seguían al oriente, con inclinación al 2.º cuadrante, y hacia el Uruguay, no siendo por esta causa los septentrionales, que solo se debían buscar, resolvió su regreso, y día siguiente, 15 de junio, abandonando a su concurrente en aquel espantoso desierto, a pesar de las más serias protestas. No dejaba de constar al coronel Roscio que únicamente se debían inquirir las vertientes boreales, que fluyesen al Río de Curitiba, entre las que podían rodear de cerca las primeras fuentes del Pepiryguazú. El meridiano de demarcación, mal podría dirigirse por las orientales aun cuando fuesen las más vecinas. Nuestros diversos requerimientos solicitando el concurso de los portugueses para esta importante diligencia, estaban bien claros y terminantes o admitían tal interpretación. Pero como el objeto no era otro que eludirla, como lo había sido siempre, vino a pelo aquella sutileza, de que fije bien instruido el referido oficial.

No desanimado el español, ni con la presencia de las numerosas tolderías de infieles de que seguía rodeado, y manifestaban sus hogares a orillas de los montes, ni con la reducida escolta que le quedaba, dobló el mismo día por lo parte del Aguilón, la gran cuchilla de donde nace el Pepiry, y a

los dos tercios de milla halló el nacimiento de otro río no menos caudaloso, que dirigiéndose en derechura al norte, mostraba desde sus principios tener todas las circunstancias indicadas y apetecidas. Entrañábase este nuevo río muy desde luego por asombrosas asperezas y breñas impenetrables, y como el trabajo de abrirlas y romperlas a fuerza de brazos, había crecido con la disminución -459- de los que se empleaban en tan ruda fatiga, advirtieron entonces más que antes lo arduo de su empresa, y lo expresaron así por la siguiente inscripción esculpida sobre un Timboybata de la orilla de occidente "Inquirere et investigare, pessimam occupationem Deus dedit hominibus" (Ecclesio. C. 1.) San Antonioguazú 17 Jun. 1791. Nombre que impusieron al río, no tanto por haberlo descubierto dentro de la octava de este glorioso santo, cuanto por su mucha conformidad con el otro San Antonio de la pasada demarcación, supuesto fronterizo del Pepiryguazú.

¡Que ventajas no se hubieran seguido al servicio de ambas naciones, si costearo este río hasta donde sus aguas permitieran navegación, que según los indicios no sería a mucha distancia de su origen formadas algunas canoas, se le hubiera descendido hasta su entrada en el Iguazú, y después este hasta la barra del San Antonio, reconocida ya el año anterior de 88! Quedaban ligadas por esta parte todas nuestras operaciones, y no habría dificultad en determinar la proyección de la frontera, adoptada la opinión más probable de ser el río de nuestra disputa el verdadero Piquiry de que habla el artículo 8.º del Tratado Preliminar. No iba muy ajeno de estas ideas nuestro explorador. En ánimo de hacer algunas tentativas, cargó los instrumentos de fabricar canoas. No menos que las proporciones de su situación, conocía la necesidad que había de reconocer el San Antonioguazú. Se acordaba que en otro tiempo se había ordenado su investigación por lado del río de Curitiba, que envolvía insuperables embarazos, y leía en sus instrucciones el bosquejo de aquella orden antigua, que si a su salida fue solo condicional, no se le dejaría de dictar muy expresamente a su vuelta. Deseaba con ansia prevenir esta disposición, y sentía haberse de venir de tan lejos, dejando sin perfeccionar una obra, que probablemente le harían volver a concluir. Mas el abatido espíritu de los pocos que le acompañaban, a vista de la intempestiva retirada de sus cooperantes, y la escasez de víveres, fueron obstáculos superiores al vigor que podía inspirar tan admirable pensamiento. Sólo a 2 leguas les dejó penetrar por las márgenes de aquel río lo fragoso de sus montes, haciendo los -460- mayores esfuerzos, y se regresaron, abriendo en aquel punto sobre un árbol de Ibataya que del Prodigio, "Hic fame pereo. Surgam et ibo ad Patrem" San Antonio guazú 20 Jun. 1791" y en su principio sobre un Plano de 4 toesas de alto: "Flumen Deirepletum sit aquis. San Antonio guazú 23 Jun. 1791"

A los dos días dieron de regreso con el cabo de dragones Francisco González, que, con otros seis soldados de escolta y 14 Indios les conducía el deseado socorro. Traía dicho cabo 64 días de viaje desde el puesto del Uruguaypitá, de donde había salido en las canoas que dejó en el gran Salto del Piquiry de allí se había conducido por tierra, con arreglo a las primeras órdenes que se le habían comunicado. Se deja entender bastante, cual sería el estado infeliz de aquella pobre gente, después de una marcha tan dilatada y penosa por aquellos desiertos. Todos ellos iban a punto

menos que desfallecidos, no tanto por el cansancio y peso de las cargas, reducidas ya demasiado con tanta demora, en que la necesidad les había obligado, a echar mano de las provisiones que llevaban, cuanto por el continuo sobresalto y vigilancia que les había causado la inmediación de los infieles. Pocos días antes, parece, habían tenido estos salvajes unos con otros tan sangrienta refriega, que hubieron de perecer en ella todos los de una gran parcialidad; o a lo menos así lo daba a entender con sus ademanes y señas, no habiendo quien pudiera saber su lenguaje, una desdichada mujer que escapando sola del peligro con su hija de pechos en los brazos, se vino a valer de los nuestros, sin quererlos volver a desamparar. Pero lo que especialmente acabó de desmayar a dichos conductores, fue el encuentro de los portugueses que venían de retirada, y creyeron no poder alcanzar a nuestro geógrafo.

Animado este de nuevo con aquel auxilio, dispuso se volviesen a los ranchos los más cobardes y endebles, y con los más esforzados tentó el 26 nueva descubierta. Desde el arroyo nombrado de las Piedras, que cruza lo más hermoso y limpio del campo, y entra en el Piquiry como a 3 ½ leguas de su origen, se apartó Oyarvide de sus márgenes e hizo derrota a la gran cuchilla del septentrión que le costea y -461- sigue en todo su curso a bien corta distancia. Quería asegurarse de si esta cuchilla repartía aguas al Iguazú por su cara boreal, como indicaba en todo la inspección de los terrenos, y efectivamente dos considerables vertientes que encontró luego con aquella dirección, doblada la expresada serranía, le dejaron cierto de esta conjetura física, comprobándose también por ella que el San Antonio Iguazú no podía ser brazo de otro río que de aquel de Curitiba, como quedó sentado. Era la tal cuchilla por aquella parte de lomas dobladas, pero suaves y limpias, y las dichas dos vertientes, corriendo el espacio de 5 millas con proyecciones del N a NO, se ocultaban después en un inmenso bosque que no tenía fin.

Verificado este examen en los términos posibles, siguieron su regreso, cayendo nuevamente a su antigua picada de la orilla del río. Sobre el arroyo del Primer Campo se incorporaron, el 8 de julio, con los enfermos que habían enviado adelante, igualmente que con el teniente Valdez que les conducía otra pequeña remesa de provisiones en unión de los portugueses, y también lo dejaron al encuentro de los suyos. El 13 llegaron sin desgracia al puesto más avanzado del Salto Grande, acompañados de la india tupí con su hija a los hombros, y embarcándose todos en las canoas con los efectos sobrantes que no fueron pocos, arribaron el 2 con felicidad a la guardia del Uruguayapitá, de donde se constituyeron al campo de afuera y nuestro geógrafo a este de San Ángel el 1.º de agosto.

Según la relación y plano que nos entregó, y que hemos extractado fielmente corre el Piquiry desde su nacimiento en los 26º 43' de latitud austral la distancia de 11 leguas, al rumbo directo del O siendo las 8 primeras de campo raso, y las restantes de montes. Tiene de allí otras 71 leguas que en la mayor parte son también de campo, a los 40º NO y dejando después 15 al SO, por entre espeso bosque, desagua en el Uruguay bajo el paralelo de 27º 9' de manera que de toda la distancia de los tres lances principales del río 30 leguas en línea recta, pasan mucho de 60, las que riega con el movimiento de sus aguas en sus numerosas y repetidas vueltas. De la distancia de -462- otras 2 leguas, poco más o menos, le costea

al septentrión la cuchilla alta o cordillera de que hemos hablado, siguiendo cabalmente sus mismas ondulaciones, y repartiendo aguas de uno y otro lado, al Iguazú y al mismo Pepiry. De ella se forman los arroyos que le entran por su ribera boreal. Por la meridional se le agregan pocos, y despreciables no permitiendo la inmediación del gran Uruguay, ni la natural pendiente de los terrenos hacia él. Entre unos y otros solos se distinguen el del valle, que estando hacia las cabeceras viene a ser su segunda vertiente principal. Fuera de los tres saltos de que hemos hablado, se le cuentan otros tres, sin un gran número de arrecifes, que dificultan sobremanera, o imposibilitan del todo su navegación, aunque, tal vez en las mayores crecientes sean todos superables.

Los terrenos que baña este gran río son comúnmente altos dobles y de una tierra colorada, o bermeja, semejante a toda la de Misiones, que parece la Damascena humus vegetabilis ochraceo rufa de Linneo. Los campos de la otra parte de la cuchilla del Piquiry, caídas ya del Iguazú, son de mejor calidad, la tierra más negra y crasa, y los pastos más tiernos y nutritivos. De los montes, aseguran los geógrafos, poderse decir sin exageración, no ser otra cosa que un puro y dilatado pinar. El árbol de la célebre yerba del Paraguay aunque no tanto como los pinos o curys, abundaba sin embargo bastante, siendo su calidad de la superior nombrada Caá miní. Largos trechos estaban solo poblados de estas dos especies, y los demás árboles comunes en otras partes, eran raros en esta y no muy corpulentos, de suerte que hay lugar de creer, no se dan bien entre los pinos.

Restanos solo decir que para no convenir los portugueses en la denominación de Piquiry o Pepiryguazú llamaron a este río el Caudalozzo, que a la verdad no cuadraba mal a sus circunstancias; así como Rio do Ingano, al Uruguaypitá, queriendo significar por esta expresión el engaño que suponían haber padecido su primer comisario, cuando convino de este nombre con su concurrente don Joseph Varela al tiempo de firmar los planos de su primera división, como expusimos -463- más individualmente en la nota de la pág. La alegoría sería más razonable, si se refiriera a la equivocación, o engaño efectivo, en que acerca de estos dos ríos, y especialmente del Uruguaypitá, indujo al pretendido práctico de San Javier a los comisarios de la pasada demarcación. Copiemos ahora las nuevas disputas que suscitó el coronel Roscio sobre los mismos puntos del Iguerey y Pepiriguazú, sin otro objeto que reiterar sus instancias de volver al Paraná, sobre que había recibido nuevas y más estrechas recomendaciones del virrey del Brasil (conde de Resende) el gobernador de Río Grande, hecho ya Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos de Su Majestad Fidelísima

Con efecto se había tratado de retirar las tropas del albardón de Santana cuando regresasen los geógrafos, más en la implícita suposición de que hubiesen concluido enteramente la diligencia cuando a la llegada del español se supo la intempestiva retirada del portugués, y el descubrimiento del San Antonioguazú, fue indispensable variar la resolución, y dejar en aquel campamento un piquete de cada parte, como a nuestra propuesta convino el coronel Roscio, hasta saber las resultas de Buenos Aires. Vivían aún las órdenes con que nos hallábamos de buscar un río, que fluyendo en el Iguazú, encabezara con el verdadero Piquiry, y el

señor virrey podía ordenar se llevase adelante el reconocimiento del referido San Antonioguazú, en que parecía tener lugar todas aquellas circunstancias. Dando parte a Su Excelencia de todo lo acaecido hasta el 3 de agosto, después del regreso de Oyarvide lo consultamos sobre este punto, como asimismo sobre la respuesta que debíamos dar a los portugueses, si reclamaban volver al Paraná, como era de presumir. El señor don Nicolás de Arredondo nos había dejado de contestar a este segundo punto, sin embargo de que por diciembre del año pasado había puesto en sus manos nuestro segundo don Joseph María Cabrer la gran competencia del capítulo antecedente que pensaba sobre él; y acababa de ocurrir por el mes de noviembre anterior. No atreviéndonos a comprometer la autoridad de Su Excelencia no dejó de embarazarnos esta falta de contestación, esforzando los comisarios de Su Majestad Fidelísima de mancomún sus instancias, como no es creíble. Obligados a responder -464- por escrito, pues se negaban a tratar de otro modo, siendo este el sistema adoptado, hacía tiempo, sin otro fin que huir las operaciones, embrollar y complicar más y más los asuntos a fuerza de expedientes y controversias, no hubo otro medio de salir del caso, que tirar a diferir nuestra respuesta categórica, hasta obtenerla del señor virrey. Llegonos ésta en el correo de octubre, y como veremos después, no fue de mucho tan decisiva como la deseábamos. Entre tanto nos volvieron a dejar solos los portugueses en el albardón de Santana, poniendo desde luego en ejecución la tema de retirar su gente, y siéndonos forzoso mantener allí la nuestra para la conservación de aquel puesto y de las canoas del Uruguaypitá, hasta fin de año, que concluida la disputa y no dándose a partido de modo alguno. Se interrumpieron enteramente los trabajos.

Diario de la segunda

división de límites, al mando

de don Diego de Alvear, teniente

de navío de la Real Armada: con la descripción de su viaje desde Buenos Aires

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

